



David Gates

Jernigan

Traducción de Marta Alcaraz



Lectulandia

Peter Jernigan tiene poco más de cuarenta años, vive en un barrio residencial de Nueva Jersey con su hijo adolescente, Danny, y trabaja en una inmobiliaria neoyorquina. Inteligente pero con escaso éxito, Jernigan naufraga en una adocenada vida de la que no consiguen sacarlo ni sus adicciones ni su sarcasmo. Su estrafalaria manera de relacionarse con los demás y la reciente muerte de su mujer lo arrastran a una tortuosa decadencia. Parece que las cosas pueden empezar a cambiar cuando conoce a Martha Peretsky, la madre divorciada de la novia de su hijo, e inician una prometedora relación.

«Jernigan» es la divertidísima historia de un hombre que dejándose llevar por sus peores cualidades consigue convertir su vida en un estrepitoso fracaso. La cautivadora voz de Peter Jernigan nos acompaña en su particular descenso a los infiernos, a la vez que ofrece una desternillante disección del egoísmo, la indiferencia y la crueldad que se hallan en el fondo de cada uno de nosotros.

«Jernigan», publicada en 1991 y finalista del Premio Pulitzer, es la primera y más aclamada novela de David Gates, y su protagonista se ha convertido en uno de los antihéroes clásicos de la literatura norteamericana reciente.

Lectulandia

David Gates

Jernigan

ePub r1.0

Castroponce 25.06.2017

Título original: *Jernigan*
David Gates, 1991
Traducción: Marta Alcaraz Burgueño
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

EL MISERABLE, o Apuntes para una teoría del nombre propio, de la inconfundible primera persona del singular, y de la voz como estado de ánimo

UNO El William Dubin y el Arthur Fidelman de Bernard Malamud, el McTeague de Frank Norris, el George F. Babbitt de Sinclair Lewis, el Jack «Dutch» Shea, Jr., de John Gregory Dunne, el Moses Herzog y el Von Humboldt Fleisher de Saul Bellow, el Tom Sawyer y el Huckleberry Finn de Mark Twain, el Pat Hobby de Francis Scott Fitzgerald, los hermanos de John Cheever, el Roger Ackroyd de Jules Feiffer, el T. S. Garp de John Irving, el Studs Lonigan de James T. Farrell, el Frank Bascombe de Richard Ford, el Harry «Rabbit» Angstrom y el Henry Bech de John Updike, el Cornelius Suttree de Cormac McCarthy, el Alexander Portnoy y el Nathan Zuckerman y el Mickey Sabbath de Philip Roth, el Harry Towns y el Stern de Bruce Jay Friedman, el Gould de Stephen Dixon, el Richard Winslow de Kevin Canty...

... y aquí y ahora —no se agite antes de usar, abandonen toda esperanza quienes entren aquí y, niños, no intenten hacer lo mismo en casa— el Peter Jernigan de David Gates.

DOS Desde mi infancia lectora —cuando abrí por primera vez para ya no cerrarlos libros como *Oliver Twist* de Charles Dickens, *El conde de Montecristo* de Alexandre Dumas y *Martin Edén* de Jack London— siempre sentí debilidad por esos libros que llevaban el nombre de su protagonista en la portada. Me encantaba ver esos nombres propios que, aunque ajenos, a las pocas páginas eran también un poco nuestros, el nuestro. Detestaba, en cambio, aquellos libros cuyo editor había decidido agradecer con un supuesto retrato del protagonista, imponiéndole una fisonomía que no tenía por qué ser la nuestra, la de nuestro Sandokán o Jane Eyre o Drácula o Capitán Nemo.

Pero lo del nombre era diferente, mejor.

Lo del nombre puro y duro y a secas y a quemarropa parecía decirnos: «Aquí adentro te espera alguien al que todavía no conoces pero ya nunca olvidarás».

Y resultaba ser verdad la mayoría de las veces.

Porque los escritores pueden engañarnos; pero sus personajes nunca mienten.

TRES Lo que no quita que Peter Jernigan —como varios de los nombres propios de personas impropias creados por escritores *Made in USA* que se invocaron más arriba, anunciándose ya desde el título— sea un mentiroso compulsivo para con los demás, para sí mismo y para con el lector. Lector que sigue sus órbitas cada vez más cerradas y peligrosas y en picada sin posibilidad de alterar —¿para qué?— su trayectoria última y definitiva.

Y Jernigan es un miserable.

Miserable en todo el sentido y acepciones del término.

Es decir: alguien que se especializa en ser un infeliz y un desdichado sin que eso signifique, en más de una ocasión, no gozar —consciente o inconscientemente— de una poderosa y aparentemente inagotable capacidad para producir la infelicidad y la desdicha en segundos y terceros y décimos y centésimos y milésimos. Y el miserable, también, como alguien especialmente capacitado para iluminar esa región oscura en la que el Sueño Americano está a apenas un parpadeo de distancia de la Pesadilla Americana.

Abundan los pioneros y los seguidores de su estela y buenísimo mal ejemplo: el Julian English de John O'Hara, el Kilgore Trout de Kurt Vonnegut, el Benjamin Hood de Rick Moody, el Ammie Fox de Paul Theroux, los Gary Lambert y Chip Lambert de Jonathan Franzen, el Michael Davenport y el Frank Wheeler y el John C. Wilder de Richard Yates, el Marshall Harriman de Ken Kalfus, el Frankie Machine de Nelson Algren, el James Orin Incandenza y el Hal Incandenza y el Don Gately de David Foster Wallace, el Kenny Becker y el Eric Cash de Richard Price, el Sebastian Dangerfield y el Cornelius Christian de J. P. Donleavy, el Henry Tyler de William T. Vollman, el Percy Bollinx de Walker Percy, el Harry Kramer de Leonard Michaels, el Frank Bascombe de Richard Ford, el David Axelrod y el Luke Fairchild y el Sam Holland y el Fielding Pierce y el Virgil Morgan y el Avery Jankowsky y el Daniel Emerson de Scott Spencer, el Randall McMurphy de Ken Kesey, el Fuckhead y el Nelson Fairchild, Jr., de Denis Johnson, el Bob Locum y el John Yossarian de Joseph Heller, el Tom Mota y el Chris Yop y el Joe Pope de Joshua Ferris, el Tyler Durden y el Victor Mancini de Chuck Palahniuk, el Holden Caulfield de J. D. Salinger, el Benjamin Braddock de Charles Webb, el Clyde Griffiths de Theodore Dreiser, el Gould y el Howard Tech de Stephen Dixon, el Stephen Rojack de Norman Mailer, el Don Birnam de Charles Jackson, el Tod Hackett de Nathanael West, el Stargell de Craig Nova, el Humbert Humbert de Vladimir Nabokov^[1], el Bret Easton Ellis de Bret Easton Ellis...

Jernigan —acercándose a sus cuarenta años y descendiente más o menos directo de aquel nadador, de ese otro marido rural y de los primigenios *mad men* que vuelven a los barrios residenciales de Vía Revolucionaria o a Bullet Park o a, sí, Heritage

Circle en Nueva Jersey (que, nada es casual, para Jernigan luce como si aún fuera 1953), montando trenes alcoholizados después de jornadas terribles en la gran ciudad — es todo un *american psycho*. Una zona de desastre en constante movimiento. Un *ground zero* de infinitos dígitos. Un destructivo autodestructivo que, al estallar, irradia una peligrosa onda expansiva. Alguien que intenta leer a Jane Austen y a P. G. Wodehouse pero —enseguida, sin saber muy bien por qué o teniéndolo perfectamente claro— se distrae con una casi artesanal publicación/manual para náufragos en tierra firme titulada *El Superviviente Suburbano* mientras fantasea con hacer volar todo por los aires.

En cualquier caso, al poco tiempo, Jernigan se queda sin trabajo, y ¿a que no saben qué hace Jernigan súbitamente autoprisionario domiciliario y con tanto tiempo libre en sus garras?

CUATRO Leí por primera vez *Jernigan* en 1991, el año de su publicación. Varias cosas enseguida me atrajeron del libro, por más que no tuviese la menor idea de quién era David Gates.

A saber:

—Era una primera novela.

—El apellido del protagonista ahí afuera y en letras grandes.

—El formidable diseño de cubierta^[2] para una novela en la que el «héroe» —me enteré por el texto de solapa— se bebía todas las botellas hasta el fondo sin encontrar ningún mensaje dentro de ellas, consumía todo tipo de pastillas y píldoras y sustancias controladas cada vez más incontrolables y, acaso lo más preocupante de todo: Peter Jernigan no podía dejar de ver episodios repetidos de *Star Trek* mientras se sentía atrapado dentro de *La dimensión desconocida*. Una idea de una sencillez genial que se las arreglaba para desarmar mi ya mencionada antipatía a todo retrato de personaje; porque, de acuerdo, ahí estaba la foto de Jernigan. Pero era una foto fuera de foco.

—Los *blurbs* en la parte de atrás: un cuarteto de lobos feroces que se habían especializado en hacer de la primera (y hasta de la segunda) persona del singular una rara forma de arte. La primera persona del singular como uno de esos cuchillos con los que te cortas casi sin darte cuenta en manos de monologuistas tan afilados: Joseph Heller, Barry Hannah, Jay McInerney y Frederick Exley. Me importó en especial lo que decía Heller —autor del clásico moderno *Trampa 22*, sí, pero también de la bestial y familiar y suburbana *Algo ha pasado*, para mí muy superior a su legendario debut en cuanto a que *Jernigan* te enganchaba desde la primera frase y no te daba ganas de soltarlo. O de que te soltara hasta el final.

Así que leí la primera oración y, sí, Heller tenía razón.

Y aquí estoy yo, casi dos décadas después, otra vez enganchado a *Jernigan*.

CINCO Por lo que no abundaré en detalles de la trama, en su perfecto elenco de secundarios de primera (donde destaca la criada y asesina en serie de conejos Martha Peretsky, una de esas adorables locas que parecen haber escapado de algún libro de Lorrie Moore o A. M. Homes o Mary Gaitskill, riéndose en la casa de al lado), en la sublime acidez de sus diálogos (con un regocijante uso de un turístico idioma español y en los que, por momentos, casi se oye el eco distante de risas enlatadas modelo *Curb Your Enthusiasm*), en su buen gusto a la hora de la *country music*, en el admirable uso dramático que se hace de un video de *Qué bello es vivir*, o en el tan doloroso como desopilante detalle de sus enormes y pequeños cataclismos mientras va bajando la temperatura ambiente y Peter Jernigan, cada vez más inflamable, se acerca más y más al punto sin retorno de la combustión espontánea.

Pero sí me detendré en el tono cromado con partículas de óxido y el sabor metálico que deja en nuestra boca su voz narradora —la de Jernigan— para contar una historia que no es nueva pero que, aun así, suena como si nunca la hubiésemos oído antes.

Una voz que tiene algo del ritmo sonámbulo e insomne de uno de esos *disc-jockeys* de medianoche que, de pronto, deciden dedicar toda la emisión al recuerdo de las canciones inmortales de David Ackles o Randy Newman o Warren Zevon, *songwriters* jerniganistas si alguna vez los hubo. Tipos preocupados en cantar a paisajes gótico-americanos donde, de pronto, todo es arrasado por un terremoto en el momento exacto en que un padre le dice a su hijo que «sólo quiero que sufras como yo sufro».

Una voz que recuerda a aquellas películas de los sesenta y setenta (y a los rostros entonces jóvenes pero experimentados de Alan Arkin y Elliot Gould y Charles Grodin y Donald Sutherland^[3]) con el rigor improvisador de Robert Altman o John Cassavetes pero, también, con la calculadamente imprevisible disciplina de Stanley Kubrick. Lo mejor de todos los mundos, sí.

Una voz que nos habla directamente y guiñándonos un ojo, sin anestesia, con perturbadora para nosotros e imperturbable para ella complicidad, segura de que de alguna manera —más allá de que nos cuente hasta el más mínimo detalle, como en una autopsia en vida, las cosas espantosas que hace y deshace— siempre estaremos de su lado. Porque, en alguna parte, nos gustaría *tanto* sonar *así* —ese genial ingenio que en un momento distingue entre momentos e instantes—, pero mejor no... Por lo que —seamos sinceros— no podemos sino detenemos a oírla con la misma perversa e inconfesable fascinación con que otros disminuyen su velocidad para ver más y mejor un accidente automovilístico o se ubican en las primeras filas para disfrutar de un incendio incontrolable.

Una voz que —esto me pareció (y me sigue pareciendo) muy interesante cuando lo leí en un reportaje sobre David Gates— no surgía del casi inevitable y automático reflejo autobiográfico de un primer libro, sino de otra cosa, de algo que se ubica a

mitad de camino entre la posesión y el exorcismo. Decía Gates: «Comencé a escribir *Jernigan* en 1986 y la encaré como si se tratara de un experimento. Creo que lo que quise hacer fue llevar todas mis fantasías y mis peores cualidades hasta lo más extremo y ver qué era lo que salía. El aislamiento, el egoísmo, la insensibilidad, la indiferencia, la crueldad. Todas esas cosas terribles que son inherentes e innatas en todos nosotros. No creo ser el único que piense o se sienta así. Lo que no quiere decir que *Jernigan* tenga algo que ver con mi vida real. Yo no soy ni fui alcohólico^[4]. Hay pequeños detalles míos, sí. Pero no demasiados. Pero su humor, su estado de ánimo, sí soy yo».

SEIS ¿Y quién era David Gates? Lo primero que supe por entonces y que despertó aún más mi curiosidad era que Gates había sido el primer marido de la escritora Ann Beattie. Yo ya había leído la magnífica *Postales de invierno*^[5], y me llamó de inmediato la atención la diferencia de registros a la hora de medir sentimientos. Enseguida supe, también, que el matrimonio de Gates con Beattie no había durado mucho tiempo ni terminado muy bien.

Y supe otras cosas:

Gates era oriundo de Connecticut, había nacido en 1947, el 8 de enero (fecha de aniversario que, le parecía digno de mención, compartía con Elvis Presley) y era hijo de una maestra y el dueño de un garaje y taller mecánico. Gates era hijo único y «quería ser beisbolista profesional pero no tenía ningún talento, así que acabé convertido en uno de esos bohemios de escuela secundaria: escribiendo poesía *beat* y tocando en bandas de *jazz* y *bluegrass*». Gates fue al Bard College en 1965 y fumó marihuana durante tres semestres y se fue de allí (o lo invitaron a que se fuera) y anduvo dando vueltas por Boston y Nueva York como recepcionista telefónico y taxista hasta sentirse «como un alma en pena». Gates decidió volver a las aulas en 1969 y se licenció como profesor de inglés en 1972, pero nunca concluyó su disertación final sobre Samuel Beckett (otro escritor con muchos nombres propios como títulos) a quien siempre ha considerado su héroe literario^[6]. Gates se deprimió, dejó de interesarle la vida académica y ese mismo año se casó con Ann Beattie^[7], languideció en una casa alquilada de su región natal, intentó escribir y publicar y dibujar y ofrecer, sin resultados, su material a diferentes publicaciones, volvió a colgarse la guitarra para tocar música de los Apalaches en fiestas y bailes, y un día de 1979 un vecino le comentó que había una plaza de redactor en la revista *Newsweek*. Gates se presentó y consiguió el puesto de contestador de cartas de lectores^[8]. Pronto, Gates comenzó a pasar de departamento en departamento hasta convertirse en redactor jefe y en una de las firmas más respetadas en la sección de libros y música, donde destacaría, años después, como uno de los entrevistadores de cabecera de Bob Dylan y autor de piezas polémicas y muy comentadas como «La paranoia del macho blanco: ¿Somos las nuevas víctimas o simplemente malos chicos?» que, seguro, Peter

Jernigan leyó con sonrisa torcida de regreso a casa y dónde era que estaba mi casa, se pregunta Peter Jernigan. En 1980, Gates comienza a escribir ficción «en serio», abandona una novela de quinientas páginas que «vaya a saber uno de qué trataba» y —luego de publicar varios relatos muy bien recibidos en *Esquive* y *Ploughshares*— arranca con lo que será *Jernigan*.

Publicada en 1991, la novela es celebrada en todas partes^[9] y queda finalista del Premio Pulitzer de ese año.

SIETE Desde entonces y hasta ahora, David Gates —quien no ha dudado en definirse como «un escritor poco dispuesto» al que le gusta tomar notas en el metro—^[10] no ha publicado mucho más; pero todo lo que ha publicado es tan bueno como *Jernigan*.

En 1998 presentó su segunda novela: *Preston Falls*. Otra portada desenfocada y otro héroe/bomba de tiempo en caída libre: Doug Willis, quien un día decide dinamitar su matrimonio, olvidarse de una hija adolescente que considera racista *El señor de los anillos*, dejar su trabajo como relaciones públicas y desaparecer por dos meses para restaurar su casa en Preston Falls, tocar la guitarra con los muchachos del bar cercano, meterse polvo de marchar boliviano por la nariz y empezar a preguntarse qué se sentirá al atropellar con su camioneta a esos escolares que cruzan la calle. Por fortuna, el personaje y contrapunto lúcido de Jean Willis —esposa y diseñadora gráfica en Nueva York— nos da un respiro. Pero es un respiro breve y, seamos sinceros, sólo queremos volver y saber en qué anda o desanda Doug. *Preston Falls* recibió una vez más grandes reseñas, y fue finalista del National Book Critics Award.

Y en 1999 llegó su primera y magistral colección de relatos y —más allá de numerosas críticas de libros para *The New York Times* y prólogos para libros que van de Jane Austen y Charles Dickens^[11] a Donald Barthelme; que yo sepa no hay noticias de nada nuevo en el horizonte— su último libro hasta la fecha: *The Wonders of the Invisible World*. Con otra portada de Chip Kidd: foto, esta vez, en foco; pero mujer con la cabeza cortada por el encuadre. Otra vez, aquí no hay nada perfecto salvo el talento para perfeccionar las imperfecciones de la vida. Cuesta elegir uno entre ellos, son todos excelentes (y en ellos volvemos a encontrarnos con los nombres propios, la inconfundible primera persona del singular y la voz como estado de ánimo) pero, puestos a mencionar uno, me quedo con «Beating» y con una frase tan gatesiana, tan jerniganiana: «Mi primer pensamiento del día es: *Y se supone que somos buenas personas*».

OCHO Y está todo dicho, creo.

RODRIGO FRESÁN

Jernigan

Gracias a Dave Friedman por su pericia informática, a Marjorie Horvitz por el rigor con que ha corregido el texto y a Garth Battista por lograr que todo resultara sencillo.

Gracias a Dolly Fried por la descripción de la supervivencia que ofrecía en *Possum Livings* libro que, lamentablemente, está descatalogado.

Y gracias a todos los que me han enseñado, han creído en mí y me han sacado las castañas del fuego: Sam Seibert, Patrick McKiernan, David Spry, Douglass Paige, J. D. O'Hara, Madeleine Edmonson, Meredith White, Sarah Crichton, Amanda Urban y Gary Fisketjon. Y, sobre todo, a Gene y Helen, a Ann y a Elizabeth. Y a Susan.

U_{NO}

Acabé conduciendo toda la noche. La nevada amainó al cabo de un rato —aunque lo más probable es que hubiera dejado atrás la tormenta— y me limité a ir tirando. Paré a echar gasolina en la salida de la interestatal y entonces cogí la autopista; mientras amanecía, atravesé bosques y campo abierto y pueblecitos desiertos. Campanarios. El primer humano llevaba una chaqueta de cuadros roja y se encorvaba para rascar el hielo del parabrisas mientras, a la luz del primer sol de la mañana, formaba nubes con el aliento. Faltaban dos pueblos. Luego, en el centro del segundo, giré a la izquierda a la altura de la iglesia y seguí derecho durante unos ocho kilómetros. Y hacia las ocho o las nueve llegué por fin ahí donde te desvías para ir al campo de la caravana de Tío Fred, que no es más que un hueco entre las vallas. El sol ya cegaba por entonces: cielo absolutamente azul y nieve a mi alrededor. Cuando apagué el motor, silencio absoluto. Con el coche no podía pasar de ahí: la quitanieves no había llegado hasta el prado de la caravana. Así que me arrimé al arcén tanto como pude y rasqué la puerta del copiloto contra el montón de nieve. Y pensé: «Antes de que vuelva a nevar, más vale que despejes la nieve del camino para poder salir a la carretera. Si no, cuando la quitanieves vuelva a pasar por aquí, no sé yo...». No vale la pena seguir pensando.

Abrí la portezuela del coche y Dios, qué frío. Quedarían dos dedos de ginebra en la botella, pero luego pensé: «No, guárdatela para cuando hayas encendido la estufa y la caravana esté bien calentita». Me la había bebido toda de camino, solo había dejado esos dos dedos. Iba bebiendo por ir bebiendo. Total: más borracho no acabaría. Ni menos, supongo. En teoría, estar a la intemperie borracho no es una buena idea, es un error muy extendido. Que te mantiene caliente. Ese es el error muy extendido, quiero decir. Esperaba encontrar leña y algún papel para que el fuego empezara a tirar, y algo para prenderlo sin tener que ir haciendo astillas de los troncos. Eso si no habían robado la maldita estufa. Encender la estufa y tragarme otros cinco paracetamoles con lo que me quedaba de ginebra, tío, y dormir el sueño de los justos.

Si Danny hubiera venido conmigo —solo me había faltado pedírselo de rodillas —, él podría haber ido sacando nieve mientras su viejo cargaba la leña y encendía el fuego para que la caravana estuviera calentita cuando él entrara y mientras calentaba una lata de alubias, si es que había alguna. Le habría dejado dormir durante todo el camino y luego se habría quedado despierto para ir avivando el fuego mientras su viejo se echaba un rato. Pero claro, ¿para qué quedarse despierto? Para ensayar un rato con la guitarra, supongo. Podría enchufarla al Rockman para no despertar al viejo. Bueno, vale, perfecto, ¿y al cabo de dos horas? Mejor que no hubiera venido.

La caravana quedaba a casi un kilómetro de la carretera que llevaba al pueblo, en un sendero lleno de surcos. Aunque con esa nieve solo se veía un claro entre los abetos o lo que fuesen. Pinos normales y corrientes, probablemente, pero no podía sacarme a Wallace Stevens de la cabeza:

Gritos de los pavos reales...

El color de los abetos...

... o lo que fuera. El poema de los pavos reales y los abetos. Entonces traté de inventarme un chiste: un tipo dice «dame diez pavos», y el otro, «no, que se asustan y gritan»; y el primero dice «¿por qué?», y el otro, «porque les das pavor». Vaya vida interior, tío. A eso se reducía mi mundo ahora. En todo caso, cogí una caja de cerillas que tenía en el salpicadero, me bajé del coche, me cargué la mochila al hombro, logré alcanzar la maleta del asiento de atrás y traté de que pasara entre los dos de delante mientras iba dando golpetazos contra el cambio de marchas y el volante. Y pensaba: «Mierda, ¿no habría sido más fácil agacharse y darle a la palanquita para inclinar el asiento del conductor hacia delante?».

Y fui caminando por donde sabía que discurría el camino, hasta las rodillas de maldita nieve. Notaba cómo se me colaba por los zapatos, pero al menos nadie había pasado por allí: la superficie blanca que tenía ante mí se veía completamente lisa, y tan resplandeciente que la sombra que daban los árboles me aliviaba los ojos. En ese preciso instante, deseé —aunque tal vez desear resulte exagerado— que volviera a caer una tormenta de nieve que borrara mi rastro. Y todo estaba tan tranquilo, aquí... A medio camino, entre los abetos (sigo a lo mío y los llamo «abetos»), me detuve, dejé que mi respiración recuperara su ritmo normal y luego, tras exhalar, contuve el aliento y me sumergí en un silencio abismal. Aunque no puedes llegar demasiado abajo antes de tener que tomar aire, claro está, y vuelta a la mecánica de toda la vida, al uno-dos-uno-dos, inspira-espira-inspira-espira. Así que volví a soltar aire —la nube enorme quedó suspendida durante unos instantes— y me interné de nuevo en la blancura.

Al final de la pendiente ya no había árboles. Tenía ante mis ojos un campo nevado; en áreas no sé cuánto haría, pero tendría el tamaño de dos campos de fútbol americano. Hace tiempo, en ese terreno alguien cultivó maíz. En ese rincón del mundo solían dejar que las vacas pastaran en las laderas y plantaban maíz en el llano, y todavía hay quien lo hace. Un apunte de cultura popular, por si alguien piensa «Mira el Jernigan este, el jodido, siempre a lo suyo sin enterarse de nada». A mi alrededor, colinas pobladas de árboles de hoja caduca, todos pelados, y de otros de follaje oscuro, los perennes. Recordaba a la perfección el contorno de las colinas. Al otro extremo del campo, casi en el bosque, esperaba la caravana de Tío Fred. El azul se había desvaído, la nieve, que llegaba a la altura de la manija de la puerta, había formado en el techo una joroba blanca, y por una ventana asomaba el codo del tubo de la estufa. La caravana parecía flotar, igual que un trasatlántico en el océano. ¿Mar

blanco? ¿Trasatlántico azul? Bueno...

En vez de acortar por el campo y dejarlo todo hecho una mierda, di un rodeo por el linde del bosque. Cuando llegué a la caravana vi que había unos leños apilados bajo el tejadillo de la parte trasera: un tejado de uralita verde apoyado en viguetas de madera. La pila de leños —cortados en cuñas perfectas que las inclemencias del tiempo habían pulido— me llegaba a la cabeza y ocultaba la caravana, aunque la puerta trasera quedaba despejada. Hacía tiempo que había dejado de burlarme de la naturaleza previsor de Tío Fred —mentira, seguía burlándome de él—, pero en ese preciso momento empecé a rezar: «Dios, te ruego que bendigas a Tío Fred y te doy las gracias, Dios». A rezar como un crío de cinco años. ¿Una bendición? Venga ya... Imagínate a alguien con ese montón de trastos cargados a la espalda, y otro, y otro más.

Salí del bosque y llegué a la puerta trasera a través del campo nevado. Me quedé debajo del tejadillo, bajo la sombra verdusca, oliendo ese aroma de madera agrio y delicioso. Luego traté de abrir la puerta. La llave no estaba echada, Tío Fred ya lo había imaginado. Entré; como no daba el sol, hacía más frío aún y olía a humedad. Y lo primero que vi fue mi querida estufa metálica, igual que un sacapuntas gigante en posición vertical. El tubo, que seguía montado, atravesaba la chapa de metal galvanizado de la ventana para dar al exterior. Y justo al lado de la estufa, la vieja leñera con unos pocos maderos y ramas rotas y enmarañadas. Y un año entero de dominicales del *Times* apilados. Gracias, Dios. Y las cerillas en el bolsillo de los pantalones. Palpé para asegurarme.

Estoy en deuda con Tío Fred por todas las gestiones que ha hecho para que me ingresen aquí. Y por llamar a la policía del Estado, que me sacó de la caravana y me llevó a toda prisa al hospital. De eso no me acuerdo, aunque tumbado en la camilla iba hablando entre dientes, según parece. No llegaron a tiempo de salvarme el pulgar y el índice —el cirujano estuvo a punto de proceder con la mano entera (esto es, de amputarla)—, pero la esencia del hombre la dejaron intacta, y así sigue. Y eso es lo que importa, ¿no? La esencia. Jernigan.

Pongamos que empiezo explicando que Tío Fred no se llama Fred y que no es mi tío. Así voy alargando un poco. Se quedó con ese nombre porque le pegaba, aunque ahora no vayáis a buscar una historia enigmática: tan sencillo como que en su primer año de universidad ya se parecía al tipo ese de la serie de Lucille Ball, William Frawley. Aunque él decía que a quien se parecía era a Edmund Wilson. De nuestra planta, yo era el único que sabía que Edmund Wilson era un crítico literario. A Edmund Wilson, de hecho, lo convencieron una vez de que fuera a una de las inauguraciones de mi padre y dijo que su obra era un timo. O al menos eso es lo que un amigo común tuvo a bien contarle a mi padre. Aunque, cuanto más lo pienso, más dudo de que se tratara de Edmund Wilson, que seguro que en realidad habría protagonizado una anécdota distinta. Pero bueno, cuando estaba en el instituto me compré la antigua edición en rústica de *El castillo de Axel* —la de la editorial Scribner, la de las tapas grises— y traté de leerlo. Y así fue como Michael Warriner y yo nos hicimos amigos.

En otras palabras: la historia se remonta a antes de que se inventara la mierda esa de Tío Fred, la gilipollez con la que se anda ahora, que no hay manera de sacarle ni media palabra con sentido. Pero le veo la gracia, claro: incluso con drogas, él, impermeable a todo, siguió siendo Tío Fred, hecho que suscitaba tanta envidia como desprecio.

Y ahora, el origen del nombre. Durante nuestro primer año en la universidad nos fuimos en tren hasta Connecticut para pasar las vacaciones de Navidad con su familia. Ese fue el año que mi padre estuvo en México. (Por aquel entonces mi madre ya había desaparecido del mapa, claro está). Un crío y su madre se subieron al tren, en Bridgeport, creo que fue, y el crío empezó a correr hacia Michael con los ojos como platos gritando «¡Tío Fred! ¡Tío Fred!». Su madre trataba de hacerlo entrar en razón, pero no había nada que hacer. Llevaba un abrigo verde hierba con botones muy grandes, la recuerdo como una señora de mediana edad con aspecto cansado, aunque, ahora que lo pienso, ni siquiera tendría la edad que tengo yo ahora. ¿Os

acordáis de la canción de la mujer vulgar y coqueta que aparentaba unos treinta?^[12] Entre lo que la letra significaba para mí entonces y lo que significa ahora media un abismo. Pues con la señora, lo mismo.

—Lo siento muchísimo —dijo la mujer—. Cree que eres su tío Fred.

—Ya nos lo parecía —respondí, universitario repelente.

—Timmy, este hombre no es el tío Fred. Es que su tío Fred... —ahora solo podíamos leerle los labios— murió. Tratamos de explicárselo, pero no lo entiende. Lo entiende y luego se le olvida.

—Tiempo —respondió Michael—. Con el tiempo, estas cosas se aclaran.

Llevábamos un buen pedo.

—Ese es el problema —dijo la mujer—. Creo que tienen que crecer un poco para entender las cosas. Cuando crecen sí que son capaces de entender. Pero ¿un niño pequeño?

Movió la cabeza en silencio y Michael también la movió. Habían llegado a una conclusión acerca de la naturaleza humana. Y a partir de aquel momento Michael se quedó con lo de Tío Fred.

El verano de nuestro primer curso en la universidad, Tío Fred, un chico que se llamaba Kenny Angleton y yo alquilamos un apartamento en la calle Diez Este que costaba setenta dólares al mes. Angleton iba con gafas de sol graduadas de montura metálica redonda, tanto en casa como en la calle, y siempre llevaba tejanos negros y jerséis de cuello alto también negros. Por mucho calor que hiciera —y el apartamento estaba en el último piso, justo debajo del tejado— nunca se subía esas mangas largas que ocultaban unas inexistentes marcas de pinchazos. El día que nos mudamos al apartamento, se fue a la calle Catorce y se compró un par de botines negros muy puntiagudos y de tacón cubano. Los tacones estaban hechos de algo que parecía cartón y acabaron gastados al cabo de una semana, así que una noche, hacia las cuatro de la madrugada, Angleton compró un tarro de crema de cacahuete en la tienda 24 horas y lo lanzó contra el aparador del establecimiento donde le habían vendido los botines. O, al menos, eso nos contó. Habíamos estado esnifando mezedrina, así que cuando volvió a casa no había nadie acostado. Temblaba y preguntaba si se podría identificar las huellas dactilares de alguien a quien no se las han tomado nunca. Poco tiempo después consiguió hacerse con un trasto para chutarse; se pasó una semana entera sacándolo y volviendo a guardarlo, limitándose a esnifar, como siempre. La primera vez que trató de pincharse lo miré hasta que me entraron náuseas pensando que si a él le salía tal vez yo también podría probar. No paraba de darse golpecitos con la punta del dedo para no hacerse daño, pero luego perdió la paciencia y, con un aullido, hundió la aguja cosa de un centímetro.

Aunque Tío Fred y yo nunca lo confesamos, decidimos pasar una temporada en la casa de Connecticut de sus padres para escapar de Angleton y del personal que solía traer por el apartamento. En Guilford había carreteras secundarias que recorrer en el Buick del padre de Tío Fred con la radio a todo volumen: aquel fue el verano de

«Hanky Panky» y «Wild Thing». No la «Wild Thing» de ahora, la del tío que se pasa la canción rapeando, sino la auténtica «Wild Thing», la del chico que cree que la chica le gusta, pero no está seguro del todo^[13]. Bosques en los que pegarse buenos viajes, un parque por el que dar vueltas y vueltas y más vueltas en busca de chicas, la playa de Hammonasset, que quedaba a dos salidas del peaje, hacia el norte; y a otras dos salidas, hacia el sur, New Haven, con el cine y la tienda de discos de Cutler. Y la hermana de catorce años de Tío Fred, a la que siempre encontrábamos en casa cuando volvíamos: lo bastante guapa como para pasarme el día fantaseando, y lo bastante joven como para no hacer nada al respecto.

Todavía estábamos en Guilford cuando al padre de Tío Fred le concedieron un fin de semana largo porque había tenido que trabajar el Cuatro de Julio. Quería pasarlo en la caravana que tenía en Nueva Hampshire, construyendo un cobertizo para proteger la leña. (Sí: el mismo tejadillo, la misma uralita verde). La señora Warriner dijo que mejor haría ocupándose del baño y que con tanto martillazo iban a darle unas jaquecas terribles y que no tenía ningunas ganas de acampar en la guarida de Robin Hood. Tal vez a Michael y a su amigo les gustaría acompañarlo y echarle una mano, así Diane y ella se quedarían de guardia en casa y podrían organizar una fiesta solo para chicas.

—Mierda —le dije a Tío Fred cuando estuvimos a solas. Ese fin de semana teníamos que quedar con una chica de Clinton y una amiga suya cuyos padres, nos dijeron, la habían dejado sola en casa.

—Nueva Hampshire está bien —respondió—. De verdad, te lo prometo. El viejo enreda con sus cosas, va a lo suyo sin enterarse de nada.

De todos modos, no tenía elección. Mi padre había vendido la casa en The Springs —la regaló, prácticamente, por veinticinco de los grandes— y mientras estaba en México realquilaba el apartamento de la calle Barrow. O me quedaba con Tío Fred, o de vuelta a la calle Diez para encontrarme con Angleton sentado en su colchón con las piernas cruzadas y haciendo el gilipollas con la jeringa, fumando Camels, rascándose y meneando la cabeza mientras escuchaba *soul* en la WWRL.

El viernes por la tarde bajamos por la rodera dando botes y levantando una nube de polvo a nuestro paso; luego atravesamos el campo flanqueados por tallos de algodoncillo y solidago que rozaban las ventanillas del coche. Por la hierba que rodeaba la caravana —más que hierba, hierbajos, dientes de león y llantén, con esas hojas peludas de color verde pálido— habían pasado el cortacésped. Era una vieja caravana blanca normal y corriente, plantada en un extremo de la pradera. (No la pintaron de azul hasta al cabo de muchos años, después de que la señora Warrimer falleciera y Tío Fred la heredara). Un bloque de hormigón hacía las veces de escalón de entrada. La parte trasera de la caravana lindaba con el bosque, y sobre las copas de los árboles se alzaba una colina cuyo perfil recordaba al del viejo Studebaker que conducía el abuelo Jernigan: pico romo, pendiente suave a la derecha y una caída abrupta a la izquierda que se asemejaba al parabrisas de un coche avanzando hacia la

derecha, la dirección del tiempo. A este tipo de colinas —lo recordaba de las clases de geología de octavo— se las conoce como «formaciones aborregadas». Al cabo de muchos años, cuando Judith y yo ocupamos el apartamento de la calle Barrow, llegamos a casa del supermercado una tarde y vimos un extraño desfile en la encimera de la cocina: cucarachas en fila india. «Vaya, vaya —dije, siempre tan gracioso—, una formación aborregada». No lo pilló. Y yo pensé: «Bueno, otro detallito más».

Pero estamos saltando de una cosa a la otra y perdemos el hilo. Y no es que a mí me importe, al contrario. En fin.

En aquella época no tenían electricidad en la caravana, tan solo lámparas de queroseno y una nevera portátil. Y como el desagüe del baño todavía no funcionaba, había una caseta con el escusado fuera. A mí me tocó el cuartito diminuto de Diane, y recuerdo que abrí el cajón de su cómoda para registrarlo y estuve mirando su ropa interior y luego me avergoncé. Cuando todos se hubieron acostado, me coloqué ahí, solo, consciente de lo cerdo que era por no compartir el porro con Tío Fred. Tuve la precaución de encendérmelo al lado de la ventana y de echar el humo por la persiana de aluminio. Luego, con esa luz tenue y amarillenta, traté de leer el libro de Wallace Stevens que me había llevado hasta que el nombre de Wallace empezó a parecerme gracioso: Wallace Wallace Wallace Wallace Wallace.

Los Warriner tenían un juego de croquet y un bote de remos con el casco de aluminio que llevaban hasta el lago, a cosa de kilómetro y medio por la carretera del pueblo, montado en la baca del coche. Y también tenían un Winchester de palanca, un rifle antiguo de los que salen en los *westerns* de la tele. Dejaban todos sus trastos en la caravana: en esos tiempos no había problemas, nadie entraba a robar. El sábado por la tarde el señor Warriner aparcó las obras del tejadillo y nos dedicamos a beber cervezas de la nevera portátil y a probar puntería con el Winchester y las latas vacías; el eco de los disparos rebotaba entre las colinas. Como trabajaba en un taller de maquinaria, me lo había imaginado como un auténtico nazi, pero resultó ser un buen tipo, el señor Warriner. Esa noche nos llevó a un bar, una pequeña construcción de bloques de hormigón al lado de un enorme aparcamiento de grava. Ese día tocaba un grupo de *country*. Nos dejaron pasar —a Tío Fred y a mí— sin que tuviéramos que enseñar nuestra identificación. De haber estado los dos solos, nuestras melenas nos habrían traído problemas, pero íbamos con el señor Warriner y él no llamaba la atención: rapado al uno y pantalones de trabajo verdes.

Cuando volvimos a la caravana estábamos borrachos y el señor Warriner se fue directo a la cama. Tío Fred y yo nos metimos en mi habitación y abrimos la última píldora de ácido que nos habíamos llevado. Dividimos el polvo con una carterita de cerillas y lo bajamos con cervezas de la nevera. Cuando el ácido empezó a subirnos, nos internamos en el bosque y empezamos a vagar a la luz de la luna llena por caminos de tierra. Teníamos la impresión de haber recorrido muchos kilómetros y sentíamos la tierra aún caliente bajo los pies descalzos. Luego amaneció y nos

zambullimos desnudos en una charca cenagosa. De la superficie se elevaba la neblina. Nadaba imaginando que mis brazos eran alas, y el agua, un aire viscoso por el que volaba a cámara lenta. No recuerdo en qué momento dejé a Tío Fred solo en el agua, aunque sabía, eso lo oía en algún rincón de mi mente —aunque también sabía que prestarle demasiada atención a tu mente no es bueno—, que dejar que una persona colocada de LSD nadara sola no era muy recomendable. Caminé desnudo sobre la hierba húmeda por el rocío; confiaba en experimentar algo parecido a una regresión al estado primigenio del hombre, pero en realidad lo único que hice fue temblar y preocuparme. ¿Y si justo a esa hora de la mañana el ángulo de incidencia del sol hacía que sus rayos me atrofiaran la polla? ¿Y si me la picaba algún bicho? Luego me entró miedo de que Tío Fred se hubiera ahogado y corrí hacia la charca. Resultó que la tenía a diez pasos: en realidad, la música que había estado oyendo y que, pensaba, no era más que una agradable alucinación, venía de Tío Fred, que estaba cantando arpegios —la la la LA la la la— y llevando el ritmo con la mano, golpeando la superficie de la charca fascinado por los ecos. Había muchos ecos, muchísimos. Le dije a Tío Fred —y yo no tenía intención alguna de adularle— que era la música más increíble que había oído en mi vida, más increíble que la de Mahler, por decir. Por qué pensé en Mahler, no lo sé. Luego conseguimos regresar a la caravana mientras el sol transformaba el rocío de la hierba en diamantes y nos las apañamos para evitar al señor Warriner hasta que se nos bajara lo bastante como para poder dormir; tuvimos que esperar hasta media tarde.

Fin de la evocación.

Me desperté con frío en medio de una luz grisácea. Mientras yo perdía el día entero durmiendo en el suelo de esa caravana de mala muerte que apestaba a humedad, el fuego se había apagado. Me saqué las manos de debajo del sobaco y me las puse en la cara; la tenía muy fría, sobre todo la nariz. Lo único que conseguí fue que se me enfriaran las manos. Como la izquierda todavía me dolía un huevo, me pregunté — estaba suficientemente despierto como para pensar un poco— si no habría sido el dolor, y no el frío, lo que me había despertado. Aunque también podría tener la culpa otro dolor: la migraña que me taladraba el ojo derecho. Eché a un lado las mantas, me embutí en mi abrigo congelado y me puse en pie para librarme del frío del suelo. Lo mejor sería arrastrar un colchón hasta aquí: mi humilde plan para adelantarme a los acontecimientos. Encendí la lámpara de pie de al lado del sofá, pero la hijaputa no daba luz. Levanté la pantalla e incliné la cabeza: sí que tenía bombilla. Tiré de la cuerda que colgaba del anillo fluorescente del techo de la cocina: tampoco funcionaba. Por lo que parecía, en la caravana no había electricidad. En la encimera de la cocina vi un quinqué al que no le quedaban más que un par de dedos de queroseno. La mecha estaba hecha una mierda, pero no me apetecía ponerme a buscar unas tijeras que al final ni encontraría, así que encendí la cosa esa y funcionó bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. En el bolsillo del abrigo encontré el frasco de paracetamol. Solo quedaban cuatro. Pues a la mierda. Y me los tragué todos de golpe. Pero me atraganté, los sentía encallados en la garganta, así que salí por la puerta de atrás y me arrodillé junto a la pila de leños y tragué nieve hasta que noté que las jodidas pastillas se despegaban y bajaban. Miré hacia arriba y, tras la colina Studebaker, vi un último latido de sol: desapareció al cabo de un instante y el aire se volvió todavía más frío, aunque es probable que todo fueran imaginaciones mías. Entré cargado con algunos troncos y por fin conseguí que la estufa tirara.

Y entonces me quedé sin saber qué hacer.

Traté de sentarme en sitios distintos: el sofáapestoso, una silla de cocina pintada de rojo, una butaca que también apestaba cubierta con una vieja tela marrón de flores o gambas o algo así. Lo que pasaba es que yo no sabía estar quieto. Me levanté y, por el pasillo, llegué a la habitación que antes ocupaba Diane. Hacía años que se había casado con no sé quién y se habían hecho una casa en una isla por Seattle y ahí siguen, que yo sepa. Como si me importara una mierda. En la pequeña cama de madera de arce de la habitación había un colchón de rayas, de esos viejos con botones cosidos. Lo cogí de las cintas, lo cargué por el pasillo y lo dejé al lado de la estufa. Cuando cayó al suelo, levantó polvo. Me tumbé en el colchón sin quitarme el abrigo.

Me puse de lado. Boca arriba. Cambié de lado. Boca abajo. Hasta aquí las distintas posibilidades. Pero no conseguía dar con una postura en la que me sintiera totalmente horizontal. Me levanté otra vez para buscar algo que leer y en la repisa de debajo de la mesa que quedaba a un lado del sofá encontré unos libros, libros que años atrás al señor y a la señora Warriner debieron de parecerles lectura ligera para las vacaciones: Thorne Smith, Agatha Christie, P. G. Wodehouse, volúmenes con tres aventuras de Ellery Queen cada uno. Aunque la selección también podía ser cosa de Tío Fred, se apreciaba su mano: libros que constituían una parodia de la lectura ligera ideal para un fin de semana en el campo. Así que cogí el libro de P. G. Wodehouse y me lo llevé a la butaca. Sentarse en la caravana y sentirse transportado al castillo de Blanding. Como si fuera tan fácil.

Bueno, conseguí aguantar con P. G. Wodehouse durante unas dos frases.

Luego me entró miedo de que sonara el teléfono. Era de esos antiguos, de los que no se pueden desenchufar. No era de los de clavija extraíble, vamos. Levanté el auricular para ver si había línea: tampoco. A ver, pensemos un poquito: ¿Tío Fred iba a dejar el teléfono con línea para que alguien le forzara la puerta de la caravana —ni eso hubiera hecho falta, por todos los demonios, con abrir la puerta bastaba— y se pusiera a llamar como un loco? ¿Con una factura que pagaba él? También había cortado la electricidad. Por si alguien se instalaba en la caravana con estufas eléctricas o algo así.

Pensé en buscar un cazo para llenarlo de nieve y derretirla en la estufa, como si estuviera en una expedición al Everest. Ahí tenéis: datos, el mundo real, lo que la gente hace en el Everest. Ya estoy harto de tener que oír la mierda esa de que Jernigan va a lo suyo y no se entera.

También pensé en tratar de encontrar hojas para escribirle a mi hijo y pedirle perdón. Sin entrar en muchos detalles, que lo que cuenta es la intención. Pero ¿qué se le dice a un hijo cuando ya le has pedido perdón? ¿Que te comprometes a enmendarte? Como si os estuviera viendo: Bien, muy bien, vas mejorando.

Y luego pensé en postrarme en aquel mismo instante en el suelo y rezar para que me sometieran. En caso de que al personal todavía fueran sometiéndolo, claro está. *No se haga mi voluntad sino la tuya*. No sé a qué me estaría aferrando yo en aquel momento; a lo que me aferró ahora, probablemente. Los de rehabilitación siempre me dicen que tengo que superarlo. Aunque, en realidad, ya lo superé en una ocasión —esto no se lo he contado a ellos—, hace muchos años. Casi lo dejé; entonces me ventilaba una botella al día, una botella de lo que fuera. Con Danny berreando todo el rato por cualquier cosa, las paredes del apartamento de la calle Barrow se me caían encima. Y un buen amigo de mi padre —un escultor— me llevó a sus reuniones de Alcohólicos Anónimos. Años atrás él le había sugerido a mi padre que también lo acompañara (imaginaos). Total, resulta que un día entré en el taller del tipo cuando no estaba y me desplomé en el suelo, inconsciente. Llegado a ese punto, estaba dispuesto a intentar lo que fuera. Quería darme una oportunidad porque estaba asustadísimo —

ni me acordaba de cómo había entrado en su taller— y también por Danny, que nunca pidió que lo trajeran a este mundo. Los de AA me decían: «No lo dejes; funciona». Funcionó, funcionó. Y ahí estaba yo: de pie, cogido de la mano, formando un corro y rezando el padrenuestro, que de niño nunca me aprendí porque Francis Jernigan era un Ilustrado y mi madre no se desviaba un milímetro de las directrices del Partido. Así que me enamoré del padrenuestro de inmediato, naturalmente. Pero al cabo de un tiempo lo que pedía empezó a asustarme: «¿Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores?». Y aquí se colaba, podía oírlo, «en la medida de lo posible»: el truco, la trampa concebida para alejarme del perdón para siempre. ¿Y estaría realmente preparado para que viniera a mí su reino? No podía dejar de imaginar una tormenta nuclear de dos pares de cojones. Y cada vez me apetecía menos que me alejara de la tentación, por supuesto. Decidí limitarme a: «Padre nuestro que estás en los cielos, danos hoy nuestro pan de cada día y líbranos del mal, amén», pero luego sospeché que incluso ahí habría truco, que Dios se lo tomaría al pie de la letra y lo único que comería sería pan. Aunque para entonces ya pensaba: «A la mierda, ya lo tienes controlado, ¿qué problema hay?». Y empecé a tomarme una cerveza de vez en cuando y vi que no pasaba nada terrible. Así que me dije: «¿Por qué no te callas la boca y confías en apañártelas?».

Aquí detestan esta actitud, la odian.

Pero ¿quién no confía en apañárselas, en librarse por los pelos? ¿Tío Fred? Muy bien, dejad que os cuente una cosa de Tío Fred. ¿Sí? Bien, volvamos al Verano del Tripi (segunda parte): Nos pasamos la noche en vela colocadísimos y tal y cual y volvemos a la caravana por la mañana y etcétera, esa parte os la sabéis. Y entramos en el cuarto de Tío Fred. Aunque el ácido empieza a bajar, aún tardaremos varias horas en poder dormir, y mientras fuera cantan los pajaritos Tío Fred se pone a contarme con todo detalle cómo piensa suicidarse. Subirá aquí en invierno, se internará en lo más profundo del bosque, donde nadie pueda oírlo, se encadenará a un árbol y luego arrojará la llave a la nieve. ¡Tiene la cadena y el candado guardados debajo de la cama! Levanta la manta y los arrastra hacia fuera para enseñármelos. Así que recordadlo bien cada vez que Tío Fred salude a alguien con un «Alto. ¿Contraseña?» o con cualquier otra gilipollez campechana de las suyas.

Y por si pensáis que eran cosas de la adolescencia, ahí va otra historia de Tío Fred. Hace dos veranos fui a pasar un fin de semana en la caravana. O fue hace tres veranos, no sé. Lo que sí sé es que Judith aún vivía, porque recuerdo lo dispuestos que estuvieron Tío Fred y Penny a tragarse la trola penosa que les conté: que Judith había decidido quedarse en casa con Danny en el último minuto. Por aquel entonces Tío Fred había equipado la caravana con un nuevo extra: un loro y un montón de casetes de Merle Haggard y George Jones. Música *country* en la caravana: si conocierais a Tío Fred, sabríais que aquello era una gran parodia de esa idea según la cual todo encaja (aunque la música *country* estaba empezando a gustarle de verdad). Penny ya se había acostado y estábamos sentados fuera, los dos, bebiendo Jack

Daniel's bajo el matamosquitos eléctrico. No se veía más luz que la de la bombilla morada y la de la luna brillando sobre la colina. Estrellas. Habíamos sacado el loro. Y cuando Merle Haggard cantaba una canción sobre el test de Rorschach que le había dado un loquero, cuyas manchas, todas, le recordaban a corazones rotos —me pareció una imagen un poco forzada—, Tío Fred anunció que él, Tío Fred, era un apóstrofo. Pensé que lo que quería decir era «apóstata» y le pedí que me lo aclarara. «Es como si yo sólo sirviera para indicar que falta algo», me contestó. Luego se inclinó y vomitó. Cuando volvió a erguirse se limpió la boca con la mano y me suplicó que fuera a buscar una pala y tapara el vómito para que a la mañana siguiente Penny no descubriera nada. Hice lo que me pidió, por supuesto.

Bueno, ahora ya no había rastro del loro. O se lo habían llevado los ladrones, o Tío Fred lo tenía en la ciudad. Pero cuando volví a sentarme en el sofá noté algo; metí la mano debajo y encontré la caja de plástico vacía del casete de *Serving 190 Proof* y me entraron ganas de oír la voz de Merle Haggard. A menos que lo hubiese dejado en el coche, el Walkman tenía que estar por ahí. Pensé en levantarme y empezar a revolver entre los cojines del sofá para buscar el casete, pero luego caí en la cuenta de que lo que estaba haciendo era querer algo. Y sabía que después de una cosa vendría la otra, y querría algo más, y otra cosa, y luego otra. Y, para mí, eso era lo último.

Dos

El Cuatro de Julio estaba aquí otra vez. Ya a esta hora, las once de la mañana, se oían petardos. Por la noche los fuegos artificiales estallarían sobre el lago entre los aullidos de los perros.

Hoy hará un año que Judith murió.

Para conmemorar la fecha, iba a cortar el césped y mirar el partido de los Yankees. A partir de ahí ya me organizaría la noche. Suena mal, lo sé. Vale. ¿Y qué os parecería apropiado? No tenía ni una tumba que visitar. Según su hermano Rick, en una ocasión Judith dijo que quería que cuando muriera esparciéramos sus cenizas en el cabo de Montauk. Si Judith dijo una cosa así es que debía de estar borracha como una cuba. Y eso suponiendo que Rick no se hubiera inventado la historia. Pero, una vez la hubo contado, no nos quedó más remedio que hacerlo. Vaya día, el que subimos al cabo de Montauk para esparcir las putas cenizas. Fue al día siguiente del funeral. Tuvimos que recorrer la playa durante un kilómetro y medio con la caja de cartón, buscando un lugar en el que no hubiera cien personas tumbadas sobre sus toallas observando nuestras operaciones (que, por si fuera poco, eran ilegales, creo). Solo estábamos Rick y yo. Me pareció que eso Danny podía ahorrárselo: la tranquilidad con la que se lo estaba tomando todo me daba un miedo de cojones. Cuando encontramos un lugar ya habíamos dejado el cabo Mountak bastante lejos. Incluso abrir la caja resultó más complicado de lo que parecía —terminé cortando la cinta adhesiva con el destornillador portátil del llavero— y, además, las cenizas no se esparcieron mucho, que digamos, porque quedaban pedacitos de huesos y cosas así y nadie quería tocarlos con la mano. Así que me limité a lanzarlas hacia el mar, y las más livianas, las más ceniza-ceniza, se las llevó el aire y terminaron formando un montoncito en la parte mojada de la arena, adonde no llegaban las olas. No sabíamos si la marea estaba subiendo o bajando; si bajaba, la cosa esa se quedaría ahí durante once horas. ¿O eran veintitrés? Así que con el canto de la mano fui apartándolas hacia los lados y terminaron desperdigándose y nos largamos.

En fin.

Entré en el garaje para sacar el cortacésped y vi la vieja guadaña de mi padre colgada de la hoja, que se sostenía sobre un gancho. No había tenido ocasión de tocarla desde que nos mudamos a esa casa, cuando clavé el gancho, colgué la guadaña y, con un dedo, detuve su balanceo. Hoy el trasto ese me dio lástima (sí, sí: estaba sublimando) y lo descolgué. Revolví buscando la piedra de afilar, escupí en la hoja y empecé a afilarla con los movimientos que mi padre me había enseñado: no se trataba de ir moviéndola de arriba abajo, sino de formar pequeñas espirales,

escupiendo y afilando. Mi padre habría aprendido esa técnica del suyo, y el suyo del suyo, y etcétera, etcétera. A menos que la hubiera leído en *Mecánica Popular* o algo así. (Le gustaba esa revista de mecánica por las fotografías de máquinas que traía y por los hombres que salían retratados en su taller, con corbata). Es muy probable que yo sea el último Jernigan con conocimientos sobre la tradición guadañil, tradición que se remonta a los tiempos en que los Jernigan no eran más que chusma desheredada que andaba por algún condado deprimente de Irlanda. Mi padre odiaba todas esas chorradas de la verde Erin y sus patriotas, ni siquiera tenía un libro de Yeats en su biblioteca. Eso era por su propio padre, el Abuelo Jernigan, que lo avergonzaba. Y de quien solo recuerdo el viejo Studebaker que conducía, el alcohol de su aliento y el rato que pasé en su capilla ardiente, asustado por si de un momento a otro el abuelo empezaba a echar humo. Y claro, mi padre odiaba la idea de tener un nieto que se llamara Danny. El nombre fue cosa de Judith, se lo quiso poner por un tío suyo que se había muerto o algo así y que se llamaba Daniel. Y a mí me daba igual un nombre que otro, o al menos me dio igual hasta que Elton John sacó la canción de la cicatriz que no se cerraba^[14], y para entonces Danny ya tendría un año. Pero bueno, mi padre solía saludar a su nieto cantando «Oh Danny Boy!» con voz de tenor, igual que Dennis Day^[15]. Y luego le extrañaba que Danny nunca fuera a verlo.

Cuando me regaló la guadaña, mi padre dijo que quería celebrar que yo hubiera recuperado el sentido común y hubiera decidido irme de Nueva York.

—Además —dijo—, ya no me atrevo a usar el jodido trasto.

Una muestra más del buen corazón que se gastaba el viejo.

—Me mudo a una casa idéntica a otros cientos de casas de la periferia de Nueva Jersey —contesté—. ¿Qué voy a hacer yo con una guadaña en un jardincito de cien metros cuadrados?

—¿Y qué haces tú tirando el dinero en una casa que no te gusta? Búscate una ganga, una casa antigua a reformar por Weschester. O por Rockland. Algo con un poco de *encanto*, por todos los demonios.

—Muy bien, perfecto. ¿Y tú has tasado alguna casa a reformar por Weschester, últimamente?

—Vale, vale. Que sea en Jersey, si no hay más remedio. Búscate algo en alguna de las calles más antiguas, aunque la casa esté un poco hecha polvo.

—Olvidalo, papá. La decadencia es lo mío.

—Te hace gracia, ¿verdad? Mira, cógela de todos modos. Es una antigualla bonita. Llévatela aunque termines colgándola en la pared y pensando en la mortalidad, por Dios. Qué demonios, cualquier día de estos heredarás mi casa, y entonces necesitarás no uno, sino tres trastos de estos para mantener el maldito zumaque a raya.

Mientras limpiaba la hoja de la guadaña con aceite de coche —el filo ya se veía plateado—, vi a Danny en la puerta, parado bajo el tejadillo del paso cubierto que llevaba al garaje.

—Papá, ¿tienes un minuto? Una canción me sale muy bien. ¿Puedo tocártela?

El aniversario de la muerte de su madre no parecía afectarlo, pero con Danny nunca se sabía. Si lo había olvidado —¿cómo iba a olvidarse del Cuatro de Julio?—, no sería yo quien sacara el tema. ¿No me obligaría mi deber paterno a ayudarlo a que sacara de dentro lo que sentía? Aunque por otra parte, ¿no consistiría mi deber paterno en callarme la boca y dejar que se las apañara a su manera? Como idea del deber paterno, esa resultaba mucho más cómoda, sin duda. Lo seguí adentro. Entré en su cuarto y me pasó el Rockman, la condición que le había impuesto cuando le dejé tocar la guitarra eléctrica en casa. Ahora lo que me preocupaba era que los auriculares lo dejaran sordo. Y también me preocupaba ser un mal padre por poner en peligro su oído a cambio de mi tranquilidad, de la poca tranquilidad de la que podía disfrutar.

—Ni hablar —le dije, y le devolví los auriculares; me asusté ante la idea de terminar con los tímpanos perforados por un chorro de sonido a sabe Dios qué volumen—. Conéctala al amplificador, vamos. A ver qué te sale.

—Perfecto —contestó.

Desenchufó el cable y volvió a enchufarlo; el amplificador emitió un pum que resonó en la habitación y que nos advirtió de la inmensidad del silencio que estábamos a punto de llenar.

—No te pases con el volumen, ¿vale? —le pedí—. Tu viejo no tiene orejas de mutante.

Cogió la guitarra, que estaba encima de la cama, y se la colgó de la correa.

—Bueno, ahora fíjate bien. Acabo de aprendérmela. ¿Listo?

Y comenzó a rasguear la guitarra, de la que, cual gruñido, se elevó una sucesión ascendente de notas; sus manos se deslizaban sobre las cuerdas a una velocidad increíble. Sonaba convincente, sin duda. Emocionante, incluso, aunque algo vulgar.

—Sí, sí —le dije—. Suena muy bien, tío.

—Ya, pero ¿te has fijado? ¿Has visto lo que hacía con la mano?

—¿Y qué tenía que haber visto?

—Fíjate bien otra vez. No: mírame la mano *derecha*.

Yo miré tratando de hacer caso omiso de ese horror de cuero lleno de tachuelas que llevaba en la muñeca, un regalo de su novia. Tocó la misma secuencia de notas, o al menos eso me pareció. (La primera vez que la oí, me pregunté si no se trataría de un guirigay de notas producto del movimiento aleatorio de sus dedos).

—¿Ves? —preguntó.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—La última nota: para que te salga tienes que llegar hasta *aquí* con *esta* mano, ¿ves? Normalmente, esta es la mano de la púa, pero con la izquierda no podría pasar de aquí a aquí tan deprisa.

—Te lo estás tomando en serio, ¿verdad? ¿Y por qué no quieres tocar en un grupo?

Error: las preguntas de «¿Y por qué...?» no son más que tretas para meterse con

la gente. Judith y yo lo aprendimos en terapia cognitiva. Otra de tantas cosas que habíamos probado.

Danny no respondió y yo, como todas las veces que entraba en su habitación, me quedé mirando su póster de Elle Macpherson: rostro impasible, mano en el escote del bañador, a punto de rasgárselo y dejar el pecho al descubierto. Elle Macpherson, la belleza ideal, la Urna Griega de todos los Dannys del mundo. Bueno, al menos no lo habíamos convertido en homosexual, aunque yo ya sabía que no se puede *convertir* a nadie en homosexual, evidentemente. Si te parabas a pensar en Rick, sin embargo, podría asaltarte la duda de si Judith sería portadora de un gen homosexual o algo así, algo hereditario. El gen (en caso de que existiera realmente, claro) parecía recesivo, y eso me tranquilizaba, aunque sabía que eso también estaba mal —sentirse aliviado, quiero decir—, porque la homosexualidad no era más que una opción como otra cualquiera. Y el asunto de la guitarra también me tranquilizaba. En el instituto no sacaba buenas notas, cierto, pero que se sentara y ensayara el acorde que acababa de enseñarme demostraba que, a pesar de todo el LSD que yo había tomado y de las horas que el crío pasaba delante de la tele, poseía cierta disciplina y capacidad de concentración. Quién sabe, quizá con la guitarra llegara a algún sitio. No soy tan iluso como para pensar que esto es como el cuento del traje nuevo del emperador, que se puede llegar a ser una estrella de rock sin tener talento alguno. Pero no hace falta ser un genio, tampoco, eso también lo sabemos todos. Así pues, ¿por qué no Danny? Y el rollo ese de «mírame, mírame...»: parecía lo suficientemente exhibicionista como para ponerse frente al público. Entonces, ¿por qué no tocaba en un grupito? ¿Y qué tenía de malo que se lo preguntara?

—Olvídalo —le dije—. Mira, no voy a explicarte cómo tienes que divertirme. Lo único que quiero decirte es que, si alguna vez quieres invitar a casa a algunos chicos para tocar o lo que sea, no hay problema.

Esa oferta se la hacía, en buena parte, porque pasaba demasiado tiempo en casa de su novia, y me daba la impresión de que la madre de la niña no los vigilaba demasiado. Vigilarlos: quién fue a hablar.

Se encogió de hombros.

—Vale.

El perfecto equilibrio de su mente me maravillaba: el matiz que se apreciaba en mi oferta habría convertido cualquier agradecimiento por su parte en una seria amenaza para su dignidad. Pensar que el crío había nacido con una tara era de neuróticos.

—Bien. Escucha: la Ley te habla. Si vas a seguir tocando, puedes pasar de los cascos, porque yo también voy a meter bastante ruido.

—Vale. Claro que, si cortas el césped, puede que me los ponga para poder *oírme*.

—Como tú quieras. Nos vemos luego.

Y volví al garaje. A pesar de todo, me sentía satisfecho de mi hijo.

Levanté el bidón de gasolina: con eso y con lo que quedaba en el depósito del

cortacésped tendría más que suficiente. Pero si llenaba el bidón ahora, la próxima vez que tuviera que cortar el césped ya lo tendría todo a punto. Nada como tenerlo todo a punto. Así que cogí el embudo, que colgaba de un clavo, lo coloqué sobre el bidón y saqué el bidón a la entrada del jardín. Lo dejé sobre el asfalto, al lado del Datsun, y fui a por las llaves sufriendo por si explotaba. La cosa iría así: el asfalto absorbe el calor, que provocaría una explosión de la gasolina que quedara en el bidón, explosión que a su vez provocaría otra, la del depósito de gasolina del Datsun.

—¡Danny! Voy a comprar gasolina a la avenida Hamilton. ¿Necesitas algo?

Debía de llevar los cascos puestos.

En la estación de servicio Gulf me quedé parado como un inútil mirando al empleado mientras me llenaba el bidón —en Nueva Jersey, nuestro Estado Jardín, uno no puede ser un hombre de verdad y llenarse el bidón, está prohibido: chorradas de los sindicatos— y en el *display* se acumulaban los centavos. Y me puse a pensar en la vez que fui a casa de Philip Adler con mi padre y le pregunté —yo era un dulce niño irlandés— por qué tenía una vela encendida dentro de un tarrito de cristal de esos de los postres de gelatina. Philip Adler dijo que ese día había muerto su madre. Yo no terminaba de entender si su madre se había muerto justo ese mismo día ni por qué, en caso de que así fuera, todo parecía tan normal, pero tuve la prudencia de esperar a que nos marcháramos para preguntárselo a mi padre.

Así las cosas, no podía dejar que el día pasara sin más.

Así las cosas, paré en el centro comercial y busqué una tienda de Hallmark. Infalible: entre las tarjetas de felicitación tenían velas para el Yahrzeit marcadas con etiquetas de códigos de barras. Cuando llegué a casa, saqué cerillas y un platito para la vela. Pensé en llamar a Danny para que la encendiera conmigo, pero luego me dije: «No, déjalo en paz. Protégelo del miedo». (¿De qué miedo? Del miedo a que yo la palmara y él no supiera qué hacer. Del miedo a que, al final, terminara acusándome). Así que me fui con el tinglado a mi habitación, cerré la puerta, encendí el pábilo y miré fijamente la llama mientras rezaba una oración: Dios, te ruego que bendigas a Judith esté donde esté y sea lo que sea, bajo cualquiera de las formas que haya adoptado. Todo muy teológico. Y de muy mal gusto, también: quedarse de pie, parado, y pedirle a Dios que bendiga a una esposa que quizá seguiría viva si yo hubiera hecho esto o lo otro o si hubiera dejado de hacerlo. Y es probable que, desde el mundo de los espíritus, mi padre estuviera mirándome con regocijado desprecio. Al menos la vela no era católica. Esta ardería durante veinticuatro horas, y quizá alguna más y todo. No tan deslumbrante como un castillo de fuegos artificiales sobre el lago, sí, pero más duradera. Tres o cuatro segundos de fogonazos contra las veinticuatro horas de luz que daba la vela; la analogía me pareció buena y clarísima: la breve habitación del espíritu en el cuerpo contra una vida eterna, sin fin.

$$a / b = c / \infty$$

Siendo *a* los fogonazos, *b* la luz de la vela y *c* los treinta y cinco años de vida de Judith. Aunque, ¿no es cierto que cuando en un miembro de la ecuación tienes infinito, esa ecuación ya no tiene sentido? Me quedé mirando la llama y pensando en lo ignorante que era en materia de matemáticas. Luego salí al jardín y me dediqué al césped.

En realidad no hacía falta que pasara el cortacésped por detrás de la piscina, pero como iba a pasarlo por delante de todos modos pensé que lo dejaría todo al mismo nivel. Era un césped muy fácil de cortar, nada que ver con esa mierda de jardines que te obligan a levantar un lado del cortacésped para repasar los bordes de las rocas y toda la pesca. Mi jardín no estaba compuesto más que por cuadrados y rectángulos; yo iba dando vueltas, reduciéndolos. Lo que no me gustaba del asunto es que te dejaba tiempo para pensar. Pero era una actividad repetitiva y, a la larga, sosegadora. Una cosa iba por la otra. Cuando terminé no me sentía peor que antes.

Guardé el cortacésped y atravesé el paso cubierto. Me impuse la obligación de detenerme para oler la hierba recién cortada a través de la puerta mosquitera. Lo hice por la teoría esa de que son los pequeños momentos los que cuentan. De la punta de la nariz me cayó una gota de sudor que fue a dar en el cemento: ¿constituiría esa salpicadura un acontecimiento por el que sentirse feliz y agradecido? Yo, la verdad, solo pensaba en un momento: aquel en que sentiría el primer trago de cerveza fría en la boca, pasando por la garganta y bajando bien adentro. El resto de momentos no me importaba una mierda. Así que entré en la cocina, dejé que la mosquitera diera un portazo y al cabo de unos instantes oí la puerta de Danny que se cerraba al final del pasillo. Luego caí en la cuenta de que no se oía la guitarra. Estaría leyendo en su cuarto. (Es broma). Luego me acordé: los auriculares. Cogí una cerveza de la nevera. Pensaba que quedaban cuatro, pero ahora solo había tres. Así que Danny sacaba cervezas de la nevera a escondidas: bueno, podría ser peor. Lo más probable es que fuera peor. De todos modos, ahora no me apetecía enfrentarme al crío por una maldita botella de cerveza, y menos aún sin estar seguro de que faltaba una de verdad. Una sola equivocación de ese tipo bastaba para que tu hijo no volviera a confiar en ti nunca más.

El partido de los Yankees debía de estar a punto de empezar. Encendí la tele. Tras dar un brinco y una sacudida, la imagen se estabilizó: hierba verde, tierra marrón, líneas blancas. No me extrañaba que a mi padre le encantara ver los partidos de béisbol. Eso suponiendo que lo que tanto le había gustado fueran las formas y los colores, y no la idea de preferir el béisbol a una ópera, por poner. (Típico de Francis Jernigan, que había llegado a sostener —ahora ya no recuerdo de qué argumentos echó mano— que *Peyton Place* era una obra de mucho mayor calado que *Madame Bovary*.) A mí el béisbol solo me servía para atontarme. Como todo lo demás, ya sabéis. Toma cenital del cuadro interior desde la base. Corte al *pitcher*, visto desde el jardín central, se inclina para recibir una señal. Corte al bateador (diestro), el *catcher* y el árbitro, vistos a nivel del campo desde cerca del banquillo. El *catcher* va de

blanco, el bateador, de gris. A continuación, toma fija por encima de la primera base: imagina saber esto. El bateador batea y falla, al *catcher* se le escapa la bola por un momento, consigue agarrarla, toca al bateador y la lanza lejos, todos salen trotando del campo y vamos al primer anuncio: Chevrolet, el Latido de América. Me gustaba la cancioncita del anuncio, y también me gustaba saber que no era tan fácilmente influenciable como para que una puta musiquita pegajosa me diera ganas de salir a la calle a comprarme un Chevrolet nuevo. Mi Datsun, una cafetera de mierda, me servía, y cuando dejara de servirme me compraría otra cafetera de mierda que me llevara y me trajera de la estación. Así que al menos este era un tipo de vanidad por el que no debía preocuparme.

Luego me di cuenta de que, o eran imaginaciones mías, o estaba empezando a oler algo. Primero olía como a hierba, luego dejé de olerlo. Luego lo olí otra vez. Mierda. No me quedaba más remedio que ir a ver qué pasaba. Dejé la cerveza en el suelo (la maldita moqueta era tan gruesa que la botella no se sostenía derecha) y vi que había ido dejando briznas de césped por toda la casa. ¿Y qué? ¿Quién iba a entrar y a escandalizarse?

Di unos golpes a la puerta del cuarto de Danny. Vaya si olía...

—¿Sí? —dijo Danny.

—¿Puedo pasar un minuto?

Pausa.

—Vale. Si quieres...

Abrí la puerta y lo vi igual que antes, sentado en la cama con la guitarra en el regazo y los auriculares colgados al cuello como si fueran el collar de un perro, con los discos de espuma unidos en la garganta. Ahora que podía distinguir bien el olor, estaba seguro: solo era tabaco. Empalado en la punta cortada de una de las cuerdas de la guitarra se consumía el filtro de un cigarrillo. Al menos no se había humillado tratando de esconderlo.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —le pregunté señalando la colilla.

Se miró los pies y se encogió de hombros.

—No sé. Un año. ¿Voy a tener problemas?

—Supongo que no. Conmigo no, al menos. No se trata de un problema moral. —Lo que podría ser cierto, quizá. Pero yo no lo creía. Tenía la impresión de que había algo indecentemente sexual en un chico de quince años fumándose un cigarrillo. No *debería* tratarse de un problema moral, eso es lo que tendría que haber dicho—. Pero es un hábito muy tonto. Ya sé lo aburrido que suena el rollo este de la voz de la experiencia, pero hazme caso: dejarlo fue una tortura, y la verdad es que los cigarrillos ni me gustaban. Fumar hierba es más lógico, ¿sabes? No es que quiera que empieces a fumar hierba, pero es que al menos hace algo, ¿sabes? Fumando tabaco solo conseguirás encontrarte fatal.

—Me relaja.

—¿Te relaja? Tienes quince años, por el amor de Dios. ¿De qué te relaja? —Ya lo

sé: error. Me di cuenta antes incluso de haber terminado la frase.
Lo único que él hizo fue mirarme con desprecio.

Antes de que Danny entrara en la pubertad, Judith y él se lo pasaban muy bien juntos. Vaya novedad. Aunque no sé qué parte de culpa tuvo la pubertad en el asunto, porque a Danny la pubertad le llegó justo cuando Judith empezaba a disfrutar cada vez menos de la vida. Cuando era pequeño, sin embargo, Judith solía enseñarle al crío cosas que, según ella, él debía saber. Dame la mano, marrano. Tus mejillas son como las rosas: ¡pinchan! No es que Judith fuera particularmente animada: lo que le gustaba era sacar las bromas de contexto. Y por eso nos entendíamos tan bien, ella y yo. Nos entendíamos en eso. El destornillador desmontable que me regaló, por ejemplo. Era un Powerful Pete, uno de esos discos cromados que sirven de llavero. Parecía una brújula: el lugar que le correspondería a cada uno de los puntos cardinales lo ocupaba una punta de destornillador —las cuatro eran distintas—, y en el centro tenía, grabada, la figura de un forzudo (el famoso Powerful Pete). La típica cosa que a un crío le chiflaría. Lo que nos gustaba del llavero era que parecía pedir a gritos que nos emocionáramos con él, pero lo de emocionarnos nos daba pereza, lo que constituía, en cierto modo, algo por lo que emocionarse. Quizá no fuera nada del otro mundo, no sé. A los dos nos iba lo kitsch, qué originales. El llavero, además, tenía un encanto añadido: el hecho de regalárselo a alguien llamado Peter que, supuestamente, tenía un «forzudo» ahí abajo, no sé si me entendéis. Aunque por aquel entonces esa cuestión ya empezaba a convertirse en un problema.

Judith me regaló el Powerful Pete el día de su cumpleaños. Cumplía treinta y yo no podía organizarle nada, me lo había prohibido por una razón obvia y porque, por otro lado, entre nosotros las cosas no iban muy bien. Estábamos en el coche delante de la casa de los Robinson, esperando a que Danny saliera de la reunión de los Lobatos para ir a cenar a un restaurante. Si es que un sitio como Roy Rogers puede llamarse restaurante.

—Los años los cumples tú, y me haces un regalo a mí —le dije. Qué martirio: no me gustaba ni un pelo. Lo de Roy Rogers había sido idea suya.

—Es una antigua tradición hobbit: el día de tu cumpleaños tienes que hacer regalos, así luego recibes un montón, y repartidos a lo largo del año.

Judith y Danny estaban leyendo a Tolkien juntos.

Puse los ojos en blanco.

—Huy, lo-sien-to —dijo Judith—. Perdona mi entusiasmo. Yo me había negado a involucrarme en el proyecto Tolkien. Cuando Danny descubrió dónde íbamos a cenar no se mostró más entusiasmado que yo. Dijo que Roy Rogers era una caca y que por qué no íbamos al McDonald's como todo el mundo. Judith le dijo que ese era su día,

el día en que mamá podía ponerse a aullar, y entonces lanzó un *auuuuu* de coyote solitario que hizo que Danny se partiera de risa. Él pidió pollo frito y té helado; Judith, una hamburguesa con queso, patatas fritas y un batido de chocolate, y dijo que no había en todo el mundo un sitio para comer que le gustara más que Roy Rogers. Yo me comí dos bollos —el único artículo de la carta de Roy Rogers que me merecía un mínimo de confianza— y una taza de café.

—¿Has leído *Dios es la respuesta*? —me preguntó Judith. Entre el pulgar y el índice sostenía una patata frita que observaba desde distintos ángulos.

—No me suena.

—Sí, claro que sí. El que va de su hijo retrasado. —Se volvió hacia Danny—. Sin ánimo de ofender.

Danny volvió a partirse de risa.

—¿Quién tenía un hijo retrasado? —le pregunté. Quién iba a ser: Roy Rogers.

Judith me lanzó una mirada llena de lástima y se abstuvo de responder.

Antes de ir a buscar a Danny solo nos habíamos tomado un par de copas de vino, aunque Judith, a fuerza de ir dando sorbitos a una copa que ella se encargaba de mantener llena, siempre se las ingeniaba para pimplar de más sin que te dieras cuenta. Cuando Danny ya estaba acostado, sacó la botella de la nevera y se la ventiló, y luego abrió otra que se ventiló con mi ayuda. La tercera casi la vaciamos antes de que terminaran las noticias de las once. Esa noche daban *Una rubia en la cumbre*; nos habíamos pasado toda la tarde repitiendo que nos moríamos de ganas de verla. Cuando llegamos a la parte en que salía Little Richard, Judith se levantó y se empeñó en que bailara con ella.

—Patético, reprimido. Eres un, un, un... —movió la cabeza—. Ni siquiera soy capaz de encontrar el sustantivo adecuado. Sustantivo, que se refiere a la sustancia de una cosa, y eso es algo que tú no tienes.

—Muy bien. Me parece que ya es hora de meterse en la camita.

Supongo que no creí ni por un instante que fuera a caer rendida en cuanto apoyara la cabeza en la almohada. Es probable que lo que yo quisiera fuera menear el asunto de la cama para que ella diera un espectáculo imperdonable; así yo podría apuntarme otra cosa imposible de perdonar. Y funcionó. Formábamos un buen equipo.

—¿A la camita para qué? —preguntó—. ¿Para que puedas quedarte acurrucado en tu lado con la polla mustia entre las piernas?

—Eso mismo. —Me levanté del sofá y me encaré con ella. Estaba tan fuera de mis casillas que terminé mandando a paseo la regla de oro: Con Borrachos No Se Discute—. Te pones taaan atractiva que no entiendo cómo no me tienes empalmado las veinticuatro horas del día.

Judith cogió la copa de la mesa de centro.

—Oh, *Peter* —dijo con falsa voz de enamorada—, ¿no te parecería romántico que tuviéramos una chimenea justo en esa pared?

La señaló con el dedo y luego levantó la mano por encima de la cabeza y lanzó la

copa. Pensé que con el ruido Danny saldría de su habitación, pero debía de estar durmiendo desde hacía rato, en plena fase dos o como se llame. O eso, o ya sabía lo que le convenía. Judith volvió a repantigarse en el sofá y se quedó mirándome fijamente.

—Controlas la situación por completo, como siempre. Judith se porta muy mal y Peter, taaan intachable, se limita a mantenerlo todo a raya.

—Lo que tú digas —respondí—. Me voy a la cama. Buenas noches.

—Esa manera que tienes de dominarme me emociona... Peter, soy tu *perra*. Arráncame la ropa y fóllame.

Me enseñó los dientes y luego se puso a reír. No paraba. La risa metía más miedo que los dientes.

—¡Dios mío! —dijo por fin—. Por la mañana voy a estar tan arrepentida... Y tú ni te inmutarás.

Hoy hará un año.

Habíamos invitado a unos amigos para celebrar el Cuatro de Julio, y la invitación especificaba el tema de la fiesta: «los emprendedores». Habría comida de emprendedores —pollo, helado Ben & Jerry's— y todos tendrían que ir vestidos de empresarios. Cuando me llamaron para preguntarme qué coño significaba eso, les dije que llevaran ropa de calle, que en América cualquiera podía convertirse en empresario. Muy agudo. Esta era la clase de bromas que Judith y yo fingíamos adorar. Penny y Tío Fred pospusieron un día su fin de semana en Nueva Hampshire y vinieron de Nueva York. Y también vino una pareja del pueblo, Steve y Sandy, los únicos del lugar a los que tratábamos. Judith había conocido a Sandy en yoga. Y vendría Rick, el hermano de Judith, y su amigo Rich (Judith y yo convinimos en que en la elección de los dos se apreciaba cierto narcisismo), desde Minneapolis. Al final resultó que Steve y Sandy por poco no vienen, él se había enfadado por la invitación. Steve tenía su negocio: una tienda —Bedford Falls Video— en el centro comercial. No sé por qué pensé que se tomaría lo de los emprendedores con humor. En realidad, lo más probable es que no pensara eso en absoluto. Lo más probable es que lo jodiera adrede porque Sandy era la amiga de Judith y a mí me molestaba que me encasquetara a sus amigas, aunque ella tenía que aguantarse cuando yo le encasquetaba a Tío Fred. O así lo veía Judith, al menos. O eso es lo que dijo una vez, durante una pelea.

Los años se habían encargado de demostrar que a Judith no le convenía beber. Pero una copa de vino nunca había sido un problema; en cualquier caso, no conducía necesariamente a otra y a otra más. Ese día bebimos vino de las bodegas Gallo porque la única cerveza de empresa que me vino a la mente era la Coors, y Judith se negaba a que entrara en casa. Y porque Ernest y Julio Gallo encarnaban el espíritu inmigrante. Y porque servir vino blanco en un día como el Cuatro de Julio, precisamente —aunque fuera vino Gallo—, lo hacíamos por joder, sencillamente. Éramos así, íbamos en bañador y estábamos sentados alrededor de la piscina —era una de esas piscinas elevadas, con una tarima de madera de secuoya en tres de sus cuatro lados—, y supongo que no vigilé a Judith como debía porque me dediqué a hablar con Sandy y a pensar que la forma de sus pechos me gustaba mucho más que la de los de Judith, hecho que ahora me horroriza. Judith hizo unos cuantos viajes a la casa para traer comida y retirar los platos sucios y las sobras. Tendría que haberla ayudado. Y no por una simple cuestión de educación, no: es muy probable que en cada viaje a la cocina echara un traguito de ginebra a escondidas. Según el nivel de

alcohol en sangre que le detectaron, había ingerido mucho más que las contadas copas de vino que le vimos beber.

Como en la parte de atrás de esa mierda de casa no había puerta —tan solo un par de ventanitas altas—, para entrar en la cocina por el paso cubierto tenías que dar un rodeo por el puto garaje. Eso me resultaba incomprensible: los antiguos dueños de la casa se habían gastado el dinero en una piscina —espero que no creyerais que la piscina había sido idea nuestra—, y ni siquiera se habían molestado en poner una triste puerta mosquitera para poder entrar en la casa. Claro que nosotros llevaríamos ahí cosa de diez años y tampoco nos habíamos molestado en hacerlo.

Tras varios viajes de la casa al jardín, Judith se echó en su butaca y se quedó callada. Un día tranquilo: Sandy estaba sentada entre las piernas abiertas de Steve —un tipo con suerte—; Rick y su amigo estaban cogidos de la mano tratando de ocultar su incomodidad, y Tío Fred evitaba mirarlos. Yo escuchaba a Penny mientras ella me contaba que quería retomar su doctorado, dedicarse a él a tiempo parcial. Mientras ella seguía dale que te pego y yo me preguntaba cómo podía llamarlo «su» doctorado —como si el doctorado ese estuviera esperándola en algún lugar—, Judith se levantó, se me acercó, me clavó los ojos y por fin dijo: «¿Es que no hay nada que *no* termines jodiendo? Cuando te lo propones, vamos». Empezó con lo de Steve y la historia de los emprendedores —lo miré y vi que cuchicheaba con Sandy—, y luego pasó a la falta de actividad sexual en el matrimonio, algo que, técnicamente, era completamente falso. Con el volumen que había alcanzado su voz, todo el puto vecindario de Heritage Circle debió de oírla. Finalmente, levantó el anular, me dedicó el gesto y se zambulló en la piscina cortando la superficie como un cuchillo. Todos se levantaron. Nadó hasta la parte menos honda, se levantó, se desabrochó la parte de arriba del biquini y me la lanzó. Luego fue deslizándose la braguita piernas abajo, se la sacó y también me la lanzó. Me metí en el agua para agarrarla, pero consiguió salir de la piscina de un brinco, desnuda y chorreando, atravesó la tarima a la carrera, delante de todo el mundo, bajó las escaleras y, por el césped, llegó al garaje.

Justo cuando entré en la cocina oí el golpetazo de la puerta. Miré por la ventana de la cocina y la vi: seguía desnuda y estaba metiéndose en el Honda. (Teníamos un Honda Civic nuevo, además de mi cafetera de Datsun). Giró la llave en el contacto y pisó a fondo para arrancarle un rugido al motor. Yo corrí por el paso cubierto hasta el camino de entrada y traté de agarrar la manecilla de la portezuela, pero el coche dio marcha atrás y se me escapó. Judith se metió en la calle de culo —debía de ir a treinta kilómetros por hora— sin volver la cabeza. Tenía los ojos clavados en los míos: una mirada de odio. Claxon, chirrido de neumáticos. La furgoneta chocó contra su coche, no alcanzó a detenerse.

Cuando volví a mirar vi su pelo y un brazo caído sobre algo metálico. No se movía. El conductor de la furgoneta tampoco. Había atravesado el parabrisas y se había quedado plegado: de cintura para abajo seguía dentro del coche, mientras que la cabeza y los brazos le colgaban. Con los dedos tocaba el parachoques: parecía que

estuviera zambulléndose en una piscina.

Me metí en casa corriendo, pero Rick ya estaba dentro, gritándole al teléfono, mientras, fuera, una muchedumbre rodeaba el coche y la furgoneta. Pero nadie terminaba de acercarse demasiado. Parecía una escena de un capítulo viejo de *La dimensión desconocida*: los vecinos de una calle de las afueras contemplando un platillo volante con cuya aparición su fascismo quedaría al descubierto. Un pensamiento de lo menos oportuno. En fin. De hecho, todo parecía ocurrir en blanco y negro. Tendría que haberme abierto paso entre la multitud y haber hecho algo. Más tarde me dijeron que murió en cuestión de segundos: nada de culpabilizarme. Muy bien. Pero de todos modos lo que yo hice fue rodear el garaje y volver a la piscina, que había quedado desierta. Subí a la tarima por las escaleras, sentí que estaba a punto de desmayarme, me senté rápidamente en algo y, cuando ante mis ojos dejaron de bailar las motas brillantes, miré al suelo y vi cómo se desvanecían las huellas de Judith.

Nos interrogaron en la mesa de la cocina. En mi sitio —el sitio donde yo había trinchado pavos y bendecido la mesa con los ojos en blanco, para que a nadie se le escapara lo irónico de mi acción— se sentó un poli con una gran pistola metida en una gran funda de cuero.

—No era más que una fiesta familiar —dije. Dato: en realidad, la única familia ahí era Rick—. De familia y amigos, quiero decir.

—Pues vaya fiesta familiar —dijo el poli—. ¿Un poco de coca para celebrar el Cuatro de Julio? El laboratorio nos enviará un informe, pero podría ahorrarnos tiempo.

Sacudí la cabeza.

—Era una reunión normal, nada más.

—¿Y para usted es normal que su mujer salga en coche sin nada encima?

Rick intervino.

—¿Qué está diciendo? Le habla como si fuera su culpa. Soy el hermano de Judith, ¿sabe? *Todos* pensábamos que no le pasaba nada, y *no* le pasaba nada y todos estábamos pasándolo bien y todo era normal, como le *ha dicho* él.

—¿Y usted es su hermano? —preguntó el poli. Le miraba el cuerpo, excesivamente esbelto, y el bigote, excesivamente cuidado.

Al menos Danny no estaba en casa. Había salido al lago con su amigo Warren Robinson y con la familia de Warren, de pícnic. Digo al menos, aunque en realidad quizá habría sido mejor que hubiera estado ahí para ver lo que ocurrió, así sabría que nadie pudo hacer nada. Aunque, por otra parte, si lo hubiera visto se le habrían quedado esas imágenes en la cabeza. El pelo, el brazo. Aunque quién te dice que él no se ha formado sus propias imágenes. Pero serán vagas, al menos. Al menos al menos al menos.

Llamé a los Robinson; naturalmente, saltó el contestador. Lo que tocaba era ir en coche hasta el lago a buscarlos (si es que eso era lo que tocaba).

—Michael —le dije a Tío Fred—, ¿qué voy a hacer con Danny? ¿Tendría que ir al lago ahora mismo y remover cielo y tierra para encontrarlo y arruinarles el pícnic a los Robinson? Zonas de pícnic hay como un millón. Y además, los Robinson se joderán... No sé, tengo la impresión de que nadie puede hacer ya nada. ¿Y si dejo que disfruten del día?

—A la mierda los Robinson y su puto día, tío. Ni sé quiénes son ni me importa una mierda. Si dejas que Danny pase la tarde en un pícnic, no te lo perdonaré nunca, tío. Te lo aseguro.

Así que dejamos a Penny en casa para que cogiera el teléfono y Tío Fred me llevó al lago. Fuimos parando en un pinar tras otro, levantando polvo. Al final encontramos a Henry y Suzanne Robinson (¿o era Suzette?). Estaban sentados a una mesa de pícnic, uno enfrente del otro, con botellas de ese cóctel de vino dulzón de Bartles & Jaymes. Gracias por vuestro apoyo, como decía el viejo Bartles en el anuncio. Henry Robinson vio que me acercaba y dejó la botella encima de la mesa.

Danny y Warren Robinson y la hermana de Warren, como-se-llamara, estaban en el agua, nadando. Henry Robinson señaló hacia un montón de cabezas y brazos que chillaban y salpicaban, respectivamente.

—Debajo llevo el bañador —dijo—. Me meto y te lo traigo.

Moví la cabeza: no. Eso, esos pocos minutos, no iba a arrebatarárselo, por mucho que más adelante tuviera que pagar por ello.

Me desperté en la silla. En la tele pasaban el anuncio de los perros de la boca enorme, los que se ponen a cantar «*Lies! Lies!*». El concepto: aunque los dueños quieran pegársela a sus perros, no conseguirán colarles una marca peor. Para Danny, esa canción de los Knickerbockers siempre será la de un anuncio de comida para perros, igual que para mí el vals ese famoso —ahora no me acuerdo de cómo demonios se llama— siempre será la canción de la cerveza Rheingold. Me entregué a mis reflexiones habituales acerca de cómo terminaba degradándose todo.

Al parecer, fue el golpe de la puerta de la cocina lo que me despertó —¿se había acabado el partido?—, porque Danny entró y me dedicó una mirada llena de lástima, directamente sacada del repertorio de su madre.

—¿Te has vuelto a quedar dormido? —preguntó.

Cogí el mando a distancia y anulé el volumen justo a tiempo para no tener que oír al forzado de los silenciadores Meineke bramando «¡No pienso pagar más por el silenciador!».

—A lo mejor trabajas demasiado —dijo Danny sin mucha convicción.

Ahí me tenía: barba de tres días, descalzo, con una camiseta que apestaba y el suelo lleno de botellas de cerveza. Una falsa impresión, en realidad, pero eso era lo que había. En la pantalla, algo que recordaba a una bengala de las del Cuatro de Julio soldaba el silenciador. Aunque tenía la tele sin volumen, en mi cabeza resonaba la jodida música de los Silenciadores Meineke.

—¿Has salido? —pregunté sin apartar los ojos de la pantalla para no perderme el logo de Meineke.

—A casa de Clarissa —dijo.

Era su novia. Una rubita platino teñida, depresiva y bajita; solía llevar tejanos negros y una chaqueta tejana con parches de los Grateful Dead. No tenía ni idea de si eso todavía significaba que le dabas al ácido o qué demonios. Recuerdo que no hace mucho leí algo en el periódico acerca de algún capullo que se ganaba la vida haciendo camisetas de *batik* de los Grateful Dead. La calavera era un símbolo, decía: bajo la piel, todos somos iguales. Me resultaba difícil imaginar si yo, a los catorce —o a la edad que tuviera la Clarissa esa—, habría captado el mensaje. Eso suponiendo que el mensaje tuviera cierta lógica, para empezar. Como fuera, resultaba evidente que la influencia que Clarissa ejercía sobre la actividad escolar de Danny y, en general, sobre su actitud era un auténtico desastre. ¿Y qué le iba a hacer yo? A veces me preguntaba si hablaban cuando estaban juntos. Y en caso afirmativo, ¿de qué hablarían? También me hacía otras preguntas, las obvias. Era guapa, esa Clarissa, de

una belleza algo apaleada.

—Eh, papá. Despierta, ¿vale?

—Perdón.

—Oye, ¿quieres venir?

—Venir —dije. Estas repeticiones mías significan: «¿Qué quieres decir?».

—A casa de Clarissa. Su madre dijo que podrías venir. Es muy simpática y eso. Da una fiesta en su jardín.

Una fiesta del Cuatro de Julio en el jardín, y ni con eso parecía recordar. Pues nada, oye, perfecto.

—¿Qué *clase* de fiesta? ¿Para niños o para mayores?

Danny se encogió de hombros.

—Para quien quiera ir. No es formal ni nada.

—Tiene pinta de ser justo lo que me va. ¿Y ella te dijo que me invitaras?

Para ser una adulta, una madre, me parecía que hacía las cosas de un modo bastante informal: enviaba el mensaje con el niño. Salíamos en las páginas blancas, por todos los santos. Yo salía en las páginas blancas, quiero decir. No: ahora que lo pienso, seguíamos saliendo en las páginas blancas los *dos*. Aquella era una de tantas cosas de las que no me había ocupado; no me había visto con ánimos, si es que de ánimos se trataba.

—Más o menos. —Estaba pensando algo, era evidente—. Clarissa y yo le preguntamos si podías venir, vamos, y ella dijo que claro que sí.

—Muy cortés por tu parte.

—Vamos, papá. Aquí no estás haciendo nada.

—Los niños y los borrachos, ya se sabe... Bueno, vale. ¿Por qué no? Ya es hora de que conozca a esta presunta mujer. ¿Y a qué hora tendrá lugar la recepción? —En cortesía no iba a ganarme mi hijo.

—Ahora mismo. O cuando quieras venir. Es muy informal, de verdad.

—Suenan muy apetecible —dije. Me estaba riendo en su cara de su modo de hablar: o no le molestaba en absoluto, o se había armado de paciencia—. ¿Puedes esperar a que me duche y me ponga algo limpio?

—Vale. Si es que te apetece venir, claro —dijo.

Y entonces lo entendí todo: demostraba *demasiado poco* interés. Así que, por la razón que fuera, la función la representaba por encargo. Perfecto: yo me apuntaba a todo. A todo quizá no, pero sabía reconocer el deber cuando ya no había forma de mirar para otro lado.

La casa de Clarissa quedaba en una calle que salía de la avenida Maple; enfilabas esa calle sin salida y terminabas en una hondonada, y ahí se encontraba, entre un montón de árboles, con únicamente otra casa a la vista. Imitación Tudor de dos pisos, fachada estucada: de los años treinta o cuarenta, probablemente. Resultaba evidente que, durante muchos años, fue la única casa de la calle. Hasta 1960 la zona se mantuvo desierta; Heritage Circle, mi urbanización, era de 1964, creo. Cuando yo

nací, la casa debía de estar ahí solita, en su hondonada, como la casita de Blancanieves. Más o menos. La pintura gris estaba desconchada, y el estuco, agrietado. A la valla le faltaban tablones; parecía la boca del típico paleta de tira cómica. Pero al menos la casa tenía algo. Más que «pero», sin embargo, es muy probable que lo adecuado fuera un «por lo tanto». Que una casa con carácter pudiera alumbrar una chica tan colgada como las que salen de casitas de mierda como la mía daba que pensar: ¿es que siempre nos equivocábamos?

Aparqué al lado de una furgoneta Volkswagen de color mostaza pálido —¡lo que faltaba!— y delante de un Reliant azul. Traté de ingeniármelas para que nadie me bloqueara el paso. Por el asfalto agrietado, Danny me guió hasta la puerta de la verja. Rodeamos la casa y llegamos al jardín. Danny estaba en lo cierto cuando dijo que no sería nada serio: conté a seis personas, tres y tres, de mi edad, más o menos. Dos mujeres con shorts y camiseta, y una con unos shorts y una camiseta anudada al cuello; dos hombres llevaban tejanos y camiseta, y el otro, tejanos cortados y camiseta. De la casa, riéndose por algo, salieron una pareja y otra mujer. Las mujeres estaban bien conservadas; los hombres, sin embargo, ya habían empezado a echar tripa. Dos llevaban barba, detalle que ya no resultaba revelador en absoluto. Atada al arce y a la polea de la cuerda de la colada de la ventana de la cocina, había una red; sobre el césped —al que le hacía falta un buen repaso— descansaba un balón de voleibol. Dentro de un barreño metálico se veían latas de cerveza y Pepsi Light; del agua helada asomaban los cuellos de jarras de vino de tapón de rosca. Nachos en un cuenco de madera y guacamole en uno de barro. De dos altavoces —cada uno apoyado en una silla plegable de metal; los cables llegaban a la casa por otra ventana — salía el «My Guy» que Mary Wells cantaba, muy valiente. El escenario perfecto.

—Estará dentro —dijo Danny.

Me llevó a la cocina y luego al salón. Algo excéntrico, aunque acogedor; un sitio donde no te importaría pasar el rato. Un sofá color avena, grande y desfondado. Un sillón Morris (¡Dios mío!). Cubriendo la tele, un mantelito blanco con estampado de cerezas rojas. Tenía hasta una vieja estufa de leña con pinta de seguir en funcionamiento. Vi a una mujer de rodillas con los talones descalzos clavados en las nalgas. Estaba rebuscando entre un montón de discos metidos en una caja de plástico roja, de esas apilables. Iba moviéndolos con las dos manos, igual que un perro que estuviera escarbando. Brazos robustos, piernas robustas. Con un poco de sobrepeso, quizá. No me resultaba desagradable en absoluto. O la camiseta había encogido o ella había engordado, porque bajo el hombro se le veían los... —¿cómo se llaman?—, la piel esta, el pliegue justo al lado del sobaco. Quería ver cómo era de cara (por decirlo crudamente).

—¿Señora Peretsky? —dijo Danny tocándole el hombro—. Mi padre.

Volvió la cabeza. Ancha de cara, guapa. Tenía los ojos demasiado separados para mi gusto. Se puso de pie y se acercó tirando de una pernera de los shorts.

—Peter Jernigan —me presenté.

—Martha Peretsky —dijo ella.

Manos extendidas. Como suelo hacer con las mujeres, le di un apretón fuerte, sin sacudida. (Con los hombres muevo la mano de arriba abajo).

—Clarissa está en su cuarto —le dijo a Danny, que corrió escaleras arriba. Ver lo familiar que le resultaba la casa me dolió—. Creo que mi hija es medio vampira —dijo Martha Peretsky—. Parece que con que le toque la luz del sol...

Unas letras de goma agrietada estampadas en su camiseta rezaban: SOY LA MEJOR.

Del piso de arriba llegó una bofetada de música ensordecedora que no era «My Guy» de Mary Wells. Luego se oyó un portazo y volvimos a oír el «My Guy» de Mary Wells. Martha Peretsky se encogió de hombros.

—No quiero ni saber qué harán ahí arriba. Al menos no están pegados a la tele. Clarissa y yo llevamos unos días en punto muerto: yo no quiero comprar una televisión en color y ella no quiere mirar la de blanco y negro —continuó.

—Pero ¿qué es lo que hacen ahí arriba? —pregunté.

—Oh. —De pronto pareció recordar que yo era una parte interesada—. No creo que se droguen ni nada. En eso Danny es una buena influencia para Clarissa. Ya sabrás que cuando su padre nos dejó lo pasó muy mal; lo pasamos mal las dos, pero sobre todo ella.

Yo no sabía nada de nada, evidentemente.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunté. Quería imprimirle a la pregunta un tono de buen rollo, pero en realidad parecía un poli en pleno interrogatorio. (Ese poli. Interrogándome. De eso hacía un año).

—¿Hace dos años? —se preguntó—. Yo tenía... Clarissa tenía doce años. Hará tres años en octubre.

—En octubre de este año —dije, concretando. Como si me importara una mierda.

—Eso mismo. Cuando te diviertes, el tiempo vuela. Esto, ¿quieres una cerveza? ¿Un refresco?

—Una cerveza va bien.

Sonrió con una mezcla de franqueza y picardía: bonita combinación.

—Sígueme —dijo.

Hizo ademán de arrastrarme con el índice. No me importó. Me preguntaba cómo serían sus pechos. Que tenían un buen tamaño resultaba evidente. Pero quería más detalles. Aparte del polvo de usar y tirar que eché dos meses después de que Judith muriera —una clienta a la que emborraché; no volví a llamarla y la venta nunca se cerró—, llevaba un año sin ver unas tetas.

En el jardín sumergí la mano en el agua helada y la saqué con una lata de Old Milwaukee. Me dolía la mano al sujetarla. La abrí y seguí a Martha Peretsky, que me presentó a sus amigos. Había un Jerry con *j* e *y*; había un Gerri, sin relación alguna con el primero, con *g* e *i*, hecho que suscitó gran regocijo. También había un Dave y un David: los dos barbudos. Y un Tim que no parecía tímido y llevaba unas gafas con montura al aire: Tim Al Aire. Es que soy muy malo para los nombres y trato de

organizarme con chorradas como esta. Este Tim tenía a Gerri y a otra mujer a carcajada limpia. Era uno de esos hombres de nariz puntiaguda y sonrisa lobuna. Podría hacer pensar en un lobo. Me senté en una tumbona con el asiento y el respaldo de rejilla metálica; el alambre del mismo grosor que el de una percha. Había visto esas tumbonas en oferta en Caldor's; incomprensiblemente, esa Martha Peretsky las había comprado.

Se hizo a un lado y le dijo algo al Tim ese. Él le respondió otra cosa y los dos se pusieron a reír. Luego Martha se acercó, se sentó en el césped, a mi lado, rodeó las rodillas con los brazos y levantó la vista.

—Eres *muy* simpático —dijo. ¿En qué se basaba para afirmar tal cosa? ¿En que le había dicho que una cerveza me iba bien?—. Ya me lo había dicho Danny. Nos hemos hecho muy amigos, Danny y yo.

—Bueno, eso siempre es bueno. Que tus hijos piensen que eres simpático, quiero decir.

—Dios, siempre meto la pata —dijo—. Di lo que *piensas*, Martha. Lo que pienso es que yo también soy simpática, y que los simpáticos del mundo deberían unirse. Unión, hermano.

—Por los simpáticos —dije levantando la lata de cerveza, que de la clavícula pasó a la altura de la barbilla. Pero no bebí. Haber echado un trago justo entonces habría sido una grosería, ¿no os parece? Habría dado a entender que este mundo es tan terrible que todos tendríamos que emborracharnos de inmediato. Así que me limité a levantar la lata de cerveza y a bajarla, como si me estuviera santiguando. Luego, al cabo de un par de segundos, me decidí y eché un trago, como si alguien hubiera cambiado de tema.

Al parecer, seguíamos con el mismo.

—En realidad, no *hacía falta* que Danny me dijera que eres simpático —dijo Martha Peretsky—. Él es tan simpático que sabía que lo había criado alguien... —Y, por razones que debió de desear que no resultaran evidentes, vaciló—. Quiero decir que, con un chico tan simpático, el padre también tenía que ser simpático.

Me entraron ganas de brindar otra vez: A la salud del intelecto humano y de su capacidad para elaborar razonamientos de mierda.

—Sí, estoy orgulloso de Danny —dije mirando hacia la calle para ver si desde la tumbona divisaba mi coche. Estaba un poco espeso, ese día: ¿cómo era posible que hubiera tardado tanto en darme cuenta de que Martha Peretsky llevaba un pedo descomunal y estaba tratando de mantener la compostura?

—Sí, mi conclusión era esa.

—A la salud de las conclusiones —dije, y eché un buen trago. ¿Por qué no iba a cogerme un pedo yo también?

Entornó los ojos.

—Eres listo —dijo—. Yo también soy lista, pero, si quería dejarlo claro, no me está saliendo nada bien.

Traté de pensar en algo que decir. Al final me decidí.

—¿Y eso importa?

—Si vamos a ser *amigos*, sí, creo que importa —dijo—. Me gustaría mucho que fuéramos amigos. Dios, ya vuelvo a desbarrar. Martha, *ma chère*: para variar, ¿por qué no te *taisez-vous, n'est-ce pas*?

Movió la cabeza. Obedeciendo a saber qué ley de la física, su flequillo rubio se ladeó justo en la dirección contraria a la que llevaba su cabeza creando un efecto que empezaba a interesarme. Querría evitarme tener que prestar atención a su charla, supongo.

—Perdón —se disculpó—. Perdón perdón perdón. Mira, voy a tener que contártelo, si no, terminarás pensando lo peor de mí: Clarissa me dio una pastilla. Porque iba a ponerme nerviosa. Con los invitados que vendrían. Y me advirtió de que no bebiera. A ver, un momento, tranquilidad. ¿Cómo iba una niña de catorce años a darme algo con lo que no pudiera tomarme una cerveza? —Movió la cabeza—. ¡Uf!

—¿Cuánto hace que te la has tomado?

Volvió a mover la cabeza.

—Antes de que llegaran los invitados. In-a-vi-ta-dosh. Hará cosa de dos horas.

—Mira, no bebas más y seguro que se te pasa enseguida. —Como si yo tuviera alguna idea de lo que le había dado su hija—. ¿Quieres ir a dar un paseo? Para despejarte un poco.

—Me apetece tumbarme, así que quizá tendría que caminar. Ayayayayay...

Me levanté y ella extendió la mano como una alumna que se sabe la respuesta, y yo tiré para que se pusiera en pie, y empezamos a andar. De nuestro juego de manos deduje que tenía posibilidades: cada uno sujetó la del otro durante más tiempo del necesario, y luego los dos nos soltamos como si hubiéramos contado: uno, dos, tres. Si esta Martha Peretsky había sido capaz de hacer una cosa así con la borrachera y el colocón de sedantes que llevaba, unos sedantes obviamente fuertes, es que debía de ser toda una experta en control corporal, pensé. Sentí una punzada de calor en el pene. Bruto que es uno.

Atravesamos la puerta de la verja y salimos a la calle esquivando los baches como si fueran charcos. Que era en lo que debían de convertirse cuando llovía.

—Me gustaría saber si hay ranas —dije; debió de parecerle que la frase no tenía ningún sentido.

—Mmm.

Llegamos hasta la casa más cercana, un cajón con tejado a dos aguas de principios de los sesenta, probablemente, con ventanas alargadas. Como las mías.

—Fea —dije. Estaba criticando la casa y su vecindario.

—Gente fea, la que vive aquí —contestó. Y luego añadió—: Estoy desatendiendo a mis invitados.

—A tu invitado *favorito* no —dije yo, viejo zorro. De estas tácticas me acordaba, más o menos.

—Tú —dijo. Me dedicó una sonrisa pacífica y me cogió del brazo.

Pensé en ponerme a pensar adónde nos conducía todo aquello, pero descubrí que ponerme a pensar no me apetecía. ¿Con solo una cerveza? Ponerme a pensar no tendría que apetecerme.

—Esto es una locura —dijo—. ¿Qué estamos haciendo?

—Estoy llevándote de paseo. De un modo ostensible. Pero no veo por qué algo más allá de lo ostensible tendría que ser, necesariamente, una locura. —¡El viejo zorro volvía al ataque!—. Mira: tenemos a nuestros hijos en casa haciendo lo que sea que hagan. Lo que no significa...

Traté de pensar qué no significaba aquello.

—No oigo la música —dijo ella.

Aparté el brazo; supuse que con ese truco sobado trataba de insinuar que empezaba a cambiar de idea.

—Tendríamos que volver a poner música —dijo—. No se puede organizar una fiesta para luego descuidarla. Eso es tanto como descuidar a tus *hijos*. —Parecía que esto último se lo tomaba muy en serio.

—Ahora mismo, ¿estás en condiciones de ocuparte de tu fiesta?

—Ocuparme de mi fiesta me ayudará a estar en condiciones de ocuparme de mi fiesta. —Me cogió de la mano y tiró—. Pero tú tienes que colaborar.

Aquella era mi primera tarea marital en un año. Un año, exactamente. Preciso, hasta la puta hora. Más o menos. Y resultaba evidente que yo era la primera ayuda conyugal de la que Martha Peretsky disfrutaba desde hacía mucho tiempo.

Me acordé de cuando estaba arrodillada al lado de la caja llena de discos. Tratando, incauta, de dar con la canción que lo desencadenaría todo.

A la luz del día, el dormitorio de Martha Peretsky estaba irreconocible. Estaba lleno de detalles, mientras que por la noche lo había visto... no sé, da igual. Una antigua cómoda de patas largas con espejo y pintada de negro brillante; en cada cajón, una calcomanía, colocada entre los dos tiradores de cristal tallado. Sobre la cómoda, tarros, joyeros y cepillos. Un cesto de mimbre para la ropa sucia con el pie de una media colgando, asomando de la tapadera, como si el cesto se hubiera tragado a alguien. En la pared, en un marco plateado demasiado recargado, una antigua cromolitografía de una hawaiana con su ukelele. Teníamos la ropa tirada por el suelo. Fuera, los pájaros cantaban y a lo lejos se oía un cortacésped.

Martha Peretsky estaba dormida —o se lo hacía—, boca abajo. Los hombros se alzaban y se hundían. Me levanté de la cama, encontré los calzoncillos donde habían caído —recordaba que ella me los había quitado y que a mí no me importó adonde hubieran ido a parar— y me arrastré hasta la puerta. Luego me acordé de la chica, Clarissa, reulé y me puse los pantalones. Me miré el estómago: me puse la camisa.

En el pasillo me encontré con Danny, que salía del baño. Iba en calzoncillos. Me saludó con el pulgar en alto y una sonrisa que yo nunca le habría dedicado a mi padre, por muy bohemio que hubiera sido. Pero ¿de qué servía tratar de mantener tu dignidad cuando acababas de salir de la cama después de haber hecho lo mismo que él había hecho antes de salir de la cama? «A la mierda», pensé, y con el pulgar le devolví el gesto: era el curtido veterano capaz de saltar del banquillo para, con un toque de bola perfecto, mandar al corredor al otro lado del campo; saludaba al novato que, si fuera capaz de controlar su *swing*, podría subir su media cincuenta puntos marcando el mismo número de *home runs*. Luego Danny entró en lo que supuse que sería el cuarto de Clarissa y cerró la puerta tras de sí para volver a disfrutar de los placeres depresivos que ella le dispensara, y yo entré en el cuarto de baño. ¿Y a ese comportamiento debía darle yo mi beneplácito?

Cuando volví al dormitorio, Martha seguía tumbada como la había dejado: boca abajo, con los brazos formando un rombo alrededor de su cabeza. Me desnudé, me metí debajo de las sábanas, me eché a su lado y la acaricié para despertarla. Aún dormida, cambió de postura y quedó de lado, dándome la espalda. Mi pene se deslizó entre sus nalgas. Entonces ella echó el brazo hacia atrás, lo cogió y tiró de él para meterlo más adentro. Bueno. Recién empezados no le ponía peros a este tipo de refinamientos. Y eso, ¿qué significaría? Probablemente, que las cosas irían todavía más deprisa.

—Mmm, ¿te gusta? ¿Te pone? —preguntó. Tras un momento de silencio, dijo—:

Mira, no quiero escandalizarte, pero creo que en el cajón de la mesilla de noche hay una cajita de vaselina.

Tenía razón. Abrí la tapa con manos temblorosas.

—Ay, Dios mío —dijo al cabo de unos instantes—. Sé que ya no debería andar haciendo estas cosas, pero... —inspiró profundamente— me da igual.

Al cabo de un rato los dos mirábamos fijamente al techo.

—Estarás completamente escandalizado. Fue Rusty quien me metió en esto. —Resopló—. En sentido literal y figurado.

Nos quedamos mirando al techo un rato más.

—Supongo que no hará falta que te hable de Rusty —dijo.

Alargué la mano para darle una palmada en el muslo y mi manó chocó con la suya, con la que también tenía intención de tocarme.

Cuando por fin nos levantamos, los chicos habían salido para ir no sé adónde. Hizo café y me trajo una taza al sofá del salón; un café bastante bueno, con canela. No fui capaz de terminar de decidir si la canela resultaba buena idea o, por el contrario, era de mal gusto (porque lo que tocaba era que apreciaras el auténtico sabor del café). Volvió a revolver entre los discos y sacó uno de Webb Pierce, hecho con el que ganó algunos puntos. A ver: ¿un disco de Webb Pierce? Lo que hubiera sido de esperar habría sido uno de Billy Joel o algo así, ¿o no? Si te ponías a pensar en la estufa de leña y el televisor en blanco y negro..., la casa en general, vamos. Quizá la camiseta no había sido más que una anomalía, o incluso un guiño irónico. Y luego, lo que dijo del ex marido, que se había metido en el tema con él: ¿falta de tacto o franqueza reconfortante? Parecía conocer la diferencia entre el sentido literal y el figurado. Enfrentarse a esa Martha Peretsky estaba resultando bastante difícil.

—¿Lo conocías? —preguntó mientras bajaba la aguja.

Pensé en decir que sí y dije que no. Mi primera mentira, fuera la que fuera, no sería esa. A menos que en algún momento de la noche anterior ya hubiera dicho una. Recuerdo que algunas cosas sí que las amañé un poco.

—Si termina gustándote, te grabaré un casete —me dijo.

—Perfecto. He estado escuchando algo de *country*, por un amigo.

—¿Por qué no se oye nada? Tengo el volumen al cinco.

—Yo oigo *algo*.

—Ay, Dios —dijo—. Me olvidé de meter los altavoces en casa.

—A tus vecinos les gusta Webb Pierce, ¿verdad?

De un tirón separó la aguja del disco.

—¿Quieres que salga y te los pase por la ventana? —pregunté.

—¿Sí? Sería perfecto.

Otro día magnífico. Y estaba rodeado de árboles grandes, crecidos: en Heritage Circle la mayor parte de los árboles eran tan pequeños que no alcanzaban a dar sombra. Ahí estaba yo, en el jardín de una mujer a la que me había follado. Y en cambio, ese día haría un año de... No sé, ya vale con tanto «ese día haría un año de».

—Se nota que estuvimos de fiesta en el jardín —dije cuando le di el primer altavoz—. Me temo que la limpieza de anoche fue superficial.

—¿Y de quién fue la culpa? —Meneó el dedo, picara.

—Te lo compensaré —dije, incómodo por verme en la obligación de devolver el coqueteo; pero ¿acaso no debía el amante, por obligación, evitar que el embrujo se rompiera?—. No llevará mucho tiempo.

—Primero entra a tomarte el café —dijo, lo que probablemente significaba «Primero vamos a la cama». En cualquier caso, eso es lo que sucedió.

A Webb Pierce lo escuchamos más tarde.

—Sí, me gusta mucho —dije. Quizá *esa* fue la primera mentira—. ¿Cómo terminó gustándote una cosa así? —No podría haber formulado la pregunta con mayor torpeza.

—Es una larga historia. ¿De verdad quieres que te la cuente?

—Claro —contesté. La segunda mentira.

—Cuando era pequeña y vivía a las afueras de Washington, mi padre tenía un grupo de música *country-western*. El Show de Stony Davis —esto último lo dijo con voz de presentador.

—¿Ese era el apellido de tu padre, Davis? —dije. El Peretsky me despertaba curiosidad.

—Sí. Pero he conservado el nombre de casada. Bueno, a lo que íbamos, su fuerte eran las imitaciones, podía hacer de Johnny Cash y Ernest Tubb y, no sé, de Eddy Arnold. Y de Webb Pierce, claro. Los clavaba; era parte del show. Y se parecía un poco a Webb Pierce, ¿sabes? Así, como mofletudo. Así que, una vez al año, más o menos, él y su banda iban en coche hasta Pensilvania o Nueva Jersey, donde no le conocían, telefoneaban a algún *nightclub* perdido y les soltaban el cuento de que el autobús de Webb Pierce se había averiado de camino a algún sitio y, como se había quedado tirado por ahí, esa noche podrían tocar por..., ya no lo recuerdo, pero por un montón de dinero, para la época, al menos. Y casi todos picaban. Y se peinaba como Webb Pierce y salía al escenario con su traje de *cowboy*, tan elegante, cantando «There Stands the Glass» y todo el rollo.

—¿Y de verdad se salía con la suya? —pregunté.

—Cuatro años —respondió—. Y ese dinero no se lo gastó nunca. Solía decir que Webb Pierce me pagó la universidad.

—¿Tanto se sacó con el cuento?

—No —dijo—. A él siempre le gustó exagerar. Pero supongo que bastaría para cubrir un año, más o menos.

—¿Sigue vivo?

Con el dedo índice y el corazón levantados se dio golpecitos en los labios.

—Dos paquetes de Lucky al día —dijo—. Cuánto me habría gustado que Clarissa lo hubiera conocido.

No nos pusimos a meter los platos de papel y las latas de cerveza en bolsas de

basura marrones hasta bien entrada la tarde. Vacíé una lata sobre un geranio marchito plantado en un tiesto de las escaleras de la entrada trasera, llenas de moho. «O lo mata o lo resucita», pensé. Y me pregunté si para cuando pudiera descubrirlo yo seguiría en escena. Los chicos ya habían vuelto a casa, habían subido directos a la habitación de Clarissa. Evidentemente. Hice girar las bolsas para cerrarlas; las burdas y tensas espirales que formé las até con alambre recubierto de papel. Luego las arrastramos hasta el buzón.

—Los de la basura no pasan hasta el miércoles —dijo—. Espero que los mapaches no revuelvan por ahí.

—Por cierto, ¿qué día es hoy?

—Domingo.

—¿Domingo? ¿De verdad? —dije—. Tengo una sensación tan dominical, tanto, que pensaba que no podría ser domingo. —Eso lo había olvidado: un domingo con una esposa, y al día siguiente, a trabajar—. Dios, ¿estoy siendo muy retorcido?

—No mucho. ¿Siempre das por sentado que todo lo que piensas es tan loco que nadie lo entenderá?

Extraño: después de tanta cama, me molestaba que empezara a entrar en cuestiones personales. Extraño a menos que te pararas a pensarlo, claro.

—Mmm... —dije—. En otras palabras: soy un esnob, ¿es eso?

No nos faltaba ni así para que la cosa empezara a ponerse fea.

Y entonces se echó a reír.

—Nunca *insinuaría* tal cosa.

A las seis ya empezaba a hartarme. Alegué labores domésticas pendientes —sin especificar— de las que debía encargarme antes de que la semana terminara, y luego llamé a la puerta del cuarto de Clarissa. Tras mucho repiqueteo de cerrojos, la puerta se abrió lo justo para que pudiera ver la cara blanca de la chica pegada al filo.

—¿Daniel? —dijo. Y la cara de mi hijo apareció sobre la suya.

—Pétalos de una rama negra, húmeda —dije^[16]. Sus rostros seguían exhibiendo el mismo estupor—. Mira, Danny: tengo que volver a la hacienda.

Lo de la hacienda venía de una de las historias de Pat Hobby de Scott Fitzgerald, una en la que Pat está escribiendo el guión de una película del Oeste. «Exterior. Vista general de la pradera. Buck y los mexicanos se acercan a la hacienda». Otra de mis oscuras referencias que Danny no iba a entender de ninguna manera.

—Nos vemos en casa antes de las once, ¿eh? Y si quieres cenar, llamamos a Domino's Pizza o algo así, ¿vale?

No os dejéis engañar por el desenfado de mi tono: estaba emitiendo una orden.

—Vale —dijo Danny bajando los ojos y esquivando mi mirada.

Me daba pena: su padre, por muy de colega que fuera, estaba mangoneándolo delante de su novia. O quizá le entró vergüenza por haber ido demasiado lejos con el descarado gesto de aprobación, pulgar en alto, que me había dedicado por la mañana.

En la planta baja, Martha me metió una cinta en el bolsillo de la camisa. Me dio

un beso largo en la puerta —los dos doblamos una rodilla, la insinuación de un muslo entre los del otro: un vale por un trato sexual pendiente de consumación— y me largué.

Cuando dejé el coche en el camino de entrada, la casa parecía justo lo que debe de parecer una casa en la que hace un mes que no vives: los ángulos y las proporciones estaban todos raros. O algo así. Quizá todo parecía más lejano de lo que esperaba, como si estuviera mirando por el otro extremo de unos binoculares. Pero ahí estaba el césped recién cortado. Lo había hecho yo. Ayer.

Saqué una cerveza de la nevera, me la llevé al baño y me la terminé mientras me desvestía. En la cinta del bolsillo de la camisa vi WEBB PIERCE escrito con una letra peculiar. Me quedé un buen rato en la ducha, enjabonando y aclarando todas las partes de mi cuerpo dos veces. Luego entré en mi cuarto, donde la vela de Yahrzeit seguía ardiendo, pálida al sol de la tarde. Ajusté las persianas de plástico para que no dejaran pasar la luz, cerré la puerta y la vela proyectó mi sombra en la pared. Y pensé en lo espantosamente asqueroso que sería hacerse una paja a la luz de la vela, después del día que había pasado. Luego pensé: «Más vale que dejes de asustarte». Así que me puse ropa limpia, saqué otra cerveza de la nevera, entré en el salón y encendí la tele. Otro partido de béisbol, con dos tercios del jardín a la sombra.

Cuando Danny llegó, durante las noticias de la INN, seguía sentado delante de la tele. En realidad, entró en casa justo cuando volvían a pasar los mejores momentos del partido de antes, ¿qué os parece? Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, sin sacarse las malditas deportivas. Aunque supongo que a mí eso me importaba una mierda. Se sumió de inmediato en un trance televisivo, como si aquella fuera su auténtica vida, y el resto, solo sombras. Bueno: de tal palo tal astilla. Dieron unos anuncios, luego el tiempo, luego el anuncio de la mujer guapa que se come un helado Frusen Glädjé y tú te preguntas si lo que tienes que pensar es que en realidad se siente avergonzada o qué. Luego apareció el forzado de los silenciadores para el tubo de escape y Danny preguntó:

—¿Volverás a quedar con ella?

Lo que en realidad preguntaba, supuse, era lo siguiente: a) ¿Era su padre de la clase de hombres que no vuelven a quedar con una mujer después de haber pasado una noche con ella? b) ¿Era a hombres de esa clase a los que debía imitar? c) ¿Cómo iba eso a complicar su vida? Y, quizá, d) ¿Tendría una madre nueva? Las respuestas tampoco me habrían venido mal a mí, mira.

—Bueno, la verdad es que nos gustamos mucho. Obviamente. —Idea: ¿y por qué no le colgaba el muerto al niño?—. ¿A ti qué te parecería? ¿Y tú y Clarissa? Es una situación extraña para vosotros, ¿no? De repente, tu padre y su madre...

—No sé. —Se encogió de hombros.

—Bueno, un poco inusual sí que es, ¿no? ¿Coincides conmigo en que es inusual?

—No sé. Es que ya sabíamos que iba a pasar. Bueno. Cuando conseguimos que os conocierais.

Lo miré fijamente. Eso era de telecomedia. Por supuesto. Esos chicos se pasaban la vida viendo ese tipo de mierda en la tele: serie con viuda con un montón de hijas que conoce a divorciado con una casa llena de chicos mientras por ahí corre un abuelo encantador con un delantal de cocina poco convincente.

—Ella es muy simpática —dijo—. Y tenéis muchas cosas en común, ¿verdad? ¿Como cuáles? ¿Que éramos viejos?

—Estás de broma. Quiero decir, es una idea muy amable, pero ¿no has pensado en las consecuencias? Ya sabes, imagina que lo nuestro va en serio y luego Clarissa y tú rompéis. O al revés. —Y yo era el más indicado para hablar de pensar en las consecuencias.

Se quedó mirándome fijamente.

—Pero, papá, si pensaras eso para todo, nunca harías nada.

Bienvenido a Heritage Circle.

—Voy a ensayar. —Se levantó del sofá.

—Muy bien. Usa el trasto ese, ¿vale? Los auriculares. Y no te quedes despierto toda la noche. —La mierda que nos toca decir.

Después de las noticias dieron un publibreportaje sobre convertirse en empresario, con protagonistas como el tío de la marca de galletas Famous Amos. Bajé el volumen hasta que se convirtió en un murmullo casi inaudible y cogí el libro de P. G. Wodehouse. El castillo de Blandings no me había hecho nunca tanta falta como esa noche. Las extensiones de césped y los jardines que casi podías ver desfilar ante tus ojos mientras los deslizabas por las palabras, y Psmith conquistando a Eve Haliday a golpe de encanto y dinero a espuestas. Sin un beso siquiera.

Aunque el domingo por la tarde había acabado hartado, el lunes por la mañana la llamé desde el trabajo. En parte porque era una llamada necesaria para no parecer cruel, y en parte porque quería volver a estar con ella esa noche. Y bueno, en parte porque así pospondría durante algunos minutos mis llamadas a los potenciales clientes para ese espacio de oficinas de mierda que acababa de añadir a mi cartera, uno que quedaba a tomar por saco, por la Treinta y tantos Oeste, justo al lado de un antiguo edificio de habitaciones amuebladas. Lo de que acababa de añadirlo era un *decir*. En realidad, era lo último que había añadido.

Nadie contestó el teléfono; pensar que ella tenía vida propia me dolió como a un niño de tres años.

Danny no estaba en casa cuando llegué del trabajo. Llamé a casa de los Peretsky, se puso Clarissa. Sí, Danny estaba ahí, pero su madre no llegaría hasta las ocho. ¿Quería hablar con Danny? ¿Quería que su madre me llamara cuando llegara? No, no, nada importante.

Volví a llamar a las nueve y media. Todavía no había llegado. Dile..., dile que trataré de ponerme en contacto con ella esta semana, más adelante. Dile que no es nada importante. Ya la localizaré.

Al día siguiente fui al trabajo y volví a casa. Mientras abría la puerta oí que el teléfono sonaba; el muy hijoputa paró de sonar cuando lo alcancé. Danny no estaba en casa, por supuesto. El teléfono volvió a sonar al cabo de diez minutos. Ella.

—Clarissa está en las nubes. Me ha dicho esta tarde que llamaste. Podría haberla matado. Bueno —suspiro profundo—, ¿qué tal?

TRES

Ocho días antes de que mi padre muriera fui en coche a Woodstock a verlo. De premonición, nada: la visita de rigor que le hacía cada dos meses. Más vale que aclare enseguida que era Woodstock, Connecticut. Mi padre compró un terreno ahí en 1970, convencido de que la gente no tardaría en descubrirlo, como pasó con los Woodstock de Nueva York y Virginia. Los precios se pusieron imposibles, como en todas partes, pero, por lo que yo veía, nadie lo descubrió en el sentido al que mi padre se refería. No era más que otro agradable pueblo de Nueva Inglaterra que no ofrecía razón alguna para que alguien se mudara ahí.

—¿Cómo van las cosas por América? —me preguntó mientras servía George Dickel, un vaso para mí y otro menos lleno para él. En su código, América significaba Nueva Jersey. El whisky hizo gluglú, como cuando lo viertes de una botella nueva. Tenía la cara más roja que nunca, y su tripa abría huecos entre los botones de imitación de nácar de su camisa de tela tejana.

—Como si te importara, viejo *beatnik* —le dije—. Seguro que por aquí arriba ni siquiera ves *La rueda de la fortuna*. Bueno, ¿y a qué te dedicas? ¿A leer a Emerson el día entero?

—¿Emerson? ¿Tú qué te crees? ¿Que me he vuelto trascendentalista? Emerson TV, puede. En realidad, estaba pensando en desempolvar mi latín para poder leer las *Églogas*. ¿O serán las *Geórgicas*? ¿En cuáles estaré pensando? Una va de pastores y otra de granjas. La que quiero es la de las granjas.

—Entonces quieres las *Geórgicas*. Creo.

—Deja que lo anote. Así que todavía te acuerdas de todo esto...

—Es como ir en bicicleta... —dije—. Dime, ¿en qué andas?

—Ya lo ves —respondió mientras levantaba el vaso, ya casi vacío—. Esto y lo otro. Voy trabajando un poco. ¿Quieres que te enseñe un par de cosas? No digas que sí solo para seguirle la corriente a un viejo. Por otra parte, no digas que no.

—¿Qué puedo decir?

—Y alábalas, que no se te olvide —dijo; se levantó y dejó sobre la mesa el vaso vacío—. Por mucho que, en el fondo, te depriman.

—Tienen que ser la bomba. Suponiendo que esté desbrozando tu ironía correctamente, claro.

—Bueno —respondió, obviamente satisfecho—, ya verás lo que te parecen.

Me levanté y lo seguí.

—Déjalo aquí —dijo señalando mi vaso—. Norma de la casa: no entrar con priva en el estudio. A menos que —dijo mientras se daba palmaditas en el estómago— ya

la lleves a bordo.

El estudio había sido un gallinero. Mi padre había pagado a un contratista una cantidad excesiva para que lo trasladara de la parte trasera de la casa y lo instalara pegado al muro de la cocina que daba al norte, sobre cimientos nuevos. Donde antes había malla de gallinero ahora se veía un cristal, y en el techo se abrían claraboyas. Sobre un podio de viejos ladrillos recuperados se alzaba una panzuda estufa de hierro colado.

—Esto parece más ordenado que de costumbre —dije—. Yo pensaba que, para desarrollarse, el impulso creativo necesitaba desorden.

En lugar de responderme —o para responderme—, me puso una mano en el hombro e hizo que me diera la vuelta. Era un cuadro gigantesco de la cara de mi madre —de la que tenía cuando yo era niño— sobre un campo amarillo lleno de convulsas pinceladas. Dimensiones: su coronilla quedaba a la altura de la mía, y su barbilla me llegaba al ombligo. Absolutamente fotorrealista, a excepción de los ojos: como la mayoría de los sujetos que pintaba últimamente, tenía dos pares. Y un trozo de papel en forma de puñal de palmo y medio de largo, más o menos, pegado sobre su boca con cola o con laca. Si te fijabas, se veía que lo había arrancado de una ampliación de la *Mona Lisa*: podía distinguirse la sonrisa, la barbilla, una oreja y algo del desdibujado paisaje. Atravesaba la parte inferior del rostro de mi madre, como si estuviera amordazada. También parecía que esbozara una sonrisita. O que estuviera chillando.

Luego me acerqué más: a cosa de medio metro del cuadro vi que *todo* estaba pintado. En cuanto caí en la cuenta, él se rió con su risita de dos notas.

—Te la he pegado, ¿a que sí?

—Viejo verde —le dije—. ¿Así que todavía se te levanta?

—Lo intento —respondió—. Tengo un par más por aquí.

De detrás de un biombo parecido al que usaban las modelos para desnudarse sacó otros cinco lienzos, todos de la misma serie.

—¡Cielos! ¿Ahora tengo que hacer de crítico a lo Clement Greenberg, o puedo limitarme a decirte que son maravillosos?

Negó con la cabeza.

—Detalles —respondió—. Explica con todo lujo de detalle por qué funcionan tan bien. Luego quiero oír que Trina los venderá por cien de los grandes la pieza y que a ese mierdecilla de Julián Schnabel se le caerá el pelo.

—Bueno... —dije, preparándome.

—Y luego podrías colar algo de tu propia cosecha, tal vez, y explicarme qué demonios estás haciendo de asistente del vice algo, de limpiabotas en una empresa que pone su granito de arena para expulsar a los obreros de Nueva York. Y a los pintores ya ni te digo.

—¡Caramba! —respondí—. ¿Tenemos que volver otra vez a lo mismo?

—Me preocupo.

—¿Por qué, por todos los santos? El sueldo está bien, siempre que no quieras vivir de él en Manhattan. Mejor que el de profesor adjunto. Y es..., no sé cómo decirlo, relajante. Es un trabajo más y alguien tiene que hacerlo, ¿no?

—Me deprime una barbaridad —dijo—. Bajo todas tus capas de chorradas y trolas, lo que hay es un montón de autocompasión. Y debajo, supongo, la rabia que me tienes por lo que crees que te hice, sea lo que sea.

No os preocupéis, no iba a pillarme tan fácilmente.

—¡Ajá! —troné levantando un dedo acusador—. ¡Todo es culpa del padre! —Soplé la punta del dedo y enfundé—. Vamos, hombre. Ser hijo de Francis Jernigan no es como tener síndrome de Down, por todos los demonios. —Al menos eso era cierto; lo que a mí me pareciera daba igual—. Si quieres echarle la culpa a alguien, échasela al como-se-lla-me-ese, a Hofmann.

—¿Qué Hofmann? ¿De qué estás hablando?

—El tío del LSD —respondí—. Un Hofmann. Hans Hofmann.

—Hans no —dijo.

—Era un chiste.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo puede alguien tomar la cosa esa *dos* veces? —preguntó—. Esa maldita pastillita tuya me costó seis meses de trabajo.

—Esa fue tu expiación, ¿no? —Incliné la cabeza para señalar los cuadros—. Dime: ¿y para estos cuadros en qué te has basado?

—Ah. Pura inspiración. Me visita cada vez que froto la botella. Las de George Dickel son las que mejor funcionan últimamente. La froto y... —De repente se cansó de su *jeu d'esprit*—. Una vieja foto que tenía por ahí. ¿La has visto alguna vez?

Se acercó a su mesa de trabajo, abrió una lata de tabaco Edgeworth y me dio una vieja fotografía en blanco y negro del tamaño de un naipe.

—La mandé ampliar para verla mejor, ¿sabes? Y luego copié la cabeza.

Ahí estábamos los tres en traje de baño, con una torre de socorrista al fondo. Yo estaba entre mi madre y mi padre, cogiéndolos de la mano. A juzgar por la foto, tendría tres o cuatro años; era lo bastante bajo como para tener que levantar los brazos como un forzado para cogerles la mano. La cara de mi madre era la cara del cuadro, sí. Evité mirarle los pechos. A través de los años, sus ojos se cruzaban con los tuyos.

—¿Dónde era esto?

—Florida.

—Lo recuerdo vagamente. Donde nos alojábamos había una cucaracha enorme o algo así. —Volví a mirar la foto: los tres—. ¿Y quién tomó la foto?

—Ah. Esto es lo que hace de esta foto algo tan especial: Jack Solomon.

—Estás de broma —dije—. ¿Estaba ahí con nosotros, con los tres?

—Claro. Él y Margaret. Pobre Margaret. ¿Te parece que tengo mal aspecto? Tendrías que verla a ella ahora. Que recuerde, solo sacamos los bañadores para la

foto, para no escandalizar a los del *drugstore*. La mayor parte del tiempo lo pasamos corriendo en pelota picada. ¿Te acuerdas de que solía meterse en el agua y andar contigo a hombros?

Sacudí la cabeza.

—Espero haberme cagado en su espalda peluda —dije.

—Qué va, erais grandes amigos —dijo—. Demonios, él y yo éramos grandes amigos.

—¿Eso fue antes de que empezara la historia? ¿O no lo sabes?

—Durante. Justo en plena historia. Que yo sepa. Llevarían seis meses, un año. Supongo que no descubrí nada porque resultaba demasiado obvio. Igual que en *La carta robada*. Puedo recordarlo justo así —con el índice y el pulgar en ángulo recto, formó el medio marco del artista—, cuando sacó la foto. Él estaba de pie, desnudo, enfocándonos con la vieja cámara de cajón, con la polla colgándole.

—Dios.

—Me ha llevado todos estos años entender que podía usar la imagen sin preocuparme por..., por su *historia* ni nada. Supongo que llegué a la conclusión de que ya no le importaba una mierda a nadie. Ni siquiera a mí.

—Bueno, te ha servido para pintar un cuadro buenísimo. Una serie buenísima.

—Y no es más que una parte de mi largo legado de luz y alegría. —Abrió la puerta—. ¿Qué te parece si salimos a pillar una buena taja? Yo ya me he concedido el día de mañana libre para ver las finales. Este es el Emerson que llega aquí. Emerson TV. —Parecía haber olvidado que la broma ya la había hecho antes.

—Por mí, perfecto. Judith ha ido a ver a su madre y se ha llevado a Danny, así que no me esperan. Puedo volver a casa mañana por la mañana, si es que tienes una cama donde pueda desplomarme.

—Tengo un par —respondió—. ¿Y cómo es que la vieja vaca consigue ver a su nieto y yo no? —Llenó su vaso y terminó de llenar el mío.

—No es que no le gustes —dije. (Y una mierda.)—. Le gusta subir a casa de su abuela porque en la esquina de su manzana hay una tienda de música inmensa. ¿Qué tienes tú a la vuelta de la esquina para competir con eso?

—Vacas. De cuatro patas. Y un espectáculo mucho más bonito. Y más útil para la especie humana. Y no mucho más estúpido.

—Qué puedo decir. La próxima vez.

Que resultó ser su funeral. No fue el ataque cardíaco para el que me había estado preparando, sino un incendio que lo quemó todo hasta los cimientos. Primero el estudio y luego el resto de la casa. El aceite y la trementina y la estufa y él ahí dentro, probablemente borracho. Encontraron una botella, en todo caso; el calor la había hecho añicos.

Es probable que el dinero que Trina pudiera haberle dado por su nueva obra no hubiera servido de mucho.

El día después del funeral me invitó a una copa. Resultó que no había muchos negocios que liquidar. Tenía algunas piezas pequeñas que no había logrado quitarse de encima; hacía años que mi padre le debía varios miles de dólares. Mi padre desconfiaba de Trina por principio, aunque ella había sido su marchante desde su primera exposición, en 1949. Yo siempre di por sentado que ella había hecho lo que había podido. No era culpa suya que las obras de principios de los cincuenta no dejaran de subir con cada nueva venta, y ella parecía sincera en su admiración por la producción post-65: cuando le describí los cuadros destruidos por el fuego soltó un gemido ahogado.

—No me cuentes más —dijo. Sus ojos recorrieron el tablero de la mesa como una flecha: al final hizo caer la ceniza del cigarrillo en su vaso vacío—. Ay. Llegó un momento en que dejaron de seguirle la pista, y bueno, ¿qué se puede decir?

—Nunca tendría que haber dejado los garabatos —dije.

—Eso tampoco podría haber durado para siempre, querido. Lo que me has contado... no puedo ni pensarlo. Y esa casa tan impresionante. Aunque al menos cobrarás el seguro. ¿Estoy diciendo algo de mal gusto?

Se encendió otro cigarrillo y levantó la mano; cuando el camarero miró en nuestra dirección, garabateó un comprobante de tarjeta de crédito fantasma con un boli fantasma.

El abogado de mi padre me llamó al día siguiente. ¿Cuánto sabía de la..., ah..., «situación»? Le dije que no sabía que *hubiera* una situación. Mmm..., dijo. ¿Cómo empiezo? Al parecer, en cuestión de días a mi padre le hubieran embargado su impresionante caserón. Había solicitado una segunda hipoteca para reformar el gallinero y, según parece, para contar con dinero con el que vivir y mantenerse al día con los pagos de la hipoteca original. Y, por supuesto, cuando el dinero que pidió prestado se esfumó, se encontró con unos gastos mensuales todavía mayores, gastos que no podía asumir. Cuando la compañía de seguros canceló su póliza —llevaban tres meses reclamándole el pago—, el banco no tuvo más remedio que intervenir.

Judith se tomó la noticia como una campeona.

—Es como un alivio, más o menos, ¿no? No habríamos sabido qué cara poner mientras contábamos el dinero. —Se echó a reír—. Ay, Dios. Escucha. *El* dinero. Nunca *ha habido* dinero, ¿no? ¿No es eso lo esencial?

—Si no lo esencial, sí que es lo fundamental —respondí.

—Bueno, todavía podemos ser felices. —Estábamos en 1982—. Más felices, probablemente, ¿no te parece? A la larga.

—*Quién sabe* —dije—. Por otra parte, *qué será, será*^[17].

—*Venez aquí y besez moi* —dijo.

Fue uno de nuestros mejores días.

Cuando por fin le conté la historia a Martha —no me decidí a hacerlo hasta que ya llevábamos un par de meses juntos—, ella se enfadó: mi padre no se había preocupado de mi porvenir, como decía ella.

—Se preocupó de mi porvenir durante dieciocho años, por todos los santos. ¿Qué coño tendría que haber hecho? *Más* los cuatro años de universidad. En algún momento ya me tocaba..., ya sabes.

Lo que no había terminado de decir se parecía bastante a esto: los hijos tienen que responsabilizarse de sí mismos. No era eso lo que me parecía cuando yo era un hijo, pero aquella era la actitud correcta. Por otra parte, como padre estaba totalmente a favor de que hicieran su vida lo antes posible. No siempre totalmente a favor, claro está.

El tono de mi voz le dio una pista. Estaba aprendiendo que convenía andarse con cuidado con Martha. Siempre que no quisieras ir revelando pistas tuyas, claro. Aunque, en realidad, ¿cuánta intuición hace falta para detectar algo en el tono de una persona que empieza a gritarte?

—No quería meter el dedo en la llaga —me dijo—. Es que todo ese dinero podría haberte cambiado la vida. No soporto ver un dinero que de verdad podría haber ayudado a gente, convertido en...

—¿En cenizas? —apunté.

—Perdona, no era mi intención.

—Lo que nadie parece entender —dije (me refería a ella: Judith sí que lo había entendido)— es que ese puto dinero nunca *existió*. Era Francis Jernigan y todo, vale, pero el dinero de verdad estaba en lo que dejó escapar por un par de miles de dólares en 1952 o así. Mi madre se abrió en el 56, él le pegó a la botella hasta el 64 o el 65... A ver, ¿qué puedo decir? Y para entonces Andy Warhol o quien fuera lo copaba todo, o el que llegara después de Andy Warhol. Créeme: no-ha-bí-a-di-ne-ro.

Sin preguntar, me sirvió más café y empujó el cartón de leche hacia donde yo estaba. El sol de la mañana calentaba la pintura gris del tablero de la mesa de pino.

—En fin —dijo—. Sigo creyendo que sería posible llevar una vida más racional.

—¿*Quién sabe?* —contesté—. ^[18] Hablar así, en teoría, sobre una vida racional es fácil. Pero cuando oigo el sonido del viejo silbato del tren de las 07.48 rumbo a la ciudad... Chica... Me hierve la sangre, es la fiebre de la línea de cercanías. No puedo parar quieto.

—Habrà maneras de conseguirlo si nos esforzamos.

—Y hablando de esfuerzos —dije mientras dirigía la vista a su viejo reloj de

pared eléctrico. Estaba encajado en la tripa de un gallo. ¿Por qué los segunderos siempre eran de color rojo? ¿Para advertirte, por si no habías caído en la cuenta, de que los segundos pasaban rápidamente? Probablemente para poder distinguir el segundero del minuterero. Y continué refiriéndome a no sé qué—, la luz del día me revela que tengo media hora, más o menos, para ir a buscar a Danny, llevarlo en coche al autobús, volver a la estación, encontrar sitio en el aparcamiento y plantarme en el andén.

Miró el reloj.

—No tenía ni idea. Entonces mejor que te des prisa, imagino. Ya hablaremos cuando llegues a casa, ¿vale?

¿A casa?

Bueno, ¿es que no dormía con ella casi todas las noches? Y Danny se había instalado en su casa, prácticamente. Incluso se empeñó en organizar ahí su fiesta de cumpleaños, por llamarla de algún modo. Los cuatro y un pastel de chocolate que había subido más por un lado que por el otro porque el horno de Martha estaba mal regulado: así es como decidió entrar en los dieciséis. Cuando le pregunté a qué amigos quería invitar, se limitó a dirigirme una mirada desarmante.

Por la mañana lo dejaba en la esquina de Heritage Circle para que pudiera coger el antiguo autobús del colegio, y por la tarde cogía el mismo autobús y se quedaba en la casa vacía, ensayando con la guitarra. Pero a la hora de cenar ya estaba en la otra casa. No me extraña. ¿Dónde preferiríais estar? ¿En casa de Martha, con el olor a comida en el fuego y las alfombras trenzadas, tan cursis, y la tele en blanco y negro con el mantelito encima, o en Heritage Circle, con las paredes pintadas, frías al tacto y suaves como una cáscara de huevo? Y, siempre allí, el lugar en que el camino de entrada de la casa daba a la calle.

En el tren me senté al lado de un *New York Times* y delante de un *Times* y un *Bergen Record*. Metí la mano en la cartera para sacar *La abadía de Northanger* —es la casa vieja y espeluznante que resulta que no es espeluznante ni oculta oscuros secretos— y encontré una revista que, estaba seguro de ello, yo no había puesto ahí. ¿Qué diablos era *Survivalista de Periferia*? Mismo tamaño que *Time* o *Newsweek*. Portada al aerógrafo: la pareja de granjeros de *American Gothic* con un mono de camuflaje, de pie delante de la típica casita de dos plantas de un barrio de las afueras. Qué original. En vez de horca, el vejete de las gafas del cuadro de Grant Wood llevaba un palo de golf; a su lado, un crío estaba sentado delante de un PC camuflado. Abrí la revista y la apoyé en mi regazo, así los de delante no verían lo que estaba leyendo, y encontré la «Carta del editor».

A pesar de lo que quizá penséis algunos al leer el nombre de esta revista, El Superviviente Suburbano, confiamos en que esta no sea la típica publicación reservada a paranoicos o a fanáticos de las armas de fuego (aunque no estaría de más que os hicierais con una para proteger vuestro hogar...). Queremos que esta sea

una revista para personas normales y corrientes decididas a vivir de un modo más sencillo sin tener que renunciar a los beneficios que ofrecen las zonas residenciales. No abogamos por una transformación radical de la sociedad —¡aunque algunos cambios no nos irían nada mal!—, y tampoco creemos que debáis esperar la revolución. No queremos hacer proselitismo. Solo vosotros sabéis cuál es vuestro nivel de insatisfacción y si ya es hora de empezar a introducir cambios tanto en vuestra vida como en la de vuestra familia.

¿Habéis estado alguna vez en una casa vieja tomada por los ratones? Tienen sus huecos detrás de las paredes, bajo el suelo, sobre el techo..., han llenado de túneles secretos la casa entera. Consideradnos los Nuevos Ratones de América. Podemos guiaros por los pasadizos secretos de las tranquilas zonas residenciales. Nuestra misión: vivir a escondidas, evitar el peligro y, entre tanto, y siempre que podamos, divertirnos. Confiamos en que os decidáis a seguirnos.

¿Quiénes eran los que querían divertirse y blandían «confiamos en que» a diestro y siniestro? El manifiesto lo firmaba «Adam Newman»^[19]: resultaba evidente que a alguien le había parecido un buen chiste. Hojeando la revista di con la cabecera: Adam Newman acaparaba los cargos de Redactor Jefe, Director Editorial, Director de Arte, Corrector, Director Comercial y Director de Publicidad. Publicaba —supuestamente— Orbit Publications, cuya dirección correspondía a un apartado de correos de Metuchen y cuyo logo era un cohete Sputnik con una carita sonriente y tres líneas curvas a la derecha que sugerían movimiento en sentido contrario a las agujas del reloj.

A la «Carta del editor» le seguía «La vida sensata: Editorial», de Adam Newman. Según ese Adam Newman, la vida racional consistía en hurgar en los contenedores del supermercado en busca de productos que no se hubieran echado a perder; en tener montado en el jardín de casa un mercadillo perpetuo; en comer conejos criados en el sótano y en beber destilados hechos en casa en lugar de pagar por los «licores del gobierno». Entre tanto, podríamos aprovechar las ventajas que ofrecían las zonas residenciales: buenas escuelas, ausencia relativa de crimen y miseria, y fácil acceso a la ciudad. Como introducción a esas conclusiones, los mismos refritos de siempre: textos estándar sobre los trabajos alienantes, la trampa del crédito y la locura de pasar una vida trabajando para retirarse cuando ya no podrías disfrutar de la jubilación.

Luego, un artículo sobre espacios domésticos —firmado: Adam Newman— que animaba al lector a hacer lo imposible por tener una casa en propiedad y totalmente libre de cargas: así no debería trabajar para hacer frente a los gastos mensuales o para pagarle al banco unos intereses desorbitados. Adam Newman creía que la respuesta estaba en las subastas o en la rehabilitación de viejas tiendas o gasolineras para convertirlas en un hogar. «En cuestión de arquitectura —escribía—, la belleza está en el ojo del que mira».

¿Sabíais que el primer McDonald's, considerado a la sazón un insulto a la vista, es hoy un edificio histórico? Así que, antes de torcer el gesto ante esa construcción de bloque de hormigón y tejado plano (el antiguo taller de reparación de televisores de Moe), recordad: ¡podría tratarse de un valiosísimo espécimen de una América en vías de extinción!

Para cuando el tren llegó a la Estación Pensilvania, ya había terminado de leer por encima el resto de artículos, que trataban de: usar madera para calentarse («Hazte amigo de los chicos de la podadora»); vivir sin teléfono («Si la tía Tilly fallece, siempre te quedará el correo urgente para llegar a la iglesia a tiempo») y comprar ropa («La persona a la que quieras impresionar nunca te pillaría revolviendo entre las camisas de la tienda de segunda mano»). En cierto modo, me gustaba ese espíritu de «¡a la mierda todo!». Pero por el amor de Dios...

Martha, sin embargo —de eso me enteré esa noche, durante la cena—, veía en la revista *El Superviviente Suburbano* una llamada a la acción absolutamente fiable. Otro indicio de que, a pesar del olor a comida de su cocina y de las alfombras trenzadas, esa mujer era para asustarse un poco.

—¿Y por qué no? —preguntó Martha—. ¿No te gustaría quedarte al margen de la economía monetaria?

—¿Y tener veinticuatro años y una polla de palmo y medio? —repuse. No tenía ganas de oír cuán en serio se tomaba todo eso.

—¡Dios nos libre! —dijo, muy dulce. (Clarissa y Danny, eso tendría que haberlo aclarado, se habían llevado la cena a la habitación de Clarissa; de lo contrario no habríamos hablado de pollas).

—Oye, resulta que está bueno... —Nunca había probado el licor casero.

—El de Tim es el mejor. Clarissa y yo tratamos de hacer el nuestro. —Con la mano cerrada, extendió el pulgar y lo dirigió hacia abajo.

—¿Quién es Tim? —pregunté^[20]. Cuando hablaba en español, en el poco español que sabía, lo hacía porque pensaba que sonaba astuto y enrollado, y así parodiaba ese concepto de astucia. Pero resultaba demasiado enrevesado y, al final, terminaba sonando absurdo.

—Lo conociste —me dijo. Así que ella también sabía un poco de español—. En la fiesta llevaba..., da igual, olvídalo, los hombres nunca os fijáis en lo que lleva la gente. Bastante alto. Con gafas.

Me encogí de hombros y descarté al Tim ese. Y luego me acordé: Tim Al Aire, el lobo nada tímido.

—Te recuerdo a ti, sobre todo —dijo galantemente.

—Todos tratamos de convencerle de que descartara ese nombre estúpido —dijo Martha.

—¿Qué tiene de malo Tim?

—Eres tan divertido... —me dijo mientras alargaba la mano y me pellizcaba la mejilla—. *El Superviviente Suburbano*.

—Me he perdido.

—Peter —dijo—. Ya te lo he dicho. Es la revista de Tim.

—¿El que publica la cosa esa es alguien a quien tú conoces?

—Te lo he dicho, Peter. No debías de estar prestando atención.

—Sí, seguro que me lo has dicho —respondí. Estaba seguro de que me lo había dicho.

—Dime una cosa: ¿Danny te ha comentado lo que pasa por aquí?

—¿Por qué? Qué, ¿os sentáis todos juntos y...? —Iba a decir «levitáis», pero necesitaba dar con algo todavía más improbable. No se me ocurría nada suficientemente raro como para que imaginármela haciéndolo resultara imposible; eso os dará una idea de lo mucho que confiaba en la Martha Peretsky esa. Pero entonces, ¿qué hacía el día entero en su casa? Además de eso, quiero decir.

—Pareces muy agobiado. No es nada, no hay nada profundo, nada oscuro. Esta es una comunidad, la de dos mujeres que han sobrevivido, oculta —aquí puso voz grave, tratando de imitar la voz de locutor de Don Pardo— bajo el velo de uno de tantos hogares rotos, una comunidad que libra una batalla incesante. —Volvió a hablar con voz normal—. Aunque a veces me pregunto para qué nos molestamos; nunca me has preguntado de qué vivo.

Huy. Sí. Bueno. Ahí había dado en el clavo. Debería haber mostrado algo de curiosidad, un mínimo, sobre todo cuando ella se despedía de mí por la mañana sin dar señales de estar preparándose para ir a trabajar. Joder, tendría que haber *sentido* un mínimo de curiosidad. Tendría que haber supuesto que estaba de vacaciones o algo así, suponiendo que hubiera supuesto algo, claro está. ¿Unas vacaciones de julio a septiembre? Venga ya. ¿De qué pensé que trabajaba? ¿De profesora de universidad? Quizá me limité a suponer que era mi madre, que se despedía de mí cuando yo iba al colegio y que luego dejaba de existir hasta que volvía a casa por la tarde. (A partir de tercero, por supuesto, viví un desfile de niñeras y más mierdas de las que me olvidaba cada día. Pero esa es otra historia). Pero no preguntarle de qué vivía había sido un error, es cierto. Bueno, pues no lo había hecho. Aunque, por otra parte, tampoco tenía intención de castigarme por ello.

—¿Y bien? —dije—. Cuéntame.

—Estás fascinado, se nota.

—Siento curiosidad, sí. ¿De qué vives?

—De nada —respondió; resultaba evidente que estaba esperando que me diera una palmada en la frente, igual que uno de Los Tres Chiflados—. Si voy muy apurada, de vez en cuando cojo algún trabajo temporal, y por Navidad suelo despachar en Alexander's si necesitan ayuda. Pero básicamente... —Agitó la mano en el aire como si estuviera dándole vueltas a un lazo de vaquero; quería dar a entender lo libre que se sentía de las obligaciones cotidianas—. La casa ya está

pagada; es la casa de los padres de Rusty, en realidad. Pero fue una de las condiciones que acordamos cuando él se fue, que Clarissa y yo nos quedaríamos aquí. Bueno. Con un jardín grande, y esto y lo otro, Clarissa y yo nos las apañamos para... —Volvió a agitar la mano. La buena de Martha estaba cogiéndose un buen pedo con ese licor casero—. A Clarissa la llamo «mi vaca cajera» porque Rusty a veces suelta un poco de pasta. Cuando se siente lo bastante culpable, vamos. Quién sabe, podría ser la próxima Madonna, puede que me mantenga cuando sea vieja. El *look* lo ha clavado, ahora solo falta que sepa hacer *algo*. Pero nos las vamos apañando... Y nos mantenemos bastante al margen de la economía monetaria. No puedo creer que Danny no te haya contado nada. ¿No te ha dicho nada del Infierno Conejero?

—¿La película no era *Infierno bajo cero*? —pregunté. En realidad, no me apetecía empezar a entrar en detalles.

—Creo que al principio alucinó un poco. Él nunca da pistas, ya lo sabes, pero se le notaba. Yo *misma* alucino un poco, si me paro a verle el lado malo. Pero no parece que le moleste comer las conejoburguesas.

Me puse serio.

—¿Quieres decir que crías conejos? ¿De verdad? ¿Y dónde demonios están los conejos?

—En el Infierno Conejero. ¿Quieres verlo?

Se levantó y me rascó la barbilla: *cuchi-cuchi*. Abrió la puerta de al lado de la nevera y yo la seguí por las escaleras del sótano. Abajo, como si aquello fuera una oficina, los fluorescentes ya estaban encendidos; en las ventanas, que me quedaban a la altura de la barbilla, había trozos de plástico negro grapado.

—Pensé que convendría cubrir las ventanas para que la gente no viera la luz encendida toda la noche y empezara a pensar que cultivamos *maría* de la buena. Bueno. *Voilà*. El Infierno Conejero.

Conté cinco jaulas hechas de tablones y alambre de gallinero: tres estaban en la mesa de trabajo encastrada en la pared, y las otras dos, en la mesa de ping-pong, cada una a un lado de la red. En cada caja había tres o cuatro conejos. Blancos, negros, con manchas; ojos brillantes y confiados. Martha pasó dos dedos por el alambre, los posó entre las orejas de un conejo y lo acarició; era de color chocolate y grande como un pollo de los de asar.

—¿Quieres sujetar uno?

—Paso.

—Mira, ya lo sé —dijo—. Pero llevan una vida muy buena. Buena para ser conejos, quiero decir. Tienen un montón de conejos con los que estar y follar (follar es algo que fomentamos decididamente), y unas buenas jaulas grandes que limpiamos todo el rato, y comida buena, y sol todo el día —con el dedo levantado señaló los fluorescentes— y, cuando les llega la hora, ni se enteran de qué los ha liquidado.

—¿Y qué los liquida? —pregunté.

—Una pistola del calibre veintidós. Mira, no es algo más inmoral, eso en

absoluto, que ir al supermercado a comprar un pollo que alguien se ha encargado de matar en tu lugar. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Dios, no.

—No iba a hacerte una demostración —me dijo—. Ven.

Un tabique dividía el sótano. Abrió una puerta y vi una habitación que olía a..., a un olor de mi niñez. Tiró de un cordel y una bombilla se iluminó. En un rincón había balas de paja apiladas.

—Aquí había antes la carbonera. —Carbón: a eso olía. El sótano del abuelo Jernigan—. Antes de que Rusty y yo instaláramos la caldera de gasoil, sus padres tenían una de carbón enorme, era la leche, plantada en medio del sótano. Con todos los conductos por ahí. Cuando Clarissa era pequeña solía contarle que era un árbol de latón que el leñador de hojalata tenía que cortar.

Se agachó y levantó la tapa de una antigua caja de herramientas metálica. Dentro había una pequeña pistola automática y una caja de cartuchos del veintidós.

—Por si te quedas solo y estalla la revolución o algo así...

—¿Esta es la sala de ejecución? —pregunté—. ¿Y qué haces? ¿Los fusilas contra las balas de paja?

Parecía sorprendida.

—Ah, sí. Tim me dijo que, para estar segura, usara las balas de paja. De lo contrario, con el primero que me hubiera cargado la bala habría rebotado del suelo y habría matado a alguien, probablemente. Mira, lo que hago es sujetar bien fuerte al conejo y apoyar la cosa esta contra la parte de atrás de..., de la cabeza del bicho, y así disparo ahí. La paja también la usamos porque el pobrecito sangra.

—Al que no malgasta nada le falta —dije.

—Sé cómo suena todo esto, créeme. Pero en realidad es más decente que salir a comprar un pollo. ¿Tú sabes cómo *viven* esos pollos antes de llegar a la tienda? ¿Sabes cómo *mueren*?

Exactamente, no lo sabía. Pero asentí con la cabeza para que ella no me lo contara. Tenía razón, por supuesto, pero no pude evitar pensar que la vida de todos esos millones de pollos desgraciados no valía más que una sola vida humana truncada por una muerte, ebria y humana, a bordo de un automóvil. Aunque eso era como comparar peras con manzanas, probablemente.

Cuando volví a pasar al lado de las cajas levanté el brazo y les dediqué a los conejitos un enérgico saludo pensando en el antiguo *morituri te salutant*; aunque en realidad la había cagado a base de bien: el que *salutaba* era yo, pero los que *morituían* eran ellos (en este caso, por lo menos). El licor casero también me había pegado bien.

Pero a la mañana siguiente, mientras me remolcaba para enfilear las escaleras del tren con un dolor de cabeza que me subía por detrás de la oreja derecha, mi entusiasmo se había esfumado. Esa mañana vi clarísimamente que había vuelto a liarme con una loca: en esta ocasión, una loca que pegaba tiros a unos conejos en su sótano. Y que me pegaría un tiro a mí si ahora trataba de escapar. Que le pegaría un tiro a mi hijo. Que se pegaría un tiro. Por falta de atención, por indiferencia, por —¿y si nos dejamos de gilipolleces por una vez?—... , por haberme desentendido a propósito de mis responsabilidades paternas, había dejado que Danny confraternizara con esa loca y la tarada de su hija, y, luego, había dejado que me arrastraran a su universo delirante.

Me acurruqué entre dos hombres con traje de raya diplomática gris marengo; ambos leían el suplemento del *Times*: «Hogar». Estábamos a jueves, entonces. Como en el *Club de Mickey Mouse* de la tele. Martes: Estrella Invitada; miércoles: ¡Vaya sorpresa! Abrí *La abadía de Northanger*.

En el trabajo recibí un «hola» muy amable de Miranda, la guapa secretaria de Kelsey —ahora se las tiene que llamar «asistentes», claro— con quien nunca había pasado del contacto visual ocasional. ¿Os imagináis a Jernigan estableciendo contacto visual con alguien? Eso os dará una idea de cómo estaba esa Miranda. Sobre mi mesa, tres papelitos de color rosa para avisarme de llamadas que había recibido. Todas eran de negocios; en ninguna nota aparecía el nombre de Martha. A todos nos esperaba un día normal en la oficina.

Pero el día resultó un desastre. Esto es: un desastre en la medida en que las cosas del trabajo puedan tomarse en serio. Aunque siempre te las tomas en serio. Sobre todo cuando se enfadan contigo. Esto es lo que pasó: la semana anterior —trataré de ser breve: un rollo del tipo *asuntos de oficina* resultaría demasiado plúmbeo hasta para *La vida de Jernigan*—; la semana anterior, decía, me comí un decimal mientras calculaba cuánto costaría rascar los tabiques de cuatro plantas de un edificio del NoHo. (Y ni siquiera lo tenía en mi cartera, por todos los santos; me ofrecí a encargarme de los cálculos para hacerle un favor a Coleman, yo tenía un pequeño parón de trabajo. El parón era enorme, sí, pero esa es otra historia). Con mis cálculos aproximados —y muy equivocados— en mano, el cliente se reunió con sus socios y, guiándose por esos cálculos, movieron un dinero que, de otro modo, no habrían movido. Bueno, en dos palabras: ¿y qué? En todo caso, el pastel acababa de descubrirse. En fin. Reunión importantísima con Coleman y Kelsey y nuestro abogado. Otra reunión importantísima con el cliente y su abogado y Coleman y

Kelsey y nuestro abogado. Me quedé sentado como un niño malo, maldiciendo a Tío Fred en silencio. Como venía haciendo prácticamente cada día desde hacía diez años. Con su puto amigo Coleman en el puto sector inmobiliario. Con su puta *amabilidad*. La última reunión del día la mantuvimos Kelsey y yo, a solas. Y en el transcurso de dicha reunión le dije, en resumidas cuentas, que todos cometemos errores y qué se le iba a hacer. Reflexiones que no parecieron muy bien recibidas. Salí de su despacho pensando *Diez años de esta mierda*. En fin, como suele decirse: cada cosa a su tiempo.

Había planeado coger el tren de las 17.46, acercarme a Heritage Circle y cortar el césped del jardín delantero antes de que anoheciera. Incluso en esa época del año el césped de delante crecía como un desgraciado. Regado con la sangre de los mártires, imagino. Esto no tiene gracia. El jardín trasero no me preocupaba tanto: a fin de cuentas, solo lo verían tres vecinos, y solo si pegaban sus vecinales narices contra la malla de alambre en la que había entrelazado tiras de plástico verde. Y no conseguí coger el de las 17.46. Corrí como un capullo por la Estación Pensilvania y apenas alcancé a subirme al de las 20.37. Con los trenes que salían tan tarde al menos podías sentarte en la ventana: a eso quedabas reducido, a pensar que una cosa así, conseguir la ventana en el tren, era la bomba. Me acordé de Tío Fred, que me decía: «Hazlo durante un año, qué caramba. Lo peor que puede pasar es que la enseñanza empiece a parecerte una buena opción y la retomes con algo de dinero en el banco. Y además, podría ser un desastre».

Cuando salimos del túnel y entramos en Nueva Jersey ya había anochecido y las luces color salmón de las farolas de la autopista estaban encendidas. Eché un vistazo por el vagón. Todos los hombres se parecían a mí: *basset hounds* humanos vestidos con trajes arrugados. Pero ellos estaban borrachos, los muy cabrones, después de salir de la oficina habrían hecho una parada en algún bar, Charley O, o así. Se habían aflojado el nudo de la corbata y respiraban por la boca.

En cuanto me hube bajado del tren y estuve en mi coche, recliné el asiento y me quedé ahí, en el aparcamiento, como si estuviera en la silla del dentista. En toda la explanada solo quedaban unos pocos coches. Finalmente, enderecé el asiento, arranqué y tiré por la izquierda, por la avenida Hamilton, en lugar de girar a la derecha (para llegar a Heritage Circle). Iba rumbo a Martha, derecho, por muy loca que estuviera.

—Eh, forastero —dijo cuando abrió la puerta—. Se estaba haciendo tan tarde que ya no sabía si contar contigo hoy o no.

La cocina olía a Día de Acción de Gracias —¿salvia y cebolla?— y los pechos de Martha se hinchaban bajo el jersey verde hoja de jacquard en el que se veía un reno. Una de sus gangas de la tienda de segunda mano, supuse. Debía de parecerle una prenda muy otoñal; y de repente, sus intentos de hacerlo todo lo mejor posible me conmovieron.

—Danny está dentro viendo la televisión —dijo— y Clarissa está arriba,

enfurruñada. No te hemos esperado para cenar, pero quedan macarrones con queso. O, si lo prefieres, acabo de dejar listo un estofado para mañana por la noche. Está mejor si dejas que repose un día, pero...

—Macarrones con queso —dije. No los estaba pidiendo; pronuncié las palabras con asombro.

Mano por encima del hombro, puño cerrado y pulgar extendido apuntando a Danny.

—Se ha empeñado. Por lo visto, en la tele han dado algo sobre los platos preferidos de los niños. ¿Te vas a quedar ahí parado?

—Macarrones con queso, por favor —dije—. Pero ¿podría comer el postre primero?

Jernigan desplegando sus encantos.

En aquellos tiempos todavía nos metíamos un par de horas en la cama siempre que podíamos. Que yo estuviera en esa casa se debía, en buena parte, a lo extraño de la novedad: volvía a practicar el sexo. Era algo que tenía abandonado. Si lo pienso ahora me entra una vergüenza brutal, pero habíamos empezado un jueguecito: ella sola se bastaba para llenar un harén entero. Modificaba su nombre para que se adecuara a la práctica del momento: Martha>Marty>Martina>Tina. Marty el tristón era el chico: tenía que ponerla boca abajo; Martina la mandona era la lesbiana: tenía que comérselo; con Tina la reacia tocaba el misionero, sin más: se tumbaba con los brazos estirados al lado del cuerpo. Una tarde experimentamos con Mr. T (Marty>Mr. T): ella tenía que follarme metiéndome el dedo. Cuando tuvo dentro el segundo nudillo traté de escabullirme y sus gruñidos se convirtieron en risitas. «Vale, vale —dijo—. Teníamos que probar, ¿no?» Traducción: era *ella* la que tenía que probar.

Esa noche fue particularmente intensa.

—¿Qué le parece, señor Jernigan? —me preguntó cuando yo ya no era capaz de hacer nada más—. ¿Qué le parece esto de tener un burdel particular, siempre a su disposición? ¿Le gusta? —Mojó un dedo en el sudor de mi pecho.

—Mmm, sí. Aunque, con toda esta historia, a veces me pregunto dónde queda Martha. —No se me ocurrió un modo más delicado de decirle que me temía que hubiéramos sobrepasado los límites. Al parecer, ahora Peter Jernigan empezaba a creer en los límites.

—Que se joda Martha —dijo—. Es un rollo, una carga. ¿A quién le importa? El mundo está lleno de mujeres infelices.

Hacia las once y media me levanté de la cama y cené mis macarrones con queso. Luego más cama, un gran vaso de licor casero, y a dormir.

A las tres de la madrugada volvía a estar despierto. Me levanté y me arrastré por el pasillo hasta la cocina. En la puerta del cuarto de Clarissa, abajo del todo, brillaba una línea de luz, y se oía el raspar de una música lejana. Mi hijo estaba ahí. Y todo iba bien. O eso era lo que yo quería creer. En la nevera encontré el estofado que comeríamos al día siguiente. Aunque resulta que estaba en una cacerola de cobre: antes de que decidiese desertar de la economía monetaria, a la buena de Martha las cosas no le habían ido tan mal. Levanté la tapadera, de la que cayeron gotitas de condescendencia (condensación, mejor), y fui a coger una cuchara de madera al escurrer platos. Me quedé ahí, venga a comer. Estofado de conejo con patatas cortadas a cuartos que conservaban su firmeza, con la chirivía que todavía conservaba su firmeza. La salsa del estofado era gris y espesa, y en absoluto desagradable.

CUATRO

En octubre, Danny y yo llevábamos más de un mes sin pasar una sola noche en nuestra casa.

—¿No has pensado que esto se está volviendo absurdo? —dijo Martha.

—No me quejo —respondí.

Estaba sentado en el borde de la cama en camisa y pantalones, poniéndome un calcetín en el pie derecho. Martha estaba tumbada boca abajo, con la mejilla apoyada en mi muslo izquierdo, tirando del calcetín que acababa de ponerme en el pie izquierdo. No me quejaba, cierto, pero aquel no era el momento adecuado para demostrar que seguía siendo seductora. Ya se me iba a escapar el tren de las 07.48, y tendría suerte si llegaba a coger el de las 08.04. Aunque quizá estuviera malinterpretando lo que no era más que ganas de jugar.

Me acarició el pie desnudo con las manos, enterró la cabeza en mi entrepierna cubierta, la besó, se tumbó boca arriba y luego se sentó en la cama.

—No me refiero a lo nuestro —dijo—. Me refiero a Danny y a ti, yendo y viniendo de vuestra casa con la ropa y todo. Al menos ya no lo sacas de la cama en cuanto rompe el alba para acompañarlo en coche a tu casa a que coja el autobús.

Ladeó la cabeza, sacó la lengua, se puso bizca y, con los índices, dibujó círculos alrededor de la cabeza: loco.

—Sigo creyendo que eso era lo correcto. —Cogí el otro calcetín del suelo y volví a ponérmelo—. Me parece que no estás teniendo en cuenta lo raro de la situación. Alguien va a empezar a quemar cruces en el puto césped —era Peter Jernigan quien hablaba, el que se había metido veintitrés ácidos (había llevado la cuenta), el enemigo acérrimo de las convenciones.

—Bueno, pues si alguien está alucinando con esta historia, yo no me he enterado. Aquí nadie conoce a nadie.

—¿No te parece bonito?

—¿Bonito? ¿Por qué? —preguntó. En fin—. Querido Peter —me dijo—. Cuánto me gustaría lograr que dejaras de preocuparte de lo que la gente te *hará*.

—¿Y llevar una vida sensata?

—Me gusta cuando te enfadas, a veces —dijo mientras me frotaba los riñones—. No te digo que te quedes en casa para follarme —deslizó la mano dentro de mis pantalones, por la parte trasera, y con el dedo sobre la camisa y los calzoncillos me tocó el coxis—, porque sé que tienes que ir a trabajar. Pero imagina que no tuvieras que hacerlo.

—Una vida no vivida —dije levantando un dedo a lo Tío Fred— no merece un

examen. —Le había dado muy bien la vuelta, pensé. Bien esquivado.

—Pero es tan estúpido... Tú mismo dijiste que era como volver al instituto.

—Es verdad. Forja el carácter. Te enseña a ser un buen ciudadano —respondí.

Consiguió meter la mano en el calzoncillo y dio un golpecito con una uña.

—Mr. T dice que te aclares.

—¡Eh! —dije. Metió la mano todavía más adentro, hasta el codo, la pasó entre mis piernas y la apoyó en el vientre—. Mmm...

—Pero prométeme que siempre te pondrás traje —me dijo al oído mientras con la otra mano me desabrochaba el cinturón—. Me gusta meter la mano en pantalones anchos.

—Si dejo el trabajo —contesté; me tumbé y la dejé hacer—, hasta los tejanos me irán anchos. —Había hecho una oscura alusión a la inanición.

—Nunca dejaría que pasaras hambre —respondió. Lo había entendido, no sé cómo.

Un golpe en la puerta.

—¿Papá?

—¡Se ha ido a *trabajar*, maldita sea! —grité—. ¿Te crees que el que se gana el pan puede pasarse el día holgazaneando en casa?

—¿Quieres que vuelva más tarde?

Martha movió la cabeza para asentir en silencio.

—¡No, espera! —grité—. Estoy contigo en un minuto.

Martha sacudió la cabeza y me dedicó un abucheo mudo.

—Tiene que coger el autobús —susurré. Me levanté y me cerré la bragueta—. Vuelvo en un segundo.

—Maldita sea.

Abajo, en el salón, Danny había sacado el mantelito que cubría el televisor y que por la noche yo había olvidado volver a poner en su sitio, y estaba sentado en posición de loto con las suelas de las deportivas vueltas hacia el techo.

—*Shanti shanti shanti* —dije—. ¿Qué pasa?

—Oye —dijo mientras se descruzaba de piernas—, ¿te importa que después de clase use la casa para algo?

—¿Para *algo*?

—Bueno, para tocar con la banda.

—¿Qué banda? —pregunté. Imaginé galones de oro y tubas.

—No es una banda-*banda*, en realidad. Estuve hablando con un chico que toca el bajo. Y no le gusta la banda en la que está; íbamos a reunirnos para ensayar o algo.

—Genial. Me alegro. Claro, por supuesto.

—Y puede que Clarissa cante —dijo apartando la mirada—. O, si no, había pensado que podría empezar a tocar la batería, si no encontramos a un batería de verdad.

—Bueno —respondí, decidido a animarlo—, al menos podrías hacer que tocara la

pandereta.

—¿Crees que pasaría algo si terminamos tocando muy alto? Altísimo no, pero sonaría mejor con el volumen un poco alto.

—Por mí, ningún problema. Quizá os convenga tener las ventanas cerradas para que el señor Howard no llame a la poli. —(El poli con la pistolera sentado a la mesa de la cocina: *¿Y para usted esto es normal?*)—. No tiene pinta de ser un amante del *heavy metal*.

—No es *heavy metal*, papá. De momento, todavía no es nada. A Dustin le molan los Smiths y grupos así. —¿Quién coño eran los Smiths?—. Lo más probable es que no salga nada. Nunca he *tocado* con este chico, ¿vale?

—Lo que tú digas —respondí haciendo caso omiso del tono de su voz—. *Mi casa es su casa*^[21]. Evidente, ¿no? Veamos, ¿llamo a los de la compañía eléctrica para avisarles de que podría haber un apagón en la zona de Heritage Circle?

Me miró.

—¿Es un chiste? —preguntó.

—Sí. Pensé que te divertiría.

—Perdón —dijo.

—Otra cosa. Si piensas fumar hierba (comportamiento que condeno totalmente), fuma en tu cuarto, para que cuando los polis aparezcan por el ruido, que aparecerán, no acabes en la trena.

Levantó los ojos, igual que un santo víctima de persecución.

Oí que arriba se cerraba una puerta y Clarissa bajó. Entró en el salón con paso algo vacilante. Apestaba a hierba. Cuando me vio, retrocedió, pero, como no podía escapar, se quedó mirándome, sonrojada. Un auténtico espectáculo, esa cara palidísima poniéndose colorada.

—Perdón, señor Jernigan —dijo—. Pensé que ya se había ido al trabajo.

—¿Qué puedo decir? A veces la mente se anda con jueguecitos, ¿sabes? Las puertas de la percepción y todo el rollo. —Crueldad de poca monta, ya lo sé, lo sé... No era su padre, gracias a Dios, así que tampoco era cosa mía regañarla. Pero que se enterara de que yo no era ningún idiota.

—Vamos a llegar tarde, cariño —dijo Danny. Aunque solo despegó los ojos de Clarissa para mirar el reloj después de haberlo dicho—. ¿Lo tienes todo?

Solo llevaba un bolso del tamaño de una billetera —cuero negro con tachuelas plateadas— que le llegaba a la cadera colgado de un asa desproporcionadamente larga.

—¡Adiós, mamá! —gritó Clarissa.

(A lo lejos se oyó: «Adiós, cariño»).

Danny la llevó de la mano y cruzaron la puerta. Miré mi reloj: a la porra el tren de las 08.04.

Cuando volví a subir, encontré a Martha debajo de las sábanas; solo asomaba la cabeza. ¡Sorpresa!

—Son las siete cuarenta y cinco —dije—. ¿Sabes lo colocada que va tu hija?

—Mierda. Sabía que había tenido algunas recaídas, solo en fin de semana.

—Vaya, no me gustaría estar sentado en su pupitre cuando lleguen a las ecuaciones de segundo grado.

—No creo que den nada parecido este curso. Pero ya veo por dónde vas. —Me dedicó lo que pretendía ser una sonrisa picara—. Y hablando de ver por dónde vas...

—Sacó un brazo de debajo de las sábanas y con el índice me hizo señas. ¿Y sabéis qué? ¡Era un brazo desnudo! ¡Hasta el hombro!

Me senté en el borde de la cama.

—¿Se trata de algo que tengamos que solucionar? —pregunté.

—No inmediatamente —respondió tratando de mantener una calma que, eso era evidente, empezaba a perder. Se contoneó: contoneo de «ven aquí».

—¿Nunca te preguntas —insistí— qué pasa en esa habitación?

Mi pregunta hizo que se sentara; ya no le importaba que le viera los pechos.

—¿Qué? ¿Mi niña está corrompiendo a tu crío? ¿Es eso lo que te preocupa?

—Me preocupan los dos —respondí.

—Perfecto.

—Si lo recuerdas —continué—, me soltaste un discurso sobre el bien que Danny le estaba haciendo a Clarissa y sobre sus problemas, que ya eran agua pasada.

—Lo que demuestra que el amor hace milagros y que los milagros no duran.

—¿Y eso qué significa? —pregunté, que era justo lo que se esperaba de mí en aquel momento. De eso me acordaba, de mis tiempos con Judith.

—Significa que pareces encontrarme cada vez más resistible.

—¿Y ahora esto a qué viene? —pregunté—. ¿Porque quiero hablar de algo que me preocupa, y con razón? ¿Y que debería, y con razón, preocuparte a ti?

—¿Y crees que no me preocupa? —dijo—. En tu infinita sabiduría, ¿qué crees que debería hacer? ¿Llevarla a rehabilitación porque se ha fumado un porro? Ya sé que piensas que soy una madre penosa. Y tú, por supuesto, eres un padre de primera.

—No puedo creerme todas estas chorradas.

—Y por eso Danny lleva, de hecho, seis meses viviendo aquí. Porque su *padre* es un *tipo* muy afectuoso.

—Que aquí pueda colocarse hasta las cejas cada noche y nadie le diga una puta mierda quizá explique algo.

—Lo dudo muchísimo —respondió—. Últimamente, tú no pareces demasiado preocupado por esos colocones.

Sacudí la cabeza.

—Esto es verdaderamente grotesco, si te paras a pensarlo. Ellos, encerrados en una habitación, y nosotros, en la otra. ¿No te da que pensar? ¿Que es una situación muy, muy jodida?

—Pues cámbiala —dijo mientras apartaba las sábanas y se levantaba—. Si te parece una situación grotesca, ¿por qué no la cambias?

Fue dando zancadas hasta la cómoda, desnuda, y empezó a cepillarse el pelo. Con cada golpe de cepillo se le meneaban las nalgas.
Y etcétera.

Ese día no fui al trabajo.

A la mañana siguiente me levanté y cogí el tren de las 07.31 y entré en la oficina bien temprano. No me llegó una sonrisa de Miranda, que levantó la vista y se limitó a seguir tecleando.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Bien —respondió.

—Eso es bueno —dije.

A una ráfaga de golpes de tecla le siguió un «¡Mierda!», y luego cogió el líquido corrector.

—Yo me encuentro mejor, gracias —dije. Tenía que seguir el juego de mi enfermedad inventada.

Se inclinó hacia delante y sopló en la hoja de papel en la que había esparcido el líquido blanco.

—¿Sabes qué? El doctor K tendría que estirarse un poco y comprarte una máquina con cinta correctora. En la escala evolutiva, esta está un peldaño por encima de la tablilla y el cincel. —Doctor K era el mote que le había puesto a Kelsey.

Entonces ella me miró.

—Esto lo odio, de verdad, ¿vale? —me dijo—. Pero me dijo que te dijera que quiere verte. En cuanto llegues.

—Estás tratando de decirme algo.

—Lo siento, de verdad —dijo.

—Mieeer-da. Mmm. Eh... Vale. —Nunca me habían echado de ningún sitio.

Raro. Un jefe irascible y un empleado patoso, igual que en las tiras de Dagwood^[22]. Claro, seguro que esa Miranda iba a saber quién era Dagwood. ¿Cuántos años tendría? ¿Veinticinco? Aunque quizá las tiras de Dagwood siguieran publicándose.

En el mundo real, ¿qué te decían exactamente cuando te despedían? Está usted despedido, no, imposible. En las tiras de Dagwood te agarraban por el cuello de la camisa y el fondillo de los pantalones, creo.

—Tendrías que avisarlo por el interfono, ¿no? —dije, esperando que, al menos, Miranda admirara mi sangre fría. Los líos en la oficina eran muy mala idea, aunque yo ya había tenido el mío, había tenido dos, casi, cuando Judith vivía. Pero ahora que, por lo visto, ya no andaría más por ahí, tal vez podría llamar a Miranda algún día para tomar un café. Aunque ahora tendría que ocuparme de Martha.

—Dile que pase. —La voz de Kelsey se elevó de la mesa de Miranda.

Miranda le hizo una reverencia al altavoz levantando las palmas de las manos, y luego me dijo:

—Mentón bien metido, piernas flexionadas.

Di unos saltitos y pegué un par de derechazos al aire; lo hice por ella, para demostrarle lo poco preocupado que estaba.

—Siéntate —dijo Kelsey.

Me senté.

—Puede que esto te pille por sorpresa o puede que no —dijo—, pero hemos decidido prescindir de ti. Seré muy franco: no has encajado bien.

—Supongo que lo intuía desde hace tiempo —dije. ¡Tú! Tú que siempre decías que te iba la degradación... Pues disfruta del momento. *Degradación*. Jugué con la palabra mientras contemplaba las manos de Kelsey; de las manos para arriba no me atrevía a mirarlo. La alianza de oro le pellizcaba el dedo hinchado. Me inventé la palabra *Dagwoodación*. Y me imaginé a Elmer Gruñón farfullando.

—Maldita sea... —decía Kelsey—, tienes mucho talento. Eres listo, eres presentable... —El tercer atributo parecía habersele olvidado—. Y todo esto solo ha conseguido impedir que hagas... —se encogió de hombros— lo que deberías estar haciendo, sea lo que sea. Y es algo en lo que creo firmemente: las personas, cada persona, son buenas para un trabajo en especial, cada una tiene su nicho, la mercadotecnia, ya sabes. —Lo pronunció así: *mercadotecnia*—. Francamente, me gustaría que fuéramos lo bastante grandes para poder recolocar al tipo que no funciona en su puesto, probar algo diferente. Pero afortunada o desafortunadamente... —Separó las manos para hacer patente su desesperación—. Lo único que podemos hacer es decir ¡Ve con Dios! y calcular una indemnización que sea justa para todos y... —volvió a extender las manos.

—¿De qué tipo de indemnización estamos hablando, exactamente? —pregunté, yendo al grano. De hecho, había olvidado que lo que hace de un trabajo un buen trabajo es el despido: no pueden echarte a la calle con la última paga y adiós.

—Bueno, nuestra oferta (y si no te parece razonable, te ruego que lo digas) son dos meses de sueldo completo, más la posibilidad de utilizar el despacho durante, pongamos, la próxima semana, para que vayas levantando cabeza, para hacer tus llamadas, lo que necesites. También estaríamos dispuestos, si hiciera falta, a mantener tu seguro médico durante un mes, mes y medio, así tendrías tiempo de buscar alternativas.

Hasta yo me daba cuenta de que podría sacarle más. ¿Dos meses? Eso, incluso para una empresa tan roñosa como Kelsey & Chittenden, no podía ser sino una estrategia para romper el hielo. Por todos los santos, ¿no me había invitado a negociar? Él estaba ahí sentado, pensando en lo que sea que los hombres de negocios piensen. Tratando de prever mi reacción, probablemente, para saber por dónde clavármela. Y yo no tenía cuerpo para eso, en absoluto.

—¿Dos meses? —pregunté—. ¿Eso es lo normal?

—Supongo que en este caso podríamos ser flexibles —contestó—. Creo que podríamos justificar otras dos semanas por situación de extrema necesidad. Podríamos acogernos a lo repentino del cese y a tus años de servicio. Fuera de eso, no creo que estemos dispuestos a prolongar las cosas de un modo que no resulte productivo para nadie.

Según parecía, con tan solo evitar las palabras «de acuerdo» iba a poder ver cómo iba creciendo ese montón de dinero gratuito.

Exhalé un suspiro que, esperaba, él interpretaría como: «Yo tenía en mente algo así como unos tres meses».

—Así que estamos de acuerdo —dijo.

Vaya con Jernigan el hábil negociador. Llegados a ese punto, solo quería largarme de ahí.

—No sé. Lo que tú digas.

—Ahora —dijo, e inspiró sin separar los dientes. Así que había más—. Por lo que a recomendaciones respecta, estaré encantado de proclamar a los cuatro vientos lo que ya te he dicho a ti: que eres brillante, elocuente..., pero no estoy muy seguro de que eso te sirviera de mucho.

Esperó a que yo dijera algo.

Finalmente, añadió:

—En lo tocante a la ética de toda esta historia, me pones entre la espada y la pared. Por un lado, y como comprenderás, dejar a la gente sin oportunidades está muy feo...

—¿Tan mal está la cosa? —pregunté.

—Voy a decirte algo para que te sirva de consejo. Esto ya lo estuvimos sopesando hace un año, cuando lo de tu desgracia. Y entonces nos pareció que a) en ese momento no sería lo correcto, y también nos preguntamos, francamente, y perdóname por lo que te voy a decir, sin ánimo de ofender, si no estarías teniendo problemas en casa que, a su vez, podrían tener relación con los otros problemas. Y que, con el tiempo, cabría la posibilidad de... —no fue capaz de llevar más allá la idea de un Jernigan transformado—. En fin.

—Bueno —dije.

—¿Puedo serte sincero? —preguntó—. No me caes bien. Y si el señor Chittenden me hubiera escuchado cuando quiso contratarte, *nunca* te habría contratado. Pensé que esto también tenía que transmitírtelo, para que te hicieras cargo de la situación.

—Así que, en realidad, se trataba de eso.

—No —respondió—. Pero puedes pensar lo que más te convenga, por supuesto.

—Diez años.

—Mucho tiempo.

Decidí poner en práctica esa famosa frase del instituto. A esas alturas, ya no tenía absolutamente nada que perder.

—No ha sido un placer. Gracias, muy odiable —dije.

Y vaya si funcionó.

—No hay de qué —respondió.

Cuando salí de su despacho, Miranda miró hacia arriba y levantó las cejas: quería saber.

—*Son cosas de la vida* —dije^[23]; la frase la había tomado de *El almuerzo desnudo*. Cuando uno se ha pasado tanto tiempo como yo en los trenes de cercanías, termina leyendo de todo. Yo ya había pasado por la fase P. G. Wodehouse, por la fase Chesterton, por la puta fase Lamb-Hazlitt-De Quincey. *El almuerzo desnudo* correspondía a la fase Relee Todo Lo Que Leíste En El Instituto. Aunque solo releí las partes guarras, medio atemorizado, todavía, de volverme homosexual.

—Te parecerá muy mal momento —me dijo Miranda—, pero creo que debo decirte que no es tacaño ni nada. En realidad, la máquina tiene cinta correctora, pero utilizo el líquido por razones morales. Porque retroceder y deshacer los errores sin más no me parece correcto.

Eso me llamó la atención. Con todos los meses que Miranda llevaba ahí, y yo no había entendido que estaba loca.

Suficientemente loca como para quedar conmigo fuera del trabajo, quién sabe.

—Interesante —dije—. Una manera de verlo muy interesante. Oye, se han ofrecido a dejarme venir a la oficina durante unos días más, pero creo que ahora recogeré algunas cosas y las meteré en una bolsa. Si no, la situación le resultará incómoda a todo el mundo, a mí incluido, creo. Pero pensaba que si alguna vez paso por el barrio podría llamarte y podríamos ir a tomar un café o algo.

Me echaban después de diez años de trabajo, y ya ligaba alegremente con la Miranda esa. Si a eso podía llamársele ligar. Si eso era alegremente.

A mediodía ya estaba en casa de Martha. En el tren se me había metido en la cabeza la idea de que era una de esas Putas-Sus-Labores, una de esas mujeres casadas (aunque, técnicamente, ella no estaba casada) que se ganan un dinero extra recibiendo a clientes. Eso explicaría de dónde sacaba el dinero. Era completamente lógico.

Oí que dentro sonaba música. Llamé a la puerta y di unos golpes con la aldaba. Unos pasos se acercaron al trote.

—¡Un minuto! —gritó Martha.

También se me había ocurrido otra cosa: que me estaba poniendo los cuernos (eso en caso de que fuera técnicamente posible ponerle los cuernos a un hombre que no estaba casado) con el Tim que no parecía tímido: ese autor, editor, destilador ilegal, Nuevo Adán lobuno. Mientras se acordaba de mi santa madre, supongo.

—¡Salid, cabritillos! ¡Aquí está Jack...! —grité; Jack Nicholson en *El resplandor*.

—¿Peter? —preguntó.

Abrió la puerta, la rendija solamente.

—El O’Jernigan errante —contesté—. Corre a hacerme la cama, mujer, que de buena gana me echaría.

Había pillado a la muy zorra con las manos en la masa. Era mediodía y, por lo que parecía, debajo el albornoz azul cielo no llevaba nada. Abrió la puerta del todo.

—¿Qué haces en casa?

¿Casa?

Ahora podía oír qué música era: Webb Pierce. Martha había desistido de su empeño de escucharlo cuando los chicos estaban en casa: a Clarissa y a Danny les parecía gracioso ponerse a aullar como coyotes solitarios.

—Buena pregunta. Ahora, mi turno: ¿Qué haces con la llave echada?

Este Jernigan era, atención, el mismo que acababa de insinuársele a la pobre Miranda.

—Te parecerá muy tonto. Estaba a punto de meterme en la ducha, y todavía cierro la puerta con llave por *Psicosis*. Y paso el pestillo del baño. Hoy tiene su lógica, pero empecé a hacerlo cuando tenía trece años. ¿Y cómo es que estás en casa, cariño?

—No me has hecho pasar —señalé.

Me echó una mirada, me cogió de la mano y me hizo entrar.

Agucé el oído en busca de un hombre escabullándose por la ventana o metiéndose entre susurros en un armario mientras esperaba el momento propicio para la escapada. Mientras la puta infiel me seducía, quizá. Si ahora deslizaba la mano hasta el viejo doctor Johnson, la cosa estaría clarísima. (Lo llamo doctor Johnson porque el

bueno de Samuel Johnson aparecía en la lista de nombres que Auden, en *A Certain World*, ofrecía para referirse a los genitales. Jernigan el Original). Webb Pierce cantaba *Pero a la que yo quise amar fue quien me quiso engañar...*^[24] Y comprendí que Martha estaba desafiándome a que rasgara su red de mentiras.

Le había dado demasiado a la cabeza, eso era lo que pasaba, por supuesto.

Debía de ser porque me habían echado. Por raro que parezca, me estaba tomando a pecho algo que cualquier otro se habría tomado a pecho. Bueno, qué demonios, lo que sea para sentirse anclado al planeta, ¿no? Ahí va mi reconstrucción: la pérdida de mi trabajo —diez años de tener un lugar al que ir y cosas que hacer en ese lugar— me había hecho temer que nada en el resto de mi mundo era seguro. Aunque tal vez *temer* no sea la palabra exacta: quizá se tratara justo de lo contrario. De *desear* que todo se desmoronara bajo mis pies para quedarme en el vacío. De desear que lo que más temía se hiciera realidad. Los entresijos de Jernigan... ¿Habría algo más interesante?

—Estás de broma —dijo Martha cuando me hube calmado lo suficiente como para contarle lo que había pasado—. ¿Cómo es eso?

Me encogí de hombros.

—Resulta que ya querían deshacerse de mí el año pasado, pero les di lástima cuando, ya sabes, lo del pequeño incidente. —Hablar del asunto con aquella ligereza dejaría preocupada a cualquier mujer, por fuerza. Pero mejor eso que tener que oírme mientras decía, muy solemne, «cuando mi mujer falleció».

—Pues me parece *estupendo* —dijo—. Y creo que tendríamos que celebrarlo. ¿Quieres ayudarme mientras me ducho?

¿Por qué no ser humanos, a fin de cuentas?

—Por el amor de Dios, mujer —dije, tratando de mostrarme juguetón—, ¿no te das cuenta de que perder el trabajo le arrebató al hombre su virilidad simbólica?

No es tu virilidad *simbólica* en lo que yo estoy pensando. ¡Oh! Lo he puesto colorado.

—No seas vulgar —dije—. Tenemos entre manos un asunto serio y simbólico. Mira: para un hombre de verdad, las fauces del desempleo representan el equivalente simbólico de una enorme *vagina dentata* cerrándose de un chasquido. Chas-chas. —Con la mano formé una boca (el pulgar, de mandíbula superior) y me pillé la entrepierna.

—Lo piensas de verdad, ¿no? —dijo mientras me rodeaba con un brazo cordial.

Sacudí la cabeza.

—Ironía, ironía. Conmigo, presupón siempre la ironía.

—¿Incluso cuando dices «presupón siempre la ironía»? —preguntó.

—Oye, ¿has oído hablar de la paradoja del mentiroso? Bueno, pues esta es la paradoja del irónico.

—Te quiero —dijo—. *Sans* ironía.

—Bueno, como me han enviado a las duchas, total...

—¿Me quieres? —preguntó—. Dios, eso no se debe preguntar *nunca*. Retiro la pregunta. Perdón.

—Frena un poco...

—No. No quiero oírlo ahora. Aunque me quieras.

—Como tú digas —respondí. Sabía cómo librarme de esta. Fácil: derrochando encanto—. Pero ¿todavía podemos darnos esa ducha?

—Sí. Eso sí.

Más tarde, en la cama, dijo:

—Así que lo que has dicho es verdad.

—Como treta para terminar con las cenizas esparcidas, es un poco rebuscada, ¿no?

—¿Estás muerto de miedo? —preguntó mientras cogía una almohada del suelo y se la colocaba detrás de la espalda para poder incorporarse—. Contigo a veces no sé qué pensar.

Al parecer, ahora hablaríamos de ello.

—¡Cáspita, pues no! —respondí—. Estoy convencido de que los bancos se mostrarán comprensivos cuando deje de ingresar los pagos de la hipoteca. ¿Y los de la compañía eléctrica? Son unos tíos bastante relajados, ellos. Los del supermercado...

Me puso la mano en la boca.

—Calla. ¿Por qué no vendes esa casa horrible y te instalas aquí? Ya vives aquí, de todos modos. ¿Cuánto pagaste por la casa?

—Cincuenta y siete. Hará unos diez años.

—Diez años —dijo, y entrecerró los ojos para ir calculando—. Así que la pones a la venta por unos ciento setenta y cinco, ciento ochenta, probablemente, le devuelves al banco lo que le..., ¿cuánto le debes?

—No lo sé. Mucho. Cuarenta y cinco, probablemente. El adelanto no fue gran cosa.

—Vale. Digamos que son cuarenta y cinco. Aunque descuenten la comisión, tienes más de cien mil dólares ahí, muertos de risa.

—Exactamente. Y, en cuanto los toque, la mitad se irá en impuestos.

—Pues los colocas en alguna cuenta de ahorros de las que ofrecen ventajas fiscales, y pasas un tiempo sin tocarlos. Resérvate algo y no vuelvas a trabajar: así, si prorrateas los ingresos de los próximos años, pagas menos impuestos... No pasa nada. Si necesitas dinero siempre puedes buscarte algo, ya sabes, algún trabajillo, aquí y allá.

—No pasará nada hasta que me ponga enfermo —dijo—. O hasta que se ponga enfermo Danny. ¿Y el seguro médico? ¿Y si a alguno de los dos tienen que hacernos una endodoncia?

—Bueno, Peter, no puedes pasarte la vida entera encogido, esperando a que las cosas pasen. Creo que esa es la manera de animar a las desgracias. Podrías vivir aquí

sin gastar un centavo, prácticamente.

—Es decir: podría vivir de lo que tu exmarido te pasa.

—¿Y? —preguntó—. ¿Qué pasa? ¿Que puedes visitar los barrios bajos, pero nunca te rebajarías a vivir en ellos?

—Dios..., déjame en paz —dije—. Me han echado del trabajo hace ¿cuánto?, ¿tres horas? Ya tengo bastante que digerir. ¿Tú estarías preparada para cambiar de vida así, de repente?

—Sin dudar, si tuviera tanto que cambiar como tú. Cariño. —Se levantó de la cama y, desnuda, caminó hasta la puerta—. Tengo que hacer pis. Cuando vuelva, dime qué quieres hacer.

Me quedé tumbado y traté de rumiar sobre lo que debía pensar. Pensé que tendría que pensar que una loca me estaba presionando. Si ella seguía machacándome con el tema, entonces yo podría darme cuenta de que era malvada y tenía malas intenciones, ¿no? Y entonces ya sabría que no me convenía hacer nada de lo que me dijera.

Cuando volvió llevaba puesto el albornoz.

—Vale —dije—. ¿Y esto qué significa?

Se metió debajo de las sábanas con el albornoz puesto y se quedó mirando a la hawaiana.

—Lo siento —dijo—. Tenía que ser una especie de ejercicio, pensaba que te ayudaría. Supongo que aplicarle terapia de *shock* a alguien que ya llevaba el *shock* encima ha sido tonto. Lo que quiero decir es que, si quieres vivir aquí, estás invitado, Peter. Danny y tú. Ya lo sabes. Creo que esa vida estaría bien. Y a Danny le beneficiaría mucho tener a una mujer cerca. Y a Clarissa, tener a un hombre. O, si quieres, puedes buscar otro trabajo y seguir como hemos estado hasta ahora. O esto también puedes cambiarlo, tú decides. O sea, que te estoy dando, no sé, te estoy dando lo que tú quieras.

No sonaba como si fuera alguien con malas intenciones. Aunque ¿qué más hostil que darle a alguien lo que quiere? Me acordé de *La dimensión desconocida*, de cuando el tipo dice que en el cielo se está volviendo loco y que por favor lo mande al Otro Sitio, y el otro le contesta que *eso* es el Otro Sitio, ja jajá jajajá...

Martha me miró.

—Creo que podrías llevar una vida que te llenara más, Peter. La otra noche decías que te gustaría escribir poesía. Pues ya sabes, podrías escribir.

—*Madre de Dios* —dije^[25]. (La otra noche había vuelto a pillarme una de licor casero y conté historias del instituto)—. Hablaba de cuando tenía catorce años, por todos los santos. Todos los chicos de mi grupito querían ser poetas. De los de barba, ¿sabes? Porque creíamos que Allen Ginsberg era una gran figura romántica. Eso fue justo después de querer convertirme en jugador de béisbol, como Roger Maris.

—Me parece que he metido el dedo en la llaga —dijo ella.

—No has metido el puto dedo en ninguna llaga. Pero me gustaría que me ahorraras la humillación final, ¿sabes? Ser un capullo y estar quemado puedo

aceptarlo; pero ser un capullo que está quemado y que a los cuarenta se pone a escribir poesía, o a aprender a tocar el puto saxofón, eso sí que no.

—Me parece que detecto miedo al fracaso, ¿sabes? Y me encanta, me parece muy mono.

—Eres una gilipollas muy retorcida.

—¿Y no es así como te gustan? —dijo—. Por cierto: solo tienes treinta y nueve, a menos que me hayas mentido sobre tu edad.

Hice el gesto de Jack Gleason, que hace de Ralph el autobusero de *The Honeymooners*: «Uno de estos días, Alice, bang, zoom, y vas directa a la Luna». En el canal 11 daban *The Honeymooners* justo antes de *Star Trek*, que precedía a *La dimensión desconocida*.

—No estoy bromeando —continuó—. En serio, no me extraña que te gusten los trabajos degradantes, Peter. ¿Has pensado alguna vez en trabajar de recepcionista? Hay un Holiday Inn muy bonito desde el que se ven todas las marismas. ¿Sería lo bastante deprimente?

—Martha, cariño —dije, y apoyé un dedo en los labios—. ¿Ya hemos dicho todo lo que queríamos decir?

Se dio un golpecito en la frente y asintió en silencio. Luego cruzó las manos sobre el pecho, igual que una momia, y se quedó tendida, rígida, mirando al techo.

—Por todos los santos —dije.

—Chist.

—Muy bien, como quieras. Escucha: salgo a dar un paseo.

Sabía que estaba siendo un capullo susceptible. Porque, al parecer, ella todo lo hacía por amor.

Recortadas contra el cielo azul cobalto, las hojas eran de colores enfermizamente vistosos: las fases —amarillo hepático, naranja, rojo— de la tisis. Lo que estaba mandado, sin embargo, era que te parecieran preciosas. Aquella mañana, mientras caminaba hacia el coche o avanzaba bajo el túnel de árboles que conducía a la avenida Hamilton, ni siquiera me fijé en las hojas. La culpa era solo mía: tener trabajo no debía, por fuerza, anularte. Un ejemplo obvio: Wallace Stevens. Bastaba con pensar en Wallace Stevens para que cualquier empleadillo desgraciado se sintiera todavía peor.

Al menos algo estaba clarísimo: con esos cien mil dólares imaginarios o sin ellos, mudarse a casa de Martha sin trabajo y sin un lugar adonde ir suponía una pérdida de poder.

En caso de que estuviese clarísimo. Si llegado un momento *querías* trabajar, pues muy bien, te buscabas un trabajo, ¿no?

Pero ¿de qué? ¿Y qué ibas a explicar cuando te preguntaran lo que habías estado haciendo durante el último año?

Y eso se convertía en una cuestión totalmente distinta: ¿a qué ibas a dedicarte, el día entero?

Aunque, por otra parte, podrías buscarte un trabajo para no tener que pensar a qué dedicarte durante el día entero. Dios. Por esta parte, y por la otra parte, y por la reotra reputa parte.

Giré en Maple, caminé una manzana y llegué a Oakdale por Nottingham. Esa zona de la ciudad le daba mil vueltas a Heritage Circle. Casas grandes, unas unifamiliares y otras adosadas, de tablillas de madera, la mayor parte, aunque cada vez se veían más revestidas de aluminio o de ladrillo. Grandes árboles que ocupaban las lenguas de tierra entre calle y acera; raíces que habían ido hinchándose con el paso de los años y que ahora levantaban una de cada cuatro o cinco losas de cemento.

Más adelante, en la acera, una mujer venía hacia mí empujando un carrito de bebé; una sillita, mejor dicho. El trasto en el que el crío va sentado y el mundo se le va echando encima. Mujer joven; jersey irlandés de lana verde para un día de otoño. Un poco rellenita, como le corresponde a una madre. ¿Y eso? Vaya cosa de decir. Pálida, cara bonita, flequillo recto y rojizo. La bandera de Irlanda misma, si es que Jernigan no ha perdido su ojo. Todavía le gustaba flirtear, me pareció, pero el sexo lo dejaba para ocasiones muy especiales, como le corresponde a una madre. No puedo creer que Peter Jernigan venga con esas ahora.

En realidad, no sabía nada del vecindario, y eso me fastidiaba. Sí: sabía que

parecía anclado en 1953. Bastante irresponsable, cambiar tu vida (y de la de tu hijo mejor no hablar) sin pararse a considerar este tipo de cosas. Bueno, ahí tienes una oportunidad: una persona absolutamente imparcial.

—Hola, perdona —dije, y luego no supe cómo continuar.

No terminaba de decidirme por el tono que emplear. Iba a preguntarle si vivía por ahí, pero esa era una pregunta de violador típica, saltaba a la vista. También pensé en preguntarle si era irlandesa y en comentar que yo también lo era. Parecería un desequilibrado, pero no advertiría ánimo de violación.

Se detuvo, miró hacia abajo, hacia el bebé, y luego me dedicó una sonrisa fugaz, seria-sonrisa-seria: una señal de atención, por lo visto.

—Perdona —dije—. Soy nuevo en el vecindario, y, de hecho, estoy pensando en... —decir que estaba pensando en instalarme ahí permanentemente sonaría raro, ¿qué significaría eso para alguien que no conociera mi situación? Nada en absoluto— en comprar por la zona.

Nunca mientas, tío: ¿no te das cuenta de que fue un error? Nuevo en el vecindario da a entender que ya *estás* en el vecindario; pensar en comprar da a entender que todavía no has *llegado*. ¿Qué iba a pensar? ¿Que estaba de alquiler? Da igual: es probable que todo aquello no le pareciera más que una cháchara simpática. Continué.

—Pero me preguntaba... Como imagino que vivirás por aquí —deslizándolo sutilmente la pregunta del violador—, me preguntaba si esta es una buena zona.

La mujer entornando los ojos cada vez más.

—¿Se refiere a si es segura?

—Bueno, más o menos. No solo eso.

Eché una mirada por encima del hombro y luego, bajando la voz, preguntó:

—¿Se refiere a si se está llenando de negros? Debo decir que en absoluto.

¿Cuánto había tardado en dar con su lado oscuro? ¿Diez segundos? Debía de ser una persona agradable; el asunto, algo de lo que se hablaba mucho por la zona. Ahora tendría que ingeniármelas para no avergonzarla por haber hecho un comentario racista y, a la vez, evitar muestra alguna de complicidad.

—No pensaba en eso tanto como en, ya sabe, ¿es buena, en general?

—Creo que no sé exactamente a qué se refiere —respondió mientras se inclinaba y arreglaba al bebé—. Christopher, más *derecho*. ¿Me deja pasar? —Y siguió adelante empujando el carrito.

Tendría que haber respondido «perdón» cuando pasó, pero ¿para qué? ¿Para reconocer abiertamente que le había hecho el reproche en el que ella ya había reparado?

Bueno, hasta ahí la inspección del vecindario. Aunque un montón de pros y contras habrían resultado igual de inútiles. Así, al menos, había descubierto que los negros no se estaban mudando al barrio. ¿Y cómo tenía que tomármelo? Malo: nada de diversidad cultural. Aunque lo que había descubierto, en realidad, era que ese era un barrio cuyos vecinos no querían a negros que se mudaran ahí. Y eso, ¿cómo tenía

que tomármelo? Malo: luego vendrían a por mí.

Seguí andando por Oakdale en dirección a la avenida Hamilton (hacia el este, supongo, aunque nunca he sido capaz de orientarme en Nueva Jersey), pensando que tendría que calcular cuánto se tardaba en llegar a la tienda más cercana. Por si vivía para ver la gasolina a tres dólares el litro, supongo. Después de caminar mil putas horas, al final llegué al E-Z Mart que quedaba después de la tintorería Hamilton, a la vuelta de la esquina. Eran las cuatro menos cuarto, dato que no me aportaba absolutamente nada: había salido de casa sin mirar el reloj. Entré y compré una Coca-Cola Light que no quería.

Era evidente: iba a hacer esa locura. ¿Por qué Martha y no cualquier otra mujer? Porque a ella la tenía justo delante de las narices. Aunque tal vez estuviera negándome a aceptar algún oscuro motivo psicológico, algo que tendría que ver con mi madre, probablemente. ¿Y qué no está relacionado con las madres, en esta vida? Probablemente decidí que la cosa funcionaría: a fin de cuentas, si vas haciendo cada cosa a su tiempo, todo puede funcionar. ¿Y eso, entonces? ¿Por qué no?

Probablemente no fue la decisión más meditada de mi vida. Si es que a eso se le puede llamar decisión.

De vuelta en casa, encontré a Martha en el sótano dando de comer a los conejos.

—Escucha —dije—. Antes de decirte lo que voy a hacer tengo que hablarlo con Danny. También es cosa suya, ¿sabes?

—Por supuesto. No esperaba menos. Ven, cariño. Aquí, bonito —le dijo a un conejo con manchas blancas y negras. Lo levantó y le enterró la cabeza en la axila—. El chico está listo —dijo Martha, acariciándolo—. Tranquilo, machote. Tiene gracia, pero a Danny ya he empezado a verlo como parte integrante de la casa. Tranquilo, pequeño. —Devolvió el conejo a la jaula.

—¿Para cuándo tiene cita con el destino? —pregunté señalando el conejo con el pulgar.

—Para dentro de un par de días, creo. La despensa está bastante vacía, y ya está listo para el viaje. Si se ponen mucho más grandes no son tan sabrosos, creo.

—Oye una cosa —dije—: ¿por qué no lo celebramos esta noche? Él será el invitado de honor.

—Una idea sensata. Vamos arriba. Sirvo un par de copas, vuelvo a bajar, lo hago y luego lo hacemos, ¿vale?

—Espera, ¿quieres que lo haga yo? No me importaría hacerlo, de verdad, y me parece que deberíamos repartir un poco las culpas. Ya me he comido bastantes bichitos.

—¡Cielos, estás poniendo toda la carne en el asador!

—Un hombre no puede esquivar sus responsabilidades.

—Eres muy amable, pero no. En serio. Ya le he cogido el tranquillo, ya me he acostumbrado.

—Lo odias —le dije—. ¿Por qué no me lo dejas a mí, para variar?

—¿Estás seguro, Peter?

—Aparta, mujer —dije—. Y acércame el trabuco.

Le arranqué una sonrisa, lo que hizo que cayera en la cuenta de lo idiota que había sido la broma.

—En serio —continué—. Es un trabajo terrible, y ya estoy cansado de ver cómo me escaqueo mientras tú lo haces. Y luego me siento a la mesa relamiéndome, ¿sabes? Bueno, ¿me lo quito de encima ahora mismo, o espero a que falte menos para la cena?

—Por tu bien, yo no esperaré mucho más. Te lo dice una que sabe de qué habla.

—Entonces sube y haz tus preparativos, y el finado y yo nos reuniremos contigo a mayor brevedad.

—¿Estás seguro de que sabes cómo...?

Señalé con el dedo hacia las escaleras.

—Fuera —dije.

—Gracias.

Entré en la sala de ejecución y saqué la pistola de la caja de herramientas. ¿Cargada? Levanté la palanquita de la empuñadura y saqué el cargador. Vaya que sí. Volví a empujar la palanca, oí que encajaba con un clic, y me metí la pistola en el bolsillo. Para ir a Kelsey & Chittenden por la mañana llevaba esos mismos pantalones, y ahora tenían una pistola dentro. Volví a la otra habitación y saqué al conejo con manchas de su jaula. Enterró la cabeza en mi axila; le acaricié el pelo y le dije: «Buen chico, buen chico». Sin mirarlo demasiado.

Estaba caliente, el conejo. Era un mamífero, igual que yo. Traté de encontrar la palabra adecuada y di con *lapínido*. La que buscaba era *marsupial*. Aunque según el diccionario los conejos no son marsupiales. Supongo que lo de lapínido se me ocurrió por *lapin*. Lo metí en la sala de ejecución, nos sentamos sobre unas balas de paja y, sujetándolo con la mano izquierda, saqué la pistola del bolsillo con la otra y la dejé a mi derecha, al lado de la cadera. Levanté el conejo con las dos manos, lo senté al otro lado y lo apoyé contra mi muslo derecho. Con la mano izquierda le sujetaba las paletillas con fuerza, con crueldad, ahora que apartaba la mano derecha. Trató de zafarse, pero lo tenía demasiado bien asido, y cogí la pistola con la mano derecha, le metí la boca entre las orejas y apreté el gatillo deseando con todas mis fuerzas que la bala de paja fuera lo bastante gruesa. La pistola hizo un chasquido y el conejo se estremeció y se convirtió en carne.

Cuando Danny y Clarissa llegaron a casa, serían las diez menos cuarto, Martha y yo ya habíamos cenado y habíamos lavado los platos juntos. (Ella lavó y yo sequé, aunque me dijo que no hacía falta que me molestara). Ahora ya estábamos liquidándonos la botella de ginebra Gordon's que yo había salido a buscar ex profeso. Esa noche tocaba licor comprado, sí señor. Tenía ganas de que llegara la hora de *Star Trek*, que ahora, en blanco y negro, ya me parecía menos cursi. No es que me importase lo cursi que fuera, ese era parte de su encanto. Ese concepto de la diversión...

—¿Chicos? —dijo Martha—. ¿Os las apañáis vosotros para cenar? Si tenéis hambre, quedan sobras de un conejito *à l'orange* que es pura dinamita.

—Dinamita —dije.

—Ya hemos comido —dijo Clarissa.

—¿Dan? —grité—. Ya sé que es tarde y que mañana tienes clase, pero tú y yo tenemos que hablar, ¿vale?

—¿De qué?

—Tranquilo. No voy a reñirte ni nada. El caso es que necesito tu consejo sobre un asunto.

—¿Qué asunto?

—¿Señoras? ¿Nos disculpan? Vamos a tener una conversación de hombre a hombre. El viejo *mano a mano*^[26] ¿qué te parece?

Es probable que no supiera qué era una conversación de hombre a hombre; esa era la (abro comillas) educación (cierro comillas) que recibía en su maldito instituto. Miró a Clarissa y ella lo miró a él. Igual que en una puta escena de *West Side Story*.

—Dan —dije—. Dan, compañero, ¿qué te parece si cogemos el coche y salimos a dar una vuelta, colega?

Se encogió de hombros.

—¿Podrás conducir?

—¡Qué bonito! ¿Esto qué es? «¿Si bebes no conduzcas?» Tú *confía* en el viejo.

Se me había olvidado, por supuesto, que quizá estuviera un *poquitito* sensibilizado con la idea de un progenitor borracho al volante.

Fuera hacía frío. Eso me recordó algo.

—¿Has estado en casa todo este rato? —pregunté—. ¿Te has acordado de bajar el termostato?

—Sí, papá.

—Bueno, y ¿cómo habéis vuelto a casa?

—Dustin nos ha llevado en su coche.

—Dustin —dije.

No pareció entender que le estaba haciendo una pregunta.

—¿Dustin es el que toca la batería? —dije. Le abrí la puerta del coche.

—El bajo.

—El bajo, quería decir.

Subimos al coche y arranqué. Él se quedó parado. Me entraron ganas de agarrarlo por su hermética garganta.

—¿Cómo ha ido el ensayo, Dan?

—Bien. ¿De qué querías hablar?

Di marcha atrás y empecé a subir por la colina.

—Luces —avisó.

—Vale, campeón —dije mientras encendía los faros—. Solo estaba poniéndote a prueba, para ver si estabas centrado.

Tiró del cinturón de seguridad para apretárselo más contra el hombro.

—A ver: ¿Clarissa y tú os lleváis bien?

—Supongo, ¿por qué?

—¿Supones?

—Mira, papá: si esto va del sida...

—¡Dios! —exclamé—. La estoy jodiendo. Escucha. Esto va de que la madre de Clarissa y yo hemos estado hablando de vivir juntos. Y nos preocupa que, no sé, que a vosotros dos la situación os resulte rara. Ya sabes: pon que cortarais o algo, y vuestros padres siguieran..., bueno, todos en la misma casa, compartiendo el baño... No sé, podría resultar raro aunque no rompierais. Se me ha ocurrido que esta era una cosa de la que teníamos que hablar.

—¿La señora Peretsky está hablando con Clarissa en este momento?

—Supongo que sí. Francamente, no lo sé.

—¿Tendremos que irnos a vivir a otro sitio? —preguntó.

—No. No. Nuestro plan..., aunque no sé hasta qué punto podemos llamarlo un plan, ¿sabes? Supongo que nos quedaríamos en su casa y pondríamos la nuestra a la venta, y esa es una de las cosas de las que he pensado que convendría que habláramos. Hoy me he enterado de que en mi trabajo van a prescindir de mí, y...

—¿Te han echado? Papá, ¿por qué te han echado?

—Parece ser que llevaban tiempo preparándolo —dije, como si eso fuera una respuesta.

—¿Qué vas a hacer?

—Escucha —dije—: ¿quieres que nos sentemos en algún sitio a tomar una Coca-Cola?

—Si tú quieres.

Cogí Nottingham hasta Oakdale, giré a la izquierda y enfilé Hamilton. El mismo camino que había andado esa misma tarde. Los faros iban levantando un montón de

hojas tras otro y las esparcían por la calle. Habría jurado que antes no estaban ahí. (¿Y que todos los vecinos hubieran pasado el rastrillo la misma tarde? No era muy probable. Explicación más verosímil: Jernigan había desconectado). Los neumáticos crepitaban al pasar sobre el borde de las hojas. ¡Ja!: a la calle le habían puesto Oakdale de nombre y sí, era un robledal. Suponiendo que fueran robles, claro. Esos sí que eran buenos tiempos, colega...

—Está refrescando mucho por las noches —dije mientras subía la ventanilla hasta arriba. Danny no tenía ningún comentario que hacer—. La pizzería de Hamilton estará abierta a estas horas. ¿Te va bien?

Se planteó el asunto. Debía de estar sopesando las posibilidades de que sus amigos le vieran saliendo con su padre.

—Supongo que sí.

—¿Preferirías otro sitio?

—Está bien, papá.

La pizzería era un edificio bajo de bloques de hormigón; en la ventana, un neón rojo furia rezaba PIZZA. Dentro, luces fluorescentes y mesas de formica manchada con bancos a cada lado y perchas para los abrigos. Tomamos posesión de la mesa que quedaba más al fondo y luego me acerqué a la barra y traje una lata de Pepsi Light para Danny y un café para mí.

—¿Qué te parece si nos comemos un trozo de pizza mientras hablamos? —pregunté.

—Vale.

Volví a la barra.

—Un par de porciones. Normales.

—¿Dos? —preguntó el chico. Se parecía a los críos que me asustaban cuando yo tenía la edad de Danny, con esas caras todo pústulas y barba mal afeitada. En un cenicero redondo de aluminio que estaba al lado del cubo de plástico color marfil del queso rallado humeaba un cigarrillo.

—Lo has pillado —dije. Así era como tenías que hablar para hacerte entender en sitios como ese. El crío elevó dos triángulos de la pizza de la barra (advertí que no eran los más grandes), los dejó caer sobre una bandeja para pizza y la metió en el horno.

Volví con Danny.

—En fin —dije.

—¿Así que vas a vender la casa?

—Bueno, eso es algo que tendríamos que hablar. No es solo mi casa, ya sabes. Siempre la he visto como algo con lo que un día, bueno..., te encontrarías cuando yo ya estuviera fuera del mapa.

—¿Esa casa?

—Tendrías que haberte buscado un Rockefeller para que fuera tu padre —dije. Como si él fuera a saber qué era un Rockefeller.

—No lo decía en ese sentido —respondió. No quiso ilustrarme acerca del sentido en que lo había dicho.

El crío gritó.

—¡Porciones listas!

Fui a buscarlas.

—Supongo que puedes venderla, si quieres —dijo Danny—. Para tocar en casa de Dustin lo tendríamos igual de fácil. —Cogió su pedazo de pizza y sopló el queso fundido que iba desplazándose hacia la punta.

—No tenemos que ir con prisas para decidir —dije—. Es que ahí es donde creciste y todo. —Y todo.

—No pasa nada, supongo. Entonces, ¿te casarás con la señora Peretsky?

—Lo hemos hablado —dije. Dios, ¿lo habíamos hablado? Yo no lo recordaba, eso seguro—. Verás: parte del asunto se debe a que, si nos decidiéramos y vendiéramos la casa, probablemente descubriríamos un montón de cosas interesantes que hacer con el dinero.

—¿Como qué?

—Bueno, pues viajar, por ejemplo —dije. Perfecto. Ya nos estaba viendo a los cuatro en la puta plaza de San Marcos. Ahora sí que iba inventando sobre la marcha—. Podríamos comprar una casa en el campo, incluso, para pasar el verano, ¿sabes? Me doy cuenta de que ha sido..., y es culpa mía, exclusivamente..., de que has tenido una vida muy pero que muy complicada. Has perdido a una madre. —Me estaba acercando al tema, pero de ahí no estaba dispuesto a pasar—. El caso es que, a tu edad, yo ya tenía una vida muy complicada; antes incluso, en realidad. Cuando iba a *tercero*, más o menos. Y mírame, aquí estoy. —Si con eso no se le levantaban los ánimos a un crío, ya me diréis vosotros con qué se le levantarían.

Había perdido el hilo.

—Solo quiero que sepas —continué— que esto no lo haría si no creyera que nos hará la vida más fácil.

(Y una mierda).

Bueno, ¿y si nos poníamos en lo peor? Danny ya tenía dieciséis años; dos años más y tendría dieciocho. Se iría a estudiar a alguna universidad y podría escapar de eso en lo que se hubiera convertido su vida, fuera lo que fuera. Siempre que sus notas mejorasen, claro. Siempre que nos quedara algo de dinero.

—Por la cabeza también me rondaba la idea de que el dinero de la casa te iría muy bien para la universidad. —Eso se me acababa de ocurrir en ese preciso instante—. ¿Cómo te están yendo las notas, por cierto?

—Bien.

—Bueno —dije. Y entonces me detuve. En ese momento no tenía fuerzas para un rollo sobre las notas.

—La pizza se te está enfriando —dijo el cabroncete listo. Él se creía listo, al menos.

Cogí el trozo y le di un mordisco.

—Bueno, ¿quieres el resto? Parece que te has ventilado tu trozo bastante rápido.

Movió la cabeza: no. Le di otro mordisco. No estaba ni buena ni mala.

Mientras caminábamos hacia el coche, le pasé un brazo paternal por el hombro. Él me lo permitió. Se quedó mirándose los zapatos. Vaya mierda de frío.

—¿Crees que estarás cómodo con la situación, colega?

—Sí, supongo que sí —dijo—. La señora Peretsky me cae bien y todo. Las cosas no serán tan distintas, ¿no?

—Eso mismo. No tan distintas. Dios santo, mira. —Señalé con el dedo.

En el cielo, baja, una luna enorme, naranja y aterradora.

—Me alegro de que estéis de vuelta —dijo Martha cuando entramos en casa—. El hombre del tiempo acaba de anunciar que esta noche la helada será brutal. Tenemos que entrar el resto de los tomates. Si no, por la mañana tendremos puré.

—Mierda —dije—. ¿No podemos taparlos y ya está?

—No quiero arriesgarme. Han dicho que en las zonas residenciales del norte las temperaturas podrían llegar a los seis grados bajo cero.

—¿Esta es una zona residencial del norte? —pregunté.

Martha suspiró.

—Vale, vale —continué—. ¿Queda café?

—¿No te tendrá despierto?

—La idea es esa —dije.

—Después, quiero decir.

—Era un chiste.

Encendió un hornillo y, con mucho ruido, apoyó en él un cazo con café frío.

—¿Algo más de naturaleza perecedera, ahí fuera? —pregunté. Estaba siendo tan servicial, tantísimo...

—No mucho. Cubriré las hierbas con un plástico, supongo, y seré optimista. Danny, ¿puedes ir a buscar a Clarissa, por favor? Si todos ayudamos, puede que lo dejemos listo.

Danny se marchó por el pasillo con paso desganado.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Martha.

—Bien —respondí. Dios, hablaba como Danny—. Bueno, él *dice* que le parece bien. No creo que esté centrándose en..., no sé. Quizá lo ha entendido bien. ¿Has hablado con Clarissa?

—Hace mucho que Clarissa y yo nos decidimos —dijo—. No sé por qué vosotros habéis tardado tanto.

El perfecto comentario desenfadado. Ahora me tocaba a mí.

—Es que nos ha llevado un tiempo creer en nuestra buena suerte. Belleza y funcionalidad, eso lo habríamos creído, pero ¿belleza y ahorro?...

¿Eso era desenfadado, o críptico y forzado?

—Bueno, me alegro de que hayáis entrado en razón. Por más que hayáis tardado. —Y me dio un beso en el cuello. Un falso mordisco.

—Hablando de tardar —dije mientras cogía una taza de café del escurrerplatos—, ¿dónde están esos cabroncetes?

Contuvo el aliento con espanto fingido.

—¡Tu propio vástago! —dijo con una voz cómicamente afectada—. ¿Eo? ¿Clarissa? ¿Nos movemos o qué? Estaremos fuera, en el jardín.

Martha se puso la chaqueta de mi traje, que yo había colgado de la silla de la cocina como si fuera un espantapájaros —llevando esa chaqueta me habían despedido esa misma mañana—, y yo cogí la linterna y un montón de bolsas de plástico del supermercado llenas de bolsas de papel. Vertí un poco de leche en la taza y luego la llené de café. Bebí mientras con la mano izquierda revolvía el armario buscando un abrigo grueso, y la seguí afuera.

La luna había salido, pálida y encogida: ahora era una luna normal y corriente en un cielo oscuro, aunque aquí el cielo nunca está realmente oscuro. Estaba todo rosa, aunque hacia Newark y Nueva York todavía estaba más rosa.

—¡Vaya! —dije—, sí que están bajando las temperaturas.

—Los hombres del tiempo: los únicos hombres que nunca te mienten.

—Porque saben que, de todos modos, tarde o temprano los descubrirías.

—Eso nunca detendría a un hombre *de verdad* —dijo ella—. Ven. ¿Por qué no sostienes *tú* la linterna y la bolsa y yo recojo?

—Sobresaliente —dije—. Sobresaliente en su campo. Y así fue como nos lo encontramos. Sobresaliendo en un campo.

—*Dios*, esto lo decía siempre mi padre cuando yo era pequeña —dijo—. Y a mí me parecía que era para desternillarse de risa. ¿Puedes sostener la luz sin moverla, por favor?

—Perdón. Oye, ¿no te parece que los chicos quieren escaquearse?

—No me lo parece.

—Si no están aquí dentro de un minuto, por Dios que iré a su cuarto y les daré una buena paliza.

—Terminemos con esto de una vez —dijo Martha—. Mientras nos dedicamos a imponer nuestra autoridad, perderemos los tomates.

—Frase lapidaria —dije. Estaría pensando en los *lapins* postlapínidos, probablemente—. Pero si para cuando hayamos terminado...

Para cuando hubimos terminado, la habitación de Clarissa estaba a oscuras.

Conseguimos llegar al final de *Star Trek* —era el episodio en que Kirk se escinde en dos, el Kirk bueno y el Kirk malo, y descubre que sin su parte mala se muestra demasiado dubitativo para poder dirigir la *Enterprise*—, y nos fuimos a la cama. Martha se quedó dormida con un brazo atravesado sobre mi pecho. Le alcé el brazo para apartarlo y me quedé ahí, con mis pensamientos sucediéndose a ritmo vertiginoso. Por culpa del maldito café, y por todo lo demás, por supuesto. Lo que iba a hacer con el dinero, el desastre de padre que era, si debía desembarazarme de Martha o no.

Al final me levanté, me puse la camisa y los pantalones y me fui a leer al salón. Mientras caminaba por el pasillo me fijé en que en la habitación de los chicos la luz estaba de nuevo encendida y la música sonaba débilmente. Volví a empezar —

¿cuántas veces la había leído?— esa historia larga y rebuscada en la que Psmith se hace pasar por el poeta Ralston McTodd y todos tratan de robar el collar de lady Constance y lord Emsworth solo quiere que lo dejen en paz con sus flores. Pensé que si bebía un poco más de ginebra quizá me amodorraría más rápidamente. Así que saqué la botella de debajo del fregadero pensando en el poso de puritanismo que había empujado a Martha a guardarla con el lavavajillas y los estropajos. Quizá fuera algo típico del Sur, algo que había aprendido de su padre.

La botella seguía medio llena: con eso debería tener más que suficiente. La dejé en el suelo, al lado del sillón Morris; doblé las rodillas y me senté de lado, sobre los pies, y empecé a beber a morro. Se trataba de una sensación mucho más generosa que la de ir dosificando el licor en míseros vasitos. Para cuando llegué a la parte en que Freddie Threepwood descubre el anuncio de Psmith en el periódico (NO LE ARREDRA EL DELITO) ya estaba satisfactoriamente *amodorrado*. Si es que *amodorrado* era la palabra que andaba buscando, claro. Pero ahora no quería dejar de leer. Así que volví a la cocina, me bebí los dos dedos de café que quedaban en el cazo (esta vez no me molesté en añadirle leche), lo llené de agua e hice más café. No me lo bebería todo yo; Martha se llevaría una sorpresa cuando se levantara y encontrara un café ya hecho que solo tendría que calentar. Esas viejas y agradables sorpresas conyugales. Coca-Cola... El sabor de la vida. No tener que trabajar al día siguiente; poder quedarte despierto y hacer lo que te dé la puta gana, y todo lo tarde que te apetezca.

Así que me quedé acurrucado en el sillón Morris; volvía a entregarme a la lectura de esos engaños y esos descubrimientos tan familiares, dando ora un sorbo de ginebra, ora uno de café. En un determinado momento, levanté la mirada y vi ramificaciones de escarcha en el cristal de las ventanas. Traté de recordar los versos de «Escarcha a medianoche» de Coleridge, o de recordar de qué iban, por lo menos, escarcha a medianoche aparte, pero solo logré recordar el título; ¡y este había sido uno de los poemas seminales del Romanticismo! A menos que lo estuviera confundiendo con la oda al abatimiento. El viejo verso: «La naturaleza en nuestra vida solo vive». Luego fuera empezó a grisear, y casi todo el café se había terminado, y casi toda la ginebra también.

Resumiendo: Mi Gran Noche Loca, por Jernigan. Ahora, tal vez en el mismo instante en que yo leía P. G. Wodehouse en el sillón Morris, en Nueva York alguna estrella de rock estaría metiéndose un cóctel de cocaína y heroína y dejando que una *grupie* con falda de cuero se la chupara mientras dos asistentes le clavaban una aguja en cada brazo. Vale. Pero ¿y quién dice que yo no estaba tan cerca de mi límite como la estrella de rock del suyo?

El gris dio paso a la luz del día, pero no encendí las luces: me gustaba el resplandor amarillo que desprendía la página: creaba la ilusión de que seguía rodeado de oscuridad. Martha apareció vestida con el albornoz y dijo:

—Hola. ¿Has pasado toda la noche levantado?

Sin matiz crítico alguno. Y, sin críticas, volvió a poner el mantelito sobre el

televisor.

Cogí la taza de café y la alcé en ademán de brindar. Lo que quería decir, supongo, era lo siguiente: Lo que me ha mantenido despierto es esto; a su salud.

Martha movió el índice y lo dirigió hacia mí.

—¿Quieres desayunar algo?

Sacudí la cabeza.

—Oye —dijo—, ¿ibas a hablar con los chicos acerca de lo de anoche? Porque si no te ves con ánimos, estaré encantada de decirles algo yo.

La miré fijamente.

—Ten la seguridad de que Jernigan se ve con ánimos.

Parecía poco convencida.

—Bueno, supongo que ya no hay más que hablar. —Cogió la botella de ginebra y la levantó hasta que la tuvo a la altura de los ojos—. Vaya. Si tú estas seguro...

—Querría unas tostadas —dije muy digno—. Y me sentaré a la mesa.

Dejó en el suelo la botella de ginebra, me dirigió un saludo marcial y luego se metió en la cocina.

Escuché los ruidos del desayuno: el encendido de los hornillos, *tec tec tec*; los cazos, *clanc*; las puertas de los armarios mientras se abrían, *ñec*; la puerta de la nevera cerrándose con un pum sordo. Dos leves *tin* —¡las rebanadas de pan cayendo en la tostadora!— y, luego, el clic elástico de la palanca cuando la empujaban a su sitio. Entonces me levanté y entré en la cocina para no tener que oír cómo gritaban mi nombre. Y me senté mientras se movía de aquí para allá.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí con la cabeza, en silencio.

—Podrías dormir cuando los niños se hayan ido a clase —me dijo.

Se sentó a esperar a que las tostadas estuvieran listas.

—Me lo pensaré —dije.

Y lo hice. Luego me puse a pensar en otra cosa, y en otra. En mi cabeza las ideas ya no bullían: se limitaban a ir flotando. Igual que en la suya, supongo. Nos sentamos con nuestras ideas que flotaban.

La tostada saltó y Danny y Clarissa entraron abotonándose la camisa.

—¿Señora Peretsky? —dijo Danny—. Vamos muy tarde. ¿Tiene algo que podamos llevarnos?

Martha me miró.

—No tan rápido, vosotros dos. Quiero que los dos os sentéis y desayunéis como es debido. —Habéis oído bien: Peter Jernigan diciendo «no tan rápido» y hablando de desayunar como es debido—. Y tendremos una pequeña reunión familiar.

—Papá, perderemos el autobús —dijo Danny.

Cogió un tomatito verde del alféizar de la ventana, lo examinó y volvió a dejarlo donde estaba.

—Tienes toda la razón —dije. Danny y Clarissa se miraron—. Afortunadamente,

esta mañana tu viejo papá tiene un poco de tiempo y podrá llevaros al colegio en coche. Y ahora quisiera advertir a nuestros telespectadores de que el siguiente programa comenzará con algunos minutos de retraso...

Clarissa frunció el ceño; Danny ladeó la cabeza. Estos críos no eran especialmente rápidos.

—No pasa nada. Tu viejo papá estará encantado de acompañarte al instituto y apaciguar a quien haga falta.

Qué manera de hablar. No los culpaba por el desprecio que sentían (suponiendo que fuera desprecio lo que ese gesto huraño representaba). En realidad, pensé, ese era un tema que convenía tocar.

—Si crecéis y tenéis hijos propios —dije—; quiero decir, cuando crezcáis, y si tenéis hijos, y eso no significa necesariamente que tengáis que tener los hijos vosotros dos juntos... —Me estaba perdiendo—. Si tenéis hijos propios, entonces sabréis de qué demonios estoy hablando. Y sabréis qué es comportarse de forma *lastimosa* y cómo identificar esa lástima en los rostros de vuestros propios hijos. Y he dicho ya bastante acerca de ese aspecto de la cuestión. —Estaba tratando de hablar sobre la autoridad.

—Papá, ¿estás bien? —preguntó Danny.

—Estoy tratando de hablar sobre la autoridad.

Nadie dijo nada. Danny miró a Martha.

—Veamos —dije—: estoy de acuerdo en que la autoridad es probablemente arbitraria, ¿de acuerdo? Probablemente arbitraria, en última instancia. De eso no estamos hablando. Pero bueno, supongamos que, en efecto, es arbitraria. De naturaleza contractual, simplemente, ¿vale?, nada de inspiración divina ni mierdas de esas. Un simple contrato: yo haré este papel y tú harás este otro papel para beneficio y explotación mutuos, ¿de acuerdo? Pongamos que ese es el trato. Y ahí es adonde yo quiero llegar: en esta habitación, algunos no se han conducido según las condiciones del contrato.

Clarissa tenía la vista clavada en la mesa. No parecía darse cuenta de que estaba meneando una pierna como una loca.

—Papá, siento que no ayudáramos anoche —dijo Danny; debía de pensar que estaba yendo al meollo del asunto—. Cuando subí a buscar a Clarissa estaba dormida y no quise despertarla, y luego fui yo quien se quedó medio dormido.

—Da igual —respondí, magnánimo.

—¿Quieres más café? —preguntó Martha: una treta patéticamente transparente. Y estuve así de cerca de decírselo.

—Tomémonos todos un café —dije. El señor Genial—. Chicos, atención: servios unos cereales o lo que sea, un buen desayuno, y veamos si somos capaces de ponernos de acuerdo acerca de la naturaleza de nuestro contrato.

Estaba a punto de empezar a lanzar preguntas socráticas.

La pierna de Clarissa había dejado de golpetear. Ahora ella miraba a su madre; el

labio inferior le temblaba.

—¿Mamá? —dijo. Y no fue capaz de seguir. Me daba muchísima lástima: en su casa, con ese hombre terrible.

—No pasa nada, cariño —dijo Martha apoyando la mano en el brazo de Clarissa—. ¿Me dejas hablar? —me preguntó—. Lo que dices no tiene mucho sentido.

La apunté con el dedo y grité «¡Todo tuyo!», como si estuviéramos en una *jam session*.

—Es probable que este no sea el mejor momento para hacerlo oficial —dijo Martha—, pero como estamos todos aquí y como, a fin de cuentas, todos sabemos que vamos a tratar de que esto funcione, en familia, vamos, nos ha parecido buena idea dejar claras las reglas.

—Regla número uno —dije—: nada de drogas duras.

—Peter —dijo Martha—. No creo que...

—Nada de *drogas* duras. A partir de ahora, en esta casa, tolerancia cero. Así de fácil. Regla número uno.

—¿Qué quieres decir con drogas duras? —preguntó Danny.

—Polvos blancos. Así de fácil. Y no me vengas con razonamientos jesuíticos.

Danny se quedó mirando el tablero de la mesa.

—Número dos —dije.

—Peter. Ya basta, de verdad —interrumpió Martha. Justo a tiempo: no tenía ni puta idea de cuál iba a ser la regla número dos—. Lo siento, chicos. Lo único que quería decir era que, como vamos a vivir todos juntos, tenemos que ser tan considerados como podamos y arrimar el hombro, cada uno, cuando toque hacer algo, ¿vale?

—La justicia es la clave.

—Voy a acostarlo —dijo Martha poniéndose en pie—. Luego os llevaré al instituto a vosotros dos, ¿vale?

—Dios, no te pases el rato diciendo *vale*. Es como si estuvieras pidiéndoles su aprobación. ¿Qué te pasa? No necesitas su puta aprobación.

—Vamos, anda —dijo, tratando de parecer paciente.

Yo sabía lo que me decía.

—Sé lo que me digo —anuncié.

—Muy bien —dijo ella ayudándome a que me levantara y llevándome de la mano para que saliera de la cocina—. Ahora voy a acostarte.

—Pero de follar, nada —dije mientras recorría el pasillo.

—Por eso no sufras —dijo.

En un tono que no resultaba agradable.

CINCO

La mujer que nos había vendido la casa de Heritage Circle llevaba tanto tiempo fuera de Century 21 que en la empresa nadie sabía ni cómo se llamaba. Era una tal señora Edmondson; lo recordaba por el Tío Fred y el rollo de Edmund Wilson. Así que me pasaron con una Amy Nosequé que, al teléfono, ponía una agradable vocecita ronca.

Esa mañana, cuando me hubo acostado después de nuestra reunión familiar, Martha fue a una de sus tiendas de segunda mano y me compró una chaqueta de *cowboy*. Una prenda para tipos joviales: blanca, llena de bordados negros de hojas de vid y flores, con los cortes de los bolsillos rematados con puntas de flecha. Interesante, ver quién le ofrecía la prenda de paz a quién. «Fue Rusty quien me metió en esto».

—H-Bar-C Ranchwear —dijo Martha sujetando la chaqueta por los hombros y agitándola de un lado para otro; los brazos empezaron a moverse como los de los soldados en un desfile—. Auténtico. Tenían un tesoro y no lo sabían, eso está claro.

Me puse la chaqueta para quedar con la tal Amy, y desde la puerta de la cocina Martha se despidió agitando el brazo, satisfecha. Pero en cuanto llegué a la señal de STOP me hice a un lado de la carretera, me saqué la cosa esa y la colgué del asiento del copiloto, como si estuviera vistiendo a un maniquí. Estaba nervioso: una chica preciosa y yo, solos en una casa abandonada en pleno día. Supongo que pensé que se parecería a Amy Irving; eso habría sido de cajón: oyes un nombre y lo asocias con algo. Esa discrepancia entre lo que creemos y lo que, en realidad, sucede —que esas dos cosas puedan coexistir— debió de parecerme bien.

Cuando llegué a Heritage Circle había un coche pequeño delante de la casa, un Ford Escort, creo. Y en el camino de entrada, un viejo Cadillac negro; de mediados de los setenta, tal vez. Muy posterior a los modelos con alerones laterales, eso seguro. Un lado del parachoques trasero estaba abollado; los estribos, oxidados; el techo de vinilo, pelado. ¿Qué hacía ahí ese montón de mierda? Una mujer con una gabardina color habano —debía de pensar que la hacía elegante— se bajó del Escort. (Digamos que es un Escort, para ganar tiempo). Era Amy, sin duda. Llevaba zapatillas de deporte. Severas gafas de pasta negra, de esas que solo se pondría una mujer que se creyera tan guapa como para pensar que incluso eso podía quedarle bien. (Amy, sin embargo, no era especialmente guapa). Alargó la mano, y por solamente un instante olvidé por completo por qué hacía eso la gente. Luego lo recordé y le di uno de esos apretones de mano que reservo para las mujeres y que no consisten en apretar la mano. Consisten en tomarla y basta.

—Amy O'Connor, de Century 21 —dijo—. Parece que tiene una fiesta montada

ahí dentro.

—Eso sí que no —dije. Pero sonaba a que sí: batería y guitarra chirriante—. Supongo que será mi hijo con sus amigos. Aunque no puedo creer que se haya fumado la clase.

Me dirigí al corredor que daba al taller; Amy metió la cabeza en el coche para coger una carpeta sujetapapeles y luego me siguió. Una expresión tan anticuada como «fumarse la clase» no iba a impresionar mucho a esa Amy; aunque no era tan guapa como para que me entraran ganas de impresionarla, de todos modos. Abrí la puerta de la cocina y recibí un golpetazo en el pecho, un golpetazo físico: la música. Los berridos desafinados de una voz femenina se imponían al resto de ruidos. Venían del salón, eso era obvio, pero en la cocina los oídos ya me dolían tanto que no me atrevía a acercarme más. Aquello parecía un campo de fuerza de *Star Trek*. Levanté la palma de la mano para avisar a Amy —«Espera aquí»— y abrí la puerta del sótano. Bajé las escaleras al trote y me dirigí al cuadro eléctrico; sobre mi cabeza retumbaban las atronadoras notas de un bajo. Desconecté el interruptor principal y en cosa de un segundo el batería tocaba solo. Luego el batería se detuvo y un crío gritó:

—¡Eh! ¿Qué coño ha pasado?

De vuelta en la planta baja encontré a Danny subiendo y bajando los interruptores y a Clarissa quejándose —«qué palo»— mientras se desplomaba en el sofá. Sentada tras una colección de tambores y platillos, una criatura nervuda con camiseta de tirantes y el pelo teñido de color platino, igual que Clarissa, se encendía un cigarrillo. Un chico con sobrepeso y una camisa de Dacron blanca por fuera de unos pantalones de traje negros seguía recorriendo el mástil de su silencioso bajo con los dedos. Llevaba unas gafas como las de Amy, y el pelo, corto y bien peinado, con una raya impecable. ¿Usaría loción capilar? ¿Venderían todavía loción capilar? Un cuarto de siglo atrás habría parecido un chico gordo y estudioso, normal y corriente.

Silbé y cuatro cabezas se volvieron. Danny se quedó mirándome y luego dedicó su atención a Amy la de la gabardina.

—Esta señora —dije— ha venido a ver la casa. Confío en que no se encontrará con una sorpresa en alguna de las habitaciones.

Cuatro miradas inexpresivas.

—Voy a dar la luz, así que haced el favor de desconectar todos los aparatos. Y cuando haya terminado de enseñar la casa, me gustaría tener una charla con vosotros dos.

Con los dedos índice y corazón señalé a Danny y a Clarissa. Una charla, por todos los demonios: estaba hablando como un director de escuela. Imaginé que Amy tampoco estaría demasiado impresionada.

—Lo siento —continué mientras recorría con Amy el pasillo (resonaba el eco: suelo de madera desnudo, paredes satinadas desnudas) y señalaba: aquí, el baño; en la puerta de al lado, el dormitorio principal, con armario para la ropa blanca.

—Ya estoy acostumbrada —dijo ella, poco amigable.

El sótano.

—¿La mesa de trabajo la dejará? —preguntó, bolígrafo preparado.

—Claro, ¿por qué no? Estaba aquí cuando yo llegué. Las herramientas me las llevo, naturalmente.

Había tenido intención de usar el taller, de verdad. En un mercadillo casero me hice con una sierra de banco; y cuando leí en una revista de bricolaje que los usos de la fresadora eran «casi ilimitados», me compré una. Me gustó el nombre: fresadora. ¿Existirían las frambuesadoras? Al final, el trasto solo lo usé una vez para hacer una librería para el cuarto de Danny. En lugar de apoyar las estanterías sobre listones, abrí unas ranuras en los lados de la librería y en el panel del fondo: bastaba con encajar las estanterías. Al año de instalarme en la casa, no había usado la muela más que para afilar la cuchilla del cortacésped. Y el afilado no era especialmente urgente: tenía el césped bien domesticado.

—¿Lavadora y secadora?

—¿Perdón?

—¿La lavadora y la secadora se quedan?

—Bueno, deje que lo piense. —¿Debía cargarlas hasta casa de Martha, o ya estaba bien equipada? Dios mío, vivía en su casa desde hacía, ¿cuánto? ¿De, digamos, mediados de junio a mediados de octubre? ¿Tres meses? Demonios. Lavadora tendría: siempre estaba metiendo ropa limpia en los cajones, ¿no? De su sótano, sin embargo, lo único que recordaba eran las jaulas y las balas de paja—. No sé. Sí, las dejo.

—¿Aquí, quiere decir?

—Sí —respondí. Si ella podía estar de malas, yo también podía estar de malas—. Ah, escuche, a la porra: las herramientas las dejo, también. Solo me llevaré un par de destornilladores, unas llaves inglesas, y poco más. Aquí tengo una sierra de banco, una muela, la fresadora nueva que compré..., ¿qué más? Un torno de banco bueno...

Ahora Amy parecía preocupada.

—Si de verdad no los usa, sería aconsejable que los vendiera usted por su cuenta. No añaden nada al valor de la casa. Normalmente, los compradores que echarían en falta cosas así ya las tienen.

Yo entendía lo que quería decir, aunque, literalmente, era absurdo: no se puede echar en falta lo que ya se tiene, ¿no?

—Ya veo por dónde va —dije—. Pero van con la casa, ¿sabe? Quien compre la casa ya hará lo que quiera con ellas. Lo mismo con el cortacésped y todos los trastos del garaje, el cortabordes, lo que haya... Se llevan una vida entera, ¿vale?

—Bueno...

—Platos. Platos, la cubertería. Toda la... —no podía recordar la expresión—, la ropa blanca. La ropa de casa, ¿verdad? El lavavajillas de debajo del puto fregadero.

—Había dicho *puto*—. Perdón. Le ruego que me perdone.

Silencio.

—Esto puede resultar muy triste, lo comprendo —dijo. ¡Por fin!—. Entonces, supongo que los electrodomésticos también.

—¡Puf! Ya no están. Se han desvanecido igual que una brisa fresca.

—Creo que ya no necesito molestarle más —dijo—. Si quiere pasar por la oficina esta tarde, podremos empezar a mover el tema inmediatamente. Se reunirá con el señor Pagliarulo.

Fue elegante, cierto, pero me apuesto algo: el bueno de Pagliarulo no sabría nada de la reunión hasta que ella volviera a la oficina y le prometiera que, si le quitaba a ese capullo de encima, estaría en deuda con él.

—¿Pagliarulo como el jugador de béisbol? —pregunté.

—No sigo el béisbol.

Después de acompañarla al coche, volví a entrar y vi al gordo metiendo el bajo en la funda de vinilo negro y a la criatura con el pelo de color platino desenroscando el platillo de una vara. Danny y Clarissa estaban en el sofá, cada uno con el brazo en la cintura del otro, la viva imagen del amor joven y perseguido.

—Vosotros dos —dije, y con la cabeza apunté hacia la cocina.

Se miraron, se levantaron y entraron en la cocina. Saqué una silla para Clarissa. Se sentó. Le señalé a Danny otra silla. Se sentó. Yo me apoyé en la nevera.

—Veamos —dije.

Ellos no dijeron nada. Clarissa se quedó mirando el tablero de la mesa. Movimiento descontrolado de la pierna.

—¿Qué es lo que debería deciros? Sabéis que tendríais que estar en clase.

Nada. Qué cabroncetes tan listos: si conseguían que siguiera hablando, terminaría diciendo algo para lo que tendrían respuesta. Y una mierda. Lo único que debía hacer era prolongar mi silencio; así, tarde o temprano uno soltaría algo para lo que yo sí que tendría respuesta. Miré el reloj que colgaba de la pared, justo encima del fregadero. Ya estaba ahí cuando compramos la casa, el puto rectángulo beis; siempre lo había odiado. Beis: el rectángulo de los colores. Rectangular: el beis de las formas.

El segundero estaba justo en las dos. Y de repente estaba un pelo más adelante. Entonces miré a los chicos, que miraban los gallos del papel de pared. Un día a Judith se le desató la vena kitsch y recorrió media docena de tiendas hasta que dio con un papel de pared con gallos. Se oía a los otros chicos recogiendo sus cosas en el salón. El silbido de los platillos, el rasgar de la cremallera.

Después de lo que me pareció mucho tiempo, le eché otro vistazo al reloj. El segundero estaba en las nueve. Parecían dispuestos a quedarse ahí sentados tanto tiempo como yo quisiera. Y eso porque por lo que a vida interior respectaba, debían de andar muy escasos. O tal vez tenían una vida interior excepcionalmente absorbente. O quizá estuvieran fumados. El segundero rebasó las doce.

—A la mierda —dije—. ¿Queréis colgar los estudios? Problema vuestro, ¿sí? A partir de ahora mismo, hago efectiva mi renuncia al cargo de poli. —Me levanté: era un hombre libre—. Chao.

—¿Eso significa que podemos quedarnos aquí? —preguntó Danny.

—Buen intento. Pero ya no juego. Si queréis que os digan lo que podéis hacer, buscaos un gurú o lo que sea. Estoy *harto* de tener que decíroslo yo todo. —Me llevé una mano a la cabeza en señal de despedida, extendí el brazo con la palma hacia arriba y me dirigí a la puerta—. Hasta cuando nos veamos.

—¡Dustin! —gritó Danny—. No pasa nada, no tenemos que largarnos. ¡Mitchell!

A la mañana siguiente rellené unos formularios con el señor Pagliarulo —¡Jim!, exclamó (refiriéndose a sí mismo) y extendió la mano a la velocidad del rayo—; al día siguiente, por la tarde, ya tenía una oferta de ciento treinta y cinco.

—Me veo obligado a sacar el tema —me dijo por teléfono—, pero con batacazo o sin él puedo prácticamente garantizarle que no habrá ningún problema para que saque ciento sesenta, al menos. No necesariamente de esta gente, pero sí más pronto que más tarde.

—¿Me está diciendo que la gente se ha enterado? —pregunté. No podía creer que supieran lo mío—. ¿Y no les da reparo comprar la casa?

—¿Qué quiere decir con si se han enterado? En las noticias no hablan de otra cosa.

Entonces comprendí que debía de estar refiriéndose al batacazo de la Bolsa.

—La verdad —continuó— es que nadie sabe cómo terminará todo esto. Yo no creo, y es mi opinión personal, que vaya a afectar al mercado inmobiliario en lo más mínimo. Los tipos de interés se mantendrán bajos, o eso parece, y la gente que no ha terminado completamente arruinada seguirá necesitando una casa donde vivir.

Al cabo de tres semanas Jim Pagliarulo me llamó para decirme que la pareja que había ofrecido ciento treinta y cinco había subido a los ciento treinta y siete quinientos.

—Adelante —dije.

—Creo que deben de estar aconsejándole bien.

Metí la mano en el armario de debajo del fregadero y rebusqué hasta que la saqué con un tarro sin abrir del licor casero de Tim. Para celebrar, cualquier excusa vale, ¿no? Serían las dos de la tarde; Martha había salido a hacer la ronda de los contenedores y los críos seguían —supuestamente— en el instituto. Me serví tres dedos de licor en un tarro de gelatina, rellené el tarro con agua del grifo para que Martha no descubriera nada, cerré la tapa hasta que no pude ajustarla más y volví a dejar el tarro donde lo encontré. Traté de hacer un chiste: «No estás perdiendo veintidós mil quinientos dólares, estás ganando algo». Pero no se me ocurría qué algo ganaba. Hacia las tres, Danny y Clarissa irrumpieron en casa cantando.

—*The way you make-a me feel, u-uh* —cantaba Danny, con gorgoritos a lo Michael Jackson incluidos.

—*You knock me off-a my feet, a-uh* —respondía Clarissa en otro tono. Mejor dicho: desentonando.

Entonces me vieron en el sillón Morris y eso hizo que se callaran al instante.

—Un minuto —le dijo Clarissa a Danny, y se metió en el baño.

—Hola, papá —dijo Danny, y subió.

Bajó con la funda de la guitarra. Se quedó mirando por la ventana, como si a él le importara más que a mí lo que había al otro lado de la puta ventana. Para los que estuvieran de humor para dejar que los días de otoño los impresionaran, ese era otro impresionante día de otoño. El cielo era de un azul tan puro que hasta me molestaba. Porque ahí estaba yo, enfurruñándome y despreciando otro regalo del Creador.

—Voy a darte cuarenta mil dólares —anuncié.

—Sí, claro. ¿Y dónde está el truco? —preguntó Danny sin apartar la vista de la ventana.

—No hay truco. Hoy han comprado la casa. Y voy a reservar cuarenta mil dólares para tu universidad. Los invertiré en cedés. Pero estarán a tu nombre. —Con esto conseguí que volviera la cabeza, por lo menos, aunque es probable que lo hiciera porque pensó que iba a gastarme cuarenta mil dólares en *compact discs*. De certificados de depósito no habría oído hablar en la vida, por supuesto—. Con diez mil al año ya no se puede hacer mucho, pero te llegará para *algo*. Te llegará para poder licenciarte en alguna universidad y no tener que trabajar en una fábrica. Eso suponiendo que con tus notas puedas matricularte en algún sitio y suponiendo que te esfuerces lo bastante como para terminar el instituto.

Como charla para animarlo a que estudiara en la universidad, había resultado bastante floja, supongo. Inútil, al menos. Ni siquiera era capaz de imaginar a Danny haciendo los pequeños esfuerzos que resultaban necesarios para terminar el instituto. La guitarra era lo único por lo que lo había visto partirse el espinazo —partirse el espinazo, vaya expresión de viejo chocho—, pero ¿qué demonios era una guitarra? En rollos de estos no pensaba mucho, porque me hacían temer por él. ¡Dios!, suerte tendría si terminaba en una fábrica, porque a esas alturas ya no quedaban ni fábricas en las que terminar. Y no era lo que se diría mañoso, así que un trabajo de fontanero o de mecánico quedaba descartado. Terminaría metiéndose en mierdas de drogas.

—Oye, papá —dijo—, ¿te importa si lo discutimos luego? Llegamos tarde al ensayo.

—Claro, ¿por qué no? Ya sé lo profundamente *aburrido* que es todo esto. —No era cierto que me volviera desagradable cuando me emborrachaba.

Se oyó una cadena de váter y Clarissa avanzó por el pasillo dando lo que parecían tumbos de una pared a la otra. Vio que la observaba y se puso a andar en línea recta mirándose los pies.

—No tenemos que dejar de usar la casa, ¿verdad? —preguntó Danny.

—Id usándola. Lo más probable es que no tengamos que cerrarla hasta el mes que viene.

—Entonces, ¿cuándo tendremos que sacar los trastos?

Me encogí de hombros.

—Muchos podríamos dejarlos —dije—. Las chicas parecen bastante bien

equipadas. ¿Sientes apego por algún mueble, algo en particular?

—No. Podría regalar muchos trastos. A los niños pobres, por ejemplo.

—Son tus trastos —dijo. Un borracho desagradable habría dicho: «Eso que tú llamas *trastos* son *trastos* que yo te compré».

Clarissa cogió a Danny de la mano.

—¿Daniel? —dijo.

—Así que vais a ensayar —dijo.

—Sí —respondió Danny—, nos conviene.

—¿Habéis pensado en algún nombre para la banda? —Un borracho desagradable habría alargado la cosa para ver cómo se impacientaban por marcharse. Yo solo era un padre que demostraba su interés.

—No sé, más o menos. Papá, tenemos que ir yéndonos, ¿vale?

—¿Y qué nombre pensáis ponerle?

—No sé. Dustin quiere llamarla Estrella de Cine Desnuda.

—¿Y eso a ti qué te parece?

—No sé. Mola bastante, supongo. Oye, papá, vamos a llegar tarde.

Clarissa estaba mirando al suelo.

—¿Y a ti, Clarissa? ¿A ti qué te parece Estrella de Cine Desnuda?

Su pálido rostro se puso colorado. Así que, después de tantos años, la palabra *desnudo* seguía siendo la bomba.

Y escaparon, igual que Hansel y Gretel de la horrible casita de chocolate. Me senté y traté de pensar de qué me sonaba «estrella de cine desnuda». Y entonces caí: la guardería de los McMartin. Los dos perversos que grababan vídeos de los niños pequeños. Al menos eso fue lo que los niños pequeños dijeron. Así que uno de los amigos de Danny veía *60 Minutes*, al menos. Ese Dustin, ¿cuál de los dos era?

Me desperté en el sofá. De una «cabezadita». Serían las algo menos cuarto, siete menos cuarto, probablemente, según las verdosas manecillas de mi reloj de pulsera, que emitían un débil resplandor en la oscuridad. Si a las siete menos cuarto estaba oscuro —suponiendo que fuera esa hora—, entonces tenía que ser por la tarde. Fui andando hasta la cocina con paso suave, descalzo. Así que, según parecía, antes de quedarme dormido me había quitado los zapatos. Dios protege a los borrachos y a los... ¿A quién más protege? ¿A los tontos? ¿A los locos? ¿A los niños? Qué frío hacía, maldita sea. «Lo que queda de noviembre, diciembre, enero, febrero, y casi todo marzo —me dije, contando con los dedos—: otros cinco meses así». Cinco meses era medio año, casi. Pero alto, cada cosa a su tiempo, ¿de acuerdo? Lo que ahora tenía que hacer era encender la estufa de leña. Lo que conllevaba: arrugar el papel, echar en la estufa astillas para encender el fuego, esperar a que prendiera bien y —entonces, y solo entonces— meter en la estufa los primeros troncos. Perfecto. Y luego podría sentarme delante del puto trasto durante media hora hasta que la habitación se hubiera calentado. Así que lo más recomendable sería levantarse y darle a la manivela de la vieja Honeywell para poner en marcha la calefacción a gasóleo. Perfecto. Y luego Martha empezaría a despotricar por lo caro que era el gasóleo.

En la nevera no había gran cosa. Huevos. Un envase de cartón de leche. Ahora todo el mundo dice *cartón* a secas. Cuando Danny estaba aprendiendo a leer, a veces yo añadía en los dibujos de su libro «envase de» con rotulador. Eso era cuando las cosas me importaban. (Y hablando de propiedad: los pies *descalzados* —véase más arriba—, ¿no deberían ser *descalzados*?) Un melón rescatado del contenedor con tan solo una motita de moho, lo más apetecible de la nevera de no haber sido por las semillas, que tenías que sacar partiendo el puto melón por la mitad. Una caja de copos de salvado de marca blanca que guardábamos en la nevera por el problema de los ratones. Problema que Martha, la asesina en masa de conejos, se negaba a resolver con D-Con o algún otro veneno parecido. D-Con: deconstrucción de las tripas de los roedores, decía. «¿Sabes cómo funciona?», me preguntó cuando le propuse que lo usara. «¿Me importa?» Pero con sus escrúpulos morales Martha me ganó la partida. Escrúpulos. Los antiguos farmacéuticos pesaban con escrúpulos, ¿no? ¿No era esa la palabra? Y un escrúpulo equivalía a no sé cuántos granos.

Así que lo que ahora tenía que hacer era volver a ponerme los zapatos, coger el abrigo y conducir hacia algún sitio para poder encender la calefacción. Ir a comer al McDonald's o algo así, para que todo tuviera sentido. Había un McDonald's en la avenida Hamilton, pasado el centro comercial. Y otro en la 17. Vivíamos en un

pueblo con dos McDonald's. Qué nivel.

Pero no suelo fiarme del servicio de entrega en el coche de McDonald's. El trato personal no parece el fuerte de Jernigan, ya lo sé, pero con estos servicios siempre puede fallar algo: malentendidos por culpa de un interfono que chirría; la espera en una fila de coches mientras vas quejándote. Esa noche, sin embargo, hacía tanto frío que me quedé dentro del coche con la calefacción a tope y el servicio de entrega funcionó como una máquina bien engrasada: pum-pum-pum, y ya estaba fuera. Luego seguí por la avenida Hamilton durante casi un kilómetro, tal vez, hasta que llegué a la tienda de muebles Seaman, que a esa hora estaba cerrada. Aparqué justo delante, de cara al tráfico. Estaría pensando en Wild Bill Hickok de espaldas a la puerta; de ahí viene la expresión «la mano del muerto»^[27], a menos que esté equivocado, claro. Me quedé sentado en el coche con las luces apagadas, el motor en marcha y la calefacción empujando hacia mis espinillas nubes cálidas e invisibles. Me asusté, aunque fue cosa de segundos: pensaba que, de repente, había alguien sentado en el asiento del copiloto, pero era la chaqueta de *cowboy* blanca. Fui prudente con las patatas fritas para no terminármelas antes de acabarme las dos hamburguesas de queso, y luego metí todos los envoltorios en la bolsa, la arrugué, la embutí en el vaso vacío del batido, lo cerré con la tapa de plástico para que todo quedara bien recogido y lo dejé en el suelo del coche, en la parte de atrás, entre las latas de Coca-Cola Light y los vasos de café de polietileno en cuya tapa se veían pequeños triangulitos arrancados.

Y terminé sintiendo el mismo hartazgo y el mismo asco de siempre.

Lo único que podía hacer era beber más. Y no es que beber más fuera a arreglar nada, pero bueno. Abrí mi vieja billetera: uno de cinco y tres de uno. Con eso me llegaba para una botella de tres cuartos de ginebra Gordon's, la compraría en la tienda que hacía descuento, aunque también podría llevarme una botella de medio litro y echar gasolina para poder seguir conduciendo; daría sorbos cuando a mi espalda se perdieran las luces de los coches y escucharía el walkman. En aquella época, para escuchar música en el coche me bastaba con guardar un walkman y algunos casetes en la guantera: podrían robarme, pero al menos no sabrían que tenían motivo para hacerlo. Así que repasé los casetes que tenía a mano, como si eso me ayudara a decidirme. Beach Boys variados, que tanto valían para la ironía fácil como para el disfrute auténtico, o incluso para ir alternando entre la una y el otro. George Jones variado (regalo de Tío Fred). La cinta de Webb Pierce que Martha me había grabado. Música que hoy solo escuchan los blancos. Quizá con eso pudiera sentir un escalofrío de emoción sin tener que arriesgarme: conducir por algún gueto de Newark escuchando música de blancos y dando sorbos a una botella de licor de blancos.

Por otra parte, ¿no me quedaría corto con la botella de medio litro, justo a un palmo de a donde quería llegar?

Y entonces recordé que en el armario de la cocina de Heritage Circle todavía quedaba una botella de ginebra; y no una mísera botellita de tres cuartos de mierda,

no, sino todo un pedazo de botella de litro, ahí esperándome. Medio llena, por lo menos, en caso de que los chicos no hubieran atacado, cosa poco probable: la había guardado en el estante de arriba, detrás de un paquete de tortitas de avena Quaker. Perfecto.

Todas las luces de la casa estaban encendidas y el Cadillac abollado volvía a ocupar el camino de entrada. Que ese montón de mierda estuviera aparcado ahí significaba que yo tendría que caminar un trecho extra a la intemperie, el trecho que ocupaba un coche. Bueno, sobreviviría. Al menos Danny no se limitaba a quedarse en su cuarto con su guitarra y su Rockman, unos auriculares que le devolvían, como en un bucle, la música que él había imaginado. Abrí la puerta del coche y sentí una bofetada de aire frío con la que ya contaba; lo que no oí, sin embargo, fue el barullo que esperaba. ¿Estarían tomándose un descanso? ¿Descansando para hacer qué? En la puerta mosquitera que daba al pasaje cubierto no estaba echada la llave, y en la cocina, tampoco. Metí la cabeza dentro y grité:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —Quise advertir de mi llegada.

Luego entré al calor. Y por ahí, en calcetines, se paseaba el crío gordo.

—Vaya. ¿Qué tal la noche? —pregunté.

—Bastante decente. Me parece que nunca nos han presentado. —Alargó la mano —. Dustin Sanders.

—Pete Jernigan —dije, dándole uno de mis apretones de mano, de los que reservo para los hombres. A saber por qué dije «Pete»: nunca me han llamado Pete. Powerful Pete. Debía de sentirme en la obligación de mostrarme campechano (campechano, esto es: no opresivamente paternal)—. ¿Estáis todos aquí?

—No. Creo que Danny sigue en casa de Mitchell. Y a Clarissa la he dejado en su casa.

—En otras palabras: eres el único que está aquí.

—Sí. No sé, hemos tocado cosa de media hora y sonaba de pena, una mierda. Nos ha entrado una especie de depresión y recogimos los bártulos. Tendríamos que haber insistido, ¿no? ¿Usted estuvo alguna vez en una banda, señor Jernigan?

—¿Estuve en una banda? No. No, de las muchas cosas que he hecho... —Y luego pensé: «¿Para qué soltarle esta mierda al niño?»—. Dime, ¿qué ha pasado con Danny?

—Sigue en casa de Mitchell, creo.

—¿Y Mitchell sería...?

—El chico que toca la batería. Fuimos a su casa a ver su nuevo reproductor de *compact disc*.

—Pero tú volviste aquí.

—Odio los cedés —dijo—. Es que no puedes librarte de ellos. Y comparados con los vinilos, mi padre los encuentra fríos. Claro que él lo que escucha es música clásica, sobre todo. Bueno, total, que decidí ir a buscar unos vídeos para ver.

—Pero ¿qué es lo que haces tú aquí? —continué—. Si no te importa que te lo

pregunte, claro.

—¿Es que Danny no le ha dicho nada? Joder, vaya colgado. —Cayó en la cuenta de cómo había sonado eso—. No quiero decir que vaya colgado, qué va. Si él no le ha comentado nada a usted, esto le parecerá raro. Verá: me dijo que podía quedarme aquí un par de días. Espero que no le importe.

—¿Y de esto, qué...? —Iba a decir «opinan tus padres», en plural, pero ahora... —. ¿No tienes otro lugar adonde ir? —Yo quería parecer delicado, pero la pregunta había sonado poco hospitalaria. Lo advertí en cuanto oí mi voz.

Él se rió.

—No soy un sin techo ni nada. Pero lo que pasa es que... —Se encogió de hombros—. Padres e hijos, ya sabe.

—No, no lo sé —respondí. Sí que lo sabía.

—La situación estaba poniéndose crítica en casa, como cuando empiezan a rebotar demasiados neutrones, y entonces... ¡bum! —Sus manos, formando dos cuencas, fueron separándose lentamente: eran una bola de fuego que se expandía.

—¿Tus padres saben que estás aquí?

Pensó y luego contestó.

—Saben que estoy *bien*.

—No te importará que los llame —dije. No era una pregunta.

Se sacó un paquete de Camel del bolsillo de su camisa blanca.

—Cuatro tres siete, siete siete tres cuatro. Se lee igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Se lo apuntaré si quiere. También puede buscar Martin Sanders en la guía. —Dio golpecitos con el índice en la base del paquete y aparecieron tres filtros, cada uno de una longitud diferente, como los tubos de un órgano. Me apeteció un cigarrillo. Al cabo de, ¿cuánto?, ¿más de un año?—. Si pudiera evitar darle la dirección, mucho mejor. Pero si él le pregunta, tendrá que dársela, ¿no? Por cierto, ¿puedo fumar en su casa? Puedo salir a fumar fuera, si lo prefiere.

—Da igual. De mía ya no tiene casi nada —dije. Si no sabía que había vendido la casa, debía de estar preguntándose de qué diablos iba ese rollo—. Que lo disfrutes. Qué envidia.

Se encendió un cigarrillo y buscó un lugar donde dejar la cerilla consumida. Se decidió por una lata vacía de cobertura de chocolate Betty Crocker que había en la encimera. Se había provisto de víveres, o eso parecía.

—¿Lo ha dejado? Qué bien. Mañana dejo de fumar. Y también dejo de comer porquerías.

—Esta noche, la última canita al aire, ¿eh?

—Canita al aire. Sí, supongo. ¿Va a algún sitio? ¿Puede quedarse? Así hablamos un rato.

—Claro —dije—. Estoy a tu disposición. ¿Vamos adentro y nos sentamos?

Lo seguí al salón. Sobre la televisión ahora había un aparato de vídeo, y encima

del vídeo, tres bolsas de plástico amarillo. En una, arriba del todo, pude distinguir las letras BE. Pensé en *Belén*, que tanto valía para el nacimiento como para la confusión. Ironía cristiana de tres al cuarto.

—Lo de sentirte como en tu casa te lo has tomado en serio, ¿no? —dije.

—¿Por? ¿Por eso? —preguntó señalando el vídeo—. No se preocupe, es mío, de mi cuarto. Lo único que he robado es una de las cintas porno que mi padre tiene escondidas en el sótano, pero por eso no me metería bronca, seguro, le daría demasiada vergüenza. —Se sentó en mi sillón Morris, de cara al televisor. Yo ocupé una esquina del sofá—. De hecho, me alegro de que haya venido. Danny me tiene un poco preocupado.

Lo miré.

—Decir esto no resulta nada fácil —dijo—. ¿No se ha dado cuenta de que parece un poco..., no sé cómo decirle, un poco depre?

—¿Cómo de depre? —pregunté. En realidad, Danny me parecía el de siempre. Pero diciendo eso pondría de manifiesto que como padre había sido un fracaso.

—Bueno, ¿a usted le ha ido con historias sobre la muerte?

—No, a mí no. —Porque no me había dicho nada, ¿no?—. ¿Qué ha dicho?

—No le contará a Danny que se lo he contado, ¿verdad?

—Dustin.

—Vale. ¿Sabe lo de los dos chicos que se suicidaron? Los que salieron en las noticias, los del coche en el garaje. —Pacto de suicidio entre adolescentes, en el pueblo de al lado. Lo recordaba. El verano pasado—. Cuando pasó, él decía cosas como que habían salido ganando. Que estarían tranquilos, con Dios, y todo el rollo, ¿sabe? —Eso no parecía propio de Danny en absoluto—. Pero lo más raro es que todavía habla del tema.

—¿Y qué dice?

—No sé, muchas cosas.

—¿Qué cosas, Dustin? ¿Ha dicho algo de suicidarse?

—Exactamente, no. Pero, después de lo del verano, en el instituto nos dieron unas charlas. Vinieron unos y nos explicaron en qué teníamos que fijarnos. En si algún chico empieza a regalar todas sus cosas, por ejemplo.

«Podría regalar muchos trastos. A los niños pobres, por ejemplo».

—¿Danny ha estado regalando cosas?

—Exactamente no. Pero dijo que si le pasaba algo quería que me quedara con su guitarra. Y también nos contaron que, cuando un chico habla de estas cosas, tal vez esté pidiendo ayuda.

—Dios. ¿Y qué más tendría que saber, Dustin? ¿Drogas? ¿Se está pasando?

—No quiero buscarle problemas a Danny —dijo—. A los chicos les gusta divertirse, ya sabe. Si yo tuviera un hijo, me preocuparía más por sus sentimientos, por su interior, que por las drogas y cosas así.

—Y tú crees que Danny no se siente muy bien.

—Pues, bueno... No. Creo que está muy mal, supermal. Y los otros chicos no pueden hacer nada para ayudarlo porque no son más que chicos, como él.

—Gracias, Dustin —dije—. Has hecho bien en contármelo.

—Usted era mi última oportunidad. Y justo va y aparece, qué raro.

—Dime una cosa, ¿qué están haciendo en casa de como-se-llame? ¿Estará bien ahí?

—¿En casa de Mitchell? Sí, ningún problema. Estarán escuchando música, probablemente. —Apagó el cigarrillo—. Mientras tenga a alguien cerca, no creo que pase nada. Es al estar solo cuando las cosas se complican. Ya sé que esto suena muy fuerte, señor Jernigan, pero ahora mismo yo *no* dejaría a Danny solo.

Me levanté y volví a la cocina. Abrí el armario, estiré el brazo y cogí las tortitas de avena. Claro que sí: ahí estaba la botella de ginebra, medio llena, más o menos. Pero no podía. Si lo hacía, no me lo perdonaría. Aquella se había convertido en una noche para permanecer sobrio y tratar, por todos los medios, de controlar la situación. Dustin me había seguido a la cocina. Lo que debió de haber visto: un adulto mirando hacia arriba, contemplando una botella de licor.

—¿Señor Jernigan? —dijo—. Estoy seguro de que Danny estará bien donde Mitchell. Si quiere quedarse a ver una película, siéntase como en su casa.

Volví a dejar las tortitas Quaker en el estante.

—Suena raro decirle a alguien que se sienta como en su casa en su propia casa —continuó—. Lo siento.

—Mira, no pasa nada porque estés aquí, Dustin. Pero en vista de lo que me has contado, debería ir a ver si Danny ha vuelto a casa.

—Lo comprendo. Claro. Y, de todos modos, me alegro de que hayamos hablado. Si no hubiera agotado todas las alternativas me sentiría fatal, ¿sabe?

—Has sido de mucha ayuda —dije—, y te estoy muy agradecido. Sé que te habrá hecho falta mucho coraje. Y, por cierto, si puedo hacer algo por mejorar tu situación..., ya sabes, si quieres que le diga algo a tu padre cuando hable con él.

Meneó la cabeza.

—No es nada. Lo superaremos.

—Bueno, de todos modos yo le llamaré y lo pondré al corriente de todo —dije. Y pensar en eso hizo que cambiara de opinión respecto de la ginebra. Un traguito no me haría ningún daño; quizá hasta me ayudara y todo. Volví a bajar las tortitas de avena y me puse de puntillas para alcanzar la botella; la agité (¡yo-jo-jo!) en muestra de jovial autoironía.

—¿Qué vas a ver esta noche? —pregunté, volviendo a dejar, otra vez, las tortitas de avena en su lugar. Desde la caja, el vejete, el cuáquero, me miraba sin ánimo de reprobación.

—Aún no lo sé. Pensé que tendría que hacer de esta noche algo especial y en el vídeo club me he puesto las botas. Tengo *Reanimator* y *La matanza de Texas*. Quería sacar *La noche de los muertos vivientes*, pero alguien la había alquilado. ¿La ha

visto?

—¡Vaya! Eres mejor hombre que yo.

—En realidad no son tan malas —dijo—. Son bastante divertidas, de hecho. Y también tengo un par de óperas.

—¿Un roquero como tú? ¿O es que ahora la ópera es lo último?

—No —respondió—. Mi padre me aficionó a la ópera cuando era muy pequeño, era profesor de música.

—Sería fantástico que Danny se aficionara a la ópera. Si lo logaras..., un poco de variedad siempre viene bien. —¿Tan bien vendría un poco de variedad? Estaba exagerando mi papel de padre preocupado. Ahí de pie, tratando de meter una puta botella de ginebra en un bolsillo de abrigo que era demasiado pequeño, y hablando de la ópera y de la variedad—. ¿Qué óperas has alquilado?

—No sé si la conoce: *Las troyanas*. Es de Berlioz. Muy larga. Y también *Madama Butterfly*.

—Madama, sí señor —dije.

—No soporto que la gente diga Madame —dijo—. Mi padre me enseñó un montón de cosas, un montón. Ah. Y también he alquilado... bueno, en realidad es muy ridículo. Es una película antigua: *Qué bello es vivir*.

—Gran película —dije. Sonaba igual que el viejo chocho de la tele que, cuando pillaba a su nieto leyendo *Moby Dick*, suelta «Gran relato». (En el anuncio de la colección Grandes Clásicos, los encuadernados en piel.)—. Parece que te espera una buena noche. Oye, no quiero parecer el típico padre, pero no te acuestes muy tarde, ¿vale?

—Vale —respondió—. Y gracias.

—*Por nada* —dije mientras abría la puerta que daba al paso al garaje—. [28]
Gracias a ti. Y no te preocupes, no le contaré nada a Danny, te guardo el secreto.

—No pasaría nada, ahora ya da igual.

—Bueno —dije—, pues eso.

—Pues eso —dijo, y, en broma, se llevó la mano a la frente.

Un buen chico, este Dustin. Le devolví el saludo.

Cuando llegué al coche, me volví para mirar hacia la casa. En el ventanal, a la izquierda, alguien había apartado la cortina. En lo que apenas si era una rendija, vi unos dedos blancos recortados contra la tela oscura y media cara que espiaba. Así que, a pesar de lo que el crío había querido hacerme creer, ahí debía de haber gato encerrado.

El Reliant de Martha todavía no estaba aparcado cuando llegué a casa, pero en la ventana de Clarissa se veía un resplandor amarillo. En la cocina, donde ahora hacía tanto frío como fuera, grité:

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa?

Nadie respondió. Encerrados, como siempre. Clarissa tenía uno de esos radiadores de aceite en su cuarto; con plástico en las ventanas y una manta vieja en la puerta, ella y Danny podrían apalancarse ahí arriba y dejar que el resto del mundo se fuera a la mierda.

Guardé la ginebra en la nevera y entré en el salón, que estaba helado. Desde ahí podría oír la puta música. Eso significaría que Danny había vuelto. O que no. Una cosa me cabreaba particularmente: que no podía cabrearme. Lo que tenía que hacer era prepararme para hablar con mi hijo acerca de si estaba o no estaba pensando en suicidarse. Lo primero: volver a la cocina y echar dos buenos tragos de ginebra; luego encendería la calefacción mientras la ginebra me iba haciendo efecto. Así tendrás un lugar calentito donde hablar, Jernigan, y estarás más tranquilo. Pero vaya mierda no poder entrar en tu casa, quitarte el abrigo y sentarte. Claro que esa no era tu casa. ¿Qué esperabas, entonces?

Fui a la cocina y me pegué tres lingotazos —esto es, cinco o seis— y luego regresé al salón y abrí la puerta de hierro de la estufa, que chirriaba. Por el amor de Dios, ahí habría unos quince centímetros de ceniza. Así que volví a la cocina y cogí el cubo de plástico que Martha usaba para la basura que iba a la pila de compost. No se me ocurría qué podría servirme de pala. Al final encontré un molde de *plum-cake*. Y me puse de rodillas, pasando frío, sacando ceniza de una estufa con un molde de *plum-cake* y metiéndola en un cubo apestoso. Y me acordé de la primera vez que entré en la casa, el Cuatro de Julio, y de que pensé: «Qué bien, una estufa de leña». Cuando hube sacado casi toda la ceniza, llené el fondo de la estufa de páginas arrugadas del *New York Times*, luego rompí unas ramas con la rodilla, las coloqué sobre el papel, cruzadas, encendí la esquina de la página C7, me aseguré de que tiraba bien y cerré la puerta con un chasquido. Con el cubo de ceniza, salí por la puerta de la cocina y, por el patio trasero, llegué a la pila de compost dejando huellas oscuras en la hierba, que se había vuelto blanca y crujiente. Esa no era una pila de podredumbre para la vieja Martha, no; era un señor montón cercado con malla de gallinero y todo. Aquí y allá, estacas que, cuando llegara el momento, habría que sacar para dejar que entrara el aire. Eché la ceniza encima de hojas de zanahoria y cáscaras de melón. Y probablemente me echarían un sermón. Porque probablemente, antes de la ceniza

tendría que haber dispuesto una capa de césped cortado. O césped cortado o harina de sangre, fuera lo que fuera la maldita harina de sangre esa. Eso era para el nitrógeno. Sobre las cáscaras de melón no podía echarse la ceniza directamente; había que separarla con una capa de harina de sangre. Probablemente la regla era esa.

Cuando estuve de vuelta en casa, el papel de periódico ya se había consumido y las maderitas ardían. Eché en la estufa trozos de tablones de madera que había rescatado de contenedores, con clavos y todo —mira, para Martha: cuando *estas* cenizas terminasen en la pila de compost, a su nitrógeno podría añadirle un poquito de hierro—, arrastré el sillón Morris para acercarlo a la estufa y me senté sin quitarme el abrigo. Lo que haría sería esperar a que el salón se hubiera calentado por completo y resultara bien acogedor: si no teníamos que sentarnos arrebujados en el abrigo mientras nos soplabamos las manos, resultaría más fácil explicarle a Danny por qué suicidarse era una mala idea. Empezaría diciéndole que últimamente parecía en baja forma. Si lo admitía, todo en orden; si lo negaba, le diría que a veces puedes llegar a estar tan deprimido que ni siquiera te das cuenta de que lo estás. Lo más preocupante de encontrarse así, le explicaría, era que ya nada te preocupa; lo que en condiciones normales parecería impensable comienza a parecerse razonable. Luego, cuando hubiéramos llegado a ese punto, podríamos pasar a por qué suicidarse era mala idea. Aunque solo se me ocurrían los típicos incentivos mundanos: si se avenía a vivir, podría follar más. Escuchar más discos. Ya *había* follado y ya *había* escuchado discos; ¿por qué tendría que mostrarse pasmado y reverente ante la idea de poder seguir haciendo lo mismo? ¡Mejores chicas! ¡Mejores discos! Ah, sí. Su Arte. Me había olvidado de su Arte. Suicídase y el mundo tendrá un guitarrista menos. No: ese era un mal enfoque. La táctica a adoptar: centrarse en lo mal que se sentía y en por qué se sentía así, suponiendo que eso pudiera sacárselo. Y luego, probablemente, la vida volvería a seguir su rumbo sin mi endeble ayuda. Suponiendo que lo de hablar de lo mal que estaba uno y de por qué estaba mal funcionara de verdad y ayudara a que la gente se sintiera mejor.

Me levanté y volví a la cocina. Otro trago y luego de vuelta al salón, a ver si ya se había calentado lo suficiente para quitarse el abrigo, y luego empezaríamos a charlar, ¿vale? Suponiendo que Danny estuviera en casa. Abrí la nevera, desenrosqué el tapón de la botella de ginebra y pegué un buen trago. Dejé la lengua marinando durante unos segundos y luego tragué. Luego otro, y otro más, el último, de propina. Enrosqué el tapón, cerré la nevera y me volví: Clarissa estaba ahí, en la puerta de la cocina, mirándome.

—¡Eh! —dije. Era el hola, nuevo y dinámico, que ahora usaba con los chicos.

—¿Señor Jernigan? —dijo, aunque habíamos quedado en que yo ya era Peter—. Me parece que tengo un problema.

Tenía pinta de tenerlo. Más que de costumbre, quiero decir. Mirada fija. Pelo alborotado. Y advertí que iba descalza: con un frío como el que hacía, no era capaz de imaginar lo que sería andar así. «Mierda —pensé—: descalza y preñada». Así que eso

era lo que preocupaba a Danny. Y yo que pensaba que era *mal de siècle*.

—Acércate y quédate al lado de la estufa —dije. Le puse una mano en el brazo para guiarla y protegerla. Tendríais que haber visto el salto que pegó.

—Usted no es mi padre.

—De esa me libré —dije, aunque es posible que lo dijera tan bajo que no me oyera—. Clarissa —continué, haciéndole señas para que me siguiera al salón—, siéntate, por favor.

Escogió el sillón Morris; yo escogí el suelo frío, a su lado. En cuanto te apartabas de la estufa, el salón ya no era ningún puto *Déjeneur sur l'herbe*.

—A ver, ¿a ti qué te pasa? —pregunté—. Dime que no estás embarazada, por favor.

Movió la cabeza y dijo:

—Los bebés-monstruo del LSD.

—¿Perdón?

—Hace que la gente tenga bebés-monstruo —dijo—. Creo que me he pasado. —Meneó la cabeza—. Huy. Creo que pensar en eso no es bueno. —Paseó la vista por el salón—. Huy.

—Vale, tranquila. Clarissa, ¿no estarás colocada, por un casual?

—Aunque claro, me parece que me he pasado. Me he comido tres porque Dustin ha dicho que sería una ocasión muy especial, pero creo que tres es demasiado. Porque soy menuda. —Empezó a soltar carcajadas—. Soy *menuda*.

—¡Dios! Oye, Clarissa: ¿dónde está Danny? ¿Cuándo...? —Las preguntas, mejor de una en una—. Bueno, a ver. ¿Dónde está Danny?

—Que vale, que ya le he oído.

—¿Danny está aquí?

—No, sigue en casa de Mitchell. ¿Sabe lo lejos que está?

—Clarissa. A ver. ¿Danny también ha tomado algo?

—Le ha dado miedo. Y luego, como se ha enfadado conmigo, Dustin y yo hemos ido al centro comercial, pero no me ha gustado. ¿Puede llevarme al hospital?

—Pobre Clarissa —dije, y lo sentí de verdad—. Lo estás pasando muy mal, ¿verdad?

—Creo que pueden ponerme una inyección —dijo—. Dustin ha dicho que pueden ponerte una. ¿Podría llevarme ya?

—Créeme, Clarissa, sé por lo que estás pasando. Y mejorará, te lo aseguro.

—¿Y cómo puede saberlo?

Bien visto.

—Lo que quiero decir es que esto me ha pasado a mí y... —¿Y qué le digo? ¿Algo así como «y mírame ahora»?—, y termina bajándose, te sentirás mejor. Ahora, escúchame. ¿Puedes decirme quién más ha tomado esto?

—Ya se lo he dicho. Dustin. Dustin Dustin Dustin.

—Vale, tranquila.

—Guau —dijo Clarissa.

—¿Dustin y tú lo habéis tomado a la vez, o él sólo te lo ha dado?

El chico me había parecido bastante racional, aunque que alguien me parezca racional a *mí* no significa gran cosa.

—¿Y cómo es que Dustin le interesa tanto? —preguntó—. Quiero ir al hospital.

—Vale, vale. Al hospital, entonces. —Mejor el hospital que tratar de manejar el asunto yo solo. Cuando hubiéramos salido de esta, la buena de Martha me debería una—. Nos vamos en un minuto. Si te pregunto por Dustin es porque me preocupa que él también lo esté pasando mal.

—Dustin lo lleva bien. Conducía su coche y todo. Hemos ido al centro comercial, pero no me ha gustado.

—Fantástico —dije. Lo más probable era que el mierdecilla ese se hubiera tragado un Pez y a ella le hubiera dado caramelitos de los buenos. En los tiempos gloriosos de Jernigan eso no habría sido raro—. Bueno, supongo que tendremos que dejar que Dustin se ocupe de Dustin.

Eso le hizo gracia. Se retorció en la silla con una risita tonta y luego se detuvo.

—Noto como si mis dientes fueran demasiado grandes para mi boca —dijo.

—¿Clarissa? Trata de relajarte. Esto no durará siempre, y te llevaremos a un lugar donde te ayudarán, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿por qué no te pones unos zapatos, te pones el abrigo y vamos en busca de ayuda? ¿Sí?

—Te pones unos zapatos. Te pones unos zapatos, te pones unos zapatos. Huy... Creo que sigue subiéndome.

—Tendría que echarte una mano —dije, y luego me di cuenta de que si «te pones unos zapatos» la había desconcentrado, lo de «echarte una mano» le parecería absurdo. Pero ni se inmutó. Y yo me acordé de cuando iba tan colocado que nada, ni una palabra, ni una imagen visual, ni una idea, tenía sentido ni guardaba relación con el resto del mundo. En un estado como ese, ¿no se convertiría el terror mismo en una cosa más, en otro objeto? Clarissa parecía cerca de dar con la respuesta, pero hacerle esa pregunta era muy mala idea. Y si estaba cerca de dar con la respuesta, no sería capaz de entender la pregunta. Ni siquiera sabría qué *era* una pregunta. Me levanté y extendí la mano, y ella, que parecía capaz de recordar cómo iba la cosa, la cogió y se levantó. Afortunadamente, no se le había ocurrido examinar a fondo ese proceso. Tal vez Clarissa no fuera tan inteligente como para meterse en líos gordos. Aunque, por otra parte, lo estaba pasando mal, eso era innegable.

Subí con ella a su habitación y la senté en la cama.

—¿Los calcetines están aquí? —pregunté mientras abría el primer cajón de la cómoda. Estaban ahí—. ¿Estos? —dije con un par de color rosa en la mano; los dos calcetines estaban doblados, uno metido dentro del otro.

Levantó los brazos y se quitó la sudadera. No llevaba nada debajo.

—Vuelve a ponértela, Clarissa. Ahora. —Bonitos pechos, blancos y pequeños, del mismo tamaño que la bola de calcetines que tenía en la mano—. Hablo en serio.

Cogí la sudadera y se la lancé. Estaba orgulloso de mí: ni la menor tentación, ni siquiera fugaz. Por lo visto, existía un límite que ni el mismo Jernigan sobrepasaría. Como Clarissa se había quedado mirando fijamente la sudadera, se la quité de las manos y busqué la etiqueta del cuello para enseñarle qué era el frente y qué el dorso. Luego, sujetando la sudadera por abajo, la abrí bien y le dije que levantara los brazos. Funcionó. Metí uno en una manga y luego el otro, le pasé la cabeza por la abertura del cuello y tiré del jersey hacia abajo.

—Ahora no te la quites. Y no te muevas.

Me arrodillé y le puse un calcetín rosa en cada pie. Debajo de la cama asomaba una Reebok; la pareja estaba sobre la cómoda.

—Ten —le dije cuando se las di—. Puedes hacerlo tú. No eres un bebé.

Parecía responder mejor a esta táctica que a la del «ya sé por lo que estás pasando».

Se sentó con una zapatilla en cada mano. Parecía encantada.

—Uf. ¿Es esto un mal viaje?

La doctora que atendía en urgencias —lo supimos cuando por fin tuvieron la amabilidad de concedernos audiencia— era una mujer de mi edad, alta y caballuna. Patas de gallo y dientes salidos.

—¿Clarissa? Soy la doctora James. ¿Quieres venir conmigo? Señor Peretsky, resultaría muy útil que usted nos acompañara.

—Es Jernigan. Soy su padrastro.

Entornó los ojos; se acentuaron sus patas de gallo. Porque no era el momento de andar aclarando cuál era mi nombre, o porque con la palabra *padraastro* las probabilidades de que se tratara de algo feo aumentaban. Aunque quizá todo se debiera a que me había olido el aliento.

La doctora se sentó sobre el papel que protegía la camilla; con cuidado, simplemente tocándole la barbilla con las yemas de los dedos, consiguió que Clarissa le mirara a los ojos. De repente, me sentí fuera de lugar. Vale: era alta, no llevaba alianza de casada y, lo peor de todo, hacía algo útil para el mundo. Sacabas tus conclusiones, eso era inevitable. «Querido Dios —pensé—, por favor, que no se le escape lo de la puta sudadera».

—¿Clarissa? —dijo la doctora—. ¿Puedes decirme qué has tomado y cuánto hace que lo has tomado?

Clarissa se echó a llorar.

La doctora se dirigió a mí:

—¿Qué le ha contado?

—Que eran tres pastillas de ácido. En realidad, solo ha dicho que se había tomado tres *algos*, pero he supuesto que serían ácidos. —Blablablá—. No sé cuánto hace que los ha pillado, pero no creo que fuera antes de las tres o las cuatro de la tarde.

A quien yo quería pillar era al gordo cabrón de Dustin.

—Clarissa, ¿te queda algo de lo que has tomado? ¿Me dejas verlo?

Clarissa sacudió la cabeza.

—¿Puedes decirme qué aspecto tenían?

—Verdes —dijo Clarissa—. Eran tan pequeñas...

Miraba hacia abajo, ahora a una mano, ahora a la otra, las dos sujetando las rodillas.

—¿Así de grandes? —preguntó la doctora extendiendo el índice y el pulgar.

Clarissa asintió en silencio.

—No —dijo la doctora—. Mira lo que te estoy enseñando. ¿Eran así de grandes? ¿O eran más pequeñas?

Clarissa miró.

—Así de grandes —dijo. Volvió a mirarse la mano y movió los dedos. Tenía las uñas pintadas de negro—. Uf.

—¿Eran de color verde *chillón* o verde pálido? ¿Tenían motitas?

—Sí. Huy... ¿Usted también las ha tomado?

—No, cariño —dijo la doctora—. No te preocupes, te pondrás bien. Te daremos una inyección y te encontrarás mejor.

Se acercó a un armario gris muy alto, metálico. Y Clarissa, sin que nadie le dijera nada, se arremangó.

—Al menos sabemos qué tenemos entre manos —me dijo la doctora—. Llevo viendo estas pastillas verdes desde el verano. Por lo que me han contado, con tres tienes más que suficiente para viajar directo a Disneylandia. Me encantaría saber de quién fue la idea de traer esta porquería al pueblo.

—No es la única a quien le gustaría saberlo —dije yo, cabronazo hipócrita.

Una vez, Tío Fred y yo le compramos cincuenta cápsulas a un tío; nos aseguró que eran de ácido de Owsley, del auténtico. Con las que vendimos nos bastó para cubrir gastos, y las que nos sobraron las repartimos entre los chicos de la residencia. Me acuerdo de uno que entonces estudiaba para ingresar en Medicina y que ahora vive en Maine. Se dedica a grabar estampas balleneras en dientes de cachalote. Tío Fred quedó con él hará unos años, cuando subió por ahí. El tío se gana bien la vida, por lo visto.

La doctora perforaba con la aguja el sello plástico de un frasquito de líquido transparente. Entre tanto, Clarissa se había sacado el cinturón y se lo había enrollado en el antebrazo; con los dientes agarraba un extremo del cinturón, y abría y cerraba la mano. La doctora me miró y después, con los dedos, tocó el hombro de Clarissa.

—Esto no va a hacer falta. Es una inyección intramuscular.

Clarissa miró a la doctora con los dientes todavía ocupados. Luego me miró a mí. Luego aflojó el cinturón.

—¿Puedes subirte la manga un poco más? —dijo la doctora—. Puede que, durante un instante, notes un pellizquito, pero no te haré daño.

Frotó el hombro de Clarissa con un algodón y se dio la vuelta.

—Perfecto. Clarissa, ahora me gustaría que te tumbaras en la camilla un ratito y

sujetaras el algodón. Te encontrarás mejor muy pronto.

—Vale —dijo Clarissa con un hilo de voz.

—Descansará durante unos minutos —anunció la doctora—. ¿Puedo hablar con usted?

Con la cabeza señaló hacia la puerta. La seguí a su despachito.

—Esta niña tiene problemas —dijo mientras se sentaba al escritorio—. ¿Qué piensa hacer al respecto?

Junto al escritorio había una silla, pero no me invitó a que me sentara. Me quedé de pie como un niño malo.

—¿Puede hacerse un poco a la izquierda, por favor? Quiero tenerla controlada.

—Para serle sincero —empecé—, esto es toda una novedad. Hace poco que conozco a su madre y... —Eso, ¿y qué?

—Pensaba que era su padrastro.

Con cuidado.

—Bueno. De facto. No estamos casados, pero su madre y yo llevamos viviendo juntos desde..., deje que piense..., agosto. A estas alturas, *padrastro* nos parece la palabra menos, no sé, menos liosa.

—¿Y dónde está la madre de Clarissa?

—Está..., está *aquí*. Resulta que esta noche, cuando todo empezó, había salido.

—Hmm.

La doctora había cogido una carpeta sujetapapeles y uno de esos bolis en forma de abrecartas. Se puso a dar golpecitos en la carpeta con el extremo en forma de abrecartas del boli y a mirar al frente, esquivándome. En aquel espacio tan reducido, traté de desviar mi aliento alcohólico respirando por las comisuras de la boca. Muecas, eso es lo que debía de parecer que estaba haciendo.

—Bueno. En mi opinión, a Clarissa le hace falta algún tipo de terapia, eso como poco. Puedo remitirle a un par de programas muy buenos.

—¿Sería tan amable? —dije.

Me miró.

—Sí. Seré tan amable.

De vuelta en el coche, Clarissa se quedó sentada con las manos en el regazo mientras yo soltaba tacos en voz baja, giraba la llave en el contacto y pisaba el acelerador. Y estábamos en noviembre, por todos los santos. ¿Qué iba a hacer yo en enero?

—¿Podemos poner la radio? —preguntó cuando por fin logré que el maldito motor arrancara—. Y la calefacción, también.

—La calefacción la pondremos dentro de un minuto —dije mientras salía marcha atrás—. En cuanto el coche se caliente un poco. Échate esto por encima, si quieres.

Levanté una manga de la chaqueta de *cowboy*, que seguía colgada del asiento del copiloto. Pero ella estaba mirando algo al otro lado de la ventana.

—Y para la música —continué—, si abres la guantera verás un walkman y varias

cintas.

Movió la cabeza sin dejar de mirar afuera, como si hubiera descartado por completo la posibilidad de ser capaz de escuchar alguna de mis cintas.

El hospital estaba en la calle División; caí en la cuenta de que bastaba con bajar por División y cortar por el aparcamiento, y... ¡bingo!, estabas en la avenida Hamilton. Si hubiéramos venido por el bulevar JFK, habríamos tardado cinco minutos más, con todos los semáforos. Así que los que quieran creer que todo tiene sus cosas buenas ya pueden fijarse en la de esa noche: un nuevo atajo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Genial, de verdad. ¿Ha visto la *luna*?

—No, lo que he visto es la calzada —respondí. Ahora que la crisis parecía superada, podría volver a hacerme la víctima y a portarme como un capullo.

—Mira —dijo, y con el dedo señaló el otro lado de su ventana.

Me incliné hacia delante, encorvado sobre el volante, y miré hacia arriba y hacia la derecha: el disco blanco de la luna encaramado ahí arriba, con una cara dibujada.

—Sí —dije mientras volvía a acomodarme en el asiento—, luna llena.

—¿Podría seguir conduciendo un rato? Ya no alucino, y se está tan bien...

—Me parece que tendríamos que volver a casa. Ya hemos tenido bastantes aventuras por esta noche, *n'est-ce pas*?

—Vale. Como quiera. Lo siento por usted, que se lo está perdiendo.

Cuando aparcamos delante de casa, Clarissa tarareaba una cancioncilla ridícula. Algo como Schoenberg al ritmo de «¿Quién teme al lobo feroz?». El Reliant volvía a estar en casa, por fin.

Martha nos abrió la puerta.

—Soy todo oídos. ¿Sabéis qué hora es?

—Estoy convencido de que tú nos lo dirás. ¿Puedo preguntarte dónde estabas tú?

—¿Mamá? —dijo Clarissa—. ¿Danny está en casa? Tengo que hablar con él.

—Danny ha llegado hace dos horas y ha ido directo a la cama. ¿Qué está pasando aquí, jovencita?

—Mira, mamá, de repente estoy muy cansada, ¿vale? —Y echó a andar por el pasillo.

—Peter, ¿de qué va esto? Son casi las dos de la madrugada. Estaba desesperada.

—Ya sabía yo que, tarde o temprano, terminarías haciendo de reloj. ¿Te importaría que me quitara el abrigo y me sentara? ¿Y que me sirviera una copa? No ha sido una noche agradable. —Al menos tenía la casa caliente. Me quité el abrigo y lo dejé en una silla.

—Confío en que tú sí que hayas disfrutado de la velada haciendo lo que te haya parecido más conveniente. —Saqué la ginebra de la nevera; para no herir la susceptibilidad de Martha, cogí un tarro de mantequilla de cacahuete del escurrerplatos.

—Lo que me pareció conveniente fue ir a trabajar. Eso ya lo sabías.

—¿Qué significa que ya lo sabías?

—Tuvimos esta conversación ayer por la mañana, Peter. No puedo creer que lo hayas olvidado.

Me encogí de hombros.

—Refréscame la memoria.

—Peter. Ayer por la mañana. Estabas sentado justo ahí —señaló la silla de la mesa de la cocina que se había convertido en mi silla— y te dije que algunas noches saldría porque volvería a trabajar en Alexander's. Durante las vacaciones. Las vacaciones, ¿te suenan? ¿La Navidad? ¿O en cosas así tú no reparas? Y, de hecho, hemos vuelto a hablar del tema esta mañana porque te he dicho que hoy volvería a casa muy tarde porque abrimos hasta la medianoche y te he preguntado cómo te las apañarías para cenar. ¿Sí? ¿Esto no lo recuerdas?

Me acerqué al fregadero. Con un poco de agua en la ginebra parecería menos imperioso. Más afable. Removí con el dedo índice.

—Sí. No sé. Supongo.

—La verdad es que no te acuerdas.

—Sí, vale, ahora sí que me acuerdo —dije mientras me sentaba a la mesa. No tenía ni idea de qué coño estaba diciendo.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó.

—¿Por dónde empezamos? Vale. Primero, uno de los amigos de Danny me ha dicho que podría tener tendencias suicidas.

—¿Danny o el amigo?

—Por favor —dije, levantando la mano—. Este no es el momento. Primero me entero de esto. No, en realidad primero me entero de que el amigo de Danny se ha instalado en mi casa, y luego de que Danny tiene tendencias suicidas.

—Por cierto, Peter, no estaba de broma. No te entendía, de verdad. Perdón por ser tan *estúpida*.

—Luego —continué, haciendo caso omiso de Martha— vuelvo aquí y me encuentro a tu hija en pleno mal viaje de ácido y pidiendo a gritos que la lleve a Urgencias. Que es donde hemos acabado y donde hemos pasado unas horas muy edificantes esperando a que, por fin, una doctora la visitara y le inyectara tranquilizantes. Ah: y a que me sometiera a un breve interrogatorio acerca de nuestra organización doméstica. Eso de propina.

—Dios mío —dijo Martha mirando hacia el pasillo—. ¿Qué ha pasado? ¿Clarissa está bien?

—¿Y yo cómo coño voy a saberlo? Ya la has visto. Puede hablar y caminar. No sé qué le habrán chutado, pero el pánico se lo ha quitado, por lo menos. Y eso, créeme, ha sido un detallazo.

—Dios mío.

—Pero si ha habido un momento en el que habría agradecido tu presencia, ese ha sido el de la inyección, cuando se ha hecho un torniquete con el cinturón. Muy atractivo. Para sacarse la vena, ¿sabes? Tendrías que haber visto a la doctora. —Interrumpí el discurso para echar un trago de ginebra. Ahora me jodía haberla aguantado—. Me dijiste que Clarissa había tenido un problemilla con las drogas. Lo que nunca me contaste es que se chutaba, por todos los santos.

—¿Y de qué creíste que estaba hablando? ¿De que se le iba la mano con las aspirinas?

Eché otro trago.

—Tendrías que habérmelo dicho.

—Eso. Para que la miraras como si fuera un monstruo. Y a mí, como a una madre de esas que viven de las ayudas del gobierno. Necesita que la traten como a una cría normal, Peter. Como parte del proceso de recuperación.

—Pues vaya recuperación. Se ha recuperado tan bien que ahora solo se come algún ácido que otro de vez en cuando y luego se pega unos sustos de muerte. —Lo que no añadí fue que había sido un amigo de Danny quien se lo había dado; estaba

despotricando contra Martha y su hija, y eso no venía a cuento—. Dios, esta vez sí que me he metido en una buena.

—Pues antes eso no te importaba.

—Es que antes no sabía de qué se trataba —respondí.

—Al ritmo al que te ventilas las botellas —dijo ella—, estás en una situación magnífica para ir opinando sobre Clarissa.

—Huy. *Touché*. Estoy mal del tarro, ¿no? Aquí, el que está mal del tarro soy yo. —Iba dándome golpecitos en el pecho con el dedo índice. Luego no pude evitar reírme—. Dios, parezco Ralph el de *The Honeymooners*. ¿Lo has oído?

Martha me miraba fijamente.

—¿Habría algún momento del día en particular en el que estés lo bastante sobrio como para que podamos hablar? Creo que nos hace mucha falta.

—Estoy listo para hablar —respondí—. ¿Qué? ¿Que como soy capaz de distanciarme de mi propia persona durante unos instantes ya no estoy en condiciones de enfrentarme a nada? Estaba en condiciones de llevar a tu hija al hospital. ¿Quieres que hablemos de condiciones?

—Voy a ver cómo está Clarissa —dijo—. ¿Me disculpas?

—Gracias. —Quería provocarla.

—¿Por qué? ¿Por qué me das las gracias?

—Olvidalo. Ve. —La despedí con un movimiento de mano algo lánguido, dejándola caer con la muñeca floja—. Ya que vas, podrías ver cómo está Danny.

—Por supuesto.

Me quedé sentado a la mesa, en mi silla, el cabeza de familia, y me terminé lo que quedaba de la ginebra aguada. Vaya manera de echar a perder una buena ginebra..., aunque en realidad no la había echado a perder, porque seguía siendo la misma cantidad de ginebra. Bueno, por lo menos Danny estaba a salvo en la cama —eso era un suponer—; eso podía esperar. Pero la historia esa era increíble. Esa noche solo me apetecía quedarme sobado en el sofá, pero ni eso podía hacer: por la mañana, los chicos sabrían que había habido pelea. La «mañana», esto es, cuando el despertador sonara al cabo de pocas horas. Vaya día les esperaba en el colegio...

Me levanté, fui hasta la nevera, eché un buen trago de ginebra, a morro, y luego vertí el resto en el tarro de mantequilla de cacahuete. Se acabó lo que se daba, señor Gordon. Me senté a la mesa otra vez para beber este último dedo y tratar de decidir dónde dormir. ¿Volvía a mi casa, mientras todavía fuese *mi* casa? Claro que el jodido gordito estaba ahí. ¿Y qué estaría haciendo? ¿Se deleitaría inocentemente con vídeos y latas de cobertura de chocolate para consolarse por no haber podido beneficiarse a Clarissa? ¿O estaría jugando a un juego más serio? ¿Y si no se había tragado un Pez o algún otro caramelo? ¿Y si toda nuestra conversación la había mantenido colocado, el muy artero, manteniendo la compostura mientras veía cómo se me iba desintegrando la cara (por ejemplo)? Eso sería, probablemente, más peligroso que un alucine manifiesto como el de Clarissa. Analicé el asunto desde el punto de vista de la

presión: el flipe de Clarissa había sido, en última instancia, un escape inofensivo, mientras que lo que estuviera cociéndose bajo esa superficie que Dustin quería mantener inalterada a fuerza de aplicar contrapresión... No hacía falta que completara mi reflexión. Luego me pregunté si pensar en la mente desde esa especie de óptica newtoniana tendría sentido. Y hasta ahí pude llegar con mis cavilaciones antes de que Martha volviera.

—Supongo que los dos están dormidos —dijo, sentándose en su silla, la que quedaba enfrente de la mía—. He llamado a la puerta y solo los he oído respirar.

—Mientras respiren... Ten. —Hurgué en los bolsillos de los pantalones—. La doctora me ha dado una lista, no sé... Son sitios a los que puedes llamar.

—Sitios.

—Sitios donde podrías llevarla para su tratamiento.

Levanté el papel, lo dejé caer y, disparando con un dedo, lo envié al otro lado de la mesa, donde estaba Martha. Fue a parar a un plato manchado de yema de huevo seca. El puto cachivache llevaba ahí desde la hora del desayuno, y ya faltaba poco para que volviéramos a desayunar.

Martha cogió el papelito y se quedó mirándolo, y luego lo dejó en la mesa.

—Lo que Clarissa necesita, en esencia —dijo—, es que los últimos diez o quince años no hubieran existido.

—Así que te cruzas de brazos, ¿no?

—¿Y tú qué sugieres? ¿Endosarles el problema a los expertos para no ser tú quien deba solucionarlo?

—Un momento: ¿por qué es este problema *mi* problema?

—Me refería a cualquiera, en general. Para que no sea *uno* quien deba solucionarlo. Pero mira, sí: tú, Peter. Por qué fui lo bastante tonta como para creer que podrías ayudarme. Dios, paso de su padre a ti... Es a mí a quien tendrían que encerrar.

Me levanté.

—Esto me resulta fascinante, pero me parece que esta noche dormiré en el sofá.

—Qué va. No. A mí me parece que esta noche dormirás en tu casa. No te quiero aquí. Si no te ves capaz de conducir, puedes llamar a un taxi. Pero quiero que te vayas.

—Soy perfectamente capaz de conducir —dije. Y era lo bastante hombre como para no alegar que tal vez en casa estuviera esperándome un adolescente colocadísimo de LSD. Detrás de la puerta, por poner, con un cuchillo, dispuesto a abrirme el corazón para ver cómo funciona. Levanté el tarro de mantequilla de cacahuete—. Te lo voy a enseñar.

Apuré el último dedo de ginebra y me restregué la boca con la mano.

—«Restriégate la boca con la mano, y ríe. El nosequé nosequé nosequé. Los mundos giran...» Ahora no sé cómo sigue. —Levanté el índice a lo Tío Fred—. «Alguna cosa infinitamente amable sufriendo infinitamente»^[29].

—Y podría pasarme sin tus ironías, de verdad —dijo Martha—. Signifiquen lo que signifiquen.

—*Tú* podrás pasarte sin ellas, pero yo...

Me puse el abrigo y metí la mano en el bolsillo derecho para buscar las llaves. Bien: dos bultos; uno, el de las llaves del coche, y otro, el de las de casa. Las de casa las distinguía al tacto. Eran las del llavero de Powerful Pete. ¿O esas eran las del coche? No estabas en tu mejor momento, Jernigan: te echaban de ahí antes de que hubieras podido hablar con tu hijo acerca del suicidio.

—Pero recuerda —dije, con la mano en el pomo de la puerta—: si me pasa algo —pensaba en un asesinato a lo familia Manson, pero ella debió de pensar que estaba refiriéndome a un accidente de coche—, tendrás muchas cosas que explicarle al bueno de Danny.

—Me arriesgaré.

—Famosas últimas palabras... —dije. Estaba pensando en mí.

Era tardísimo, pero las luces seguían encendidas cuando dejé el coche en la entrada de mi casa, detrás del Cadillac del como-se-llame ese. Dustin. Y, por primera vez, advertí que el cartel de EN VENTA había sido reemplazado por otro parecido —sabe Dios cuánto tiempo llevaría ahí—, otro que rezaba VENDIDA. Por un cartel, en otras palabras, cuyo objetivo no era beneficiarme a mí sino a los negocios de la inmobiliaria. ¡Estaba ofreciéndoles a los muy cabrones publicidad gratis! Me peleé con el cartel para arrancarlo del suelo helado, lo llevé bajo el tejadillo y, metiendo ruido, lo arrojé al suelo de cemento: Aviso a los explotadores. Y así también pondría sobre aviso a Dustin, por si tenía intención de asesinarme al estilo Manson: iba a entrar en casa, enfadado y peligroso. La puerta de la cocina seguía sin tener la llave echada. Entré y me quité el abrigo —el cabroncete no escatimaba en la calefacción que yo le estaba pagando—, lo dejé caer encima de la mesa de la cocina y grité:

—¿Hay alguien en casa?

La televisión estaba encendida.

—¿Es aquí? —decía una voz que salía del televisor.

—Pues claro que es aquí. —James Stewart, sí señor, esa voz era inconfundible. Así que Dustin había puesto la película.

—Pero si en esta casa no vive nadie desde hace veinte años —decía la otra voz.

Entré en el salón. Dustin estaba tumbado en el sofá, de lado, viendo esa tele atronadora. Bert aparcó el coche de policía al lado del taxi de Ernie.

—¿Qué pasa, Ernie? —decía. Miré cómo miraban a James Stewart mientras se acercaba a las ruinas de lo que fue su casa.

—No sé —decía Ernie—. Hay que vigilar a este tipo, está chiflado. —Bert era Ward Bon, que terminó actuando en la serie *Wagon Train*.

—¡Eh! ¡Dustin! —dije.

Seguía impermeable al entorno.

—¡Mary! ¡Mary! —gritaba James Stewart—. ¡Tommy! ¡Janie! ¡Zuzu! ¡Zuzu! ¡Peter!

No quería que el crío terminara levantándose, fuera a la habitación y me encontrara ahí. Además, convenía que me asegurara de que no se había quedado ahí tirado con los ojos fuera de las órbitas, catatónico perdido.

—No están aquí, George —decía Henry Travers—. No tienes hijos.

Le toqué el hombro.

—¿Dustin?

—¿Dónde están? —preguntaba James Stewart—. ¿Dónde están mis hijos?

Dustin no se movía.

—Arriba las manos. —Volví a mirar la pantalla. Ward Bond apuntaba a James Stewart con una pistola. No quería perderme la escena siguiente, la de su madre, una mujer malhumorada que no lo reconoce.

Le cogí el hombro con suavidad, con las puntas de los dedos, y lo moví. Su carne parecía suelta y extrañamente pesada.

—Bert —decía James Stewart con esa voz suya—, ¿qué le ha pasado a la casa? ¿Dónde está Mary? ¿Dónde están mis hijos?

Y entonces vi la pistolita en el suelo, justo al lado de la mano que colgaba del borde del sofá. Supe al instante que era de Martha; imaginé al instante que Danny se la había pasado a Dustin para que se protegiera; vi al instante a Danny entrando en la cárcel. (Era del calibre veintidós, pero no era de Martha, por supuesto; terminaron presentando cargos contra el chico que se la había vendido). Acerqué el dorso de la mano a su nariz y a su boca como una dama se la acercaría a un caballero distinguido. Sin el menor aliento. Luego le toqué la mano. Nunca en mi vida había tocado nada parecido a esa carne. Blanda y fría.

Corrí a la cocina a llamar por teléfono. Aunque también podría haber andado, total. Total, podría haber esperado un año entero.

—Mire —dijo Ward Bond—, sea usted bueno y deje que le llevemos al médico. Verá como todo se arregla.

Pulsé la tecla O. Alguien —la operadora— sabría qué era lo que debía hacer.

Aquí ya se están cansando de mis gilipolleces.

¿Qué es el documento que estás escribiendo?, me preguntan. Solo queremos una lista, nada *más*, ya te lo hemos dicho: tú escribes los nombres de las personas a las que has perjudicado y lo que les hiciste, y punto. Luego empieza a reparar el daño; la terapia funciona así. Pero hasta el momento no han conseguido pillarme. Todavía estoy tratando de aclararme, les digo. Respecto a lo que le hice a la gente: ¿tan sencillo es el asunto? Haces alguna perrería, pum, y patapam: alguien se siente como un perro, ¿es eso? Tomemos a Judith como ejemplo. Quedaos con ella, me haréis un favor. (Es broma). Por una parte, ella murió porque, en pocas palabras, yo la hice desgraciada, ¿no? Aunque, si tomamos en consideración el rollo ese de que cada uno es responsable de sus sentimientos —porque yo soy el responsable de los *míos*, ¿no? —, ¿pude, de verdad, *hacerla* desgraciada? Tanta palabrería tiene un nombre científico: repliegue en la confusión. El aturdimiento, dicen, es otra estrategia para evitar el meollo del asunto. Y yo les digo que no, que es precisamente lo contrario: lo que busco, les digo, es un poco de luz sobre lo que sucede en el mundo: ¿no es ese el meollo del asunto? Dicen que escribirlo todo no es más que una estrategia para ganar tiempo. (O para perderlo, ese sería otro punto de vista). Se creen tan listos..., convencidos de que tienen al viejo Jernigan bien calado. Y no es que no me tengan calado, no. Un poco de paciencia, les digo; yo hago las cosas a mi manera. Claro, me dicen, por eso estás aquí.

Aunque, claro, casi no llego ni aquí, lo que en realidad es otra historia fuera de esta historia. Y más que mía, es de Tío Fred. Fue él quien llamó a la policía; yo sólo era la cosa balbuciente que sacaron de la caravana. (Recuerdo que me miré la mano vendada y pensé que esa forma no era la que le correspondía. Pero eso debió de pasar más tarde, en el hospital). Por lo que Tío Fred me cuenta, deduzco que entre el hospital y esto me he pulido el dinero de la venta de Heritage Circle y algo más y todo. En un par de ocasiones, después de que me dieran la patada, pensé en contratar un seguro médico. Pero nada. De cualquier modo, Tío Fred dice que ahora no tengo que preocuparme por eso. Dice que encargarse de todo sólo le ha robado dos días de vacaciones; eso *tiene* que ser una trola, lo sé. Y dice que, en realidad, fue Danny quien me salvó la vida cuando lo llamó para decirle que iba de camino a Nueva Hampshire en muy mal estado. Las gracias tendrías que dárselas a él, dice Tío Fred, no a mí. Y yo le digo: a la puta mierda, hablemos de *deporte*, tío. ¿Y los Islanders? ¿Y los putos *Penguins* de Pittsburgh? Pero habrá perdido su sentido de la ironía.

Lo único que recuerdo de la historia es el final, o lo que se suponía que tenía que

ser el final.

Cuando sobre la colina Studebaker aparecieron las primeras estrellas, salí de la caravana y volví al coche caminando con dificultad, dando el mismo rodeo que antes para no amancillar la nieve de la explanada.

Conduje hasta la licorería que quedaba a un par de pueblos —con los precios de Nueva Hampshire, el dinero que me quedaba me alcanzó para una botella de litro—; de regreso no aparqué en el camping: seguí otros quinientos metros por la carretera y dejé el coche al lado del estanque helado. Cogí la manguera de goma del maletero, metí un extremo en el depósito de gasolina, bien hasta el fondo, me arrodillé y chupé hasta que me entró gasolina en la boca; luego dejé que la manguera colgara para que la gasolina fuera cayendo en la nieve. En realidad, pensé en tragarme la gasolina que tenía en la boca, pero no sabía a ciencia cierta qué me pasaría: ir dando tumbos en la nieve, ciego y echando la pota... No, esa no era manera de dejar este mundo. Así que escupí, fui cogiendo puñados de nieve y me los metí en la boca. El camino de regreso a la caravana hacía bajada, pero aun así terminabas molido, con ese frío. Por la carretera solo pasó un coche, y como las luces que vi venían de muy lejos, tuve tiempo de abrirme camino a través de la nieve del arcén y de esconderme detrás de un árbol. Para bajar a la caravana fui por otro sitio, di un rodeo internándome más en el bosque y alejándome todavía más del prado. Podría haber ahorrado energía volviendo sobre mis huellas, pero no se trataba de eso. De lo que se trataba era de llegar a la caravana con el último resuello. Dentro, a oscuras, ya no me molesté en encender la estufa. Prendí una cerilla y cuando hube localizado las mantas soplé para apagarla. Me eché las mantas encima y me puse a darle a la botella. Una de las últimas cosas que recuerdo es que me levanté para salir a mear y que me alegró ver que no era capaz de caminar en línea recta. No estaba seguro de que la ginebra me estuviera haciendo efecto; eso lo achacaba, en buena parte, al ridículo precio de la botella. Pero ahora estaba tambaleándome como un auténtico héroe, dando un bandazo contra una pared, rebotando y golpeándome contra otra cosa, una pared distinta, probablemente. No sentí el impacto. Cuando por fin llegué a la puerta tanto follón me pareció innecesario y pensé: «A la mierda, me lo hago en los pantalones, por qué no». Noté calor (aunque duró poco) y un alivio tan grande.

En fin. Como he dicho, otra historia.

Mi reacción inmediata al asunto Dustin no consistió en pillar un pedo de mearse en los pantalones, no. Todo lo contrario: decidí tomármelo como una señal, como hice cuando Danny tenía dos años y yo me desperté en el suelo de alguien entre obeliscos de mármol, y resultó que estaba en el estudio de un hombre que llevaba veinte años sin echar un trago. Pero esa fue una señal endógena. Eso lo supongo, al menos: en el fondo, seguro que quise ir a un lugar donde pudieran salvarme. Que Dustin se suicidara fue una señal exógena. No sucedió por nada que yo hubiera hecho, quiero decir. Esa fue una señal para advertirme de que yo había hecho de mi vida un infierno inhóspito y de que dejar de beber no era más que una de las muchas cosas que debía hacer. ¿Por qué no utilizaba mis dones —si es que podía llamarlos dones— para ayudar a los demás? Vale, no eres médico. Pero podrías colaborar en un comedor social, ¿o no? O trabajar de voluntario en un asilo. Plantarte en un hospital y coger en brazos a bebés no deseados antes de que se mueran por falta de brazos que los cojan; limitarte a cogerlos, literalmente: para eso, con un CI de veinte basta. Si tenías la suerte de no estar impedido, te dejabas de ensimismamiento y de gilipolleces y cogías el primer trabajo que encontraras para mantener a tu familia y ayudar a los que sí que estaban impedidos. Que eso lo sabe cualquiera.

Pero Jernigan no es de los que cambian de vida (aunque sí que está dispuesto a sentarse y dejar que su vida cambie ella sola). Así que terminé haciendo el propósito de no pasar de una cerveza de vez en cuando, pero una, eh, una sola, y de mejorar en las pequeñas cosas de cada día: saludar con una sonrisa, dar las gracias cuando hubiera terminado de comer —ya sé lo *Reader's Digest* que suena esto, creedme— y escuchar a tus seres queridos en lugar de buscar maneras de decirles cuánto te gustaría que te dejaran en paz de una puta vez. Pensé: «La familia de Martin Sanders se va a la mierda, pero *tú* todavía tienes una familia. O algo que se le aproxima. Y has estado encerrándote en ti mismo, cada vez más y más, sin preocuparte de los tuyos». Eso tenía que acabarse. Volvería a formar parte de mi hogar: cuando me tocara, lavaría los platos y daría de comer a los conejos. Y de la cámara de ejecución también me encargaría. Danny tendría una madre, y Clarissa, un padre, y Martha y yo recuperaríamos nuestra vida sexual y tendríamos un grupo de amigos y todos haríamos cosas juntos. Me informaría sobre los seguros médicos, y el dinero de la casa lo ingresaría en el banco, en alguna cuenta de ahorros, para Danny. Empezaría a ponerme esa chaqueta de *cowboy* tan divertida. Solo faltaban dos semanas para la Navidad, y pondríamos un árbol y tendríamos visitas y cosas en las ventanas.

Digo que yo no tuve nada que ver con la muerte de Dustin, pero debería haber reparado en las pistas que tanto se esforzó en dejar caer y también en ocultar. Que si los chicos que hablaban del suicidio estaban pidiendo ayuda a gritos. Que si se habría sentido fatal si no lo hubiera probado todo. Que si cuando estabas solo las cosas se ponían feas. Por otra parte, el crío era un cabroncete artero; no me extrañaría que supiera perfectamente lo culpables que todos nos sentiríamos después. Porque descubrí que yo no era el único a quien advirtió. A Danny le había dicho que el *otro* chico de la banda, el más asilvestrado, el de la camiseta de tirantes y el pelo color platino, hablaba de suicidio. Luego estaba el chico de la universidad popular, el que le vendía drogas, que le clavó cien pavos por una pistola de veinte. A él, Dustin le engañó asegurándole que unos vietnamitas del instituto, unos pandilleros, estaban amenazándolo por andar regalando droga a sus clientes. Claro que en el instituto no había ningún vietnamita.

Y quedaba su padre.

Nunca llegué a enterarme de qué problema se traían entre manos. Pero el día después del funeral estuve sentado con su padre en el salón de su casa para contarle lo que sabía, aunque él ya lo había oído porque se lo había contado la policía. Y para explicarle por qué no le había llamado para decirle que su hijo estaba instalado en mi casa y preguntarle si le parecía bien. Esa noche había tenido que atender una emergencia médica, le dije. Que la (abro comillas) emergencia médica (cierro comillas) también había sido cosa de su hijo —aunque no parece probable que a Clarissa tuviera que obligarla alguien— no me pareció una información que el pobre desgraciado tuviera que asimilar justo en ese momento. Jernigan, el que nunca compartía su pesada carga.

Cuando el padre de Dustin entró en la cocina para traerme una taza de café, miré alrededor: cromo, vidrio, cuero negro, todo con sus ángulos bien puestos. Ahí lo único amorfo era yo. Martin Sanders era delgado y tenía pinta de ser un mal bicho y un hijo de puta. Llevaba unas Ray Ban Aviator con los cristales ahumados a lo Gloria Steinem. Le faltaba el estilo que se requiere para ponerle a tu hijo Dustin. Debió de ser cosa de la mujer. Y también costaba imaginarlo con una colección de vídeos secreta como la que encontraron en mi casa; vídeos que no habían salido de Bedford Falls Video, desde luego.

Me dio una taza de gres negra y se sentó sin nada en las manos.

—Esto ha sido idea de mi mujer —me dijo—. Me ha pedido que le pregunte por lo sucedido para que luego yo pueda contárselo. Ella creía que no sería capaz de hablar con usted en este momento.

Él tampoco parecía muy capaz. Se quitó las gafas y del bolsillo de los pantalones de lana gris sacó un pañuelo blanco. Cuando hubo acabado con el pañuelo se le veían dos pequeños óvalos ahí donde las gafas se le clavaban en la nariz huesuda.

—Es lo primero que me pide en sabe Dios cuánto tiempo —dijo. Y luego añadió—: No hará falta que se lo cuente.

—Por favor. Si necesita hablar...

—Deje que se lo diga de otro modo —replicó—: Lo que quería decir era que no es asunto suyo. Y en cuanto haya oído lo que necesito oír, quiero que se largue de mi casa. ¿Así le ha quedado más claro?

Fue hacia esa época, con las vacaciones al caer, cuando tuvimos que cerrar la casa. Danny y yo hicimos los dos últimos viajes con el coche cargado el día antes; en uno de los viajes Clarissa nos acompañó para ayudar a Danny, que tenía que repasar su ropa. La mayor parte de las cajas eran de libros míos. Entre ellos, la Enciclopedia Británica, undécima edición, que había comprado cuando estaba en el piso de la calle Barrow y que todavía no había sacado de la caja. Otro valiosísimo legado para mi hijo. (Es broma). Los discos de Danny que quedaban, algunas mantas más (a petición de Martha) y unas toallas. Y la televisión en color, que fue directa a la habitación de los chicos: a ojos de Clarissa, mi momento álgido como padrastro. Si los chicos querían creer que mi fidelidad al viejo televisor en blanco y negro era otra muestra de mi generosidad, ¿quién era yo para sacarlos de su error? Aunque Danny tendría que haberme conocido mejor.

Después de firmar los papeles y entregar las llaves, me llevé a toda la familia a Nueva York. Iríamos a cenar a un restaurante y al cine. Tendría que haber sido restaurante y teatro, pero no vimos nada con buena pinta en la cartelera. Vaya novedad. Martha se decidió por el Russian Tea Room y yo dije que muy bien. Claro que en Mamma Leone's también se comía bien, y a mitad de precio. (Comentario totalmente fuera de lugar). Cogimos el *Daily News* para consultar el horario de los cines, pero no había ninguna película que quisiéramos ver. Así que, después de cenar, caminamos hasta el Rockefeller Center y nos pusimos a mirar el árbol y los patinadores, lo que resultó una actividad familiar agradable, y luego regresamos a Nueva Jersey como miles de familias, probablemente.

—Dan, ¿tú qué dices? —le pregunté a la mañana siguiente, mientras desayunábamos. (Otra cosa: a partir de ese momento desayunaría con todos. Y eso no se debería a que hubiera pasado la noche despierto, bebiendo. Me levantaría porque por la noche me habría follado a Martha y luego me habría quedado dormido.)—. ¿Estás ocupado este fin de semana?

Se paró a pensarlo, preguntándose, eso era evidente, lo que un *no* podría depararle.

—Todavía no lo sé.

—Bueno. Esto es lo que he estado pensando: ¿por qué no nos montamos en el coche, tú y yo, vamos hasta donde estaba la casa del abuelo Jernigan y nos llevamos un árbol?

—¿Qué quieres decir, con que nos llevamos un árbol?

—Un árbol de Navidad. ¿Santa Claus? ¿Te suena? —Me había olvidado de que

ya no volvería a ser sarcástico nunca más. Bueno, lo pasaría por alto—. Se me ha ocurrido que este año podríamos cortar uno nosotros.

—¿Y no terminarás gastándote lo mismo en gasolina? —preguntó.

—Probablemente. Desde un punto de vista estrictamente económico, será un desastre. Pero ¿y si lo consideramos un ritual para el fortalecimiento de los vínculos paternofiliales? Podría ser más valioso que los diamantes. Más duradero que el puto bronce. —Sarcasmo. No podía evitarlo: él se estaba haciendo el tonto.

Se quedó mirando cómo la mantequilla de cacahuete se derretía sobre su tostada. Yo tampoco habría sabido qué decir.

—¿Alguien quiere más café? —preguntó Martha, servicial.

Danny la miró. Clarissa, como era de esperar, estaba enroscando un mechón platino en un dedo de uña negra.

—Lo siento, no tenía intención de ser tan capullo. Perdón. —Eso lo decía por Clarissa—. Solo quería que pasáramos tiempo juntos, y pensé que esta sería una buena manera. Salir de expedición.

—¿Para qué? ¿Para que no me suicide como Dustin?

—Genial —dije—. Parece que prometes, ¿sabes? Sigue así, que para cuando tengas mi edad puede que seas tan capullo como tu padre.

—Por el amor de Dios —dijo Martha—. Vosotros dos: me dan ganas de taparme los oídos. Danny, ¿por qué no le das una oportunidad a tu padre? Y tú, Peter, deja de ser tan desagradable. Podrías sacar la correa, ya puestos. Al menos eso sería *limpio*.

—Perdón —dije.

—Perdón, señora Peretsky.

—Mira, hasta ahí arriba hay un buen trecho. No hace falta que la excursión sea tan larga. Solo era una idea.

—No pasa nada —dijo él—. A mí me da igual.

Cabroncete resentido. Estuvo a punto de escapárseme.

—Bueno, ¿qué te parece el sábado, entonces? Nos vamos de buena mañana y luego te dejo en casa con tiempo para que hagas lo que quieras por la noche. ¿Qué dices?

Clavó la vista en la tostada y no la movió de ahí; tenía el ceño fruncido, tratando de reprimir una sonrisa de alivio.

—Que sí, si a ti te parece bien —dijo con una voz grave que todavía no terminaba de pertenecerle. En ese momento sentía tanto amor por él...

Y tanta lástima, también, por lo que había tenido que pasar y por el largo camino que le quedaba por delante... No me refería al camino a Connecticut, no, solo estaba usando una metáfora trillada. O no tan trillada, por lo visto, para mi gusto. Porque yo imaginaba a Danny bajo un cielo monótono en una carretera monótona, dirigiéndose a un punto que se desvanecía a lo lejos, como en el manual de pintura de Jon Gnagy que Santa Claus me trajo un año. Los amigos de mi padre siempre venían a casa por Navidad —la mayoría no tenía hijos—, y cuando desgarré el papel y lo levanté en lo

alto se pusieron a reír y a lanzar vítores.

Dejé el hacha de Martha en el suelo, delante del asiento trasero del Datsun, y me senté al volante. Mientras yo iba enredando, Danny dormitaba hundido en el asiento del copiloto con la chaqueta de *cowboy* echada encima de las rodillas.

—Supongo que no estaría mal que cogiéramos la guadaña —dije. Como si tuviera el menor interés.

—¿Para qué? —preguntó, y luego bostezó. Eran las ocho de la mañana; cielo azul radiante, sol intenso, escarcha en el cristal.

—Por si tenemos que limpiar la maleza para llegar al árbol. No quiero que te enganches con el hacha mientras vas blandiéndola. —Blandí un hacha imaginaria para hacerle una demostración—. Conviene que tengas mucho espacio a tu alrededor.

Hablábamos de cosas que a los hombres les importan. Yo ya me había tomado tres tazas de café.

Él se desperezó como pudo en el poco espacio del que disponía en el coche —se retorció, mejor dicho— y volvió a hundirse en el asiento.

Y claro, por muchas vueltas que le diéramos, la guadaña no quería entrar. Putos coches extranjeros, peores que una caja de cerillas. Terminé yendo a buscar una llave inglesa para desmontar la hoja; el mango tendría que ir a lo largo, con un extremo entre los dos asientos delanteros.

—¿Y cómo se supone que vamos a meter un árbol aquí? —preguntó Danny.

—Hombre de poca fe. Es que ni lo intentaremos. Lo ataremos al techo, como si fuera un ciervo.

No pareció entender lo del ciervo. Eso me dio que pensar: si lo de hoy funciona y nos lo pasamos bien, ¿por qué no empezamos a ir de caza juntos, Danny y yo? Cogemos un par de rifles, subimos al monte y volvemos a casa con carne de verdad, no como la de esos malditos conejos raquíticos. Carne que nos dure.

Cuando por fin nos pusimos en marcha, lo primero que hizo Danny fue sacar el walkman de la guantera. Me preguntó si me importaba, es verdad, pero ya me había pillado: si decías que te importaba y que preferirías hablar, ¿con qué ánimos ibas a empezar la conversación? Mientras atravesábamos el puente George Washington, volví la cabeza para echar un vistazo a los rascacielos en ese día tan claro; y ahí estaba, con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, los ojos cerrados y la boca abierta. Un pensamiento fugaz acerca del hospital que quedaría más cerca (los del Bronx no contaban) antes de ver cómo su hombro subía, y luego bajaba, y luego volvía a subir. Me estiré para bajar el seguro de la puerta.

Justo antes de llegar a Hartford, se enderezó y se quitó los auriculares. Hacía rato

que se había oído un clic y el casete se había parado, pero él había seguido durmiendo, sobre el silencio.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Unos cuarenta y cinco minutos... Puede que un poco más. —No quería decir que todavía faltaba otra hora.

—Mmm.

—¿Has dormido bien?

—He tenido un sueño raro. Salíais mamá y tú. Era tan real que pensaba que era real, ¿sabes? Cuando me he despertado seguía pensando que algunas partes eran de verdad.

Tiró la chaqueta de *cowboy* al asiento de atrás y se retorció para desperezarse.

—¿Qué te ha parecido real?

—No sé, es difícil de explicar. Oye, ¿dónde estamos?

—En Hartford —dijo, señalando con el dedo.

—¿Pasaremos por la fábrica Colt?

—Sí, ¿te acuerdas?

—Claro —dijo—. Yo no era tan pequeño. La del caballito ahí arriba^[30].

—¿Y de qué iba ese sueño? —dijo; me sentía obligado a preguntar, aunque temía la respuesta. La última vez que le había oído mencionar a Judith fue el día que sacamos las últimas cosas de Heritage Circle. Yo salía de la casa con una caja de libros justo cuando él señalaba el camino de entrada con el pulgar y le decía a Clarissa: «Justo aquí la palmó mi madre».

—Lo único que recuerdo es que salíais mamá y tú, los dos, haciendo algo. ¿Siguen fabricando revólveres?

—Me pillaste. Que yo sepa, han transformado la fábrica en un edificio de apartamentos. El edificio Colt. —Puse voz de tenor, voz de Don Pardo—: Díglele adiós a su cuadra de mierda. Aquí encontrará un auténtico hogar.

Se rió, aunque es probable que lo que le hiciera gracia no hubiera sido el chiste sino su padre diciéndole «mierda». Íbamos bien.

—Dime —dijo—, ¿todavía piensas en mamá?

Se encogió de hombros.

—No mucho.

Esperé.

—A veces pienso en lo triste que es que no piense en ella.

—Ya. Ya sé qué quieres decir. Recuerda que es algo natural y que no significa que la quieras menos. Lo que pasa es que, a medida que avanzas, tu vida va llenándose de cosas nuevas y de gente que necesita tu atención.

—Tengo la impresión de que yo sigo adelante y la dejo atrás, sola —dijo.

Se echó a llorar. Desde el día del funeral, era la primera vez que lo veía llorar. Aunque, si había llorado otras veces, es muy probable que lo hubiera hecho a escondidas. Quizá le producía un efecto catártico (eso en caso de que la catarsis

existiera de verdad).

—Danny, no sé cómo serán las cosas, exactamente, pero así no. La gente no se queda tirada y sola.

—¿Y cómo crees tú que son las cosas? —dijo. Con el dorso de la muñeca iba dándose golpetazos en las mejillas para limpiarse las lágrimas—. ¿Por qué sabes tú tanto?

—No digo que lo sepa todo. Solo te estoy contando lo que yo creo.

—Lo crees porque quieres creerlo.

—Podría ser. Para serte sincero, con estas cosas no puedo ayudarte demasiado. Si esto te preocupa mucho, podrías, podrías... —Sí, podría... ¿qué?—. Lo que quiero decir es que hay gente, sacerdotes y así, que creen, lo creen de verdad, que tienen la respuesta a algunas de estas cosas. Supongo que lo que a mí me ha pasado es que nunca me he decidido por nada, y esto he ido aplazándolo indefinidamente.

—Pero ¿cómo puedes vivir sin saberlo? —preguntó.

—No sé. La mayor parte del tiempo no se piensa en estas cosas. Y cuidado, que no estoy recomendando una vida irreflexiva. —Señalé hacia la ventana con el pulgar—. Ahí tienes tu fábrica Colt.

Una cúpula estriada de color azul se elevaba sobre un círculo de columnas blancas. Sobre la cúpula, una bola dorada; sobre la bola, un caballo dorado erguido sobre las patas traseras. *En el mundo no hay nada mejor que los revólveres Colt*: esa parte del simbolismo la entendía. El resto parecía evocar la idea de las tortugas apoyadas en el lomo de un elefante. O al revés, quizá, los elefantes apoyados sobre las tortugas. Alguien que se tomaba las cosas al pie de la letra había echado a perder el azul ideal de la cúpula con unas estrellas doradas.

—Dustin usó un Colt —dijo Danny—. Uno del cuarenta y cinco automático.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté.

—Es lo que dice Mitchell —respondió.

—Mitchell dice tonterías. —Pisé el freno y fui reduciendo la velocidad para coger la curva cerrada del puente—. Solo era una porquería de pistolita del veintidós, Danny. Igual que la que usaron para matar a John Lennon. ¿Qué pasa? ¿Que los críos han empezado a idealizar lo de Dustin?

—¿Como la que la señora Peretsky tiene para los conejos?

—Así que ya lo sabías.

—Clarissa me la enseñó. —Se encogió de hombros—. Bastante raro.

Volví a señalar con el dedo.

—El río Connecticut, por cierto.

—Ya lo sé, papá.

—Cuéntame: Mitchell y tú, ¿ya habéis pensado en un sustituto para Dustin?

—Nadie puede sustituir a Dustin.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero.

—Estoy hablando en serio —dijo—. Lo que quiero decir es que todas las

canciones eran suyas. Nosotros solo tratábamos de tocar lo que él nos decía. Tocaba la guitarra tan bien como yo. Si escogió el bajo fue para poder cantar. Era el único que sabía cantar.

—¿Y Clarissa? —pregunté—. ¿No era ella la que cantaba el día que os interrumpí mientras ensayabais?

—¿Clarissa? Vaya desastre.

Lo miré.

—Dustin le pidió que cantara un par de temas porque le daba lástima —dijo—. Pero ella era solo imagen. Ya sabes: el grupo lo hicimos con ella, pero luego no sabíamos cómo decirle que la cosa no funcionaba. En cierto modo, si tenía que pasar...

—Alto ahí —lo interrumpí—. ¿Lo que estás diciendo es que Mitchell y tú estáis usando lo de Dustin como excusa para mandar la banda a la porra porque tenéis miedo de decirle a Clarissa que no sabe cantar?

—Vaya gilipollez.

—Mira, Danny. Ya sé que estas cosas no son fáciles. Clarissa se ofenderá, como es natural. No la culpo. Es probable que os monte un numerito. Aunque, por otra parte, ¿estarías dispuesto a dejar la música solo por ahorrarte un enfado? —Estaba muy en mi papel de padre ejemplar.

—No voy a dejarla —dijo—. Seguiré ensayando con la guitarra y todo. Lo único que tengo que hacer es pasar lo que queda de año y luego el año que viene, que es el último, y luego podré hacer lo que quiera.

—Para eso falta mucho —dije.

Miró el reloj.

—Dímelo tú a mí, *papá*.

—Y, por lo que tengo entendido, las cosas no andan demasiado bien entre Clarissa y tú.

—Creo que está un poco loca —dijo—. A veces me gustaría poder escaquearme, ¿sabes?

—No puedo decir que me extrañe. Y sobre todo después de nuestra velada en Urgencias.

—Aunque la señora Peretsky me cae muy bien, ¿sabes? Oye, papá —dijo—, me muero por un cigarrillo, ¿vale? Total, ya sabes que fumo, ¿no? ¿Te importa que me fume uno? Puedes echarme el sermón, si quieres, pero me gustaría muchísimo fumarme uno.

—Qué narices... ¿Todavía no has entendido que yo soy uno de esos padres permisivos?

Nunca había visto a nadie sacarse un cigarrillo de la chaqueta a una velocidad semejante. Así que se había pasado a los Camel.

—Gracias —dijo, mientras rebuscaba las cerillas.

—Baja la ventana un dedo para no hacer de tu viejo un fumador pasivo y acelerar

su inevitable final.

Abrió la ventana un dedo y echó una gran nube de humo. Olía de maravilla.

—Bueno, ya sabía yo que esta historia había sido un error —dije—. En cuanto vendimos la casa supe que nos arrepentiríamos. —(El plural os ha gustado, ¿verdad?).

—Supongo, pero después de lo de Dustin volver a casa habría sido un poco raro, ¿no? Y con lo que le pasó a mamá y todo.

—Aunque también podríamos alegar que si hubiéramos estado en nuestra casa, donde teníamos que estar, lo de Dustin no habría pasado.

—¿Es eso lo que dijo el señor Sanders?

—No. Se me ha ocurrido a mí solo.

Volvió a mirar el reloj.

—¿Falta mucho?

—Media hora. Porque preguntas por Woodstock, ¿no? Bueno, tal vez tendríamos que replantearnos la situación, nosotros dos.

—No sé —dijo—. Lo mejor sería que me callara la boca. Me da rabia porque te lo estás tomando en serio. Lo del árbol de Navidad y todo. Y has estado bebiendo mucho. Lo que quiero decir es que no estamos tan mal, supongo.

—A mi edad, una conclusión como esta podría considerarse un triunfo, pero a la tuya no tendrías que conformarte con tan poco.

—No pasa nada, de verdad.

—¿Muy loca? ¿Cuánto, exactamente? —pregunté. Danny parecía perplejo—. Me has dicho que Clarissa está un poco loca, ¿no?

Aspiró tan profundamente que imaginé que podía sentir el humo en mis pulmones. Luego expulsó el humo.

—No te enfadarás, ¿verdad?

—No tenía intención de hacerlo.

—A ver, esto te sonará raro, ¿vale? Pero tú no le hiciste nada, ¿no? La noche que le dio el ataque.

—¿Perdón?

—Sabía que te enfadarías —dijo Danny.

—No me enfado. Solo estoy atónito. En realidad, ni siquiera estoy atónito. —Más valdría que le contara la historia—. Clarissa estaba bastante mal; cuando traté de llevarla al hospital, tuve que detenerla antes de que se quitara la sudadera. A ver, ¿qué cree ella que pasó?

Danny meneó la cabeza.

—Cuenta un montón de historias —dijo—. Como cuando dice que su padre la obligaba a hacer cosas. Al principio me daba mucha lástima.

—Hacer cosas —dije. Que significaba: *explícate*.

—Ya sabes. Pero la señora Peretsky nunca habría dejado que pasara nada.

—Colega... —dije.

Cuanto más nos alejábamos de Hartford y del río, más colinas y menos casas veíamos. Todos los árboles estaban desnudos, y la hierba estaba a punto de perder el poco verde que le quedaba. Se veían las distintas formas de los distintos tipos de árboles: unos eran rechonchos y tenían ramas como la cornamenta de un ciervo; otros eran rectos y esbeltos. No me había aprendido los nombres de los árboles, lo que equivalía, prácticamente, a fracaso moral. Y de fracaso moral también podía tacharse el hecho de que, en vez de apreciar en el paisaje una belleza severa, me pareciera muerto y destrozado. En esa parte del mundo, si no eras capaz de ver en un árbol pelado algo severamente hermoso, te pasabas medio año jodido. Y el otro medio lo desperdiciabas pensando en lo poco que duraría esa mitad buena.

Abandonamos la interestatal por la salida de siempre. No había vuelto por allí desde el funeral de mi padre. El paisaje seguía siendo muy campestre, aunque ahora veía, aquí y allá, casas que, si la memoria no me fallaba, antes no estaban. Cinco años. La casa blanca de estilo colonial con el tejado hundido ahora era de color chocolate; las antiguas ventanas de guillotina y cuarterones habían sido reemplazadas por unas modernas, y en el jardín delantero se veía un triciclo de plástico rojo volcado. Cortamos por la carretera que va de Westford a Eastford y llegamos a la posada del General Lyon, y luego subimos hacia Woodstock Valley por la 198. Hace muchos años, en la casa de enfrente de la oficina de Correos vivían unos hippies. Un día de verano pasé por ahí en coche y vi a un grupito que iba de boda y posaba para las fotos en el jardín: novia rubia y guapa, novio con el pelo largo y perro que brincaba. ¿Dónde estarían ahora? ¿Qué les habría pasado en todo ese tiempo? Aquí no, y nada bueno supuse.

Ahora, haciendo esquina con el sendero de mi padre, en lo que antes era un terreno abandonado y lleno de maleza, se alzaba una casa nueva. Habían conservado la cerca de piedra y habían asfaltado la entrada. No era una auténtica casa, en realidad, sino una caravana muy ancha con una galería acristalada. Junto al caminito de las lajas del jardín, una farola. Los habitantes de la casa parecían cuidarla mucho, y del césped marrón cortado al uno se desprendía que con la llegada del otoño no se habían abandonado. Yo siempre me saltaba los dos últimos repasos al césped; me hacía a la idea de que pasaría el invierno con una hierba larga y marchita que me haría daño a la vista.

—¡Primer *strike*! —le dije a Danny—. Hace años, ese campo siempre estaba lleno de pequeños perennifolios.

—¿Qué campo?

Señalé la caravana con el pulgar.

—Antes, eso era un campo —dije.

—Esto no lo recuerdo mucho —dijo.

—Ya lo sé. Es una pena. Creo que tu abuelo no sabía cómo tratar a los niños. Cuando me hice mayor terminamos llevándonos bien, él y yo, pero antes... —Levanté una mano del volante y moví los dedos para dar a entender que las cosas no

habían estado muy claras.

Me aparté para parar en el arcén. Aquí estaba la casa. Dos arces, viejos y nobles —el nombre de ese árbol sí que lo sabía—, cada uno a un lado del agujero que fue el sótano, donde ahora crecían unos tristes arbolitos canijos. Apagué el motor: de repente, un silencio profundo.

—Bueno, veamos —dije. Demasiado fuerte; demasiado efusivo—. Me parece recordar que detrás de la casa había unos pinos pequeños.

Nos bajamos del coche y Danny se desperezó estirando los brazos, bien rectos, y levantando los puños.

—De momento, podríamos dejar las herramientas aquí —dije.

—¿De quién es esto ahora? —preguntó Danny.

Qué silencio, Dios mío.

—Buena pregunta. Del banco, que yo sepa. Será un bonito lugar para cualquiera.

Caminamos por los hierbajos que antes fueron césped y nos quedamos parados en el borde del agujero del sótano. Del tapiz de hojas de arce amarillas y pardas asomaban un montón de ladrillos —la antigua chimenea— y la punta chamuscada de una viga. Las copas de los arbolitos que crecían en el suelo sucio me llegaban a las rodillas. Me dirigí hacia la derecha; dejé atrás el arce y entré en el jardín, donde una lila vieja se alzaba entre zarzas y lampazos.

—Eso era el estudio —dije señalando el rectángulo que formaba la base de una pared de ladrillo medio desmoronada que lindaba con los viejos cimientos de piedra.

Aquí también crecían arbolitos en medio de los escombros. Distinguí el codo de una estufa, medio comido por el óxido.

—¿Ves? En origen, el gallinero estaba ahí —le dije mientras se lo señalaba—. El traslado y los cimientos le costaron un ojo de la cara. La entrada de la cocina estaba justo en ese lugar. Por la mañana, bajaba a la cocina, se hacía su café, y a trabajar. Cuando se incendió el estudio, se quemó la casa entera. ¡El puente! ¡El puente!, ¿entiendes?^[31]

—Supongo —dijo Danny esforzándose por fingir que lo había entendido. Igual que su padre, que, con su galimatías, estaba haciendo lo imposible para que su hijo se estuviera callado. Dios.

—Bueno, no te preocupes, campeón —dije—. Tu padre no va a andarse con discursos. Veamos si somos capaces de coger por sorpresa a alguno de esos árboles, ¿vale? Creo que a esta hora bajan a la ladera de la colina a pastar.

Como broma dejaba bastante que desear, pero al menos no requería erudición alguna por parte del puto oyente.

Salimos por la parte trasera de la casa atravesando zarzas y arbustos, cruzamos el arroyo que hacía de linde entre el jardín trasero y el huerto de manzanos, nos manchamos un poquito de barro, y luego volvimos a pisar tierra firme. Sobre la hierba muerta yacían, pudriéndose, unas manzanas amarillas hinchadas. Con los manzanos a mano derecha, enfilamos un sendero que recordaba y que, por detrás del

huerto, subía colina arriba.

—¡No falla! —dije, y con el dedo señalé hacia la empinada ladera de la colina, con sus salientes y sus manchas de enebro—. Árboles de Navidad a mogollón. Demos media vuelta para ir a buscar nuestras herramientas, *amigo*^[32].

Aquí y allá se alzaban abetos de la altura de un hombre, abetos o lo que fueran.

—¿Estás seguro de que esto está bien? —preguntó.

—Si nos pillan, caeremos juntos.

De vuelta en el coche, saqué el hacha, la hoja de la guadaña y el mango.

—Cuando consiga montar este trasto, te dejaré que hagas de Parca —dije mientras rebuscaba en los bolsillos la maldita llave inglesa—. ¿La has usado alguna vez?

—He visto cómo unos tipos la usaban —dijo. Debía de estar refiriéndose a la televisión.

—¿Dónde demonios está la llave inglesa? Sé que la he traído, por todos los santos.

Danny se dio unas palmaditas en los bolsillos, servicial, aunque debía de saber que era imposible que la tuviera.

—*Scheisse* —dije—. Sin llave inglesa, no hay guadaña; sin guadaña, no hay árbol, sin árbol... Danny, ¿puedes mirar en la guantera?

Abrió la puerta del lado del copiloto y se desplomó en el asiento mientras yo metía y sacaba las manos de los bolsillos como un cómico de película de cine mudo.

—¿Y esto? —dijo mientras levantaba unos alicates.

—De buena me has librado. No puedo creer que haya olvidado la llave inglesa. ¿Qué diría Freud? *Ist das nicht ein Bricolagenlapsus? Ja, das ist ein Bricolagenlapsus.*

Me miró mientras yo montaba la guadaña, preguntándose, probablemente, que coño estaría mascullando ahora. Era imposible que pudiera quererme. Aunque, claro, no tenía a nadie más a quien agarrarse. Aparte de mí, el único pariente que le quedaba era su tío Rick, que rompió con su amigo Rich poco después de que Judith muriera y que se había instalado en Eureka, California. Le estuve dando vueltas a la idea de preguntarle a Danny si me quería, así, a bocajarro, pero para qué estropear un buen día. Porque eso era un buen día, ¿no?

—Vale, tío —dije, dándole la guadaña y cogiendo el hacha—. A subir.

El sendero que salía del huerto conducía a lo que quedaba de un viejo camino que, tras rodear la falda de la colina, atajaba por el bosque y llegaba a lo que debió de ser el henal de una granja lechera. La maleza, que nos llegaba a los hombros, había invadido el camino de tierra, y para evitar las zarzas teníamos que desviarnos.

—Qué desastre —dije—. Probemos a subir un poco. Parece más fácil.

Dejamos la maleza para seguir por la hierba seca de la ladera.

—¡Papá! —gritó Danny. Me volví. Estaba señalando un pino que teníamos justo encima—. ¿Qué te parece este?

—Es una posibilidad —dije—. Aunque no sé. ¿Ves? Ahí, por arriba, está un poco abierto. No sé qué podríamos hacer.

—Ya. Supongo que no.

—Por abajo es bonito, y se ve tupido.

—Déjalo —dijo Danny.

—Si no encontramos algo mejor, será un candidato —dije.

Era un árbol espantoso. Espantoso solo desde nuestra limitada perspectiva, que no se me olvidara: hay que irse con cuidado con lo que uno piensa.

Fuimos subiendo por la ladera con dificultad, trazando una diagonal y evitando los enebros con un rodeo.

—¿Ese? —pregunté.

Danny miró.

—¿No es un poco raro por arriba, también? —dijo—. Ahí está todo vacío, no se ve ni una rama.

—Pues cortas las de arriba. Cortas por arriba, unos treinta centímetros. Fuera. Y clavabas la estrella ahí.

—Ya, podría ser.

—No te emociona, ¿verdad? —le dije.

—Qué va, no está mal —respondió.

—Mira. Busquemos uno al que podamos ofrecer todo nuestro apoyo. —Silencio. Con la metáfora política se me había ocurrido un chiste—. Uno con madera de presidente —dije. Tal vez fuese demasiado rebuscado.

Seguimos subiendo. Aunque hacía fresco, yo empezaba a sudar. Sentía cómo me latía el corazón y tuve que hacer el esfuerzo de respirar lentamente, por la nariz, para que Danny no oyera cómo su viejo jadeaba. Él avanzaba dando zancadas con esas piernas largas y magras de sus dieciséis años.

—¿Quieres que paremos para descansar?

—Ya casi estamos arriba, papá. —Me pareció advertir en su voz una sutilísima aspereza. Aunque, ¿y si tan solo estaba animándome? Me volví: desde ahí arriba se distinguían a la perfección los cimientos desmoronados y se veía que el césped había sido eso, un césped. Ruinas cuya complejidad solo podía apreciarse desde arriba, igual que las pistas de aterrizaje para los extraterrestres de Erich von Däniken.

Me senté.

—¿Sabes qué? Como, de todos modos, tu viejo ya no está en forma, deja que te coja uno de esos.

—¿Uno de qué?

—Un cigarrillo —dije—. Bertie Wooster los llama gaspers. ¿No es una palabra fantástica? Gaspers.

—No creo que te convenga, papá.

—Eso demuestra lo mucho que sabes *tú* —repliqué. Tremendamente crudo, cuando mi intención había sido sonar ingenioso.

—¿Cuánto hace que lo dejaste?

—Demasiado, maldita sea —dije mientras me levantaba y extendía la mano.

—Papá, no creo que te convenga, de verdad —dijo—. Si vuelves a engancharte te arrepentirás un montón.

—Es mi problema.

—Son mis cigarrillos.

Me quedé mirándolo. Un chico guapo llevando al hombro una guadaña que sostenía con torpeza, la hoja apuntándole a la pantorrilla. Un poco más alto que yo. Mordiéndose el labio inferior.

—Al infierno —dije, y volví a sentarme usando el hacha como un viejo habría usado un bastón.

Tenía el culo sobre el suelo frío. Danny no se movió. Volví a mirar hacia abajo, hacia el lugar en el que mi padre había muerto.

—Lo siento, *amigo* —dije al cabo de un rato—. ^[33] No iba a montar un numerito, y mírame, montando un numerito.

—Estar aquí te parecerá raro, ¿no? —dijo.

—No se me había ocurrido —respondí—. Supongo que no debería subestimar mi capacidad para tener una reacción normal, ¿no? De cualquier modo, gracias por no dejarme pasar ni una. Eso sí que es amor. Cabrón. —Yo había querido imprimirle un tono jocoso. Todo chirriaba—. Colega.

—¿Qué te parece si vamos tirando? —preguntó Danny.

Lo miré.

—Ni siquiera sé por qué estamos haciendo esto —dije—. La hemos jodido, ¿no? Con el rollo navideño, quiero decir. ¿De verdad queremos pasar las fiestas con ellas? ¿Sabiendo lo que sabemos?

—¿Y cómo es que me lo preguntas a mí, papá?

—Estoy pensando en voz alta, por todos los demonios. No te estoy preguntando a ti. —Ya que no sabía qué hacer, al menos me pondría quejica—. ¿Has comprado algún regalo de Navidad? —pregunté con la vista fija en el agujero del sótano.

—Algunos.

—¿Cosas para Clarissa?

—Papá, no sé por qué me preguntas todo esto. ¿Qué quieres decir? ¿Que como ya hemos comprado los regalos de Navidad, mejor no echarlos a perder? No te entiendo.

—Estoy tratando de pensar, solo eso.

—Mira, mejor que nos quedemos, ¿sabes? La señora Peretsky y tú estáis bien, y con ella yo me llevo muy bien, y con Clarissa me las apaño. Total, podría palmarla de sobredosis.

Aparté los ojos del sótano.

—Era broma —dijo Danny—. ¿Papá? Solo estaba bromeando. ¿Sí? ¿Una broma?

—Bueno, tendríamos que sacarnos esto de encima. —Me puse en pie apoyándome en el mango del hacha—. Mira. Este de aquí. ¿Qué tiene de malo?

Miró el árbol.

—Venga ya.

—En serio —dije—. Lo talamos y nos quedamos con lo de arriba, son casi dos metros. La copa tiene una forma bonita.

—¿Vas a cortar el árbol entero para...? Muy bien, perfecto. Me da igual.

—Bien. Adjudicado. Ahora desbrocemos un poco ese lado, ¿vale? Y nos ponemos manos a la obra.

Se puso a dar golpes con la guadaña a diestro y siniestro.

—Alto, alto. Deja que te enseñe. —Le quité la guadaña de las manos—. Tienes que mantener la hoja horizontal, ¿sí? Y... —Le hice una demostración—. Así. Golpes secos. No tendría que costarte mucho.

Volví a enseñárselo.

—Vale. Vale ya —dijo Danny—. Deja que lo intente.

Lo intentó.

—Tienes razón —continuó—. Así va mejor.

—Lo que yo pensaba —dije con una modestia muy paternal.

Así que ese era el momento que pensé que nunca llegaríamos a compartir. No sé cómo lo recordaría, pero en ese instante no me parecía gran cosa.

Cuando Danny hubo terminado, yo corté con el hacha las ramas más bajas del árbol para poder derribarlo sin que nada me entorpeciera.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Danny—. ¿Quieres encargarte tú del trabajo sucio?

—Sí, supongo.

Le di el hacha y él se plantó delante del árbol, parado, igual que un jugador de béisbol bate en mano.

—Vale. Ahora...

—Ya lo sé —dijo—. Córdalo como si quisieras sacarle un pedazo, ¿no?

—Y procura no rebanarte el pie —dije.

Danny consiguió derribar el árbol y yo me encargué del resto. Cortar los cerca de dos metros de copa no fue fácil: con el árbol acostado, parte del tronco quedaba suspendida, y cada vez que le daba con el hacha, rebotaba. Tirado en el suelo, el trozo que habíamos descartado constituía un espectáculo escalofriante: parecía el cuerpo de un ciervo al que alguien hubiera matado para quedarse con la cabeza y las pezuñas y hacerse un perchero. Arrastramos la copa colina abajo y el tronco se quedó donde estaba. Si dijera que no sentí remordimiento alguno, mentiría. Aunque los remordimientos que sentí no me hicieron ningún bien.

Cuando volvimos a casa de Martha, lo único que quedaba del día era un trocito de cielo de color rosa anaranjado sobre la avenida Hamilton. Me dolía la cabeza de tanto entornar los ojos para protegerlos del sol. De regreso paramos en Lum's y me llevé un par de cervezas (en otras palabras: tres) gracias a las cuales todo me pareció un poco mejor. Para no tener que hablar del futuro inmediato —no tenía intención de fastidiar, lo juro por Dios—, volví a sacar el tema de la universidad. Danny dijo que había estado pensando en Berklee, el Berklee de la música, el de Boston, y yo pensé, cómo no, que se refería al Berkeley de California. Así que tuvimos una buena discusión: yo le decía que con sus notas no podría entrar en Berkeley, y él venga a decir que qué más les daría en Berklee si en inglés antiguo y medieval iba muy justo. Ese Berklee suyo me sonaba, claro que sí, pero no había caído. De Danny, además, no me hubiera extrañado nada: una escuela de negocios para músicos. ¿Qué ambiciones tendría? ¿Tocar en la banda del *show* de David Letterman? Contaba con mi bendición, le dije. (Para lo que le serviría...). Mientras no se engañara acerca de sus capacidades y mientras fuera eso lo que de verdad quería hacer, le dije... Tan comprensivo. Aunque, ahora que caía en la cuenta, a mi padre su vida de artista le había reportado muchísimo más de lo que a mí, mi vida de burro de carga. Por lo menos, todavía podías dar con una mala reproducción de un Francis Jernigan de la primera época —solía tratarse de *Disposición 3*— en algún libro. Mi mayor contribución a la humanidad consistiría en dejar que Danny pasara un par de años sin otra cosa que hacer que tocar escalas. Pero ¿se acordaría del solfeo? Cuando Judith murió dejó las clases de guitarra; no estaba aprendiendo lo que quería aprender, dijo. Desde entonces, pasaba varias horas al día tocando Dios sabe qué con la guitarra enchufada en el Rockman y los auriculares puestos. Bueno, muy bien: una muestra de su entrega. Y de alguna otra cosa más, supongo. Aunque, un sitio como Berklee, ¿no exigiría a los estudiantes algún tipo de competencias básicas? Se me ocurrió una idea terrible: ¿no necesitaría una recomendación del profesor de música del instituto? Y ese profesor, ¿no era Martin Sanders?

Mientras conducía de vuelta a Nueva Jersey y Danny dormía —o fingía que dormía— iba preocupándome por esas cosas. Luego me preocupé por otras. Por lo visto, ni subir a una apacible colina había servido para empaparme de tranquilidad. Empaparme. Vaya si quería empaparme de algo.

Como siempre, el Reliant de Martha no estaba. Apagué el motor y Danny, haciendo un poco de teatro, abrió los ojos.

—Ya hemos llegado...

Danny no hizo ademán de abrir su portezuela.

—¿Entonces, papá? ¿Nos quedamos aquí y seguimos como estábamos? ¿Celebramos la Navidad y todo el rollo?

—Supongo que sí, Dan —dijo—. De momento, por lo menos. No se me ocurre otra cosa, ¿y a ti? A no ser que quieras recoger los bártulos y largarte. Si eso es lo que quieres, lo hago.

—Vale, gracias —dijo—. Eso es todo lo que quería saber.

Abrió la puerta y se bajó del coche.

—¡Eh! —grité—. Espera un minuto.

—Voy a ver si Clarissa está en casa —dijo—. Luego te ayudo con el árbol, si quieres.

—Cuidado no te hernies —dijo cuando estuve seguro de que no podría oírme. Luego me quedé ahí sentado hasta que hizo demasiado frío para estar ahí sentado. ¿Y eso qué significa? Hasta que el malestar que me causaba el frío me pareció peor que el otro malestar, supongo.

Arrastré el árbol hasta el cobertizo de las herramientas del jardín trasero, encontré un serrucho y corté el tronco justo por donde lo había destrozado con el hacha. También encontré un cubo de hierro galvanizado; me lo llevé a la cocina y lo llené de agua. Lo dejé fuera, al lado de la puerta de la cocina, y metí el árbol dentro asegurándome de que mantuviera el equilibrio, con las ramas más bajas apoyadas en el borde y el tocón en remojo. El abeto estaba muerto, pero bien que bebía. Ahora solo nos faltaba un soporte para árbol de Navidad, y ya estaríamos listos. Aunque tal vez lo más sencillo sería ir a comprar uno en vez de poner patas arriba la maldita casa hasta que lograra dar con el lugar en que Martha guardaba las cosas navideñas. ¿Qué podía costar una cosa así? ¿Cinco, diez dólares?

El caso es que de repente me vi sin ánimos de enfrentarme al centro comercial ni de tratar de encontrar un soporte de árbol de Navidad en Caldor's o en alguna otra maldita tienda, con la gente y la musiquita navideña y las colas para pagar en la caja, tan largas que, cerca de la salida, no había manera de pasar de un pasillo al otro con el carrito. Lo que me apetecía era acercarme a la licorería, y pasar a otra cosa.

Sabía que tenía que coger algo para limpiar la resina de pino que había quedado en el serrucho de Martha; al menos, eso. ¿Gasolina? Siempre llevaba una manguera en el maletero, para las emergencias; la gasolina podría sacarla del depósito. En fin.

El dolor de cabeza no mejoraba.

Y, a juzgar por lo que decidí hacer a continuación, debía de haber otras cosas que también me preocupaban y a las que no era capaz de enfrentarme.

Fui al baño y me tomé los dos últimos ibuprofenos del frasco —así empezó todo —, y luego, dos pastillas para la regla de Martha, pero la cabeza me dolía muchísimo. Entonces hice el siguiente razonamiento: en una ocasión, hace muchos años, me tomé una de las píldoras anticonceptivas de Judith para evitar que se la tomara ella, porque estaba convencido de que la estaban matando. Eso fue antes de que se descubriera

que a las mujeres las estaban matando muchas otras cosas. Como no me pasó nada por tomarme la píldora —ni me salieron tetas ni se me marchitó la polla, quiero decir—, pensé que las pastillas de la regla tampoco me harían daño. Entré en la cocina sintiéndome como si estuviera viendo cómo yo, yo mismo, hacía todas esas cosas, para ver qué alcohol encontraba. Cero. Nada, ya lo sabía. Tendría que salir. No podía salir. En la nevera encontré una cerveza. Me la bebí en cuatro tragos y luego fui al cuarto de baño y me tomé otras seis pastillas de las de Martha y me terminé lo que quedaba de un frasco de antigripal.

Después bajé al sótano y entré en la sala de ejecución. Sin intención de suicidarme. Lo único que quería, creo, era hacer una barbaridad. Algo que luego resultara muy difícil negar. Saqué la pistola de la caja de herramientas, me senté en una bala de paja, apoyé la palma de la mano izquierda en la paja áspera, pegué la boca del cañón a esa pequeña membrana que queda entre el pulgar y el resto de la mano, y me disparé ahí con ánimo más o menos experimental. Para ver qué pasaba. Dios santísimo, cómo dolía. Aunque había pasado cosas peores, vaya que sí: ni punto de comparación con, pongamos, un dolor de muelas. Esto era parecido a darse fuerte con un martillo sabiendo que te habías hecho mucho daño; al cabo de un rato, sin embargo, sentías un ardor, como en carne viva, que parecía ir a peor, y a peor, y a peor. Puro Jernigan, al cien por cien: primero te tragas un montón de calmantes, luego quieres sentir algo, y al final te quejas y te lamentas porque duele.

SIETE

—Buenos días —dijo Martha mientras dejaba algo encima de la mesilla de noche. Luego se sentó en la cama—. Te he traído café. Y tienes correspondencia.

Estiró el brazo y con un dedo le dio unos golpecitos a dos sobres, uno rojo y el otro blanco, que estaban en la mesilla de noche, al lado de la taza humeante.

Así que estaba en su cuarto y no en el lugar en el que, por lo visto, había soñado. Y que, a medida que yo trataba de recordarlo, iba desvaneciéndose.

—Qué raro —dije.

—¿Qué es raro?

Sacudí la cabeza.

—El sueño. ¿Qué hora es?

—Las diez. Se me ocurrió que debía despertarte. Hace un día precioso. —Al parecer, las dos ideas guardaban algún tipo de relación en su cabeza—. Cuando anoche llegué a casa estabas frito. ¿Qué te hiciste en la mano?

Tenía la mano vendada.

Ahora lo recordaba.

—No lo sé. Me la corté con algo —respondí—. ¿Has visto el árbol?

Ahora que lo mencionaba, noté que me dolía la mano.

—Fue lo primero que vi cuando me levanté para dar de comer a los conejos. Es precioso. —Ya íbamos por la segunda cosa preciosa—. Esperaba que pudiéramos levantarlo hoy mismo.

¿Doble sentido intencionado? Examiné el rostro de Martha en busca de señales de picardía; no las encontré. Una lástima, pensé mirando el bulto que formaba su muslo bajo la tela tejana. Aunque, por otra parte, esa no era manera de cortar en seco con alguien, si es que eso era lo que uno quería. Perfecto: llevaba despierto ¿cuánto?, ¿treinta segundos?, y ya volvía al meollo del problema.

—Me corté mientras la igualaba. La punta —dije. Y ahora me explico su cara de perplejidad—. Con la sierra. El árbol de Navidad.

Sonaba verosímil. Verosímil, esto es, hasta que me quitara la venda y tuviera que explicar qué hacía yo con una cicatriz redonda. Aunque quizá no fuera redonda, exactamente; quizá lo mejor sería que fuera al baño a ver qué me había hecho.

—¿Y esta mañana? ¿Todavía te duele? —preguntó.

Asentí en silencio.

—Soy un estúpido —dije.

—¿No crees que tendrías que dejar que alguien le echara un vistazo?

Moví la cabeza.

—Ya he tenido bastante de Urgencias, gracias.

Funcionó.

—¿Podrías decirme si vas a estar dando por saco durante mucho más tiempo?

—No estoy dando por saco. Era un simple comentario.

Levantó las manos como si estuviera poniendo a Dios por testigo.

—Ya no puedo más de esta discusión. No estamos en 1952, ¿sabes, Peter? Podría haberle tocado a Danny y yo podría haber estado en casa, repantigada, mientras tú estabas fuera trabajando.

—Como, evidentemente, piensas que debería estar haciendo.

Llevaba un minuto y medio despierto.

—Bueno, nunca imaginé que te pasarías el día entero en casa sin hacer nada, no.

—Claro. Lo que tú imaginaste es que me haría poeta. «El compost como letra C»^[34].

—Debe de ser algo ingenioso, seguro —dijo—. Lo único que imaginé, Peter, es que, hicieras lo que hicieras, quizá serías capaz de disfrutar de la vida, para variar. Tendría que haber..., es que saltaba a la vista, y estoy siendo *literal*, que eras total y absolutamente negado para el placer.

¿Y el sentido *figurado*? ¿Debía añadirlo? Mejor que no.

—Un análisis incisivo —dije.

—Vete a la mierda.

—Cada vez incides más y más. ¿Tan de buena mañana empieza el Festival de la Réplica?

—Voy a salir —dijo—. Espero que disfrutes de tu café.

—¡Huy! —grité mientras salía de la habitación—. ¡En toda la cara!

Y ella, como si quisiera seguir con la broma, dio un portazo. Cogí la taza de café. Bastaba con mirarlo para ver que lo había hecho demasiado flojo. «¡Vamos! Esfuérzate un poquito —pensé— y podrás convertirte en un auténtico monstruo».

Martha volvió a la habitación con gesto indignado, dio otro portazo y me miró fijamente. Tenía la espalda apoyada en la puerta y los brazos cruzados. Los hombros subían y bajaban.

—Sientes por mí un desprecio infinito, ¿verdad? —preguntó.

—¿Y eso? —dije. La mano me dolía un huevo—. ¿La idea te pone cachonda?

Se quedó con los ojos tan abiertos que sobre el iris se veía blanco.

—Grandísimo hijo de puta —dijo.

Por lo visto, le había parecido necesario responder a mi insinuación. Y yo solo la había dejado caer por hacerme el gilipollas.

—Ven aquí —le dije.

—¿Para qué?

—Para no tener que levantar la voz. No querrás que los niños se deleiten con todos y cada uno de los matices de nuestra conversación.

Con eso conseguí que se acercara a la cama. Se quedó de pie, tozuda.

Meneé la cabeza.

—¿Qué estás rumiando? —le pregunté.

—Dímelo tú. Lo único que he hecho ha sido ser amable contigo.

—Qué injusto.

—Es que tú eres tan listo, Jernigan... —contestó—. Qué hombre. Trátalas mal y te pedirán más, ¿no es eso? Eres un auténtico capullo.

—¿Por qué no te sientas? No estás en el despacho del director.

Se sentó.

Me quedé mirándole los pechos y dejé que el silencio se prolongara.

Al cabo de unos instantes dijo:

—Esto es demasiado raro para mí.

—Muy bien. Lo único que has hecho ha sido ser amable. Ese marido tuyo, ¿te pegaba?

Empezó a sollozar. Observé un rato. «¿Qué diablos te crees que estás haciendo?», pensé, y luego le dije que se acercara. No quería. La agarré. Trató de zafarse y yo forcejeé para retenerla, lo que hizo que se me pusiera dura. Debo añadir —aunque el inciso no le resta un ápice de crudeza al asunto— que por la mañana, en cuanto me levanto, se me empina con cualquier cosa. No se trata de una reafirmación de la vida ni nada parecido, no: me pasa porque tengo que ir a mear. El fenómeno se debe a la presión de la vejiga sobre el nosequé —¿la próstata?—, o a cualquier otra causa igualmente..., ahora no me viene la palabra. Lo contrario de místico. Le bajé los tejidos y las bragas hasta las rodillas. Le daría por donde a ella le gustaba.

—Llegará el día en que lamente —tomó aire, que silbó al pasar entre sus dientes— haber sido tan sincera contigo.

Luego nos quedamos ahí sin decir nada. La mano empezaba a preocuparme. Por fin, con un hilo de voz, Martha dijo:

—¿Te acuerdas de cuando tenía nombres inventados?

—Tengo que ir al baño.

A veces conviene que nos hagamos preguntas. El día antes, por ejemplo, hablando con Danny, estaba decidido a cortar por lo sano con esa historia. Y ahora, esto. ¿Enfermizo y brutal? Sin duda. Pero aun así, también había servido para acercarnos. A menos que lo que estuviera haciendo fuese acercarme para que la tensión aumentara y, así, recibir un buen culatazo que, quizá, bastara para lanzarme a velocidad de escape. Me puse a pensar en ese episodio de *Star Trek* en el que avanzan derechos hacia el sol para que, con su fuerza gravitatoria, haga que la nave termine rebotando —por el llamado «efecto tirachinas»— y regrese de vuelta a su tiempo. Habían vuelto al pasado acercándose demasiado a un agujero negro y a su campo gravitatorio. Ver demasiados episodios de *Star Trek* era otra de las cosas que estaba haciendo.

Meé, cogí una toalla que estaba colgada de la barra de la cortina de ducha, me la eché al hombro y sujeté una esquina con los dientes. Mordí con fuerza y me arranqué

la venda: un agujero de color rojo rabioso cuyos bordes empezaban a cicatrizar y de los que salía un poquito de sangre espesa. Esta vez me vendaría mejor que anoche: doblaría una gasa para cubrir los dos lados de la herida y la sujetaría con esparadrapo. Luego solté la toalla y me tomé cuatro pastillas para la regla.

Volví a la habitación y me tumbé al lado de Martha.

—¿Has terminado ahí?

—De momento.

—Vale. Ahora vuelvo.

—Contaré los momentos.

Cuando volvió y se tumbó a mi lado, yo seguía mirando al techo. Trataba de imaginar los dibujos que formaban las grietas; como los antiguos, que en la disposición aleatoria de los astros creyeron ver arqueros y todo el rollo. Lo único que fui capaz de distinguir, y a duras penas, fue el perfil de George Washington.

—¿Cuántos momentos? —preguntó.

—Mil setecientos setenta y seis.

—Esos son muchos momentos.

—Si te parecen muchos, prueba a dividirlos en instantes.

—Creo que voy a tratar de contar ovejitas —dijo—. ¿Te importa que eche una cabezadita? Llevo levantada desde las cinco y media.

Un hombre más atento que yo le habría preguntado por qué.

—¿Puedes quedarte conmigo hasta que me duerma?

—No me voy a ninguna parte.

Se tumbó de lado dándome la espalda y se entregó a la respiración lenta y profunda que utilizaba para relajarse. Cogí la taza y di un sorbo de café frío y flojo. Me quedé mirando fijamente a George Washington y luego hice eso que hacen los niños y que consiste en imaginar que el techo es el suelo; las puertas se cruzan saltando el dintel, y las lámparas hacen las veces de hoguera a cuya vera sentarse.

La respiración de Martha se hizo más silenciosa. Sus hombros iban subiendo y bajando. Me incorporé y cogí los sobres. A juzgar por su forma, cuadrada, eran felicitaciones de Navidad. Como siempre, me sentí culpable por no enviar ninguna; como siempre, sentí un gran desprecio por los que todavía se molestaban en enviarlas. El matasellos del sobre blanco era de California: tenía que ser de Rick, que nunca me había culpado por lo de su hermana. Hecho que, a mi entender, no decía nada bueno de él (a mí me ponía los pelos de punta). Volví a dejarlo en la mesilla, sin abrir. En el sobre rojo leí Warriner/Kaplan. (Ahora lo recordaba: había soñado con la vieja caravana de Tío Fred mezclada con la casa de mi padre en Woodstock, creo, porque la sucesión de habitaciones no se terminaba nunca). Era una de esas tarjetas con pan de oro: la Madre, el Niño, los tres Reyes Magos y la estrella de Belén, y, observándolo todo desde lo alto, un ángel de aureola dorada. Tío Fred la había amañado con caras que había recortado. La Virgen era Madonna con los labios pintados; los tres Reyes Magos eran Los Tres Chiflados, Curly, Moe y Larry. El ángel

era Liberace, y el niño Dios, Nixon, a saber por qué. El muy cabrón debía de haberse pasado horas buscando las fotos. Y las había recortado con muchísimo cuidado, con tijeras de manicura o algo así. Dios, cómo echaba de menos a Tío Fred. Era el punto fijo de un mundo en rotación. Ahí estaba Tío Fred, quiero decir, ¿lo entendéis?; las blasfemias seguían haciéndole gracia.

Abrí la tarjeta. Bajo un versículo de la Biblia impreso («Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna». Jn. 3,16), un mensaje manuscrito:

¿Cuántos años crees que te quedan antes de la venida del Señor? ¿Y qué excusa de mierda crees que podrás darle por no haber ido a ver a tus amigos cuando todavía tenías tiempo? Llámame inmediatamente. Ya sabes mi número. Llama ahora, gilipollas.

*Te quiere (sin pelos en la lengua)
Tu Tío Fred*

P. D.: Coge el teléfono. Ahora.

Me levanté y me dirigí hacia el teléfono. ¿Qué hora era? ¿Estaría en su despacho o habría salido a comer? ¿O qué? ¿Qué día era hoy, maldita sea? Reconstruí... Si ayer fuimos a por el árbol, sería sábado. Hoy era domingo, entonces. Estaría en casa, entonces (si es que no había salido).

La dirección de Tío Fred era 222 nosequé. Como había perdido el rastro de mi libreta de direcciones, tuve que llamar a Información para que me dieran su número. El teléfono sonó dos veces, luego se oyó un clic y Jim Reeves empezó a cantar: «Acerca tus dulces labios al teléfono...»^[35]. Luego Tío Fred añadió en un tono distinto «Y no te olvides de dejar un mensaje después de la señal». Esperé la señal y dije: «Tío Fred. El Jernigan errante al habla. He recibido tu tarjeta, y gracias por... por hacer lo que yo tendría que haber hecho y no hice, y..., ¿qué puedo decir? Deja que te deje un número al que puedes...».

Un clic. La voz de Penny.

—¿Peter? —El teléfono empezó a pitar—. No cuelgues, Peter, deja que apague este trasto estúpido. —Otro clic y los pitidos cesaron—. Hola. Cuánto me alegro de oír tu voz.

—Eh —dije, como en los viejos tiempos—. Ídem de ídem, cariño. ¿Qué tal lo llevas?

—Bah. Navidades.

—¿Mucho lío?

—¿Lío?

—¿Cocinando?

—¿Cocinando? Siempre has sido un maestro de la sobriedad y la contención,

Peter.

—Y todavía soy capaz de contener al primer gilipollas que... Y, hablando de gilipollas, ¿está Tío Fred por ahí?

—Claro que sí. ¿Mikey? Peter, ¿cuándo te veremos? Mikey, es Peter Jernigan.

—Buena pregunta. A ver si entre todos somos capaces de dar con la respuesta.

—Te paso a tu tiito —dijo.

—Jernigan. —Era la voz de Tío Fred—. Alto. ¿Contraseña?

—No puedo seguir, seguiré.

—Sé que esto sale en algún sitio —dijo Tío Fred—. Lo que pasa es que soy demasiado *analfabeto* para saber dónde, maldita sea. ¿Cómo demonios estás? ¿Y dónde demonios estás?

—Sigo en Jersey.

—Bueno, pues o vienes tú para aquí, o voy yo para allá. ¿Qué haces esta tarde?

—Esta tarde no puedo.

—Y una mierda.

—En serio.

—Vale —dijo—, me estás vacilando. ¿Qué pasa esta tarde? ¿Te toca limpiar el vertido tóxico de tu jardín?

—De verdad. Tengo que ocuparme de unas cosas. Pero dejémoslo para después de las fiestas, ¿vale?

—Lo siento. Tío Fred dice que hoy.

—Eres un tipo duro —le dije.

—Eso dice mi... No, espera, no voy a tocar el tema. Mi señora lo pasa mal cuando digo guarradas. ¿No es verdad, cariño? Entonces vienes tú a vernos, ¿no? Vaya mierda, Nueva Jersey.

—Tu voluntad es mi sosiego.

—Muy bien dicho. La forma, fantástica. El contenido ya es otra cosa... ¿Te traes a tu cielito para que podamos repasarla?

—*Pas de cielito*. Hoy trabaja. —Quizá eso fuera cierto y todo: ¿no iba a trabajar cada día hasta Navidad?

—Un cuento convincente —dijo—. ¿Y dónde trabaja este supuesto cielito, que no libra en domingo? ¿En una planta química de alta seguridad?

—En unos grandes almacenes —dijo—. Solo despacha durante las fiestas.

—¿Cómo se llama? ¿Glendora? A ver cómo te lo digo para que no te ofendas, Jernigan: ¿no será hinchable, tu cielito? Espera, mi señora me está diciendo que soy un cerdo. Escucha, ven cuando puedas. Te acuerdas de lo del interfono, ¿no? Piso de arriba, botón de abajo.

—¿Qué llevo? —dijo. Siempre tienes que ofrecerte a llevar algo.

—Con tu tan añorada persona bastará —dijo—. Esos chillidos de angustia que oyes al fondo son del ternero cebado que estamos sacrificando.

El primer punto del orden del día: devolver el entusiasmo a su nivel original. Una taza de café aguado no contenía bastante cafeína para levantarme el ánimo ni un milímetro, y menos aún para combatir los efectos de cuatro pastillas para la regla. Dios, por lo que digo cualquiera creería que las pastillas de Martha eran droga de la buena; y no, no era más que Jernigan tratando de controlar hasta los más oscuros recovecos de su conciencia. Así que bajé a la cocina con la polla al aire y puse agua a calentar. (Una cosa tengo que admitir: Martha tenía la casa tan caliente que hasta se podía caminar descalzo por el linóleo sin que los pies sufrieran). Si los chicos estaban en casa —debían de estar en casa, ¿no?, porque cuando le había preguntado si quería que los niños nos oyeran, Martha se había acercado— y entraban y echaban un vistazo, el problema lo tendrían ellos, no yo. Tardé mucho en comprender la historia de Noé desnudo en su tienda; debía de ser porque nunca fui a la escuela dominical, donde alguien podría haberme dicho qué tenía que parecerme. No entendía por qué el hijo merecía un castigo: a) su padre estaba borracho, y b) él se esforzó en no dirigir la vista a la (abro comillas) desnudez (cierro comillas) de su padre. La historia la leí —debía de tener unos doce años— en la Vulgata que mi padre exhibía en una pequeña biblioteca decorativa de la sala del apartamento de la calle Barrow; estaba expuesta al lado de los cuentos de los Hermanos Grimm y de *La respuesta de una nación al comunismo*, de J. Edgar Hoover. (Los libros de verdad los tenía en su dormitorio, ocupaban una pared entera, del suelo al techo). La historia de Noé me indignó y me asustó: como Dios se mostraba tan irracional con todo lo que tuviera que ver con el sexo, la desnudez o la autoridad, temí que mi indignación mereciera un castigo. En aquellos tiempos era capaz de ver las cosas con los ojos de Dios.

Eché tres buenas cucharaditas de café instantáneo en una taza y la llené de agua hirviendo. Después de lo de Judith había dejado de comprar el café de Colombia en grano que ella guardaba en la nevera y que molía cada mañana: para la gente como yo el Medaglia d'Oro era más que suficiente. Martha me dio a probar el Maxwell House con canela; Martha tenía un filtro de plástico viejo rondando por ahí, aunque en vez de comprar filtros de papel usaba uno de tela, siempre el mismo, que lavaba y reutilizaba. Pero ahora nos habíamos pasado al café instantáneo de marca blanca. ¿Y sabéis una cosa? Hacía el mismo efecto. Por el método de la prueba y el error había descubierto que, si no pasaba de las tres cucharaditas por taza —y siempre que añadiera un poquito de leche—, el café todavía era bebible. Aunque supongo que tres cucharaditas por taza echarían por tierra el objetivo que perseguía al comprar café barato.

Traté de beber de inmediato, por supuesto, y me quemé la lengua. Entonces le añadí al café agua fría, acción que echaría por tierra el objetivo que perseguía con las tres cucharaditas y que, en realidad, no echó por tierra nada de nada. Ese mismo razonamiento equivocado lo había aplicado a la ginebra no hacía demasiado. Bebí esa taza, luego me bebí otra y luego volví al dormitorio y recogí mi ropa del suelo. Penny y Tío Fred no iban a saber que no me había cambiado —que hacía dos días que no me cambiaba, ahora que lo pensaba—, y a los otros, esto es, a Martha, que les dieran. Además, le estaba ahorrando trabajo. Llevar la misma ropa tres días seguidos equivalía a reducir la colada a un tercio. Así compensaba lo del café. Entré en el cuarto de baño y me lavé los dientes; después me eché el aliento en la palma de la mano para ver qué tal: no demasiado bien. Tendría que parar a comprar unos chicles de menta Carefree. Mi marca favorita, por el nombre —que me ponía en bandeja otra ironía barata—^[36] y porque no llevaban azúcar. Luego me examiné la cara. Hacía tanto tiempo que no me afeitaba que podría decir que me estaba dejando crecer la barba. Aunque todavía me faltaba una semana para verme realmente bien. En fin. Cogí la billetera y las llaves del coche de la cómoda y me obligué a mirar a Martha. Seguía tumbada de lado con un mohín en la boca y el labio inferior hinchado. Dormida, probablemente. Sentí un cosquilleo en la polla: ¿dónde había quedado mi repugnancia sexual? Parecía que un cuerpo alojado en mi cuerpo, y colindante con mi cuerpo, también —el cuerpo astral, creo que se llama—, estuviera resucitándose. O tal vez estuviera viviendo su vida sin contar conmigo. Porque, a ver, ¿Jernigan con no una, sino dos erecciones en una sola mañana? Tenía que ser cosa de brujería, vudú o algo así. Los místicos dicen que el cuerpo astral es plateado; era como si ayer hubiera herido a ese cuerpo plateado disparándole en su plateada mano y él hubiera decidido actuar en defensa propia mientras el cuerpo físico, un cuerpo mucho más vulgar, aumentaba la producción de glóbulos blancos. Esta era la clase de gilipollices en las que Martha creía firmemente, aunque me llevó mi tiempo descubrirlo; ya no se comportaba como una fanática, pero los libros seguían rondando por casa. Me dijo que había tratado de emprender dos viajes astrales, pero que no le habían salido muy bien. Yo le dije que siguiera intentándolo, que quizá conseguiría proyectarse directa al manicomio, quién sabe. Y ella: si te leyeras esos libros, créeme... Ya, seguro que leyéndolos cambiaría de opinión.

Pasé por delante de la puerta del cuarto de Clarissa y oí que gemía: «Oooh, oh, oh...». Algo tendría el aire esa mañana. O tal vez fuera cosa del invierno, que estaba al caer: la vida quemando los últimos cartuchos.

En el E-Z Mart de la avenida Hamilton compré una Coca-Cola Light y una lata de Colt 45. De vuelta en el coche abrí la lata de Coca-Cola, eché un buen trago —un suplemento de cafeína no me vendría mal— y vacié la lata en el asfalto; entonces la llené con cerveza y tiré la lata de Colt 45 en el cubo de basura.

Así podría beber y conducir con espíritu sereno. (Es broma). Y luego, ¡a Nueva York! Estaba tan a gusto, con la cafeína y la Colt 45, a punto de ver a viejos amigos y

sin Martha, que saqué el walkman. Todavía tenía dentro la cinta que Danny y yo habíamos escuchado, Megadeath, se llamaba, y pensé: «A la mierda, ¿por qué no?». Como el nombre del grupo auguraba, era música dura y destructiva: podría procesarla sin entretenerme a pensar en qué podía deducirse de los gustos musicales de Danny. Siempre podría achacarlos a las hormonas de la adolescencia; esa era una forma de ver las cosas. La que, al final, decidí adoptar.

Salí de la autopista antes de llegar al túnel y paré en la gasolinera. Fue el tipo quien me llenó el depósito —respetando la legislación vigente—, pero el aceite lo revisé yo: Jernigan el macho. Y como a esos capullos descuidados se les habían terminado las toallitas de papel, no quedaba otra que limpiar la vara medidora en mis pantalones o en la chaqueta de *cowboy*, que había terminado en el suelo del coche, bajo el asiento trasero. A la mierda; total, siempre la había odiado. Como tenían una cabina en la esquina de la gasolinera, llamé al 212, información de Nueva York, y pregunté por el número de una Miranda McCaslin que vivía por la Noventa y tantos Oeste. Lo que haría de ese día algo todavía mejor sería tener a mi lado una mujer nuevecita con quien aún no tendría la certeza de poder acostarme. Y bingo: una M. McCaslin en la Noventa y ocho Oeste. Rasqué con la llave del contacto en el ladrillo de la pared para apuntar los últimos cuatro números —del 222 me acordaría por Tío Fred— y marqué. ¡Se tragó sesenta centavos, por todos los santos! Y todo porque llamaba al otro lado del puto Hudson. Lo que oí fue un circunspecto mensaje del contestador: solo su voz (pero era su voz, a fin de cuentas) diciendo que habías llamado a tal número y que por favor dejaras un mensaje. «Miranda —dije—, Peter Jernigan, tu colega antiguo..., tu antiguo colega de Kelsey & Chittenden. Estaba por tu barrio y se me ha ocurrido pegarte un toque para ver si estabas en casa. Supongo que no, y...» Esperé unos segundos a que cogiera el teléfono, por si estaba escuchando y tratando de decidirse. «Bueno, otro día será. Espero que estés bien, esto..., bueno, no sé. Ya vale, callo antes de caer en la incoherencia total. Adiós». Dejé la lata vacía de Coca-Cola sobre el tejadillo metálico de la caja que protegía el teléfono, sería una especie de ofrenda. Cuanto más lo pensaba, más me alegraba de que el mensaje de su contestador fuera tan poco caluroso: disuadiría a los más pusilánimes. Estaba decidido a no dejar que esa pequeña contrariedad me desanimara. Así que, ¡en marcha!, y basta ya de perder el tiempo.

Penny y Tío Fred vivían en el último piso de una casa de ladrillo marrón de la calle Ciento dos, entre Riverside y el West End. Aunque era domingo y pensarías que todo el mundo se habría ido de la ciudad, tuve que dar un montón de vueltas buscando dónde aparcar. Al final terminé en la calle Ciento cinco o por ahí. Me costaba creer que hubiera sido capaz de aguantar eso cada día; no era solo la cuestión del aparcamiento, sino todo. Aunque, si tanto había mejorado mi vida, ¿qué hacía yo con un agujero de bala en la mano? Cuando vivía aquí no me dedicaba a dispararme en la mano, ¿no? Pues eso.

Pulsé el botón del interfono y la voz eléctrica de Tío Fred rugió.

—Alto. ¿Contraseña?

¿Qué era lo que había dicho antes? Típico de Tío Fred: daría por saco antes de decidirse a dejarme entrar. No me acordaba.

—No lo sé —dije—. Allen Ludden^[37].

El interfono emitió un chirrido; mientras abría la puerta lo oí gritar:

—¡Lo siento! ¡Allen Ludden está muerto!

Me detuve en el rellano del primer piso para recobrar el aliento. «Lo que tendrías que hacer, aparte de todo lo demás, claro está, es ponerle remedio a tu forma física», pensé. Di una palmada al bolsillo del abrigo para comprobar que había cogido las llaves del coche y me acordé de que, por mucho que dijeran que no hacía falta traer nada, siempre tenías que llevar algo, y yo me había olvidado. Nada, me habían dicho, y eso había traído yo, nada. ¿Qué tenía eso de malo?

Tío Fred estaba esperándome en lo alto de las sombrías escaleras, delante de la puerta de su apartamento; estaba abierta y dejaba escapar un rayo de luz que creaba ese efecto tan cursi, el de las partículas de polvo flotando en un haz luminoso.

—Viejo Jernigan —dijo mientras me daba un abrazo manco—. ¡Traen!

Tío Fred llevaba veinte años diciendo «traen»: entraentraentra... Y de un sabotaje psicodélico al lenguaje, ese «traen» se había convertido en una manía irritante para, finalmente, no ser más que algo con lo que podías contar.

Tío Fred giró una bandeja llena de tortillas como si fuera un *frisbee*.

—¿Más huevos rancheros? —dijo.

Aparté la bandeja con la mano.

—Por favor —respondí. En realidad, lo que quería decir era «No, por favor».

—¿Un poco más de *María sangrienta*?^[38] —Ahora, Tío Fred era una persona cuya esposa servía el *brunch*.

Me encogí de hombros y me retorcí el antebrazo izquierdo con la mano derecha.

—Ya decía yo... Penny, *ma chère*, ¿serías tan amable?

—Chicos —dijo Penny poniéndose en pie—. Voy a sacar de en medio las lámparas.

—Y esconde también tus vestidos, diablos —dijo Tío Fred—. Ni te cuento lo animado que va a ponerse esto. Pero antes... —Chasqueó los dedos dos veces.

Penny hizo una reverencia sujetándose una falda imaginaria y luego abrió la mano para dejarla caer sobre los tejanos.

—En realidad, lo tengo completamente encoñado —dijo cubriéndose la boca con el dorso de la mano—. Esto lo hago para no parecer una bruja castradora delante de las visitas.

—Basta ya de cháchara de colegiala, cariño —dijo Tío Fred—. Nos deleitarás con tus encantos en otra ocasión.

Penny entró en la cocina y volvió agitando una coctelera llena de algo rojo; solo movía las muñecas para que no se le cayera la botella de Absolut que llevaba bajo el brazo. La coctelera estaba decorada con copas de Martini inclinadas y búmerans, todo muy años cincuenta.

—Tened. Os dejo el instrumental a vosotros. Yo tengo que hacer mis ejercicios, dos horas, si no, mañana estaré hecha un desastre. Podéis hablar de putas mientras estoy fuera. Mikey, tú lo recogerás todo, ¿verdad?

—*Non ti preoccupes*. Zio Federico se encarga de *tutto*.

—Gracias, Penny —dije—. Estaba delicioso.

—Si quieres quedarte a cenar, estás invitado, ya lo sabes.

—Gracias —dije—. Deja que lo medite, que ahora, solo de pensarlo... —Me di unas palmaditas en el estómago.

—Nos ha costado tanto que vengas aquí —dijo Penny— que no dejaremos que te marches sin presentar batalla. Mikey, ¿por qué no haces que termine tan borracho que no sea capaz de conducir?

—Bien pensado —dijo él.

—*Ciao*. —Penny se despidió saludándonos con los dedos.

—Eres un cabrón afortunado —le dije a Tío Fred cuando Penny se hubo marchado.

Tío Fred lo meditó.

—Sí —concluyó.

—¿Sabes? Me gusta mucho la mesa del comedor aquí —dije—. Queda más acogedora.

Desde la última vez que había estado en el apartamento, Penny se había quedado con el comedor para trabajar. Ahora comían en una esquina del salón.

—Sí, me siento afortunado.

Tío Fred aplastó las últimas migas de huevo revuelto contra los dientes del tenedor y se las comió.

—Dime, ¿qué te has hecho en la mano? De verdad.

—Ya te lo he dicho. Es una herida de bala.

—Y es probable que sea verdad, Dios... —dijo Tío Fred—. Puto gilipollas pirado.

Levantó el vodka con una mano y la coctelera con la otra. Las proporciones parecían buenas.

—Mitad y mitad —dije.

Me preparó un cóctel y él se preparó otro más flojo.

—¿Hielo?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Trato de mantenerme alejado de esa mierda —dije—. Cuando lo tienes dentro se transforma en agua.

—¡Apoyo la moción! —Probó su cóctel—. Mmm. Podría estar peor. ¿Y esta Glendora? Cuéntame. ¿Te sientes afortunado tú también?

—No particularmente.

Los dos callamos.

—Cuéntaselo a Tío Fred —dijo—. Si te ves con ganas, claro.

—No es que sea muy interesante.

—Que se joda el interés —dijo él—. ¿Seguís juntos? ¿Lo habéis dejado? ¿Es un rollo ahora sí ahora no?

—A día de hoy seguimos juntos, supongo.

—Pero no parece que eso te haga demasiado feliz.

—¿Cómo se entera de estas cosas? —le pregunté al techo.

Tío Fred volvió a callar.

—Bueno. ¿Quién crees que se llevará la Super Bowl?

—La cosa está muy jodida —dije.

—Pero esa persona, ¿quién es?

—Verás —dije—. Al principio Danny salía con su hija y pasaba mucho tiempo en su casa. Y decidieron presentarnos, los niños lo decidieron. Porque ella estaba

divorciada y yo era..., bueno, lo que fuera. —Era viudo—. Tan irresponsable que ni siquiera habíamos hablado por teléfono cuando los críos pasaban tanto tiempo en su casa, pero supongo que vas siempre escopeteado, y bueno... En todo caso, para ir resumiendo, terminé liándome con la madre y ahora todos..., todos estamos ahí.

—Mmm —dijo Tío Fred.

—¿Te parece un poco raro?

—No. Yo estoy aquí, sentado, sin juzgar a nadie.

—Curioso. Habría jurado que te parecía un poco raro.

—¿Y entonces?

—Todo se está volviendo raro.

—Mmm... ¿Y cortar por lo sano? ¿Es una opción? Pues claro que lo es. ¿Lo estás pensando seriamente?

—Tampoco sería tan fácil.

—Por Danny y la chica.

—Entre otras cosas.

—¿Te gusta esa mujer? —preguntó—. Y, por cierto, ¿tiene nombre?

—Martha —dijo. Reflexioné unos instantes—. No, supongo que no mucho. ¿Tendría que gustarme?

—Bueno, muy fácil, entonces. Regla número uno: no estar con quien no quieras estar. No es bueno ni para ti ni para la otra persona. ¿De acuerdo? Y sí, tendría que gustarte.

—De acuerdo.

—¿Crees que está enamorada de ti?

—No lo sé —respondí—. Tiene..., no sé. Tiene muchas ganas de complacerme.

—Y resulta que no te complace.

—¿Cuándo me has visto tú complacido?

—Esa es otra —dijo. Dio un sorbo a su Bloody Mary. Luego lo dejó en la mesa—. En fin.

—Mira, a Danny solo le quedan dos años de instituto. Un año y medio. Luego irá a la universidad o lo que sea, y entonces, quién sabe. Mientras tanto...

—Mientras tanto te irás pudriendo —dijo Tío Fred—. ¿Estoy siendo demasiado duro?

Eché un trago de Bloody Mary.

—Ahora no quiero hacer de Pepito Grillo, pero ¿a qué te dedicas durante todo el día?

Meneé la cabeza.

—A pensar y a buscarme problemas.

—¿Tú?

—Veo mucho la televisión —dijo.

—Ya, seguro —replicó Tío Fred—. Tienes dinero para mudarte a otra casa, ¿no?

—No lo sé. Más o menos. No mucho.

—¿Podría aclarar ese punto para nuestros telespectadores?

—A ver. Está el dinero de la casa —dije—. Pero buena parte se irá a pagar la universidad de Danny, y si el resto me limito a ingresarlo en una cuenta corriente, se lo comerán los impuestos.

—¿Ahora dónde lo tienes?

—Bueno, ahora mismo, en una cuenta corriente, pero...

—Estoy empezando a perder mi flema imperturbable —dijo Tío Fred.

—No te culpo, créeme. El espectáculo no es muy edificante.

—No empieces a idealizar la gilipollez esa de la autodestrucción. Resulta muy tentador, lo sé, pero se trata de tu vida, la tuya.

—No, tienes toda la razón —dije. Me terminé lo que quedaba de Bloody Mary y alcancé la botella de vodka—. ¿Puedo?

—Estás en tu casa —respondió—. Bueno, en realidad estás en la mía. Y ya que lo menciono, me siento en la obligación de...

—No empecemos con eso —dije.

—Como quieras. Para ser totalmente franco, puede que no esté en posición de soltarte un sermón sobre el tema —esperó a que me sirviera y luego él se echó vodka en su vaso, un buen dedo—. Somos hombres, ¿no?

—A la salud de los hombres.

Brindamos y entrechocamos vasos. Me quedé mirando la fila de felicitaciones de Navidad apoyadas en la repisa de la chimenea.

—¿No tenéis árbol? —dije; quería hacerle saber que su puto matrimonio no era tan perfecto.

—Es curioso, ¿sabes? Fuimos a la tienda de los coreanos de Broadway a mirar árboles y nos deprimimos muchísimo, porque recortan los malditos árboles con tijeras de podar. Todos tienen esta forma. —Con los índices dibujó un triángulo isósceles en el aire—. Parece que acaben de salir del puto barbero. El año que viene tendremos tiempo de coger el coche para ir a buscar un árbol que tenga el aspecto de un maldito árbol.

—Nosotros fuimos a buscar un árbol —dije.

Tío Fred me miró.

—Estás en un estado verdaderamente lamentable, ¿verdad?

Levanté el vaso y bebí a la salud de mi estado.

—Peter, si necesitas escapar de todo para poder pensar, estás invitado a quedarte. Danny y tú, los dos. Sé que Penny estará de acuerdo. Lo que os ofrecemos es el suelo, pero está a vuestra disposición. En cualquier momento. Llegad a medianoche, incluso, da igual.

—Mierda —dije—. Gracias.

—Escucha. Otra idea. Si quieres irte a algún sitio y prefieres que no andemos por ahí en medio, piensa en la caravana. Como parece que empieza a gustarte el estilo montañero... —Se pellizcó la barbilla con el pulgar y el índice—. En realidad te

queda bastante bien. Mi vecino me ha dicho que todavía están con treinta centímetros de nieve, pero, si no te importa pasar frío durante un rato, la estufa calentará la caravana en un pispás, y por ahí deben de rondar dos o tres cargas de leña. A menos que alguien las haya birlado. Veamos. La última vez que estuve ahí vacié el agua de las cañerías, pero te explicaré cómo se da el agua. Podrías cargar tus trastos y mudarte a la caravana, si quisieras. Total, está ahí vacía.

—Suenas muy bien —dije—. Lo más probable es que no termine haciendo algo tan drástico, ¿sabes?, pero te agradezco la oferta de todos modos.

—Mira, si consiguieras que pareciera que alguien vive ahí, me harías un favor. Ya han entrado unas cinco o seis veces. Chicos del pueblo, matones. Una vez dejaron todas las lámparas sin bombilla. Se lo llevan todo excepto los malditos libros; esos, ni tocarlos. ¿Te acuerdas de la última vez que subí para cerrar la caravana? Encontré un condón pegado al suelo. Tuve que sacarlo con una espátula.

—Gracias por compartir tus experiencias conmigo.

—Perdón —dijo Tío Fred—. Solo te lo cuento para que sepas que mi buen corazón no es lo único que me mueve. Nunca subimos en invierno porque ninguno de los dos esquía ni nada. Y ahora, en verano cada vez tenemos menos tiempo. O ganas, supongo. El viaje en coche se te come medio fin de semana, y luego siempre te quedas con la sensación de que tienes que hacer esto o lo otro, o si no la caravana empezará a caerse a pedazos. ¿Te he contado que Penny y yo hemos estado pensando en construir una casa? Donde está la caravana no. Un poco más arriba, a media colina. La vista es bestial, kilómetros a la redonda. Pero..., por cierto, a Penny no le he contado lo del condón.

—Lo captamos —dije mientras formaba un rombo con las puntas de los índices y de los pulgares, a saber de qué galaxia vendría.

—Dios mío. No me digas que, encima, ahora eres un *trekkie*.

—Qué va. Solo lo veo.

—Bueno, total, que no sé qué hacer. Tengo unos recuerdos maravillosos de cuando subía a la caravana con mi padre. Pero es como si alguien la hubiera profanado. Y los inviernos son una mierda. —Dio un sorbo al Bloody Mary, echó más vodka y removiéndolo con el dedo, que luego se chupó y se limpió en los pantalones.

En el fondo, entre Tío Fred y yo siempre había eso. Porque, en última instancia, ¿qué une a los hombres? Y, por otra parte, ¿había algo que, en el fondo, no fuera infame? Por mucho que, en lugar de infame, decidieras considerarlo otra forma de ser, nada más. El truco estaba en no llegar nunca al fondo.

Me desperté en un sofá. En el apartamento de Tío Fred. Casi a oscuras. Vale: me acordaba de que le había preguntado si le importaría que me tumbara un rato. Todas las cosas apiñadas en la mesa, los vasos y los platos y la comida, y una botella que sobresalía como un faro sobre el mar tempestuoso. Estaba solo y podía ver cómo la habitación iba oscureciéndose por momentos, aunque es probable que esto me lo esté inventando. Desde donde estaba tumbado, me bastaba con levantar la cabeza para ver todo el pasillo, hasta la puerta de su habitación. Cerrada. Aunque cuando levanté la cabeza, la muy hijaputa empezó a dolerme. Agucé el oído por si estaban follando. La mano también me dolía; me había hecho a la idea de que, a partir de aquel momento, me dolería toda la vida. Seguí escuchando. Oí el claxon de un coche en la calle.

Me levanté y caminé por el pasillo hasta el baño. Por lo visto, no me había quitado los zapatos; esperé no haber apoyado las suelas sucias en esos cojines tan bonitos. La puerta del baño estaba abierta, pero la del dormitorio estaba cerrada del todo. Así que o follaban o dormían. O primero una cosa y luego la otra. Cerré la puerta del baño para mear. Como el agua se había vuelto toda amarilla, tendría que tirar de la cadena: si hacía ruido, mala suerte. Pero primero revisé el botiquín. Penny tenía pastillas para la regla; abrí el frasco y me tragué cuatro de golpe. Para que bajaran me llené las manos de agua y bebí como los hombres de la frontera.

Volví al salón y me tumbé en el sofá a esperar que la cabeza dejara de dolerme. Todo estaba tan silencioso como antes. Joder. ¿Y si estaban ahí, tumbados, igual que el como-se-llamara ese? ¿Y si estaban montando el numerito de la pareja feliz cuando, en realidad, habían decidido llevar adelante, justo esa noche, su pacto de suicidio? Y con mis huellas dactilares por toda la casa. No lo pensaba en serio, qué va. No era más que una idea de las mías; tema cerrado, no volverá a salir más adelante. Me levanté otra vez y cogí un número del *Vogue* que estaba en el suelo. No había otra cosa para leer, a menos que quisiera volver a levantarme para ir a buscar uno de los suplementos del *Times*. En la sección de «Salud Mental» de la revista vi un artículo titulado LA INSPIRACIÓN DEL PLACER.

La musa es una amante esquiva. Antes de acceder a los ruegos del artista le exigirá que, con su agonía, abone los cuantiosos honorarios que le corresponden. Pues bien, ahí va una buena noticia: la doctora Alice M. Isen, Kimberly Daubman y Gary Nowicki, de la Universidad de Maryland, han descubierto que el auténtico requisito para la creatividad es... estar a gusto.

Traté de comprender dónde estaba la buena noticia. Luego hojeé la revista buscando fotos de cuerpos desnudos. Encontré algunos; el más notorio, un seno cautivadoramente hinchado, con su pezón. Traté de excitarme, pero terminé dejando la revista igual que la había encontrado —formando un ángulo de algo menos de cuarenta y cinco grados con el sofá—, me levanté, eché un último trago de vodka y busqué algo con que escribir una nota. Lo mejor que encontré fue un rotulador en la encimera de la cocina. Arranqué una hoja del rollo de papel que colgaba bajo uno de los armarios y escribí HE TENIDO QUE VOLVER A CASA, GRACIAS POR TODO OTRA VEZ. J. Escribir todo eso me llevó un buen rato, porque la tinta traspasaba el papel de cocina y, si apretabas mucho, la punta del rotulador lo rasgaba. A ver, ¿dónde dejaba la nota para que la vieran? Desenrosqué el tapón de la botella de vodka (eché un último trago), coloqué una esquina del papel sobre la boca y volví a enroscar el tapón. Listo. Parecía un hombre con una capa. «¡Superabsolutman! —pensé—. Tan-ta-taaan-tarara-ra-taaaaan...».

Cuando salí a la calle no me acordaba de dónde había dejado el coche. Ahora: en la calle Ciento cinco. Fácil de recordar, porque el cinco era como un dos: si Penny y Fred vivían en la Ciento dos, el coche estaba en la Ciento cinco. ¿Cómo que un cinco es como un dos? Como un dos boca abajo.

No quería ir a casa. Bajé por West End, unas manzanas, para llegar a la Noventa y seis y luego coger West Side Highway en sentido contrario al de los felices neoyorquinos que habían salido de fin de semana y ahora volvían a la ciudad después de pasar un par de días felices, todos a tres putos kilómetros por hora, pegados al parachoques del coche que tenían delante. Luego aparqué en doble fila al lado de una cabina. No podía irme de la ciudad sin hacer un último intento con Miranda. Una estupidez, lo admito, porque quedaba con Miranda y luego, ¿qué? Quedaba con Miranda y —por una posibilidad entre un millón— pasaba la noche con ella, y luego, ¿qué? Quise inventarme un chiste con el nombre Miranda. Muy fácil: Fallo Miranda, Enmienda Miranda. Derechos Miranda, ese era otro, lo de que todo hombre tiene sus Derechos Miranda^[39]. No quería contarle el chiste a Miranda, no. Estaba inventándomelo, eso era todo. Si te llamabas Miranda, es probable que te pasara como a los tíos que se apellidan Upjohn con ese chiste tan viejo: «¿Es usted Upjohn?»^[40]. Si es que alguien se apellidaba así, algo que, entonces, me pareció bastante improbable. Claro que ahí estaban los laboratorios Upjohn.

Volví a llamar a Información para que me dieran su número, y esta vez contestó ella.

—¿Es usted Uphjohn? —pregunté, llevando la cosa demasiado lejos.

—¿A qué número está llamando?

—Miranda —añadí—. Estaba bromeando. ¿Cómo estás? Hace un rato te he dejado un mensaje un poco confuso.

—Bien. Estaba medio dormida cuando llamaste. ¿Cómo estás?

—Oh, bueno... —Tranquilízate, pensé. Cuando alguien dice «¿Cómo estás?», no

te está haciendo una pregunta, en realidad—. No podría estar mejor. Escucha, resulta que estoy en tu..., he pasado a ver a unos amigos que viven en tu barrio, y he pensado que si..., esto suena muy impulsivo, pero si no haces nada podría invitarte a una copa o algo así. Si por tu barrio hay algún sitio al que podamos ir.

—Muy amable por tu parte, pero lo que pasa es que tengo que hacer algo más tarde.

—Vaya.

—Te agradezco la llamada, ha sido todo un detalle. Espero que te vaya bien.

—Sí, relajándome, un poco de esto, otro poco de aquello —respondí—. En realidad, me estoy dando cuenta de que, si las cosas te van bien, te vuelves más creativo, en vez de...

En el teléfono sonó un golpetazo metálico: mi cuarto de dólar dentro del aparato, cayendo del nosequé al nosedónde.

—¿Hola? —dije.

—¿Llamas desde una cabina? —preguntó. Por cómo lo dijo, parecía un comportamiento vergonzoso.

—Sí. Bueno, mira. No quiero entretenerte. ¿Por qué no te llamo la próxima vez que baje? Te llamo al trabajo, o algo, y podríamos ir a comer juntos o qué sé yo.

—Lo que pasa es que no voy a quedarme mucho tiempo en Nueva York, porque he decidido volver a la universidad para estudiar Empresariales.

—¿En serio? Me parece una idea fantástica. Tenemos que vernos para brindar por tu éxito.

Silencio.

—Bueno, lo que pasa es que no sé si voy a tener mucho tiempo cuando empiecen las clases.

—Escucha, sé de qué va esto. Lo más importante es que lleves tu trabajo al día. Bueno, pues iré tirando. Ha sido un placer hablar contigo y... buena suerte, ¿vale?

—Me alegro de que lo entiendas.

Volví a meterme en el coche y fui directo a la guantería para coger el walkman. Megadeath, el puto Webb Pierce..., lo que fuera para empezar a ir tirando. Me puse los auriculares y subí tanto el volumen que me dolieron los oídos. Luego seguí subiéndolo hasta que ya no fui capaz de identificar la música.

OCHO

Cuando entré, la casa estaba a oscuras. Y fría. Otra vez. Siempre. Tiré de la cuerda y la luz de la cocina se encendió. En la encimera, al lado de la tostadora, vi un soporte de árbol de Navidad. Igual que una araña muy grande: un cuenco metálico rojo montado en patas metálicas verdes. Bajo una de las patas, una nota: POR SI TE INTERESA. Traté de recordar: ¿no habíamos dejado las cosas razonablemente bien? Entonces, ¿a qué venía esa nueva ofensa? No estaba suficientemente loco como para pensar que, gracias a sus aterradores poderes mentales, Martha se había enterado de mi conversación con la chica esa, como-se-llamara, no iba a ponerme a recordar su nombre. (Miranda).

Con esos momentos bochornosos, lo mejor que se podía hacer era no pensar en ellos. En cuanto avanzara un poquito —aquí estoy haciendo una analogía entre el tiempo y la distancia, aunque no estoy seguro de que sea correcta—, esa historia quedaría en el pasado, cada vez más pequeña. La ley de la perspectiva, como explicaba el libro de Jon Gnagy que me regalaron por Navidad. Como cuando explotaba una bomba atómica, que cuanto más lejos estabas —en uno de los monótonos paisajes de Jon Gnagy—, menos te achicharrabas. No me explico bien.

Lo que debía hacer para demostrar que sí me interesaba era montar el árbol. Así que lo arrastré hasta la cocina, lo dejé tumbado en el suelo y aflojé los tornillos de palometa del soporte para meter el extremo del tronco en el aro. Luego volví a apretarlos, tres vueltas por tornillo, para que el tronco quedara bien centrado. Los tornillos penetraron en la madera blanda y yo apreté los dientes. Cuando ya me dolían los dedos de tanto apretar, levanté el árbol. El muy hijoputa había quedado torcido de todos modos. A la mierda. Lo llevé al salón sujetándolo por el tronco, con el soporte apuntando hacia delante igual que si fuera un ariete, y lo dejé en un rincón, entre un extremo del sofá y la ventana. Mi intención era mantenerlo alejado de la estufa. Si ella no lo quería ahí, que lo cambiara de sitio. Llené un cazo de agua y la vertí en el cuenco metálico para regar el árbol. Luego encendí la estufa y me acurruqué en el sofá sin quitarme el abrigo. ¿Qué día era? ¿Domingo? Estarían dando *60 Minutes*, si es que no había terminado ya.

Traté de calcular en qué día caería la Navidad. A finales de semana, ¿no? ¿Viernes? ¿Sábado? Me faltaban datos: necesitaba saber la fecha de hoy para, a partir de ahí, ir avanzando. No le había comprado nada a nadie. Intercambiaríamos regalos, supuse, como en unas Navidades normales. Porque, en sentido estricto, ¿qué tenían de raro esas Navidades? Habría mayores, niños y un árbol: nada que pudiera eximirnos de celebrarlas. «Podrías acercarte al centro comercial en coche y sacarte de

encima las compras de Navidad —pensé—. Mañana habrá más gente, y pasado mañana, más aún, y al día siguiente será todavía peor».

Acabo de encender la estufa, por todos los santos.

Cierto, pero todavía llevas el abrigo puesto. Y ahora que el sol luce sobre el penol y los marinos esperan ansiosos su ron, podrías hacer el truquito de la lata de Coca-Cola Light con un poco de ginebra y convertir el viaje al centro comercial en una pequeña aventura. El rollo ese del penol, así es como hablan los auténticos borrachos. Me sentía orgulloso de haber recordado la expresión. A fin de cuentas, estaba metiéndome en mi papel.

En marcha, entonces.

En los inmensos aparcamientos que rodeaban el centro comercial había un montón de plazas libres. Hasta la sala de video juegos que quedaba justo a la entrada del Acceso Sur estaba prácticamente vacía; solo había un adolescente negro con una gorra de los Mets vuelta del revés y la nariz pegada a la pantalla; a su lado, una chica sentada en el suelo abrazándose las rodillas. El domingo antes de Navidad. O había acertado al venir a esa hora, o los efectos de la crisis bursátil sobre las ventas eran ciertos.

Ahora se trataba de no complicarse. Tenía que gastarme más en Danny que en Clarissa, por supuesto, aunque el de Clarissa tenía que ser un regalo considerable. Así que: un vale regalo de cincuenta dólares de Record Town para Danny; un vale regalo de cincuenta dólares de Benetton o The Gap o una tienda de esas para Clarissa y, tal vez, otro vale regalo de cien dólares de Sam Ash Music para Danny (suponiendo que en Sam Ash Music hicieran vales regalo, aunque ¿por qué no iban a hacerlos?). Y algunas cositas baratas para que tuvieran algo que desenvolver, aunque no se me ocurría cuáles. En Hickory Farms tendrían comida. Pues claro... Me refiero a que a lo mejor a los chicos les gustaría que les regalara salchichón y queso y rollos de esos para comer en su cuarto. O un jueguecito, un puzzle de los de meter balines dentro de los agujeros, o uno de esos chismes llenos de agua con un pez espada de plástico en cuya nariz tenías que ensartar las anillas flotantes. Total, como se encerraban en su cuarto a colocarse, qué más daba.

Y con eso solo me quedaba Martha. ¿Qué le gustaría? ¿Una caja de cartuchos del veintidós? Comentario de muy mal gusto. Lo retiro. Me acordé de que en una ocasión había comentado algo sobre Margaret Drabble. O quizá era Margaret Atwood. O Iris Murdoch. Iría a Waldenbooks, una librería sería lo mejor, aunque ¿regalarle libros no sería una manera de decirle pega la nariz al puto libro y déjame en paz? En una situación como la nuestra, sin embargo, en todos los regalos —en todos menos en unas braguitas abiertas por delante— terminaba adivinándose la misma intención.

No era un gran enemigo del desorden, cierto, pero supe organizarme bien las paradas: primero fui a buscar los vales regalo y me reservé los paquetes pesados, como los libros, por ejemplo, para cargarlos después. Había dado con una tienda perfecta para Clarissa, mejor incluso que The Gap: Mandee. Habréis visto los

anuncios, son los de las chicas con pinta de guarra que hablan en rimas. Lo más probable es que todas las amigas de Clarissa tuvieran ropa de Mandee —eso suponiendo que tuviese alguna amiga— y ella, sin dinero, se sintiera excluida. Me dio tanta lástima que el vale regalo terminó siendo de setenta y cinco dólares. Con los cien dólares de Sam Ash Music y los cincuenta de Record Town para Danny, ¿le estaría haciendo ver a Clarissa que Danny me importaba el doble que ella? Bueno, en fin, cosas de la Navidad. Cuando hube comprado los vales fui a buscar los juguetitos. No pude encontrar el del pez espada, pero tenían uno de un pingüino en el fondo del mar, plantado delante de un bosque. (¿Qué hacía un pingüino entre árboles verdes? ¿Y por qué había árboles verdes en el fondo del mar?) Había cinco anillas de plástico que tenías que hacer pasar por encima del pingüino inclinando el chisme. También les compré un puzzle hecho de cuadraditos que tenías que mover de sitio para formar la imagen de Superman volando. Y dos barajas. Y un libro de juegos de mesa Hoyle, tapa blanda. No es que imaginara a nuestra pequeña familia jugando a la canasta, qué va, pero al menos tendríamos los juegos a mano si la situación llegaba a enderezarse. Y, si no, al menos servirían para dar fe de que lo habíamos intentado todo. Luego fui a Hickory Farms. Debo confesar que, dada la distribución de las tiendas, ese plan mío tan ordenado y racional —el de ir de lo más ligero a lo más pesado— conllevaba un montón de idas y venidas por el centro comercial. Así que volví a pasar una vez más por delante de Bedford Falls Video, donde el bueno de Steve el Emprendedor destilaría antipatía por mí, y por delante de la exposición de quitanieves, con el vendedor del *blazer* granate sentado tras pilas de folletos. Con un megáfono, profetizaba la llegada prematura del invierno.

En Hickory Farms compré una bandeja de regalo del tamaño de una caja del Monopoly, de las envueltas con plástico transparente, con salchichón y un surtido de quesos. Había Cheshire y ya no recuerdo cuáles más, aunque todos serían Cheddar de Wisconsin con distintos tipos de colorante alimentario, supongo. Como si los chicos fueran a distinguirlos. Luego tuve que dar media vuelta hasta la otra punta del centro comercial, rumbo a Waldenbooks. Para cuando llegué ya estaba a punto de rendirme. No tenían ningún libro de Iris Murdoch, y resultó que entre Margaret Drabble y Margaret Atwood había bastantes diferencias, pero yo no sabía cuáles y es probable que hubiera terminado escogiendo un libro de la que no era. Cuando lo único de Jane Austen que encontré fue el puto *Orgullo y prejuicio*, pensé: «Perfecto, se acabó la expedición: le das a Martha un vale regalo y te largas». Cien dólares. Empataba con el regalo grande de Danny, aunque con los otros cincuenta de Record Town él seguía en cabeza. Habían quedado así: Danny, ciento cincuenta; Martha, cien; Clarissa, setenta y cinco. Eso más los detallitos. Confiaba en que con mis regalos no se llevarían la impresión equivocada. La impresión general que transmitía, sin embargo, era otra: a esta gente no la conozco de nada. Mientras caminaba de vuelta al Acceso Sur, el hombre de las quitanieves guardaba sus folletos en una caja de cartón y en las tiendas apagaban las luces del techo. En la tienda de The Gap, una dependienta se

agachaba bajo la persiana metálica a medio cerrar.

De vuelta en casa, escondí los juguetes y la bandeja de Hickory Farms debajo de la cama, cogí un vaso de agua, lo llené de ginebra hasta la mitad y fui pegándole duro hasta que «caí rendido» en el sofá. Durante *Star Trek*, creo. Antes de que Martha volviera a casa, en cualquier caso. El episodio de *Star Trek* era el de Joan Collins haciendo de pacifista durante la Depresión. Tiene que morir atropellada por un coche para que, a partir de ese momento, la historia no cambie. Veréis: si Joan Collins vive, América no entrará en la segunda guerra mundial etcétera, etcétera. Es el episodio en el que Bones, el doctor McCoy, toma una droga y se vuelve loco (ahí empiezan todos los problemas), y luego todos atraviesan la puerta del tiempo.

Me despertó una pesadilla en la que salía Robert Stack. Cuando el terror hubo remitido traté de pensar por qué Robert Stack. Tardé un par de minutos en acordarme de que salía en la serie de *Los Intocables*. Por todos los demonios. Dime algo que no sepa. Alguien había apagado la tele, que volvía a estar cubierta con el mantelito. Tenía un dolor de cabeza infame, evidentemente, y en la mano sentía unas punzadas brutales. Fui al baño, meé, me tomé cinco ibuprofenos de un frasco sin estrenar — Martha se había dado cuenta de que nos habíamos quedado sin existencias—, y después entré en la cocina y bebí agua fría de la nevera. Boca seca. Evidentemente. Juré que mañana no bebería (por «mañana» entendía cuando me despertara). Entré en el dormitorio y vi a Martha dormida o haciéndose la dormida. Y luego yo también me quedé dormido, aunque no sé cómo fui capaz, con la mano y la jaqueca y sin poder dejar de darle vueltas a la cabeza.

No me desperté hasta mediodía, creo, no sé qué hora sería, y ella ya se había marchado. De camino al dormitorio —había ido a la cocina a calentar agua para el café—, vi que el árbol de Navidad ya estaba adornado. Un montón de bolas asquerosas: plástico metalizado con una raja en medio, donde se unían las dos mitades. Aunque juzgar su gusto con dureza quizá fuera cruel: ¿y si no podía permitirse nada mejor? O tal vez tuviera un gusto pésimo y eso fuera todo. Se había pasado con el maldito espumillón, eso sí. A menos que la decoración fuese cosa de alguno de los chicos. (Es broma). Retiré un tercio, más o menos —más habría sido demasiado obvio— y lo escondí en una caja de cereales de marca blanca que encontré en la basura. Otra cosa que no me gustaba eran las bolsas de la compra tiradas en el suelo de la cocina para que sirvieran de basura, pero como esa no era mi cocina no podía decir nada. Luego removí la basura para dejar encima de la caja de cereales de marca blanca una lata que goteaba. Para entonces el agua ya hervía. El día prometía: todo iba como una seda. Me decidí por la taza azul en lugar de por la blanca y eché mis tres cucharaditas de café. El azul evocaba el cielo y, por lo tanto, la trascendencia. Claro que el blanco también evocaba la trascendencia. En fin.

Me llevé el café al salón y me senté en el sillón Morris para planificar el día. Una cosa era segura: definitivamente, no me emborracharía. La mano todavía dolía, pero solo llevaba tres días. ¿Sería posible? Sábado domingo lunes: sí, era el tercer día. Sería lo normal, supongo. Pero volvamos a los planes, Jernigan. Primero: ir al *drugstore* a buscar el papel de regalo y el celo y las tarjetitas de DE-PARA que te olvidaste ayer. Después: volver a casa y envolver los putos regalos. Y luego: colocarlos debajo del árbol tratando de crear sensación de abundancia. ¿Y entonces? A pesar del café, de repente me sentí incapaz de mantenerme despierto. El dormitorio estaba demasiado lejos. Dejé la taza en la mesa y me levanté; atravesé la habitación dando tumbos y, ¡bam!, caí en picado en el sofá.

Cuando me desperté, los niños estaban en el salón.

—Perdón —dijo Danny.

No sabía a qué estaría refiriéndose. Debían de haber hecho ruido. O quizá habrían hecho otra cosa.

—No, no. Ya era hora de que me levantara, de todos modos. —Una auténtica vergüenza, que el crío tuviera que ver ese espectáculo de mierda un día tras otro. Bueno, quizá le serviría de advertencia.

—¿Qué? —preguntó llevándose la mano a la oreja.

Moví la cabeza y lo despedí con la mano —pueden retirarse—, y se fueron a su

habitación. Les parecería enfadado; que pensarán lo que quisieran. Estaba demasiado cansado como para poder pensar siquiera en cómo aclarar las cosas.

Envolví los regalos, por fin, y los dejé bajo el árbol, y me encargué de que todo estuviera en orden (es decir: lavé la taza de café azul y encendí la tele). Lo único de lo que tenía que preocuparme era de mantenerme despierto hasta que Martha volviera a casa. No habíamos cruzado una sola palabra desde el domingo por la mañana. Incluso el viejo Jernigan sabía que esa no era manera de empezar las fiestas con buen pie.

Llegué a la conclusión de que beberse una o dos copas no tenía nada de malo en sí; el problema era la ginebra, que te hacía daño. Era probable que con el vodka no te sintieras tan horrorosamente mal al día siguiente y que te diera una borrachera distinta. No tan alienante. Gilipollices con las que uno trata de convencerse... Cuando se terminaron las noticias me acerqué a la licorería de los descuentos y compré un litro de vodka Absolut. Priva de la cara; cómo se las gastaba Tío Fred. Pero bueno, cada cual... También paré a comprar una botella grande de zumo de tomate y una bolsa de salvado. A mi dieta le faltaba fibra, ese era otro problema. Así que mezclé el vodka y el zumo de tomate —mitad y mitad—, eché en el vaso una cucharadita de salvado bien colmada, sazoné con pimienta negra para darle alegría, y me senté en la butaca reclinable con una vieja edición de relatos escogidos de Wodehouse. Era la viva imagen del caballero que se apoltrona con un Bloody Mary y lectura ligera. Los chicos estaban calentitos en su cuarto; así me gustaba imaginar a los chicos en su cuarto. Primero leí el prólogo en el que Ogden Nash contaba lo difícil que le había resultado decidir qué escoger para el libro porque P. G. Wodehouse era buenísimo.

Ni siquiera en este monumental volumen se han podido evitar omisiones terribles, y a aquellos que las deploren solo puedo decirles que este mi corazón se duele con el suyo y pedirles que, por un instante, imaginen las dificultades a las que ha tenido que hacer frente el editor encargado de escoger lo mejor de un autor que únicamente conoce la excelencia.

¿Perdón? Lo releí tratando de entender qué tono habría querido adoptar Ogden Nash. ¿Sería cosa de los tiempos, que habían cambiado, o cuando escribió el prólogo sonaba igual de ridículo que ahora? (Y mejor no decir nada del «este mi corazón»: con «mi corazón» bastaba). Qué complicado: pensar que Ogden Nash era estúpido porque había escrito poemas cómicos no estaba bien; lo que tenías que pensar era que, en realidad, debió de ser más inteligente que Allen Tate o algún otro poeta pretencioso. Cosas del revisionismo. Aunque puede que esto me lo esté inventando. Bueno, en eso consistía leer: no bastaba con ir acompañando las palabras, había que pensar al mismo tiempo.

Después del prólogo quizá pasara a un par de relatos del señor Mulliner; luego

empezaría *Dejádsele a Psmith*, que no podría terminar esa noche. Leería hasta las once y a continuación pondría las noticias del INN con el tipo ese, ¿cómo se llamaba? Jerry Girard, el de deportes. El mejor, porque siempre decía lo que pensaba. Luego, a las once y media, *The Honeymooners*, y a media noche, *Star Trek*. Es probable que antes de que terminara el episodio Martha volviera a casa y pudiéramos limar asperezas y ya veríamos qué pasaba a partir de entonces.

Pero Martha desbarató todos los planes. Pensé que tenía su horario controlado y, ¡patapún!, entra tan tranquila durante el primer corte publicitario de las noticias.

—¡Hola! ¿A qué hora sales del trabajo, maldita sea?

Mientras lo decía, me daba cuenta de que mi parodia del marido malhumorado sonaba a malhumor auténtico. No lograba dar con el tono, estaba perdiendo facultades.

—¡La casa está helada! —dijo Martha.

Tal vez ni siquiera me hubiera oído. Por lo visto, últimamente a la gente le costaba oírme. Se agachó con delicadeza, sin quitarse el abrigo, y abrió la puerta de la estufa.

—¿No te cansas de estar sentado? —preguntó. Cansarse de estar sentado, pensé. Vaya—. ¿No tienes frío?

—Tengo a mi amorcito para calentarme.

Quería que mi frase sonara como un halago afectuoso, pero me temo que sonó como una broma cruel. Aunque vete tú a saber a qué demonios había querido que sonara. Jernigan dándole a su puta boca, que no se callaba nunca.

Empezó a echar cosas en la estufa.

—¿Sabes qué?, ya ni siquiera entiendo qué gano yo con todo esto. —Cerró la puerta con un golpe. Exhaló un suspiro—. ¿Te has acordado de darles de comer a los conejos?

—Estaba a punto de bajar. He visto el árbol, y me parece que has hecho un trabajo fantástico. —Del espumillón mejor que no dijera nada.

—Gracias.

¿Con qué tono lo había dicho? Con un tono frío y correcto, supuse.

—Fantástico, un trabajo fantástico. —Así la conversación no avanzaría.

Se dirigió a la puerta del sótano.

—Estaba a punto de ir yo —dije.

—Pues has tenido suerte, ¿verdad? —replicó.

Cerró la puerta tras de sí sin llegar a dar un portazo.

Cuando subió empleó la misma fuerza para cerrarla, o eso me pareció. Los mismos nosequé fuerza, o Newtons o Pascales, que antes.

—Quería hablar contigo sobre las Navidades —le dije—. ¿Qué es lo que soléis hacer aquí? ¿Las fiestas las celebráis el 24 o el 25? Para los regalos, quiero decir.

Se sentó en el sofá, en el extremo más alejado del árbol.

—Eres muy infeliz, Peter, es tan evidente... ¿Por qué te molestas?

—No sé de qué estás hablando. ¿Quién se acordó del maldito árbol de Navidad, para empezar? Y los regalos, míralos. —Señalé el árbol.

Sin la caja de Hickory Farms, el árbol habría constituido un espectáculo lamentable. Pero la caja de Hickory Farms estaba ahí: una caja bien grande sobre la que las más pequeñas pudieran apoyarse. Y ahí también había tres sobres blancos muy prometedores.

—Los tres son míos —dije—. He hecho todas las compras, he envuelto los regalos con días de anticipación. Francamente, no sé en qué te basas para decirme eso.

—Muy bien, como quieras. Yo también juego, Peter. Perfecto. Solíamos abrir los regalos el 24 por la noche. ¿Qué más?

—Ahora nos vamos entendiendo —dije.

—Ni siquiera iba a decírtelo, pero Tim nos ha invitado a su casa la noche del 24. No pensé que fuera a apetecerte mucho.

—Eso lo pensaste tú.

A su favor debo decir que ni siquiera asintió en silencio.

—Llámale —dije—. Dile que estaremos ahí. Y los chicos también.

—No querrán ir.

—A la mierda. Irán. Llámale.

—Son las once de la noche, Peter.

—Explícame una cosa, entonces: ¿cómo te ha llegado esa misteriosa invitación, exactamente? —Me estaba poniendo borde y estaba perdiendo el juicio—. ¿Habláis por teléfono o qué? ¿Qué haces? ¿Vas a verlo cuando tendrías que estar en tu presunto lugar de trabajo?

—De hecho, la invitación es una tarjeta. Tim todavía cree en el servicio postal. Adora a los carteros.

—Igual que tú —respondí. No reaccionó—. Que también te gustan. Da igual.

Agitó hombros y brazos para quitarse el abrigo, sobre el que se sentó. En el salón debía de hacer menos frío.

—Hacemos el amor y cuando me despierto ya te has ido, y ese es todo el contacto que tenemos en dos días. Y luego llego a casa para encontrarme con esto. ¿Para qué, Peter?

—Las fiestas pueden ser complicadas.

—¿Qué pintan aquí las fiestas?

—Si fuéramos capaces de terminar bien las fiestas... —dije.

Quizá Martha pensó que los recuerdos de Judith me atormentaban. Tuve el buen gusto de no decir nada, lo que me sorprendió. En todo caso, algo la empujó a levantarse y darme una palmada en el hombro. No debió de resultarle fácil.

—Se está haciendo tarde. ¿Te quedas a ver tu programa?

—A perder el tiempo con mi programa, querrás decir.

—Creo que te relaja —respondió. ¿En qué se basaría para afirmar una cosa así?

Ni idea—. No te acuestes muy tarde, ¿de acuerdo? No estaría mal que hicieras un horario más normal.

La observé mientras se dirigía al dormitorio. Iba encogiéndose cada vez más. La medí con la mano derecha. Cuando hubo dado siete pasos, ya cabía en el espacio que quedaba entre el pulgar y el dedo corazón, que formaban una C invertida.

Nos había pedido que llegáramos a las seis, pero Danny y Clarissa se dedicaron a perder el tiempo a lo tonto hasta que Martha les pegó un grito desde el otro lado de la puerta, y llegamos a las siete menos cuarto. Lo que, como le dije a Martha, es probable que diera igual porque la gente ya contaba con que llegarás un poco tarde. (Dijo el señor Sensato). Eso lo harían algunos, replicó Martha, pero Tim era «muy concreto». Huy, perdón.

Cuando abrió la puerta lo recordé: nariz afilada y sonrisa lobuna.

—Te acuerdas de Peter, ¿verdad, Tim? —preguntó Martha metiendo los dos nombres en una sola frase. El mío, para hacerle un favor a Tim; el de Tim, para hacerme un favor a mí. ¿Me equivocaba al admirar su destreza? ¿Se trataría de una convención social, nada más?

—Peter, sí. —Me tendió la mano. Mentía, por supuesto—. No llevabas barba. —Pues no mentía—. Feliz Navidad. Felices fiestas y todo eso. ¿Clarissa? ¿Qué tal estás, cariño? Se te ve muy bien. —Beso en la mejilla—. ¿Y este es Danny? —Apretón de manos—. Y tú...

Abrió los brazos y Martha se le echó encima. El abrazo se prolongó hasta que cerré la puerta dando un golpe más sonoro del que esperaba. Al menos conseguí que Tim apartara la cara de su puto pelo.

—Entrad en el salón, que está caliente —continuó—. Para esta noche han anunciado nieve.

—Sí, lo hemos oído en las noticias —dijo Martha—. Fantástico, ¿verdad?

Me hubiera jugado lo que quisierais a que no sería eso lo que diría cuando nos fuéramos de esa casa. Despotricaría de lo traicioneras que estarían las carreteras y de los policías que pararían a los conductores borrachos.

—Muy bonito —dije mientras paseaba la vista por el salón.

Tendría que haberme callado la boca, porque Tim seguía hablando con Martha acerca de lo fantástico que sería que cayera una buena nevada. Por fuera, la casa no era más que un soso mamotreto estilo búnker: bloques de cemento y techo plano. Por dentro, sin embargo, se veía limpio y sobrio: las paredes eran blancas, y los marcos de las puertas y los zócalos, de madera de pino teñida. Teñida con un tinte discreto, más roble que nogal, para que os hagáis una idea. Un riel de focos en un par de vigas vistas, que no eran más que unos maderos del color de las molduras. Una alfombra persa raída sobre el entarimado brillante (demasiado brillante: poliuretano), una alfombra navajo colgada de una pared. Una estufa esmaltada de color rojo. Encendida. Estanterías de pino teñido con un tocadiscos Bang & Olufsen, todo muy

diseño nórdico. Se llevó nuestros abrigos a la otra habitación y nos quedamos de pie mirando: Danny, al tocadiscos; Martha, a la alfombra navajo, y Clarissa, a la pared blanca, por lo visto. Yo me quedé observando la mesita que quedaba al lado de la L que formaba el sofá modular color burdeos. No era una mesita, en realidad, sino una caja de vidrio gigantesca —un acuario grande, probablemente— de bordes cromados con un tablero de vidrio grueso que sobresalía un par de dedos por cada lado. Dentro de la caja, para darle un toque rústico, supongo, una bala de paja.

—¡Sentaos! —gritó.

Martha y yo nos sentamos en un extremo del ángulo recto que formaba el sofá, y Danny y Clarissa, en el otro. El Tim ese entró en el salón y se quedó de pie. Le eché un vistazo a la parte delantera de los tejanos, como si de ahí pudiera deducir algo.

—Esto no estaba aquí —dijo Martha señalando la alfombra navajo.

—¿No? Deja que piense. ¿Cuándo llegó esto a mi vida? —Incluso él pareció perder el interés en el asunto—. Bueno, ¿os apetece un trago para celebrar la Navidad?

—Total, ya que estamos... —dije.

—Claro —añadió Martha—. ¿Clarissa? ¿Danny? —Ese par ya estaba cuchicheando—. Ya sois mayorcitos, ¿no te parece, Peter?

La miré fijamente sin decir nada.

—Muy bien —dijo el Tim ese enseñándonos sus dientes lobunos—. Veamos. No sé si Martha te habrá advertido, pero yo no compro licor comercial. Lo que sí puedo ofrecerte es un destilado casero que, y esto te lo aseguro, no te dejará ciego ni nada parecido.

—No tienes que convencerme —repliqué—. Si no me equivoco, Martha tenía en casa licor del tuyo cuando nos, ¿cómo se dice?... Cuando nos enrollamos. El recuerdo permanece.

—Vaya, muy bonito. Del licor sí que se acuerda. —Martha soltó una carcajada para hacerle saber a Tim que bromeaba.

Qué ganas, Dios mío, qué ganas de salir de ahí pitando.

—Me alegro —dijo Tim—. Hay quien se asusta un poquito. He preparado ponche de huevo para el licor, pero también os lo puedo servir solo. O con agua. Creo que tengo Coca-Cola Light, y puede que tónica también.

—¿Auténtico ponche de huevo? ¿Casero? —preguntó Martha.

—Te lo juro —le aseguró él.

—Eso tengo que probarlo —dijo Martha—. Aunque es probable que termine pesando dos toneladas.

—¿Peter?

—Solo —respondí—. Sin ánimo de criticar tu ponche, claro.

—Buen hombre. Uno con ponche, otro solo. ¿Clarissa?

Lo miró fijamente.

—¿Quieres beber algo?

Movió la cabeza: no.

—Esta generación... ¿Danny? Tú te animarás, lo sé.

—¿Tienes una Coca-Cola Light?

—¿Sola?

Danny movió la cabeza en señal afirmativa.

—Ahora lo entiendo —dijo Tim—: a la vuelta les toca conducir a ellos. Vaya par de zorros estáis hechos...

Nos apuntó con el dedo, agitándolo, y se fue a la cocina con paso ligero. Vaya gilipollas.

Nadie decía nada. Al final, hablé.

—No os estaréis haciendo los *difficiles*, ¿verdad?

—*Peter* —me riñó Martha—. No les obligues a beber. Dios.

—Es el tono con que lo dicen —repuse.

En la cocina, la puerta de la nevera se abrió y se cerró. Un electrodoméstico se puso en marcha y se detuvo al cabo de unos segundos. Martha apuntó hacia su espalda con el pulgar y movió los labios. «Puede oírnos».

—Como si me importara una mierda —dije en voz alta.

Nos quedamos en silencio un rato más.

Luego Tim al Aire volvió al salón con una bandeja. La dejó en la superficie de vidrio de la mesita y pasó las bebidas. Levantó su vaso (con ponche de huevo) y nosotros levantamos los nuestros, Danny también. La pobre Clarissa no podía hacer nada.

—Bueno —dijo Tim.

Un licor suave, sí señor.

—Cuéntame, ¿cómo va todo? —preguntó Martha.

—Bien. Todo bien, exceptuando un pequeño contratiempo: los herederos de Grant Wood podrían demandarnos.

—Ya me lo habías contado —dijo Martha. (¿Y cuándo se lo habría contado?).

—¿Has visto el número de enero?

Martha negó con la cabeza.

—¿Es bueno?

—Antes de que os vayáis te daré un ejemplar —dijo Tim—. Sí, creo que sí. Un artículo, buenísimo, trata de cómo entenderse con los comités de planificación. Luego está el de recetas nuevas con conservas caseras. Supongo que hacia esta época del año la gente ya empieza a cansarse de lo antiguo. Y... a ver. Otro artículo: más ideas para mantener la casa caliente.

—Dios —respondió Martha—. Y con este van... ¿cinco mil?

—Es el tema número uno; la cuestión candente. Un juego de palabras involuntario. Premisa: lo que en octubre pensabas que funcionaría puede que no sirva ahora que ha llegado el frío de verdad.

—¡Vaya! ¿Eso es verdad? ¿Y qué tipo de ideas?

Enseñó sus dientes de lobo.

—Léete el artículo —dijo—. También publicamos vino, «Corta el cable», sobre cómo replantearse el papel de la electricidad. La idea es que ir hasta el final es posible. Es como cuando alguien dice que le han cortado la corriente y lo han dejado atado de pies y manos. Y eso no tiene por qué ser así, porque ese *alguien* puede reaccionar y dejarlos atados de pies y manos a *ellos*, a los de la eléctrica. Luego el artículo repasa las implicaciones del asunto: conservación de la comida, agua corriente, etcétera, etcétera. Tiendas en las que todavía venden bombas de mano..., un buen artículo de investigación.

—¿Obra de alguien a quien conozcamos?

—Ah... Me conoces demasiado bien.

—¿Y a la gente todavía le interesan estas cosas? Sin ánimos de criticar lo que haces, por supuesto. —Miré hacia los chicos y vi que volvían a cuchichear. Continué—. Es que me parece, no sé, muy años setenta.

—Lo que sé es que compren la revista —dijo Tim—. Extraoficialmente, debo decir que tengo mis dudas sobre cuántos de nuestros lectores ponen en práctica nuestros consejos, pero leerlos los leen, eso seguro. Pero si los siguieras a rajatabla no te gastarías tres cincuenta al mes en una revista, claro: irías a la biblioteca. Aunque, por el título, a las bibliotecarias debe de parecerles *Soldado de Fortuna* u otra revista de esas. Supongo que, a nuestra manera, somos peligrosos. Pero tanto...

Danny dejó el vaso en la mesa.

—Clarissa me ha dicho que te pregunte —esto se lo dijo a Tim— si podemos entrar a ver algún vídeo. ¿Le importa, señora Peretsky?

A mí sí que me importaba, pero no parecía haber manera de que eso constara en acta.

—Lo siento, cariño —dijo Tim enseñándole los colmillos a Clarissa—. Estamos siendo muy aburridos, y es muy probable que la cosa no mejore. Sabes cómo funciona el chisme, ¿verdad? Ya no me acuerdo de qué podría gustaros de lo que tengo. Pero, cuando hayáis terminado, rebobinad, ¿vale?

Clarissa se levantó y tiró de Danny hacia la puerta por la que antes habían desaparecido los abrigos.

—¿Sabes que el otro día las conté? —dijo el Tim ese—. En ese cuarto tengo setenta y tres películas. Increíble. Ni Samuel Goldwyn tenía setenta y tres películas en su dormitorio. O quizá sí. Qué barbaridad, cómo han cambiado las cosas.

—No parece que tengas mucha prisa por replantearse el papel de la electricidad —dije.

Martha me miró.

—No, demonios. Soy un hedonista total, pero trato de ser eficiente. Ya sabes: no pagues con tu vida las cosas que compras.

—Pero no te importa ir diciéndoles a los demás que renuncien a la electricidad.

—Léete el artículo —contestó Tim—. Yo no les voy diciendo a los demás que

hagan nada. Lo único que he escrito es: esto es lo que tú puedes hacer, si es que quieres hacerlo. Si es que te sirve de algo. Si te sirve de algo a ti, personalmente. No te quedes sin electricidad si una de tus prioridades es ver vídeos. O hacer ponche de huevo con la batidora. O cocinar con el microondas... Y ahora que hablamos de cocinar, si tenéis hambre, hacédmelo saber. Tardaremos un poco en cenar, pero tengo queso y más cosas. A ver, ¿dónde me había quedado? En los chismes. Si te gustan los chismes, los electrodomésticos y estas cosas, y a mí me gustan, entonces quizá te convenga ahorrar en otra cosa, ¿no? Y no es que ahora la electricidad esté muy cara, pero cuando las nucleares empiecen a quedar fuera de servicio y tengan que cerrar las centrales térmicas, ya te puedes ir agarrando. Quizá en ese momento tendrás que empezar a pensar en comprar un generador que funcione con metano, o algún dispositivo de energía solar. O un molino de viento, quizá, si la situación de tu casa lo permite. Y así podrás hacerte un zumo de naranja mientras mandas a tomar por saco a las eléctricas. O no, ¿sabes? Tal vez prefieras quedarte con tu empleo y con tu pensión, si eres de los que creen que el sistema de pensiones es eterno. Pero yo doy por sentado que todo aquel que hojee la revista se sentirá ya un poco insatisfecho.

—Vaya. Si tu mercado es el de los insatisfechos —respondí—, te harás rico.

—Voy trampeando, aunque tengo que amañar un poco las cuentas, por supuesto.

—Tim, esto está delicioso —dijo Martha levantando el vaso—. ¿Puedo tomar un poco más, por favor?

—Puedes tomar más, aunque lo de un poco... no sé.

—Y ahora que hablamos de más... —El Tim ese estaba empezando a caerme bien. Apuré mi vaso y también lo levanté. Se los llevó a la cocina—. Una casa rara —le dije a Martha.

—Era un autocine.

No lo entendía.

—¿Cómo que un autocine? —pregunté.

—Compró todo el terreno —respondió Martha— y luego vendió la zona de los postes, la de los altavoces, ¿sabes? Donde estaba la pantalla y todo. Aquí, justo aquí, estaba el puesto de comida y bebida, el baño y la oficina. Y supongo que el proyector también. Rusty decía que se acordaba de cuando venía por aquí en alguna cita.

—¿Marty? —gritó Tim. (¿Marty?) Tim salió de la cocina—. Qué situación tan embarazosa: acabo de caer en que tengo un par de, bueno, de películas para adultos con el resto de vídeos. No sé si estas cosas te preocuparán, pero mejor avisarte, me parece.

—¡Oh! —Martha se volvió para mirar hacia la puerta cerrada del dormitorio—. Caramba.

Martha se levantó.

—¡Por el amor de Dios! Haz el puto favor de sentarte. —Di unas palmadas al cojín del sofá en un gesto de camaradería.

Martha se sentó.

—Bueno. Esto es como la puerta del granero, supongo: una vez cerrada, ya no vale la pena abrirla —dijo Martha—. No serán vídeos de sadomaso, ¿no?

—Por favor —replicó Tim haciéndose el ofendido.

—Dios, qué cosas tengo... —dijo meneando la cabeza—. ¿Tim? ¿El ponche lo cargas mucho?

—Sin comentarios —respondió. Oí la batidora.

—Es Navidad —dije.

—Te lo estás pasando bien, ¿verdad? —preguntó—. De todas formas, después volvemos a casa y abrimos los regalos, ¿vale? O podemos esperar a mañana, si quieres. Si prefiero el 24 es porque siempre abríamos los regalos por la noche.

—¿Quiénes? ¿Tú y el santo de tu marido? —dije.

—Mi madre y mi padre —respondió—. Rusty era como tú. Prefería la mañana de Navidad.

—Me parece más lógico —dije—. A ver, se supone que Santa Claus viene cuando todos están durmiendo, ¿no? ¿Cómo lograbais que todo encajara?

Martha sonrió, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, hacia el cojín, y quedó con la cara hacia arriba como si estuviera tomando el sol.

—Lo que mi padre solía hacer era escaparse a la cocina para prepararse una copa, eso nos decía él, y de repente oíamos...

Tim colocó ruidosamente los vasos sobre la mesa y los ojos de Martha se abrieron de par en par.

—¡Perdón! —exclamó Tim.

—No pasa nada. Estaba soltando un rollo, como de costumbre.

—No, no, sigue con lo que estabas contando —dijo Tim.

—Estaba hablando de la Navidad. Veréis, mi padre tenía una especie de cinturón de cuero con cascabeles colgando. La noche del 24 solía engañarnos a todos los niños. Era como una parte de un arnés viejo o algo así. —Cerró los ojos y volvió a sonreír.

—¿Y? —exclamó Tim.

—Oíamos los cascabeles fuera y nos alborotábamos muchísimo y entonces él venía corriendo y nos decía que creía que había oído a Santa Claus y, claro, *nosotros* también lo habíamos oído. Supongo que salía por la puerta trasera, iba hasta la entrada y agitaba los cascabeles, y después volvía corriendo a la cocina. Luego entraba en el salón y preguntaba si habíamos oído a Santa Claus fuera. Os lo podéis imaginar: aquello era un pandemónium. Entonces nos hacía subir y escondernos, y cuando él nos diera la señal podríamos volver a bajar y todos los regalos estarían bajo el árbol.

—No me digas —interrumpió Tim— que tú, precisamente tú, nunca te asomaste para ver lo que estaba ocurriendo abajo.

(Estaba hablando de algo relacionado con Martha de lo que yo no tenía ni la menor idea. ¿Le estaba diciendo qué?).

—Vamos, él era demasiado listo para eso —contestó ella—. Siempre le decía a mi madre que subiera con nosotros para vigilarnos. Recuerdo que decía «es para protegerte, cariño».

—¡Dios! —exclamé—. Suena bastante siniestro. ¿Qué coño quería decir con eso?

—Lo que quería decir es que, si Santa Claus te veía, podías quedarte sin regalos. Y no era *siniestro*, Peter.

—Retiro lo dicho —dije—. ¿Y cuál era su excusa para quedarse abajo en circunstancias tan, por así decirlo, *peligrosas*, mientras los demás estabais arriba escondiéndoo de Santa Claus?

Martha se echó a reír y luego dijo:

—Era muy gracioso. Solía decir que tenía que prepararle un trago a Santa Claus.

Meneé la cabeza y dije:

—No cuela. Está claro que estaba abajo al mismo tiempo que Santa Claus, ¿no? Yo creía que nadie podía ver la cara de Santa Claus y vivir para contarlo.

—Y yo qué sé. Éramos niños, Peter. Estoy segura de que si *tú* hubieras estado allí habríamos llegado al fondo del asunto en un periquete. —Y le dio un trago al ponche de huevo.

—Hablando de regalos —intervino Tim—, resulta que tengo un par de cositas por aquí con vuestros nombres. ¿Los abrimos ya o esperamos a que llegue Cindy?

Martha se incorporó.

—¿Es que viene alguien? —preguntó. Puso el vaso en la mesa con demasiada fuerza.

—¿No te lo había contado? Dios. Menos mal que tengo la cabeza atornillada al cuerpo. Es la mujer con la que salgo. De hecho, es la que me regaló el tapiz. —Y miró el tapiz navajo de la pared. Martha seguía mirándole—. Su niña no podía llegar hasta las ocho y media. ¿Qué acabo de decir? Su *niñera*, vaya, no su niña. Ni siquiera tiene una hija. Creo que tienes razón, Marty. *Estoy cargando demasiado la bebida.*

—No sabía que estuvieras saliendo con alguien —dijo Martha.

—¡Pues sí! —exclamó él—. Desde hace tres o cuatro meses. Está divorciada, tiene un hijo de cuatro años y, ¿qué más? Somos muy felices.

—¿Deja a su hijo con una niñera en Navidad? —preguntó Martha.

—Estará durmiendo —contestó Tim—. Ella es muy estricta con lo de la hora de acostarse. Y lo tiene todo preparado para mañana por la mañana. Pero aun así sufre, ¿sabes?

—Lo siento —dijo ella—. Ha sonado como si pensara que es una mala madre o algo así, pero no era eso lo que quería decir. —Aunque no nos aclaró qué había querido decir.

—Te gustará —afirmó Tim.

—Oh, sí, estoy segura —respondió ella.

Silencio. Se oía la televisión tras la puerta del dormitorio.

—¿Alguien tiene hambre? —dijo Tim.

—No, estoy bien —contesté—. Esperaré a que haya quorum.

Martha no dijo nada.

—¿Seguro? —insistió Tim—. Tengo queso de cabra *de primera*, de la región. Bueno, exactamente de la región no es. Lo hacen en el condado de Hunterdon. También tengo queso de verdad. Para gente de verdad. Y tengo una lata enorme de almendras de puta madre que mi tía Jeannie me manda todos los años.

—No, esperaré —dije.

Martha no dijo nada.

Silencio.

—Dios —dijo él—, estáis casi secos. ¿Qué os parece si vuelvo a llenaros las copas?

Levanté la mía y le eché un vistazo.

—No, todavía tengo para un rato.

—¿Martha? —dijo—. ¿Quieres algo más?

Meneó la cabeza para decir que no.

—¡Bueno! —exclamé—, ¡por qué no!

—Así me gusta —dijo Tim—. ¿Qué tal si traigo la jarra aquí para que os sirváis directamente? No tiene sentido seguir con protocolos.

Cuando se fue a la cocina, Martha se volvió hacia mí y dijo:

—Me gustaría largarme de aquí. No me encuentro bien.

—¿Qué te pasa? —pregunté con tono amable, intentando parecer muy preocupado. Pero era tan típico...

Movió la cabeza.

—No lo sé —dijo—, habré bebido demasiado. O algo. Solo quiero irme a casa, si no te importa.

Tim apareció con un tarro de cristal grande, de los de conserva. Otro remilgo. Pero era perdonable. Lo puso delante de mí y dijo:

—Adelante.

—Escucha, Tim. Me parece que Martha ha empezado a encontrarse mal de repente y creo que lo mejor es que me la lleve a casa. Joder, me siento fatal, has hecho la comida y todo pero...

—Lo siento mucho —susurró Martha—. Os estoy aguando la fiesta a todos.

—Mira, por eso no te preocupes —dijo Tim—. ¿Qué te pasa?

—Estoy como mareada —contestó ella—. Puede que haya bebido demasiado. Justo estaba recuperándome de otra cosa.

—¿Quieres tumbarte un rato? —preguntó.

—Creo que lo mejor es que me vaya —dijo ella—. Lo siento mucho, de veras. Cariño, ¿podrías hacerme el favor de ir a buscar a los chicos? —*Nunca* me llamaba cariño. Y menos mal.

—Danny. —Llamé a la puerta para ponerlos sobre aviso.

Estaban tumbados juntos en una cama de plataforma, tapados con una colcha de

patchwork que parecía muy buena. Creo que tenía un motivo de cestas, pero para apreciarlo hacía falta saber de *patchwork*. Judith os lo podría haber dicho. Debían de estar viendo una de las películas de *Star Trek*, porque los personajes llevaban trajes raros y todos eran viejos. Esos dos ni siquiera estaban tocándose. Tocándose el uno al otro, quiero decir.

—Lo siento, chicos —dije—, pero creo que tenemos que largarnos. Martha no se encuentra demasiado bien.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Danny incorporándose—. ¿Se encuentra bien?

Clarissa me miró como si yo saliera en la pantalla y fuera algo relativamente interesante.

—Algo del estómago, probablemente —contesté—. No será gran cosa, pero creo que deberíamos llevarla a casa para que se acueste, ¿entendido?

Danny paró la película con el mando a distancia y se puso de pie. Después dijo:

—¿Puedo hacer algo?

Clarissa siguió sentada.

—¿Mi madre está bien? —preguntó lentamente.

—No hay nada de que preocuparse —contesté—. Solo vamos a llevarla a casa.

—Daniel —dijo Clarissa—, no te olvides de rebobinar como nos ha dicho.

—Lo tengo todo *controlado*, Clarissa —contestó Danny—. No hace falta que me lo recuerdes cincuenta veces.

Cuando salimos estaba nevando.

—Fijaos, una blanca Navidad —dije.

Me gustaría añadir que estaba siendo sarcástico. Aunque, en realidad, con tanto alcohol casero en el cuerpo no es de descartar que estuviera tratando de despedirme con cierta cordialidad. De todas formas nadie contestó.

El suelo todavía no estaba completamente blanco, pero sí lo bastante para que nuestros pasos dejaran huellas oscuras.

Nos metimos en el coche como una familia. Los chicos atrás, los padres delante. Papá al volante. El amigo de la familia despidiéndose desde la puerta abierta de su casa.

Cuando bajábamos por la avenida principal, las ruedas formaban tiras negras en el asfalto blanco y los copos de nieve revoloteaban frente a las luces delanteras. Cuando salíamos de casa para venir, había discutido con Martha por el Reliant: ella había insistido en que lo cogiéramos, lo que constituía, pensé, un voto de desconfianza en mi habilidad para conducir hasta casa; cuando yo, en realidad, conducía mejor cuando estaba borracho, ya que mi concentración era casi absoluta. Pero ahora me alegraba que ella hubiera insistido: sus ruedas estaban menos gastadas.

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—Solo quiero ir a casa —contestó.

—No me ha quedado claro —dije—. ¿Es el estómago o qué?

—Solo quiero ir a *casa* —respondió—. Ni que fuera un crimen.

Miré por el retrovisor. Danny estaba susurrándole algo a Clarissa mientras ella se miraba las uñas.

—Quizá alguien —dije bajando el tono de voz— tenga la amabilidad de contarme qué diablos está pasando. El semental este anuncia que tiene novia, y tú tienes que irte a casa a toda prisa. ¿Podrías decirme exactamente qué hay entre vosotros dos?

—Nada que ver con lo que debes de estar pensando.

—¿Y cómo sabes tú qué estoy pensando?

Le había dado la vuelta a la discusión.

—No te preocupes, Peter —dijo—. En *realidad* no sé lo que piensas. Eres tan *inescrutable* como crees que eres. No corres el peligro de que alguien se te acerque demasiado.

Pensaba que me había dado una puñalada certera, eso era evidente.

—¿Podríamos poner la radio? —preguntó Danny.

La otra cosa que me gustaba del Reliant era que tenía una radio de verdad.

—No creo que pongan más que música de Navidad —dije.

—¡Eso es justo lo que queremos! —exclamó Danny.

Puse la radio, pero solo tenía la AM y no había manera de encontrar música navideña. Radio Noticias 88, música latina y un montón de programas de llamadas de los oyentes.

—Una gran noche para las almas solitarias —dije, y apagué el cacharro.

Martha se echó a llorar.

—Joder —dije. Y, al menos, todo el mundo calló durante el resto del camino.

Unos kilómetros más adelante los hombros de Martha dejaron de agitarse.

Me detuve delante de casa y apagué el coche. Todos se quedaron ahí sentados.

Sin el rumor del motor, el silencio era total (tan total como puede llegar a ser en Nueva Jersey). La nieve caía en el parabrisas y se derretía. Al final, Danny dijo:

—Nosotros vamos a entrar, ¿vale?

Me encogí de hombros como diciendo «Qué coño importa lo que quiera hacer cada uno». A eso se le llamaba no poner nada de tu parte.

—¿Está bien, señora Peretsky? —preguntó Danny.

—Estoy bien —contestó—. Id a casa.

Entonces nos quedamos los dos solos.

—Era el mejor amigo de Rusty —dijo Martha. Bueno, por lo visto ahora tocaba historia de Tim—. Se conocían de antes del instituto, y los dos acabaron aquí otra vez cuando los licenciaron del ejército. No fueron a Vietnam ni nada. En realidad, Tim estaba en las fuerzas aéreas, mientras que Rusty pasó casi todo el tiempo en Marruecos. El caso es que compartían casa y Rusty y yo empezamos a salir. Yo había acabado la facultad y tenía mi primer trabajo de verdad, ya sabes, algo que no fuera de camarera, y encima tenía un novio alucinante. Así que al final me mudé con ellos. Era la única que tenía trabajo. Cada cierto tiempo Rusty recibía un paquete de Marruecos o salía por ahí con Tim y compraban un kilo de marihuana entre los dos que luego vendían en porciones pequeñas y así recuperaban el dinero, y nunca iba más allá de eso. El alquiler subía a unos cien dólares en total. Así que Rusty y Tim iban a gorronear cosas por ahí. Me acuerdo, por ejemplo, de que la madera que quemábamos en invierno la conseguían de seguir a gente que podaba árboles. Creo que el padre de Tim lo metió en el negocio de la cría de conejos. Bueno, total, que estos rollos le metieron a Tim la idea de la revista en la cabeza, algo que Rusty consideraba una locura. Rusty le llamaba el «eme e» porque decía que iba a convertirse en un Magnate Editorial. Yo solía escribir a máquina cuando volvía del trabajo y le ayudaba en esto y aquello. Hacía los dibujitos que aparecían al final de las páginas y esas cosas.

Supongo que lo que yo tendría que haber dicho era «Oh, ¿en serio?, me encantaría ver alguno». No tenía ni idea de que dibujara. A esas alturas ya me daba igual.

La nieve empezaba a quedarse pegada al parabrisas.

—Después, cuando me quedé embarazada de Clarissa —prosiguió—, Rusty y yo nos íbamos a casar y todo eso, pero pensábamos seguir viviendo en la casa igual que antes. Y casi un mes antes de que naciera la niña, Rusty le vendió hierba a un policía de paisano y lo encerraron un año. Eso pasó en el setenta y dos. Mientras, Tim se quedó y cuidó de Clarissa y de mí durante aquel año. Porque yo dejé mi trabajo y todo. Durante una temporada incluso trabajó en la gasolinera del área de servicio de Garden State para ganar algún dinero. Y en ese tiempo nunca pasó nada, te lo creas o no.

—¿Por qué no iba a creerlo? —pregunté.

—No sé. Rusty no se lo creyó. Cuando salió, los tres seguimos viviendo juntos,

pero él no hablaba demasiado con Tim. Conmigo *tampoco*. Había cambiado mucho. Siempre me pregunté si los hombres de allí le hicieron alguna cosa. Pero lo raro de verdad no ocurrió hasta que nos mudamos aquí y Tim se fue a vivir solo.

—Lo raro de verdad —dije.

—Bueno, me pegaba y eso —dijo.

Lo imaginaba.

—El caso es que, después de que Rusty y yo nos separásemos, empecé a ver a Tim otra vez. Quiero decir, no a verle-verle, sino que nos íbamos juntos a hablar de cosas, a cenar. Lo siento, no sé por qué me he puesto tan rara esta noche. Creo que me va a venir la regla.

—Por el amor de Dios —dije—, no te rebajes.

—¿Te parece que esto es rebajarse? —exclamó.

El parabrisas entero estaba ya cubierto de nieve. No se podía ver nada fuera.

—No lo sé. Yo solo estoy hablando. —Aquella era la mayor verdad que había dicho en las últimas semanas—. Hace frío. ¿Quieres entrar?

—Dentro también hace frío —dijo.

—A no ser que los chicos hayan encendido la estufa —dije—. Es broma.

Nos quedamos un rato allí con el eco de mi broma.

—Bueno, mira —dije—, yo voy a entrar.

—¿Me haces un favor enorme? —preguntó—. ¿Podrías dejarme la llave para quedarme aquí con la calefacción mientras tú entras y enciendes la estufa? Yo iré cuando la casa esté caliente. Solo por esta vez. Creo que no podría soportar entrar esta noche y pasar frío.

—¿A qué te refieres con que te deje la llave? Es tu coche, ¿no?

—Te lo agradezco mucho —dijo—. No voy a convertirlo en una costumbre.

—Oye, que no es Navidad más que una vez al año —dije mientras abría la puerta del coche. El Señor Compasivo.

Estaba nevando mucho. El camino estaba completamente blanco y solo sobresalían algunas puntas de césped cubierto de nieve. Hacía menos frío dentro que fuera, pero la estufa estaba tan fría que podía tocarla. En la habitación de los chicos se oía la televisión.

Encendí la estufa y me senté allí con el abrigo puesto. Primero sentí el calor en las espinillas. Después lo sentí en la cara. Luego salí a buscar a Martha. El coche parecía vibrar con las ventanas completamente empañadas y una de esas ocurrencias imposibles se me pasó por la cabeza: que Martha hubiera cogido un tubo de aspirador y que lo hubiera empalmado al tubo de escape. ¿Significaba eso que quería que se muriera, o era una ocurrencia y nada más?

La ayudé a subir los escalones para que no se resbalara. Entró y se sentó en el suelo, junto a la estufa, abrazándose las rodillas como la chica del cuadro de Edward Hopper. Cuando yo era pequeño, mi padre tenía una lámina de ese cuadro colgada en el salón. Una mujer sentada en la cama con la ventana abierta y la cara llena de sol.

Mi padre se había esmerado tanto en pintar encima unas gafas de sol de las que estaban de moda en los años cincuenta que yo crecí pensando que el cuadro era así de verdad. Traté de arrancarme un sentimiento de sobrecogimiento gratuito comparando el minúsculo pinchazo del fuego de la estufa con la inconmensurable inmensidad del fuego del sol. Pero la mente humana no es capaz de saltar de una magnitud a la otra así como así, claro está.

—Supongo que los regalos pueden esperar a mañana —dije.

—¡Mierda! —exclamó—. Me he olvidado de coger los *regalos*. Va a pensar que soy horrible.

—Aunque Él sufra por cómo vivimos —dije—, siempre dirá «os perdono»^[41]. ¿Quieres tomar algo?

Meneó la cabeza.

—Entonces bebo solo —dije, y me fui a la cocina—. ¿Y comer? —pregunté mientras me servía un vaso entero de ginebra.

No hubo respuesta. Me había terminado la botella de Absolut (al que no derrocha nada le falta), pero no te llegaba al alma del mismo modo que mi vieja amiga la ginebra.

Me quedé en la puerta de la cocina mirando a Martha. Esa noche se había puesto la falda de tela vaquera, habría querido enviarle un mensaje a Tim: en su corazón, la década de 1970 no se acabaría nunca. Estaba desabotonada hasta la mitad de los muslos. La parte de delante de la falda le cubría las rodillas, mientras que la parte trasera estaba caída dejando a la vista los muslos blancos y la ropa interior. Yo había alcanzado, por fin, ese estado: ni pizca de deseo.

Miró hacia mí y vio que yo la miraba.

—Te doy permiso para que te emborraches tanto como quieras —dijo—. Si eso es lo que te preocupa.

—¿Cómo? ¿Preocuparme yo? —contesté. Pensé en rematar la pregunta con una risa estúpida estilo Goofy, *ju ju ju*. Pero eso habría sacado las cosas completamente de quicio.

Se oían chasquidos dentro de la estufa de leña.

—Debo decirte, Peter, por si estuvieras sintiéndote culpable, que estas no son las peores Navidades que he vivido. Aunque quizá la idea te halagara.

Se puso de pie y se dirigió al dormitorio.

—Creí que querías calentarte.

—No voy a decir obviedades —respondió.

Sabía lo que habría dicho, pero ¿con qué palabras lo habría formulado?

Oí la puerta del dormitorio cerrarse. Solo cerrarse, sin portazo. Y eso me hizo pensar en cómo las cosas se mueven en círculos, como solían decir los Beatles. Empezabas cerrando la puerta, luego las cosas acababan tan mal que cerrabas de un portazo y después todo iba fatal y lo único que hacías era cerrar la puta puerta, y basta. ¿Y por qué los Beatles? Pues estaría pensando en aquella canción. En

«Tomorrow Never Knows», la del principio del principio del principio...

NUEVE

Yo, despierto; Martha, fuera: el mismo comienzo de siempre. Lo que había cambiado era que no conseguía recordar cómo había llegado a la cama. Cómo había llegado a la cama era obvio: apoyado en el joven y robusto hombro de Danny, ¿no? (Es broma). De lo que no me acordaba, sin embargo, era de haber llegado al dormitorio dando tumbos. Pero aquí estaba. El viejo *res ipsa loquitur*. Qué raro que *loquor* sea un verbo pasivo. Claro que, en latín, cosas como activa/pasiva o masculino/femenino no quieren decir nada, en realidad. Bien por el latín. Ahí tenéis *agricola*, el famoso ejemplo. Según Danny, algunos chicos de su instituto —él no era uno de ellos— querían estudiar latín; debían de creer que les ayudaría a entrar en mejores universidades, pero en el sistema educativo del país ya no quedaba nadie que pudiera dar clases de latín. Otra oportunidad de ayudar al prójimo que había dejado escapar por haber tomado el camino equivocado. Para ser lo primero que pensaba en la mañana de Navidad, era muy raro. Eso si de verdad era por la mañana. Qué pensamientos habrían resultado adecuados, eso no lo sé. ¿Tendrías que quedarte tumbado en la cama preguntándote por qué el Verbo *tuvo* que hacerse carne?

No sabía qué hora era, pero seguro que no habría nadie en casa. Lo sabía por la sensación que transmitían las cosas, y no es que yo crea que las cosas transmiten sensaciones. (Además, suponiendo que lo hicieran, ¿habría alguien menos indicado que Jernigan para sentir las sensaciones esas?) Que yo supiera, los chicos estaban despiertos y tirados en su cuarto después de echar el polvo ruidoso que —ahora caía— me había despertado. Hacía un frío que pelaba, quizá eso es lo que quería decir con lo de la sensación de las cosas. La tarjeta de Rick seguía sobre la mesilla de noche, cerrada. ¿Qué habría escrito que pudiera interesarme leer? (¿Una resma de hojas mecanografiadas, tal vez —algunos párrafos en prosa, otros en verso, como el *opus magnum* de Jack Nicholson en *El resplandor*—, repitiendo una y otra vez «te perdono te perdono te perdono»?) Lo más seguro es que dijera lo mismo que la del año pasado: «Te mando recuerdos». Que les den a los recuerdos. Cogí el sobre para llevármelo a la cocina y lo tiré a la basura sin abrir. Que los buenos deseos se biodegraden solos.

En la mesa de la cocina había una nota: una hoja de cuaderno de espiral arrancada, con perforaciones irregulares en un lado.

Peter, chicos:

He ido a casa de Tim a buscar nuestros regalos. Si os despertáis, hay z. de nar. recién exprimido en la nevera, pan tostado y ¡¡¡MANTEQUILLA DE LA AUTÉNTICA!!! Feliz

Navidad.

M

El reloj marcaba la una menos veinticinco. ¿A Martha no le preocupaba interrumpir a Tim y a su novia mientras hacían el vago en la cama? Entonces no caí en que su novia tenía un hijo al que cuidar, pero de lo otro sí que me había acordado, ¿no? Así que el pobre Tim se quedaría sin poder hacer el vago durante la mañana de Navidad. Por cierto, ¿no había un bateador apodado «El Vago»? Puede que me esté confundiendo.

Liquidé el culo de ginebra que quedaba en la botella de litro —la noche debió de ser tremenda— y abrí otra. Las de dos litros son más económicas, ya lo sé, pero eso era muy de alcohólico. (También era muy de alcohólico preocuparse por si las cosas eran muy de alcohólico). Así que seguía comprando botellas de litro, pero de dos en dos, para no tener que volver tan a menudo. Empezaba otro día. Me obligué a mirar por la ventana. Estaba desconectado de la naturaleza: eso correspondería a..., ¿cuánto?, ¿un dos por ciento del problema? Había mucha luz fuera. El sol parecía haber derretido casi toda la nieve —otra cosa que recordé: la tormenta de nieve de anoche—, a excepción de la que quedaba a la sombra en los troncos de los árboles. Fíjate, sombras blancas, qué te parece.

Bueno, ya sabemos dónde estaba Martha, pero ¿qué hay de los chicos? Vamos a ver, ¿qué clase de chicos saldría de casa la mañana de Navidad? No debían de haber albergado grandes esperanzas, cierto, pero bueno. Supongo que se acabarían cansando de esperar a que el viejo se levantara y decidieron celebrar la Navidad los tres solos. Fui al salón a echar un vistazo; todos los trastos estaban debajo del árbol. Vaya. Menudo misterio. Interesantísimo, además.

Como anoche, por lo visto, debí de quemar todo lo que había en el leñero, lo más urgente era ponerme los zapatos y el abrigo y salir a buscar leña. Etcétera. Oí que arriba encendían la tele. Quizá habían estado esperando a que me levantara para no interrumpir mi sueño. (Es broma). La cosa, en realidad, debió de ir así: Sabemos que ahora estás levantado y esto lo hacemos para que sepas que estamos aquí y para que te vayas a tomar por saco. Puede que la idea de Martha de sentarse en el coche con la calefacción encendida fuera buena: otra cosa de anoche que recordaba. (Si me relajaba y dejaba de pensar en esa noche, los recuerdos irían volviendo. Ya lo decía *El camino del zen en el tiro con arco*, sí señor). Así que me vestí, me puse el abrigo y los guantes, me metí la botella de ginebra recién abierta en el bolsillo interior del abrigo y salí hacia el coche. Eché un buen trago y puse la botella debajo del asiento y pensé a la mierda la chorrada esa de la lata de Coca-Cola: si no eres capaz de distinguir un coche patrulla, no estás en condiciones de conducir.

Me di una vuelta por la ciudad con la calefacción a tope; entre eso y la ginebra me iba calentando poco a poco. El cielo empezaba a cubrirse de nuevo. Y no me daba la gana de volver a esa maldita casa. Acabé conduciendo hasta Paterson y luego tiré

hacia el este por el puente George Washington para llegar a Manhattan. Me desvié por Side Highway a la altura de la Noventa y seis y seguí hasta la Ciento dos. Aparqué en doble fila y miré por la ventana de Tío Fred. No había nada que ver. Después seguí hasta la Setenta y dos con Broadway, rumbo a Gray's Papaya. Era ilógico —joder, era *hipócrita*— considerar deprimente que Gray's Papaya estuviera abierto en Navidad. Me tomé un perrito caliente y una piña colada que me cargué al echarle un chorro de ginebra. Limpié el coche mientras estaba allí aparcado, tiré a una papelera las latas de Coca-Cola Light, las bolsas de McDonald's y el resto de la basura. También me deshice de la maldita chaqueta de *cowboy*. La dejé arriba de todo, así algún vagabundo quizá la viera. Y adiós muy buenas, ciudad más maravillosa del mundo.

Para entonces el cielo ya se había oscurecido; solo se veía un claro al oeste donde el sol se estaba poniendo. Caían algunos copos de nieve. Volvía a recorrer el puente George Washington, esta vez bastante borracho, conduciendo hacia la puesta de sol. El resplandor dorado que tenía delante me invitaba a bajar los párpados y a dejarme llevar. Volví a pensar en Judith. Durante un nanosegundo debió de pensar «Oh, Dios mío» y después «Oh, bueno, a la mierda». Me dio otro dolor de cabeza. O quizá no fuera más que el mismo de antes. Por andar entrecerrando los ojos. Por culpa de la puta mano, que me dolía. Por preocuparme por lo malo que estaba siendo, desapareciendo durante horas el día de Navidad, borracho y con los regalos sin abrir.

Había una Suzuki Samurai roja aparcada delante de casa. Estaba reluciente. Sería de algún amiguito engreído de Danny y Clarissa. A tomar por saco, quizá saldrían a dar una vuelta bajo los efectos del alcohol o de lo que fuera y me dejarían en paz. Eso venía a ser lo mismo que desear la muerte de tu hijo.

En la cocina había una bolsa de cuero negro colgando de una de las sillas. Apestaba, era la típica peste de cuero nuevo. Miré por la puerta hacia al salón. Danny y Clarissa estaban en el sofá separados por un cojín. Clarissa, como siempre, mirando sus Reebok negras. Danny fumando. Nadie hablaba. El visitante estaba en el sillón Morris. Desde la entrada se veía una pierna formando un ángulo agudo: una bota de *cowboy* con el tacón desgastado asomando de unos vaqueros lavados al ácido. Danny me miró y movió la cabeza de un lado al otro. Le devolví un saludo desenfadado —traducción del saludo: «Que te jodan a ti también»— y me acerqué al escurrer platos para coger un tarro de gelatina. No te puedes llevar la botella a la boca cuando hay visita.

Cuando me di la vuelta había un hombre en la cocina que dijo:

—¿Eres Jernigan?

Si parecía más alto que yo era por el tacón desgastado de las botas. Tenía mucho pelo —recordaba a uno de esos políticos que quieren parecerse a Kennedy— y uno de esos rostros de piel demasiado tirante, iguales que una careta. De no haber sido por las bolsas de debajo de los ojos, iguales que unos pechos, podría haber parecido más joven que yo. Sonreía, o por lo menos enseñaba los dientes. Llevaba un jersey de

punto negro y vaqueros muy ajustados. Había mucho espacio entre sus muslos.

—Rusty Ronson —dijo.

«Fue Rusty quien me metió en esto».

—¿Ronson? —dije.

—Oye, me ha cambiado la vida —dijo—, ¿sabes lo que te digo? Que se quede ella con el Peretsky. Total, se hace tanto la víctima... Y a mí no me ha hecho ningún bien. Pe-RET-sky.

Empezó a cantar su nombre al son de un charlestón:

Pe-RET-sky, Pe-RET-sky.

Las cosas esas tan raras que bacía Pe...

RET-sky, Pe-RET-sky.

Ya no seré más como él.

Alcé la botella y el vaso al nivel de sus ojos.

—¿Un trago? —dije, pensando que quizá así podría suavizar las cosas.

—Creo que primero tenemos que conocernos —contestó. Sacó la cartera del bolsillo trasero y me dio su tarjeta: se veía la parrilla del radiador de un Rolls Royce con el logo RR y debajo, con letras góticas, RUSTY RONSON & CO.

—¿Ahora te has metido en el sector del automóvil? —dije yo, tan desenvuelto. Sin miedo.

—¿El sector del automóvil? —contestó—. ¿Eso te ha contado ella? Mierda. —Meneó la cabeza y prosiguió—. Promoción. Soy promotor independiente. Dime una cosa: ¿qué clase de circo has montado en mi casa? Todos sabemos que te follas a mi mujer. De eso no hay duda. Pero ¿has tocado a mi hija?

Detrás de mí, en la entrada, vi a Danny.

—¡Oye, Dan! —exclamé—, ¿por qué no te llevas a Clarissa a dar una vuelta?

—Te he hecho una pregunta.

—¿De qué va esto? —dije. *Levantó los brazos y se quitó la sudadera*—. Claro que no he tocado a tu hija. —*Pechos blancos*.

—Ella no dice lo mismo.

Miré a Clarissa. Ella me miró.

—No he dicho nada —dijo ella—. De verdad, señor Jernigan. Papá está gastándole una de sus bromas pesadas.

—Valevalevale —dijo moviendo la mano de un lado a otro como si estuviera borrando una pizarra—. Tengo derecho a ponerte a prueba, ¿no? Es mi responsabilidad, ¿no? Como padre. Como puto *padre*, hombre. Ahora me he asegurado del todo de que es Danny, y nadie más que Danny, quien se tira a mi hija. Creo que ahora sí me voy a tomar un trago.

—Me parece que no queda tónica —dije—. ¿Te vale con agua?

—No queda tónica —respondió meneando la cabeza—. Este lugar se ha convertido en un estercolero. Me están entrando ganas de volver y poner las cosas en

su sitio. De darte una buena paliza.

Llené un tercio del vaso con ginebra y pregunté:

—¿Cuánta agua quieres?

—Lo que a *ti* te parezca bien —contestó—. Ahora tú eres el hombre de la casa.

Fui al fregadero, llené el resto del vaso con agua y lo removí con un cuchillo que había en el escurrerplatos.

—Eres un tipo admirable —dijo, y añadió algo más bajo—: Y un marica.

Cogí otro vaso del escurrerplatos y lo llené de ginebra. Fue lo único que se me ocurrió como respuesta.

—Bueno, Danny Boy —prosiguió—. ¿Qué tal se porta en la cama?

—¡Danny! —exclamé mirando a Rusty Ronson—, haz el favor de llevarte a Clarissa fuera de aquí. Y tú vete también.

Con los ojos todavía clavados en Rusty Ronson, vi las borrosas siluetas de los chicos salir y desvanecerse en la puerta. Tenía la botella de ginebra a mano. Otro punto a favor de las botellas de litro: podías agarrarlas del cuello y romperlas para hacerte un objeto contundente dentado, aunque suponía que en un primer intento de fabricación muchas cosas podrían salir mal. Quizá bastara con golpear al hijo de puta con ella.

Rusty Ronson volvió la cabeza y miró hacia la entrada, ahora desierta.

—Bien —dijo—, ahora podemos hablar.

Apuré el vaso de ginebra con agua de un solo trago y dejó el vaso en la encimera.

—Hablemos de lo que estás haciendo aquí —dije.

—Es una visita navideña —respondió levantando las manos—. Cuando vengo, traigo alegría. Acéptalo.

—Estoy seguro de que Clarissa quiere ver a su padre y todo eso. Lo que pasa es que este no parece ser el mejor momento, ¿entiendes?

—¿Me equivoco —dijo—, o la refrescante y agradable sensación que noto en el culo es tu lengua, que me lo chupa? Eres un puto *monigote*. Un payaso. ¿Cómo te atreves a decirme *a mi* que no puedo venir a mi propia casa? ¿Quién coño te crees que eres?

Meneé la cabeza.

—No creo, en absoluto, que esta siga siendo tu casa.

—Y una mierda. Enséñame un *papel* en el que diga que no es mi casa. Mira, tío, si me da la gana vendo esto mañana mismo. Aunque *tu* culo esté encima, el culo *de ella* y el de cualquiera que esté *aquí*. Pero no lo hago porque soy *buen persona*. Hago todo lo que puedo por mi familia —dijo con tono quejica—. Escucha, de hombre a hombre: ¿te quieres colocar?

—¿Con qué? —pregunté. Pensé que eso me daría alguna pista.

—Con qué. Me encanta. —Meneó la cabeza—. Si tienes que preguntar —añadió levantando el índice— es que no quieres colocarte. ¿Eso es lo que les enseñas a los chicos? ¿A preguntar con qué? Mira, no hagas ni caso de mis gilipolleces. En serio,

estás haciendo un trabajo de primera con ellos, tío. En serio. Estoy muy impresionado. Y por lo que a mí respecta, mientras me coloque, el con qué me da igual.

Rebuscó en el bolso de cuero y sacó un botecito blanco.

—Mucho ojo —dijo antes de dármelo.

Y me las ingenié, no sé cómo, para no dejarlo caer. Era un botecito de plástico con tapa de rosca: hierba gatera de la marca Dr. Daniels' Summit. Había una imagen de un gato enloquecido subido a una cima rocosa y rodeado de picos de aspecto andino. El gato llevaba una pajarita desmesurada, quizá para dar a entender que seguía siendo una mascota inofensiva a pesar de lo colocado de hierba gatera que iba. Desenrosqué la tapa. Había una cucharilla fina medio enterrada en un polvo blanco.

—La fórmula especial de Ronson —dijo.

—¿Fórmula de qué?

Se encogió de hombros. Puse la tapa en el botecito y cuando la hube enroscado bien se lo devolví.

—¡No te importa!, ¿verdad? —exclamó mientras volvía a desenroscar la tapa—. Estoy seguro de que has visto esto en televisión.

Se metió una cucharadita llena en cada fosa nasal. Después repitió. Siguió esnifando y frotándose en la parte inferior de la nariz con el índice.

—*Rrrighty-o* —dijo—. Venga, te doy diez puntos si adivinas quién decía eso. *Rrrighty-o*. Un dibujo animado famoso.

Sabía que era Félix el Gato, pero no podía decir nada. No si quería conservar la dignidad.

—Lo has visto en televisión —insistió—. Sé que lo sabes. Y tú *sabes* que yo sé que lo sabes. Pero no quieres decirlo porque esto es algo serio, ¿verdad? Un intruso en tu propia *casa*. Y acabas de darte cuenta de que *no es* tu casa.

—Me resulta difícil creer que en algún momento del divorcio...

—¿El divorcio? ¿*El* divorcio? Venga, no me digas que la pequeña Martha va por ahí diciendo que... Escucha. De hombre a hombre: es una puta loca.

—Lo que me estás diciendo es que Martha y tú no estáis divorciados.

—Ven aquí —dijo—. Ven aquí, ven aquí, no voy a hacerte nada. ¿Quieres verlo en papel? *Ven aquí*.

Fue derecho al cajón donde Martha guardaba las guías telefónicas, hojeó un poco y encontró la P.

—¡Veamos! —exclamó, avanzó dos páginas y retrocedió una, después recorrió de arriba abajo la columna con el dedo—, Peretsky, R. No Peretsky, Sra. o Peretsky, M. Una puta R, tío. —Se golpeó el pecho y prosiguió—. ¿Ves?, conozco a Martha, Martha es genial. Pero siempre ha tenido este problema. Que no dice la *verdad*, ¿entiendes lo que te digo?

—Venga, hombre —contesté—. Lo que pasa es que no se ha cambiado el apellido.

—¡Danny! ¡No! —gritó Clarissa.

Me di la vuelta y vi a Danny sosteniendo la pistola y a Clarissa agarrándola.

—Clarissa, apártate de él —dije. Ella se apartó—. Danny, ¿qué crees que estás haciendo?

—Quiero que se largue de aquí —contestó Danny.

—Estaba a punto de marcharse —dije lanzando una mirada a Rusty Ronson. Una mirada mucho más dura, debo decir, que las que me había atrevido a lanzarle antes—. Y ahora baja el arma.

Danny no se movió.

—Oye —exclamó Rusty Ronson—, me gusta este Danny Boy.

—Tú a mí no —dijo Danny.

—Danny, *ya basta* —dije—. Ya se va. Ahora baja el arma. Di un paso y él movió el arma para apuntar vacilante al espacio entre Rusty Ronson y yo.

—Papá, voy muy en serio.

Rusty Ronson se rió y dijo:

—Vale. Estupendo. Yo me largo. Venga, socio —dijo a Danny—, lo que voy a hacer ahora es ir a por mi abrigo a la habitación de al lado...

—¡Clarissa! —exclamó Danny sin mirarla—, ve a por su abrigo, ¿vale?

Movió el arma para volver a apuntar a Rusty Ronson, que tenía las manos en alto como si fuera un *cowboy*.

Clarissa trajo una cazadora Eisenhower de cuero que apestaba.

—Bueno, ahora voy a ponerme la cazadora —dijo Rusty Ronson. Se la puso. Después avanzó hacia su bolsa—. Ahora voy a coger mi bolsa de la silla, ¿vale? —Se la colgó al hombro y añadió—: Danny, ha sido un placer. Clarissa, no te olvides de tu viejo.

Se despidió con un saludo militar, muñeca floja y dedos en las cejas, y entonces desapareció por la puerta. Clarissa corrió por el salón y subió las escaleras.

—A ver, chaval —dijo a Danny—, estás completamente loco. —Oí la puerta de Clarissa cerrarse de un portazo—. Dame eso inmediatamente.

—Sabe que no puede venir aquí —respondió Danny dirigiéndose a la puerta—. Ha estado vigilando la casa hasta que la señora Peretsky se ha ido. Tiene una orden contra él.

Todo esto era nuevo para mí.

—Ya basta —dije. Me quedé de espaldas a la puerta—. No sabes dónde te estás metiendo. El tipo estaba *drogado*, podía tener una *pistola*. Puede que esté *esperando* ahí fuera. Voy a llamar a la policía.

Fuera se oyó el ruido de un motor de coche.

—¡No es muy *buena* idea, papá! —exclamó Danny—. Diría que yo le he estado apuntando con una pistola.

Me volví y, con el índice, aparté la cortina de percal que ocultaba el vidrio de la parte superior de la puerta. Me asomé y vi unas luces traseras rojas alejarse.

Parpadearon y desaparecieron tras una colina.

—¿Se ha ido? —preguntó Danny.

—Claro —contesté soltando la cortina—, *por ahora*.

Levanté el auricular del teléfono de pared; directa a mi oreja, la señal de línea. Danny se abalanzó sobre mí, aferró el auricular y lo colgó. La señal paró.

—Por favor, papá, *olvídalo*, ¿vale? No va a volver. Lo que hará la policía será venir aquí, probablemente encuentren la pistola, después registrarán mi cuarto y el de Clarissa y..., bueno, ya sabes.

Ahora ya lo sabía.

Danny abrió la puerta y salió caminando igual que un *cowboy* patilargo. Cuando llegó a la calle se detuvo. Estuve mirándolo un rato: movía la cabeza lentamente, primero a la izquierda, luego a la derecha y luego a la izquierda otra vez. Tenía el cuello flacucho. Cayeron un par de copos de nieve. Después otros más. La pinta que tenía allí, quieto en la calle, me recordó a su primer día en el colegio de verdad. Fue en 1977. Él tenía seis años y se quedó esperando en la entrada de casa con la bolsa del almuerzo. Incluso entonces él sabía que las fiambreras eran solo para niños. Judith y yo lo mirábamos desde la ventana del salón. En ningún momento se dio la vuelta.

Volvió a entrar y dejó la pistola en la mesa de la cocina.

—Papá —dijo—, ¿podrías hacer algo con esto, guardarlo en alguna parte? No me parece buena idea que, esta noche, Clarissa sepa dónde está.

Después subió las escaleras. Ninguno de los dos volvió a bajar.

Me senté y bebí más ginebra. Saqué el atlas de carreteras Rand McNally de Martha y busqué: de Nueva Hampshire a Vermont. Ya sabía cómo se iba a la caravana de Tío Fred, solo quería ver el punto solitario en el mapa y las carreteras rojas y azules, igual que venas y arterias. Luego encendí la televisión y me puse a ver las noticias del canal 9. Al menos no hablaban de nosotros: eso era lo único que podía decir a propósito de las noticias del canal 9. Prefería las del canal 7 porque Kaity Tong me ponía más cachondo que esta del canal 9, la como-se-llame, pero en el canal 7 las noticias aún no habían empezado. Bueno, cachondo no, solo un poco..., no sé. Pasaron a los anuncios y me levanté a mear. Estaban en el de los silenciadores Meineke. En el cuarto de baño se oía el mismo anuncio, venía del cuarto de los chicos. Tal vez el sonido viajara por las cañerías, subiendo y bajando. Traté de inventarme un chiste sobre la idea de la música de ascensor, pero no me salía, el muy cabrón.

Martha llegó justo cuando estaban empezando los deportes, que de deportes no tenían gran cosa porque era Navidad; pero el tío de los deportes —que no era, ni con mucho, tan bueno como Jerry Girard, el del canal 11— tendría que salir de todos modos. Y ahora, ¿qué le echaba en cara? ¿El asunto de Rusty Ronson o lo de dónde diablos había estado todo el día? Terminé decidiéndome por lo de Rusty Ronson porque, a decir verdad, lo otro ya me importaba una mierda. Total, iba a largarme de todos modos.

—Hoy he tenido una breve visita navideña —dije. ¡Qué sarcástico!

—¿Ah sí? —dijo ella; (no) parecía muerta de la curiosidad. No tardaría ni un segundo en despertar su curiosidad.

—¿Quieres saber de quién?

—¿Me gustará saberlo?

—De tu marido —seguí—, que anda por ahí diciendo que aún es tu marido, lo cual me resulta bastante desconcertante. ¿No te resulta bastante desconcertante? —Todavía le quedaba suficiente dignidad como para no responder—. Ya podrás imaginarte mi sorpresa.

Ella negó con la cabeza. No me miró.

—No me lo puedo creer. Qué raro —dijo—. Precisamente, estaba a punto de... No sé, no me creerás, ¿por qué habrías de creerme?, pero hoy, de verdad, me han dado el nombre del abogado este, al que fue la hermana de Tim cuando se separó.

—¿Ah sí?

—Hoy he tenido una larga charla con Tim —continuó Martha—. Me ha ayudado

mucho, de verdad.

—Sí, me lo imagino.

—Y ahora, precisamente ahora, pasa esto.

La estufa hacía ruido: algo por dentro que se desplazaba para luego asentarse. Yo, en la butaca reclinable; Martha, con los pies doblados bajo las piernas en la esquina del sofá que más lejos de mí quedaba. Cada uno en silencio pero viajando por lo más profundo del espacio, como si estuviéramos a bordo de la *Enterprise*, donde no había norte ni sur, ni arriba ni abajo. Por un lado quería que todo ese asunto volase en mil pedazos en ese instante, como en lo de la teoría del Big Bang, para subirme al coche y largarme a Nueva Hampshire. Pero por otro lado esperaba que esa fuese una pelea de otras tantas y que terminase antes de que empezara *Star Trek*. Quizá esa noche, para celebrar la Navidad, darían el episodio en el que el Capitán Kirk se encuentra con unos que adoran al sol; eso cree él, pero resulta que en realidad son cristianos. Aunque, de haberlo dado, lo habrían dado la noche anterior. Martha y yo estábamos fatal. Todo ese asunto me recordaba al día que me casé con Judith. Casi todos nuestros amigos vinieron a la boda (de la familia solo estaba Rick: Judith le había prohibido a su madre que fuera y, para compensar; me obligó a vetarle la asistencia a mi padre), y el pastor les encomendó que «apoyasen y defendiesen» nuestro matrimonio. Defender... Vaya: un pastor en sintonía con los tiempos. Supongo que se refería a que, cuando uno de los dos quisiera abrirse, ellos, los amigos, tendrían que disuadirnos, o a que el Tío Fred debía dejar de presentarme a sus compañeras de trabajo. Pero Martha y yo habíamos estado solos: sin nadie que nos apoyara o nos defendiera. Y no es que, a la larga, Judith y yo nos hubiéramos sentido apoyados o defendidos. Pero ahora, con Martha, hasta los hijos escurrieron el bulto en cuanto nos hubieron emparejado. Y claro, Martha y yo ni siquiera nos conocíamos. Miré por la ventana. Joder, estaba nevando de verdad.

—Así que es cierto —dije.

—Lo siento. Hice mal en no contártelo.

—Increíble —dije—. Yo pensé... Perdón: tú me llevaste a pensar que me estaba metiendo en una cosa cuando en realidad me estaba metiendo en otra completamente diferente. De haberlo sabido...

—Entonces hice bien callando —dijo ella—. No te habría dado igual.

—¿Cómo voy a saberlo ahora?

—Ay, Peter, por favor, no me vengas con gilipolleces. No a estas alturas.

—¿Y tú no me has salido con gilipolleces? Lo pintaste todo como si esta fuera la típica familia feliz americana que había terminado envuelta, por simple casualidad, en un problemita de nada. —Uní el pulgar y el índice para que se hiciera una idea de la magnitud del problema—. Y luego me enteró de que —empecé a llevar la cuenta con los dedos—: a) tu hija sabe chutarse; b) tu marido ha estado en la cárcel; c) ni siquiera estás separada de este personaje, y d) entre tu hija y él pasó algo espeluznante. Sin contar lo de que él te pegaba y sabe Dios qué cosas más que aún no

me has contado.

—Tú creíste exactamente lo que quisiste creer, Peter —dijo Martha—. ¿Es que pensabas que esas familias perfectas y saludables existían de verdad, esperándote para recibirte con los brazos abiertos? Eres un borracho cuya mujer borracha se suicidó. ¿Y quieres oír algo realmente patético? Me pareció que estabas muy bien.

—Entonces estamos empatados. Tú te has desengañado. Yo me he desengañado.

—Tendría que haber sabido —continuó ella— que no podías ser mi amigo sin saber con quién te estabas mezclando. Pero no quería que lo supieras, porque entonces no habrías querido ser mi amigo. Trampa 22.

—Algo ha pasado —dije, sin mirarla a los ojos.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Te lo ha contado Danny? —preguntó.

Ja, pensé: así que realmente había pasado algo. Aquí viene.

—Vagamente —respondí.

Martha suspiró.

—En realidad, yo no lo sabía —explicó—. Es decir, quizá lo supiera inconscientemente, pero no lo supe de verdad hasta un día que llegué y..., vamos, que él estaba... —Martha agachó la cabeza y se puso a llorar, como en «Tom Dooley». («Agacha la cabeza, Tom Dooley. Agacha la cabeza y llora...») Maldita sea, esa canción..., haría años que no pensaba en eso.

Debí de terminar pensando en Tom Dooley para distanciarme de la situación.

—Y esa es la persona con la que todavía estás casada. —Hallarme en una posición de superioridad moral no era algo que me sucediera todos los días; quería alargar un poco la cosa, para ver qué pasaba.

—Tú no lo entiendes —dijo Martha, ya más calmada—. Puede que resulte imposible de entender. Pero lo eché de casa y le conté a la policía que me había pegado y que había estado amenazándonos, lo cual era cierto, y conseguí una orden de alejamiento y también llevé a Clarissa al psicólogo enseguida.

—¿Y entonces por qué no sigue yendo al psicólogo?

—Peter —dijo ella—. Ya has visto cómo vivimos. Rusty siempre dice que va a mandarnos dinero y después no manda nada, y luego tenía un montón de planes que no me salieron. Ha sido difícil, muy difícil, eso es todo. Desde que..., bueno, desde que se lo llevaron, en realidad. Incluso desde antes de que naciera Clarissa.

Yo negué con la cabeza.

—Hay lugares a los que puedes ir —dije sin ningún conocimiento de causa—. Tienes al loquero del instituto, por el amor de Dios. —Al menos eso sí lo sabía. Danny había ido un par de veces, cuando sus notas empeoraron tanto. El loquero pensaba que el problema tendría algo que ver con la muerte de su madre. Perspicaz. No por nada el tío se embolsaba veinticinco de los grandes.

—Sí —dijo Martha—. ¿Y sabes a cuántos chicos atiende en el transcurso de un día?

Eso se estaba poniendo aburrido y técnico. Y, encima, me dolía la mano.

—¿Por qué demonios no te has divorciado? —dijo—. Razones legales no te faltaban. Si te hubieses divorciado, él tendría que enviarte dinero. Y si no, de vuelta al trullo.

—Tenía miedo de lo que pudiera hacernos —respondió Martha—. De verdad, pasar por todo eso ya había sido suficientemente duro. Y además habría tenido que someter a Clarissa a otra tortura justo cuando ya empezaba a superarlo. Rusty está loco.

—¿Y no se te ocurrió contarme nada de esto?

—Sí que se me ocurrió, Peter —dijo—. No lo sé, es muy tonto. Tenía miedo de que salieras corriendo, que es lo que ha terminado pasando de todos modos, supongo. Esta no me la perdonas, ¿verdad?

Eso me hizo pensar en el viejo «Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Como un letrero colgado en, pongamos, una tintorería: EN DIOS CONFIAMOS, EL RESTO DE CLIENTES PAGAN EN EFECTIVO. Hacía ya tanto tiempo de todo eso...: Tom Dooley el que agachaba la cabeza, y el perdonar a nuestros deudores. Como si fuera otro, no yo, el que supiera de qué iba todo eso y dónde encajaba. Lo único que se me ocurría en ese momento era: si al menos pudieras irte de aquí esta noche tal vez la mano dejaría de dolerte. Pero eso era un pensamiento mágico, y el pensamiento mágico no es bueno.

—De hecho, Danny y yo llevamos un tiempo hablando de irnos a vivir solos. —Bueno, lo cierto es que sí que lo habíamos hablado una vez—. Y esto ha servido para... —Otra cosa que me tenía harto era tener que pasar el rato buscando la palabra justa—, para consolidarlo. —«Consolidar» existía, casi con seguridad, pero ¿sería la palabra adecuada? ¿Qué tal *reafirmar*? ¿O *exacerbar*?

—Ah. ¿Lo ves? Yo no tenía ni idea. Vamos, que a estas alturas ya ni siquiera sé qué tengo derecho a decir. Si te digo que me has ocultado algo, no tienes más que darte la vuelta y decir que yo te he ocultado algo a ti... —Martha extendió la mano y sopló como si estuviera echando a volar todos sus reproches.

Me puse de pie.

—¿Adónde crees que vas a ir? —me dijo.

—A hablar con Danny —le respondí—. Si a ti no te importa.

—No, lo que quiero decir es ¿adónde irás? Cuando te marches. Porque eso es lo que harás, ¿no?

—Eso es lo que haré —afirmé—. Nos han ofrecido un lugar donde quedarnos. Al norte, en Nueva Hampshire.

—Ofrecido —dijo ella.

—Un amigo —dijo.

—Ah, siempre hay un amigo, ¿no es verdad? Claro que Nueva Hampshire..., muy frío en invierno. Pero nada es para siempre, ¿no?

—Ay, ahórratelo —le dije.

Me sentía extraño estando de pie. Después de haber estado sentado, quiero decir. Pero podía caminar bien.

—Voy —dije muy digno, con la mano sobre el picaporte como en *Qué bello es vivir*, claro que yo no me quedé con el picaporte en la mano— a hablar con mi hijo. Podrías aprovechar para hacer otro tanto. —Me refería a que fuera a hablar con su hija. La frase debió de parecerme muy de Samuel Johnson.

Martha se puso de pie y me siguió. Parecíamos unos padres que suben a hablar con sus hijos.

Con *Star Trek* o sin él, ya no aguantaba otra noche de esas. Llamé a la puerta. Nadie respondió, solo se oía la televisión. Luego Danny gritó:

—¿Qué?

—Hola, Dan. Espero no estar interrumpiendo, pero tengo que hablar contigo urgentemente.

Escuché el chasquido del pestillo. A medida que la puerta se abría para que en el resquicio cupiera una cara, el volumen de la televisión iba subiendo. La cara de Danny: sus ojos a la altura de los míos. La peste del porro.

—¿Urgente? —preguntó—. ¿Superurgente?

—¿Estás en condiciones de hablar? —le dije.

—¿Lo estás tú? —preguntó él.

—Si estás suficientemente centrado como para ser impertinente —dije—, es que estás suficientemente centrado como para hablar. ¿Puedes ponerte algo más abrigado y salimos a caminar?

Impertinente. Vaya. Por lo visto, estaba recuperando el poder de la palabra.

—¿A caminar? —dijo Danny—. Papá, fuera está nevando.

—Danny, por Dios. Tienes dieciséis años: caminar bajo la nieve es divertido. A ver si me entiendes: flipante.

Gran suspiro de mártir adolescente.

—Está bien. Dame un minuto, ¿vale?

Bajé y eché otros dos tragos de ginebra. Me guardé la botella en el bolsillo del abrigo. Fuera hacía tanto frío que la nieve seca crujía cuando la pisábamos. Danny caminaba con dificultad, con la capucha de la parka echada hacia atrás y las manos en los bolsillos. Por Dios, estábamos en invierno, ¿ni siquiera tenía un par de guantes? Tenía dieciséis años, qué iba a hacer, ¿comprárselos él mismo con la paga? Los copos de nieve resplandecían sobre su pelo.

—Siento haberte arrastrado aquí fuera —le dije—, pero he pensado que no deberíamos hablar de esto en casa. No me ha parecido —tardé un segundo— apropiado.

—¿Apropiado el qué?

—Bueno —dije—, recuerdo que cuando fuimos a buscar el árbol dijiste que la situación, pensando en Clarissa, ya sabes, era un poco rara.

Danny no dijo nada.

—Bueno, si lo recuerdas, no es que a mí no me lo pareciera. Era solo que..., no lo sé. Pero después de lo de hoy..., bueno, que creo que de repente tú y yo deberíamos retirarnos. Creo que meternos en esto fue precipitado.

—¿Y? —dijo—. Ya estamos aquí, ¿no?

—No lo estamos —dije—. Es decir, sí que estamos aquí. Pero tenemos otras opciones.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles? —insistió—. Si ya ni siquiera tienes trabajo.

—Acabamos de vender una casa de ciento treinta y siete mil dólares —respondí—. No estamos exactamente desamparados.

—¿Ah, no? ¿Y cuando se terminen?

—Ya nos preocuparemos por eso cuando llegue el momento —le respondí.

Él se calló. Las farolas hacían que la nieve se viera medio rosa. Delante de nosotros, sobre la nieve rosa, pasaban nadando pequeñas manchas negras: las sombras de los copos de nieve.

—Ya sabía yo que ibas a gastártelo todo. *Arrivederci* Berklee, ¿no? —¿De qué le sonaría lo de *Arrivederci Roma*? Quizá había oído la canción por la tele..., suponiendo que el juego de palabras fuese deliberado.

—Mira —le dije—, nos han ofrecido un sitio para vivir sin tener que pagar alquiler. Yo puedo conseguir algún trabajillo de mierda, así ni siquiera tendríamos que echar mano del dinero.

—¿Qué sitio?

—El de Tío Fred, en el campo.

—¿Ahora se supone que tenemos que vivir en una caravana en Nueva Hampshire? —dijo—. Papá... Es una locura. ¿Hay algún instituto al que pueda ir?

—En Nueva Hampshire hay instituto —dije—. Está en Estados Unidos, ¿lo sabías?

—Claro, colegios para granjeros. Ni siquiera conocemos a alguien allí.

—Pues haces nuevos amigos y ya está —insistí—. Aquí tampoco conocíamos a nadie cuando llegamos de Nueva York.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerme amigo de unos granjeros?

—Ponte a vender drogas —dije—. Harás amigos.

Danny se agachó, hizo una bola de nieve con las manos desnudas y se la lanzó al STOP. La nieve estaba tan seca que se deshizo en mitad del vuelo.

—Y suponiendo que tu falta de habilidades sociales fuera tan grave como para no dejarte otra opción —seguí—, sigues teniendo tu música, ¿no? Es probable que ahí arriba haya alguna banda muriéndose por tener a alguien como tú de guitarrista.

—Sí, claro —dijo—. Para tocar música de granjeros a lo Willie Nelson.

—No estoy diciendo que vayamos a quedarnos ahí para siempre, sino solo mientras tratamos de aclararnos. —Iba inventando sobre la marcha—. Subimos, disfrutamos de la tranquilidad, nos relajamos un poco y ya veremos. Mira, vayamos a donde nos apetezca, podemos permitirnoslo. Si se te ocurre algún otro lugar al que

quieras ir, vayamos. O al menos discutámoslo.

—Estoy donde quiero estar —dijo él. Se agachó y trató de hacer otra bola de nieve—. Esta cosa no aguanta —se quejó, y volvió a meter las manos en los bolsillos.

—¿Quieres caminar hasta Oakdale? —le propuse.

—Si tú quieres —respondió. Y una manzana más adelante me preguntó—: Papá, ¿hay algún lugar donde quisieras estar?

A tu hijo no puedes responderle «Muerto y en el cielo».

—Es lo que estoy tratando de descubrir. Esa es una de las razones por las que la caravana de Tío Fred me llama la atención. ¿No?, la naturaleza, el silencio. Toda esa mierda a lo Wordsworth. Muy decimonónico por mi parte, desde luego. —¿Con quién pensaba yo que estaba hablando? Probablemente, para Danny decimonónico significaría de 1900—. Como Thoreau. —Silencio—. Huckleberry Finn.

—¿Y entonces por qué no te vas tú y ya está? —preguntó Danny.

—No voy a dejarte aquí solo, evidentemente.

—¿Por qué no? —dijo—. Yo estoy bien.

—No lo estás —le dije—. Si incluso antes de lo de hoy me habías comentado lo raro que te parecía esto. Has tenido que echar de casa al padre de tu novia con una pistola. No pienso dejar que crezcas así.

—El tío está loco, tampoco es para tanto.

Más adelante, colgando no muy lejos de la acera, había una rama cubierta de nieve. Danny corrió hacia la rama —yo aproveché para sacar rápidamente la botella y beberme un buen trago, tosí y me atraganté— y dio un salto con el brazo derecho levantado, como si quisiera encestar. La nieve iba cayendo sobre su cabeza descubierta. Mientras esperaba a que lo alcanzara se pasaba la mano por el pelo, quitándose los copos de nieve que brillaban bajo la luz de las farolas. A este niño precioso lo habíamos hecho Judith y yo.

—Danny —le dije—. Nadie tiene por qué vivir así. A menos que uno viva en el puto Beirut.

—No sé —dijo—. Supongo que lo que quiero decir es que las cosas no vienen solas, ¿entiendes?

Nunca habría imaginado a Danny capaz de percibir, y mucho menos enunciar, una verdad general, aun en forma tan embrionaria.

—Me parece un razonamiento muy unidimensional. —Ah, daba igual: de cualquier modo él nunca sabía de qué coño le estaba hablando. Si era capaz de sentarse a escuchar a los tarados de Megadeth, podía sentarse a escucharme a mí.

—Clarissa me ha contado que su padre ya lo había hecho otras dos veces —dijo—. Una vez ella trató de clavarle unas tijeras y todo. Él la agarró o algo así y ella simplemente: ¡chan! —Danny se me vino encima como la madre de *Psicosis*, con la boca bien abierta, los ojos desorbitados y un cuchillo imaginario en el aire.

—Y aún piensas que el tío no es peligroso —le dije.

—No lo sé —dijo—, viniendo de Clarissa, puede que ni siquiera sea cierto.

—Da igual —dije—. Esto es un puto circo. Nos largamos.

—La mayor parte del tiempo no está tan mal —dijo—. Mejor que vivir por ahí en una caravana.

—Bueno, pues, por suerte o por desgracia, no eres tú quien decide.

—¿Y eso? —preguntó—. Pensaba que estábamos en plan democrático.

—Te lo diré crudamente —continué—: eres menor de edad y harás lo que yo te diga.

—No te pases, papá. Luego no podrás mantener tu palabra.

—No me desafíes, hijo —le dije.

Pero Danny tenía razón.

Recorrimos otra manzana más arrastrando los pies. No sirvió para nada. Danny se detuvo en el bordillo de la acera. Resultaba evidente que había decidido plantarse justo ahí.

—Papá —dijo—, se me están enfriando los pies. Yo vuelvo a casa.

—A mí también —dije. Es probable que yo también tuviera los pies fríos.

Volvimos sobre nuestras huellas antes de que la nieve las cubriera del todo. Cuanto más avanzábamos, más cubiertas estaban. Vaya, pensé, como la vida misma.

—¿De qué te ríes? —preguntó Danny.

El chico tenía razón, maldita sea. Cualquier broma tonta me habría parecido muy graciosa.

—De nada —respondí—, estoy rendido.

—Supongo que estás bastante borracho —dijo. Sin ánimo de criticar; se había limitado a tratar de explicar qué hacía su padre caminando en medio de la nieve mientras trataba de ahogar una risita.

—Mira —le dije—, tengo otra idea. ¿Qué tal si yo voy primero, le echo un vistazo al sitio, me instalo allí, miro los institutos, lo dejo todo listo y luego vienes tú? Porque es probable que ahora mismo, no voy a mentirte, esté hecho un desastre. Ya sabes, nadie ha estado viviendo allí ni nada. ¿No te parece mucho mejor?

—¿El qué?

—Lo que acabo de decirte, Danny. Que yo me adelante y vaya ocupándome de algunas cosas.

No respondió.

—¿Sabes qué? Podrías terminar el curso aquí. Irías a Nueva Hampshire los fines de semana. —Seguía sin responder—. A la señora Peretsky, independientemente de lo que piense de mí a estas alturas, le gustaría que tú te quedaras, estoy seguro. Es decir, durante la semana. Y luego, los fines de semana podrías subir a Nueva Hampshire y ver qué tal. Que fuera una cosa gradual.

Nada.

—En realidad, esa podría ser la solución —dije.

Seguimos caminando mientras la nieve seguía cayendo. Iba amontonándose, y me puse a pensar: ¿sería buena idea salir rumbo a Nueva Hampshire con la que estaba

cayendo? Aunque en las noticias habían dicho que lo peor de la nevada no pasaría de Westchester y Rockland.

—¿Cuándo saldrías para allá? —preguntó Danny.

—A decir verdad, estaba pensando en salir esta noche. Si veo que estoy muy cansado puedo dormir por ahí en algún lugar, y seguir por la mañana. O si empieza a nevar demasiado fuerte.

—¿Te has peleado con la señora Peretsky o algo? —preguntó.

—O algo —respondí—. A ti no te afecta, de verdad.

Se quedó pensando en eso. O en algo.

—¿Cuánto se tarda? —preguntó—. En llegar allá.

Me encogí de hombros.

—Seis horas... —respondí—. Quizá un poco más. Entonces: ¿qué dices? ¿Te vienes conmigo? Igual que un par de viejos *beatniks*, ¿sí? Con la radio alta durante todo el camino. Tú escoges las emisoras.

—Tú no tienes radio.

—Al diablo con la radio. Tengo un walkman —dije—. Tú traes tus casetes y los auriculares de tu Rockman. ¿Tienes alguno de esos chismes de doble entrada al que podamos conectarlos?

—Papá.

—Está bien, a la mierda el walkman. Tráete la guitarra, tu vieja guitarra. Y siempre podemos hablar. Como último recurso, ¿sabes? Como los pioneros que viajaban en sus carretas Conestoga, ¿sabes? Uno podría estar leyendo, no sé, el último libro de John Stuart Mill, por ejemplo, y luego terminarían discutiendo sobre el utilitarismo.

—Oye, papá: ¿no crees que sería mejor si lo discutiéramos mañana?

—¿Mañana? ¿Cómo que mañana? Hoy, ¿no? —Me encorvé y sacudí la cabeza como si estuviera tocando una guitarra—, ¡*Rock and roll!*

Él se limitó a mirarme.

—Vaya, pensé que eras un espíritu libre.

—Papá —dijo—. Está cayendo una nevada de mil pares de narices y ya es medianoche. Y tú estás borracho y yo ni siquiera quiero ir a la caravana.

Estábamos de vuelta en la esquina. Podíamos distinguir nuestras huellas avanzando colina arriba desde la casa de Martha.

—Vale —dije—, perfecto. Ningún problema. Te dejo en casa y luego hacemos lo que decidamos hacer.

Bajamos la colina. Ahora me obsesionaba la idea de no desviarme de mis huellas anteriores —podía distinguirlas de las de Danny porque él llevaba zapatillas de deporte—, igual que un niño tratando de no salirse de la raya mientras coloreaba. Danny caminaba y basta.

—¿Sabes? —le dije mientras pasábamos frente a la casa de los vecinos—. Nunca he sabido cómo se llama esta gente. Pero tienen una casa rematadamente fea, la muy

hijaputa. —Y esas luces de Navidad no contribuían a mejorar las cosas.

—Son los Molloy —dijo Danny.

—¡Jesús, María y José! —exclamé, como recién salido de la Isla Esmeralda—, este barrio va de mal en peor.

No respondió. Se me ocurrió que tal vez ni siquiera supiese que él también era irlandés. Yo, por lo menos, no recordaba haber tocado el asunto en ningún momento. En fin, si alguna vez sentía curiosidad, cosa que dudaba, seguro que habría algún lugar donde interesarse por la cuestión. Interesarse... Qué antigualla de palabra, como lo de John Stuart Mill y lo de agacha la cabeza, Tom Dooley. Cosas de las que ya nadie se acordaba. Dooley: ja. Seguro que Tom Dooley también era irlandés.

Danny me sostuvo la puerta de la verja para que pudiera entrar. La nieve enterraba la tapa del cubo de la basura, que estaba en el suelo porque alguien no se había molestado en...

Aquí, en medio de todos estos borrachos y oyendo sus historias familiares —que siempre son la misma historia, en esencia—, uno se pone a pensar. El bueno de Danny no tiene escapatoria. Y no lo digo solamente por Judith y por mí. Puedo remontarme bien atrás. Mi padre. El padre de Judith, que había muerto un año antes de que yo la conociera (sesenta y dos años, ataque cardíaco, fumador empedernido, bebedor empedernido). El abuelo de Judith, por todos los diablos, el padre de su padre. (Lo que le pasó al padre de su madre ya lo he olvidado). Yo vi al abuelo una vez. Íbamos camino a Boston para la graduación de Rick —de la cual la familia había acordado no informar al abuelo— y pasamos por su casa en Westerly. En la bolsa del mercado que usaba de cubo de la basura había una botella vacía de Four Roses tirada en medio de latas de carne en conserva; tenía otra botella de Four Roses, por la mitad, junto a su butaca reclinable. Él estaba sentado con el respaldo derecho y una mantita de cuadros sobre las rodillas. Sin afeitar, con los pómulos salidos y la dentadura postiza en un tarro de mantequilla de cacahuete sobre la mesita, viendo una película del Oeste en un televisor en blanco y negro. Se disculpó por lo mal que olía la casa: el gobierno estaba echando algo en el agua que le hacía mearse en los pantalones. «Esto no es debilidad moral —me dije—, sino una enfermedad».

Pero ¿no sería una debilidad moral empeñarse en transmitir semejante enfermedad? Yo solía preguntarme —y sigo preguntándomelo, dejando a Danny de lado— si Judith no debería haber abortado y haber dejado que la cosa terminara allí. Pero en ese momento —hay que tener en cuenta lo jóvenes que éramos— nos pareció ver algo místico en la llegada de ese niño que había desafiado al diafragma y al espermicida como si estuviese decidido a triunfar en la vida. Aunque ahora estoy hablando de él como si hubiese salido disparado de mi polla, un homúnculo en forma de Danny, y se hubiera implantado en Judith, lo que está muy pero que muy mal.

Nació en 1971. El 14 de agosto. Que, según descubrí, es el día de la victoria sobre los japoneses. No es que eso tenga un significado particular, solo es algo para recordar. Judith y yo vivíamos en el piso de renta regulada en el que yo había crecido. Mi padre se había mudado a su casa de Connecticut y nos había dejado las llaves del piso de la calle Barrow y una caja con chequeras y recibos de depósito de su banco en Nueva York. Todos los meses arrancábamos el cheque del alquiler de una chequera diferente, por si se daba el caso remoto de que el casero, que hacía años que quería sacar a mi padre del apartamento, revisara el número de los cheques. Y dejamos que los grifos siguieran goteando por miedo a que el administrador le contara al casero que una pareja joven se había mudado al piso del viejo.

Recuerdo que llovió durante toda la mañana. Luego, hacia mediodía, las nubes se abrieron, se alejaron hacia el horizonte y, asomando por detrás de una inmensa nube negra, irrumpió el sol. Yo lo veía todo desde el banco que había junto a la fuente del parque en Washington Square, sentado sobre un *New York Times* para no mojarme el fondillo del pantalón, bebiendo una lata de Budweiser envuelta en una bolsa de papel.

—Estoy de un humor de perros —había dicho Judith. (Yo ya me había dado cuenta)—. Te harías un favor, y me lo harías a mí también, si salieras a caminar o algo.

Tenía veintitrés años. Apuré la cerveza y me levanté para caminar de regreso a la calle Barrow. Las chicas guapas ya habían empezado a salir a la calle y decidí volverme a casa; lo hice, en parte, porque me avergonzaba de estar mirándolas a ellas en lugar de estar pensando en mi pobre mujer, embarazada y hecha una vaca. Hasta ese momento nunca había sido infiel —llevábamos... qué, ¿un año de casados?—, y Judith tampoco, estoy seguro. Pasé tanto calor en el camino de vuelta a casa que me desabroché la camisa. Hace más calor que en Tofet, solía decir el abuelo Jernigan. Yo imaginaba que Tofet sería algo cálido, húmedo y pegajoso: *toffee*, supongo que eso era en lo que pensaba. Por Dios, cómo odié la ciudad ese día. La odiaba cada día. Los charcos ya estaban grises y olían fatal. Tipos mugrientos y moribundos con la palma abierta y soltando sus Dios-le-bendiga. Algo estaba claro: nunca criaría a un hijo en un sitio así. Tampoco habría tenido con qué, de todos modos. Aunque el casero no llegara a descubrirnos, un buen colegio privado en el que un chico pudiera educarse de verdad nos chuparía la sangre. Nunca había pensado en terminar teniendo un hijo pero, ya que iba a tenerlo, por Dios que iba a hacerlo bien.

Cuando llegué a casa, a Judith se la veía más apacible.

—He roto el chisme —dijo.

Yo pensé que estaba hablando del cordel de cuentas africanas que su hermano Rick le había dado para consolarla por lo gorda y espantosa que se sentía.

—¿Podremos irnos? —dijo—. Es mejor que nos vayamos. Creo. ¿Necesitaré una chaqueta?

—¿Una chaqueta? —dije, con menos delicadeza de la que hubiera debido—. Fuera estamos a treinta y dos grados.

Supongo que estaba muerto de miedo, aunque también estaba portándome como un capullo porque ahora no podría siquiera sentarme un segundo enfrente del maldito ventilador.

—No lo sé —dijo Judith—. Te das cuenta de que no sabes nada.

El resto solo lo recuerdo a trozos. Lo importante es que llegamos al Saint Vincent sin problemas y que nuestro hijo, Daniel, nació alrededor de las once y media esa noche. En la sala de espera —para que veáis el tiempo que ha pasado— traté de concentrarme en encontrarle el sentido a «El comediante como letra C» pensando que, ya puestos, podría emplear el tiempo en algo inteligente. Para que veáis lo joven que era. Me quedé mirando el verso de «las burdas artimañas quebradas por el

viento», preguntándome si no debería tomármelo como algo personal.

Me hicieron pasar cuando ya todo había terminado y Judith estaba exhausta y en paz. Colocada, me dijo la enfermera más tarde, de Demerol y no sé qué más. El bebé, envuelto como un fardo a su lado.

—Ay, Peter —dijo—. ¿No es increíble? Pero pensaba que iba a morirme, de verdad.

Me senté sobre las sábanas bien tirantes y puse la mano sobre su cabeza.

—Me ha dicho que lo has pasado bastante mal.

—He gritado y todo. Muy embarazoso —dijo—. Es broma.

—Me encantan tus bromas —dije, aliviado al ver que seguía siendo Judith.

—Más te vale, socio —dijo—. Tendrás que cargar con esta durante el resto de tus días. ¿Quieres cogerlo?

—¿Puedo?

—¿Que si puedes? —Se rió—. Es tuyo, Peter. ¿Estás seguro de que sabes cómo se hace?

—Solo tengo que ir con cuidado, ¿verdad? Sostenerle la cabeza y todo eso, ¿no?

—Ya aprenderás —dijo Judith—. Por Dios, ¿qué es lo que estoy diciendo? Parezco la Voz de la Maternidad. Si yo tampoco sé nada.

Cogí a mi hijo en brazos y, por primera vez, miré su diminuta cara. En ella no me reconocí, y tampoco reconocí a Judith: lo que veía era un ser humano indeterminado. Venas azules que se bifurcaban bajo la piel roja y delicada. Estaba dormido, con la boca abierta. Una boca diminuta, diminuta.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó Judith.

No sabía cuánto tiempo llevaba mirándolo fijamente.

—Sí —respondí—. Solo tenemos que ser muy cuidadosos con este jovencito.

Ya empezaba a distinguir mis cejas y el labio superior de Judith, tan separado de la nariz. Y algo más que no era de ninguno de los dos: la primera insinuación de lo que sería Danny.

—Serás uno de los padres más geniales de todos los tiempos —dijo Judith—. Puedes enseñárselo todo sobre el béisbol y Chéjov.

—Nave enemiga aproximándose a la *Enterprise*, capitán —dije. Ella se rió—. Uh-uh... ¿No era este Chéjov? ¿Cuál, entonces? ¿El de *El jardín de los cerezos*?

—Me refería a los dos. Tendrá que saberlo todo —dijo muy adormilada.

—¿Quieres seguir durmiendo, cariño? Lo cogeré un rato y luego se lo daré a la enfermera, si quieres.

Ella negó con la cabeza, pero muy lentamente, y con los ojos ya cerrados.

—No quiero perderme nada —susurró. Entonces abrió los ojos de golpe—. Peter, no dejes que lo pongan donde no es, que luego terminas con un bebé distinto.

Por un momento no entendí qué tendría eso de terrible en un momento en que nuestro bebé se distinguía tan poco de todos los demás. Después recordé que las cosas no funcionaban así.

—Tranquila. —Me incliné con cuidado con el bebé en brazos y le di a Judith un beso en la mejilla, suavemente, bajo su mirada atenta. Cuando abrí los ojos después del beso, ella ya había cerrado los suyos—. Descansa. Yo lo cuidaré.

Y eso he hecho. Un poco de cualquier manera, pero lo he hecho.
Hasta ahora.

Me senté a la mesa de la cocina con el abrigo todavía puesto y oí que Danny subía las escaleras con paso lento. Eché un buen trago a la botella de ginebra a modo de refresco (es broma) y cuando los ojos dejaron de arderme pegué otro trago. Y ahora, un poco de café. Vas a necesitar ese café si piensas conducir hacia Nueva Hampshire esta noche, socio... Así que me levanté, dejé correr el agua caliente, eché vete tú a saber cuánto café instantáneo en un vaso, lo llené con agua y mezclé la pastita con una cuchara hasta que los grumos se deshicieron y dejaron una espuma turbia encima. Luego me metí el brebaje entre pecho y espalda como el Doctor Jekyll y Mister Hyde y volví a sentarme para ver si hacía efecto. Bebí un poco más de ginebra mientras esperaba. Pero ¿qué coño hace una pistola sobre la mesa de la cocina? Después lo recordé. Me la metí en el bolsillo y bajé al sótano.

Me puse a cuatro patas y saqué mi maleta de debajo de la mesa de ping-pong; los topes metálicos rasparon el cemento al arrastrarla. Cuando por fin levanté la cabeza vi el ojo rosa de un conejo blanco. A los conejos no se les podían ver los dos ojos al mismo tiempo. Pasa como con las jotas de picas y las de corazones, creo. ¿Cómo reconstruirá el mundo un conejo, con cada ojo apuntando en una dirección diferente? Peter Jernigan, por ejemplo, superpuesto sobre la pared del sótano en la que no debería estar, como en una escena filmada con retroproyección. Igual que Cary Grant conduciendo borracho en *Con la muerte en los talones*.

Subí la maleta vacía a la planta baja, hice una breve parada en la botella de ginebra y luego subí a la habitación. La puerta de Danny y Clarissa estaba cerrada. Se oían voces del otro lado: consejo de guerra, obviamente. No había mucho que llevarse, así que no tardaría en hacer el equipaje. Doblé mi único traje y lo puse en el fondo de la maleta. Encima, las cuatro camisas, una blanca, tres de *sport*: el Jernigan deportivo. Encima, el par de vaqueros, el par de chinos, el jersey de manga larga y cuello redondo, el chaleco con cuello de pico, los calcetines y los calzoncillos. Por último, el otro par de zapatos, con las suelas hacia arriba. ¿No tenía una camiseta?, ¿una camiseta gris? Tal vez estuviera con la ropa sucia. Y eso era todo. El resto lo habíamos dejado en el Heritage Circle, prendas que habían ocupado un armario y una cómoda, y que quizá ahora estuviesen en alguna tienda de segunda mano esperando a que una mujer como Martha se pusiera a mirar entre los percheros en busca de una ganga con la que complacer a un ingrato.

Bajé la maleta y la dejé al lado de la puerta de la cocina. Después entré en el cuarto de baño y me metí las pastillas para la regla en el bolsillo. Con un puñado me bastaría para caer noqueado cuando llegara. Si llegaba. Eché otros dos tragos de

ginebra y guardé la botella en mi bolsa. Subí las escaleras por última vez mientras me decía que debía mirarlo todo y dejar que la imagen se consumiera. Borracho y sentimental. Cualquiera habría pensado que le tenía cariño a ese lugar.

Dentro seguían hablando, pero mis golpes a la puerta pusieron fin a la conversación. Martha abrió y me miró fijamente, dispuesta a lograr que desviara la mirada. Oh-oh: una madre severa. Clarissa se escondió detrás de ella. Empecé a reírme. Martha parecía recién salida de una película de dibujos animados: igual que una gallina clueca dispuesta a proteger a los polluelos, tan furiosa que tenía todas las plumas de punta. Sí, sí, conozco la palabra «erizadas», pero yo prefería algo más basto. Como sea, Martha se veía inmensa y protectora, y no pude dejar de reír hasta que ella bajó la mirada y la clavó en mi polla. Pensé que le estaba echando el mal de ojo al doctor Johnson para tratar de debilitarlo o algo así hasta que vi que me había meado encima, la bragueta y la pernera izquierda. (Yo cargo a la izquierda). Y, ahora que lo pensaba, me notaba mojado ahí abajo, vaya que sí.

—Estás hecho una mierda, Peter —dijo Martha. Supongo que realmente debía de verme así, sobre todo porque los pantalones mojados me habían dado más ganas de reír.

Así que hice un esfuerzo y me contuve un poco. En realidad no era tan difícil: era como cambiar de nivel, pasar del nivel risa al nivel otra cosa. No era tan difícil, pero tampoco era tan fácil. No sé cómo decirlo.

—Oye, me largo. Deséame buena suerte. —Me hacía el desenvuelto. Sinceramente, creo que, de no haber sido por todo el café con el que rematé la jugada, no me habría meado.

—¿Cómo que te largas? —dijo Martha.

—Ya te lo he dicho —respondí—. Me marchó a Nueva Hampshire. Sí señor.

—Ya es más de medianoche y tú te vas a Nueva Hampshire —dijo ella—. En plena tormenta de nieve y borracho perdido.

—Señora Peretsky, no deje que lo haga. —Ese era Danny. Creo.

—Vaya, otro miembro con derecho a voto —dije—. Lo que todos parecéis olvidar es que yo..., ¡tachán! —y saqué la mano del bolsillo del abrigo—... tengo el arma.

Agarré el chisme con las dos manos, flexioné las rodillas —esto lo habréis visto en la tele, la posición de arresto o como se llame— y apunté al amplificador de Danny. Le habían colocado la tele encima. Yo solo estaba haciendo el tonto. El amplificador estaba en la esquina, lejos de todos: si vas a ponerte a jugar con un arma, conviene irse con mucho cuidado. Todos se quedaron de pie, mirándome con los ojos desorbitados.

Bueno, pues eso me puteó. Era lo peor que podían haber hecho.

—¡Por Dios, animaos un poco! —les pedí. Aunque, naturalmente, con alguien blandiendo un arma para acá y para allá (y no es que yo la estuviese blandiendo *per se*) no iba a esperar que montaran una fiesta.

—¡Pam pam! —dije, jugando, y luego realmente apreté el gatillo.

El arma hizo un pequeño ¡pop!, apenas un ruidito seco y asqueroso. ¡Bing!, ahora había un pequeño agujero en la rejilla que cubría el amplificador. En el estado en que estaba, si se te ocurre algo lo haces y basta. Gracias a Dios la bala parecía haberse alojado en algún lugar y no había salido rebotando por la habitación.

—¡Bones! —le dije a Danny—. Trata de salvarlo...

Me acerqué al amplificador a cuatro patas. Todos se alejaban de mí. Eso me produjo una sensación agradable.

—Vaya —dije—. Ahora sí.

Toqué el amplificador como si le estuviese tomando la temperatura o algo. Me volví y miré otra vez a Danny:

—Lo siento, Kirk. Está muerto. —Nada, ni una risa. Clarissa rompió a llorar. Martha le pasó un brazo alrededor del cuello—. Bueno —dije mientras hacía señas con la pistola—: ahora os quiero a todos lejos de la puerta, ¿entendido?

Obedecieron. Tendría que haber empezado antes a llevarlos firmes. Aunque esa no era manera de gobernar una familia. Persuasión moral, autoridad serena: eso era lo que hacía falta. Clarissa seguía llorando. Martha la abrazó y me fulminó con una mirada en la que no quedaba más que desprecio. Así que, bien pensado, estaba contribuyendo a su proceso de curación. Es broma.

Di un paso atrás hacia la entrada y miré a Danny.

—El tren arranca, machote —le dije—. ¿Has cambiado de opinión?

Él clavó la vista en sus zapatos.

—Papá, no lo hagas, ¿vale? Si de verdad vas a marcharte, duerme un poco y sal por la mañana, ¿sí?

Moví la cabeza: no.

—No. Imposible, machote.

—Mira, papá —insistió—, por favor. Me estás asustando, de verdad. Es como lo de mamá, ¿sabes?

—Mamá era mamá. Y nunca cogerá ese tren. —El tren, figúrate—. Último aviso para los pasajeros.

—Deja que se vaya, Danny —dijo Martha apartando un brazo de su hija para sujetar el antebrazo de Danny.

—Vaya... —dije—. Qué retorcida. Retorcidísima... Deja que tu padre te dé un consejo, machote: a ella le gusta por detrás.

Martha soltó a Clarissa y se me echó encima. La apunté con la pistola justo entre los ojos, y reculó, vaya si reculó, igual que un vampiro huyendo de la cruz. Se quedó quieta; su cuerpo se hinchaba y se encogía al ritmo de su respiración. Una escena increíble, suponiendo que no me la estuviera imaginando. Con el arma en la mano derecha y sin quitarles los ojos de encima, me puse en cuclillas y busqué la bolsa tanteando por el suelo con la mano izquierda. Por fin di con la muy hijaputa y volví a colgármela al hombro. Vaya crisis de los cuarenta... Porque sería la crisis de los cuarenta, ¿no?

—Os quiero a todos en esta habitación —dije mientras salía por la puerta—. No salgáis de aquí hasta que oigáis que el coche se aleja. —Miré a Danny—. ¿Crees que podrás controlar la situación, machote?

Danny se acercó a Martha todavía más y luego extendió el brazo para darle la mano a Clarissa.

—Ahora eres el hombre de la familia —le dije.

Ni siquiera me miró.

—Papá, si quieres irte, vete, ¿vale?

—*Righty-oh* —respondí, y les cerré la puerta en sus estúpidas narices.

La maleta estaba esperando al lado de la puerta de la cocina, justo donde la había dejado, como un perro fiel. La gracia de Dios no había permitido que la cabrona se moviera de ahí mientras yo hacía mi acto de despedida.

Fuera seguía cayendo nieve. Dejé la maleta en el asiento trasero del coche, y la bolsa, sobre el asiento del copiloto. El coche arrancó como en sus buenos tiempos. Luego me acordé de que todavía llevaba la maldita pistola en el bolsillo. Así que nos quedaba un último dilema moral: por un lado, Martha y los chicos podrían necesitar el arma para defenderse, en caso de que al como-se-llamara se le ocurriera regresar; por el otro, Danny acababa de pedirme que dejara el chisme donde Clarissa no pudiera cogerlo.

Me bajé del coche con el motor encendido y me dirigí a la casa a paso ligero. Abrí la puerta de un golpe y vi a Danny en la cocina, mordiéndose el labio superior, con miedo de acercarse, eso era evidente, pero contento de que su padre hubiese cambiado de opinión y hubiese dado media vuelta.

—Toma —le dije levantando la pistola.

Él la miró.

—Es de la señora Peretsky —le dije—. Asegúrate de que llega a sus manos, ¿de acuerdo?

—Aquí no la queremos. ¿No podrías llevártela y tirarla por ahí, papá?

—Podríais necesitarla, en serio. No quiero dejar al fruto de mis entrañas desamparado. —Y puse el trasto encima de la mesa. Un gesto de confianza, igual que cuando un perro se tumba panza arriba. Y porque de verdad podría necesitarla. Y porque mejor él que yo.

Lo siguiente que recuerdo es que subí por la colina culeando con el coche, llegué a la cima, me salté el STOP y bajé por la avenida Mapple en zigzag. Luego avancé por alguna autopista, la Garden State, supongo, en dirección norte. El único que iba en coche era yo; los demás debían de haber vuelto a su casa, a salvo, después de celebrar las fiestas. La nieve se precipitaba contra el parabrisas y me recordaba a las estrellas que se veían en la pantalla de la *Enterprise*. Recuerdo que me pregunté si no habrían sacado de ahí la idea para la serie: Gene Roddenberry, o quien fuera, conduciendo en invierno y pensando «Ajá». Hacía tanto frío que la nieve no se quedaba pegada; algo era algo. Conducir así resultaba relativamente agradable: en lugar de quedarse en el

suelo, mojada y pesada, la nieve volaba formando nubes blancas que se arremolinaban en el asfalto y hacían que la carretera pareciera no tener fondo. Mejor no prestarle mucha atención al efecto ese.

Con miedo a seguir oyendo el ruido de fondo que formaban el viento, los neumáticos y el motor, metí la mano en la bolsa y busqué el walkman. Luego llevé el volante con los codos para poder meterme los chismes en las orejas. Lo que estuviera puesto me iría bien. Resultó ser Webb Pierce, así que seguí adelante acompañado de todas estas canciones: «Missing You», «Wondering», «There Stands the Glass», «Backstreet Affair». Historias tristes e inevitablemente esquemáticas, sí, pero historias, al fin y al cabo, contornos a los que agarrarse, detalle a detalle.

Todo canalla que se enfrenta a un ventilador se toma por Don Quijote.

Stanislaus Lee

Alguien lo había escrito en un pedazo de papel de un cuaderno de espiral y lo había pegado en el techo, sobre mi cama. Yo llevaba aquí una semana, lo suficiente para que ellos creyeran que ya me habían cogido el tranquillo. «Bueno, ningún problema —me dijeron cuando les pregunté qué coño hacía eso allí—: si no te gusta puedes quitarlo». La gracia está en que si uno lo quita tiene que escoger algo con que reemplazarlo. Son las normas. No era tan tonto como para meterme en todo ese follón, desde luego. Pensé en escribir el viejo STLDMIAUC, por si caían. ¿Que qué quiere decir? Si-te-lo-digo-me-invitas-a-una-copa. Es probable que funcionara. Aunque, ¿con esta gente? Ni de broma. Cuando les hubiera explicado que lo de la copa no iba en serio y todos nos hubiéramos reído un poco, me habrían mandado directo a una ronda de hablemos-de-ello. Así que me limité a dejar la mierda esa ahí arriba, irradiando su verdad eterna. La que fuera. Ondas y partículas penetrando en el cerebro y cumpliendo su función curativa. Esta gente cree en las palabras, ¿no?

No hago más que lo imprescindible para no tenerlos pegados a los talones. Ducha diaria, hacerme la cama —al principio resulta sorprendentemente difícil, con un solo pulgar—, ir a las comidas y a terapia de grupo. Resístete a cualquiera de estas obligaciones y *zas*: hablemos-de-ello al canto. ¿Ya os he contado que Tío Fred ha venido a visitarme un par de veces? Es el único al que recibo. Y no tengo mucho que contarle, ni siquiera a él. Sobre todo cuando empieza con los mensajes de Danny.

Veo toda la tele que puedo. Ellos tratan de disuadirme, aunque no sé cómo podrían controlar un circo como este sin tele, ni que fueran dos horas solamente. Leo libros y revistas de la pequeña biblioteca que tienen, así es como he podido ir

metiendo los trozos largos sobre esto y lo de más allá (nadie sería capaz de recordar estas cosas de manera literal, evidentemente). Así que cuando digo que leí X en el tren o Y en el piso de Tío Fred podéis estar seguros de que fue simplemente algo que encontré en la biblioteca y que transcribí para ir estirando la historia. A este respecto, mi mano-de-susto también resulta muy útil: es probable que teclear con ocho dedos —con esta configuración de cinco-y-tres, al menos— sea tan lento como teclear solo con dos.

Pero, por más que infle la historia, no puede ir mucho más allá. A menos que escriba algo tipo: «Entonces puse una hoja de papel en la máquina de escribir y tecleé lo siguiente: “Acabé conduciendo toda la noche. La nevada amainó al cabo de un rato —aunque lo más probable es que ya hubiera dejado atrás la tormenta— y me limité a ir tirando. Paré a por gasolina en la salida de la interestatal y entonces...”». Así que hoy o mañana tendré que inventarme una razón para no tener que enseñársela todavía. ¿Les digo que tengo que cambiar los nombres para proteger a los inocentes? El problema es que, si te pasas con ellos, te echan. Ya ha ocurrido dos veces en lo poco que llevo aquí: el tío que no quería ir a terapia de grupo y el que no dejaba de gritar. Tengo la sensación de estar cada vez más cerca de una auténtica crisis. No puedo quitarme de la cabeza el manual de pintura de Jon Gnagy: lo que parece una carretera sin fin que se pierde en el horizonte no son más que dos líneas que confluyen.

Así que les sigo el juego. Casi todo el tiempo. «Me he dado cuenta de que, haciéndolas a mi manera, las cosas no funcionan»: cómo les gusta a los de terapia de grupo que alguien les salga con esta... Entonces ves esos gestos sobrios de asentimiento que significan «más vale tarde que nunca». Pero si creen que voy a llegar tan lejos para tenerlos contentos, ya pueden ir olvidándose. Y hay otras cosas que tampoco haré: una, ver a Danny; dos, afeitarme, y tres, tragarme el cuento de que aquí todos somos seres humanos, cada uno con su nombre de pila, abriendo su corazón a otros corazones. Me llamo Tal y Cual y soy drogadicto. Me llamo Patatí Patatá y soy alcohólico. Me llamo Esto y lo Otro y etcétera etcétera. Pero cuando te toca a ti tienes que ofrecerles algo, tu nombre de pila y tu enfermedad espiritual, por lo menos. Son las normas. Y esto es lo que se me ha ocurrido. Me levanto y digo: Jernigan.

«Es bueno aceptar el destino cuando las cosas van bien. Cuando van mal no lo llares destino, llámalo injusticia, traición o simplemente mala suerte».

JOSEPH HELLER



DAVID GATES (1947) nació en Clinton, Connecticut. Tras un accidentado paso por la universidad ejerció los más diversos oficios (profesor, músico, taxista o recepcionista), que intentaría compaginar con su carrera artística. En 1979 comenzó a trabajar en *Newsweek*, revista de la que llegaría a ser redactor jefe, y en la que escribiría hasta 2008, principalmente sobre temas literarios y musicales. Ha publicado cuentos, artículos y reportajes en las más prestigiosas revistas estadounidenses y ha sido profesor en distintas universidades. Es autor de dos novelas: *Jernigan* (1991), finalista del Premio Pulitzer, y *Preston Falls* (1998), finalista del National Book Critics Circle Award; y de la colección de relatos *The Wonders of the Invisible World* (1999), finalista también del National Book Critics Circle Award. Actualmente vive entre Brooklyn y Washington County, en el estado de Nueva York.

NOTAS

[1] Me he tomado la libertad geográfica de incluir al narrador de la Lolita de Nabokov considerándola como Gran Novela Americana. Aunque europeo, Humbert Humbert siempre me pareció una imprescindible cepa de cierto virus ultradestroyer que parece afectar a muchos amoraes y antihéroes norteamericanos. <<

[2] Fue entonces cuando registré por primera vez la firma del nunca del todo bien ponderado «autor de portadas» Chip Kidd. <<

[3] En la piel de personajes desagradables que siempre se las arreglaban para despertar nuestra entre horrorizada y admirada simpatía. <<

[4] «Pero el alcohol es una gran herramienta cuando se trata de desmontar o montar a un personaje», admitió Gates. <<

[5] Publicada en esta misma editorial y, sí, otra novela desencantada y depresivamente navideña; pero con una ternura que no encontrarán en ninguno de los copos de la nevada con la que también cierra ésta. Aunque —digámoslo, sobre todo en lo referente al recuerdo de su padre pintor, perfecta y fielmente retratado con unas pocas y certeras pinceladas— de tanto en tanto Jernigan se sienta sorprendido y comprenda que no debe subestimar su capacidad para tener alguna que otra «reacción normal».

<<

[6] Dijo Gates: «Beckett escribe con tanta belleza sobre cosas tan desoladoras... Todos vamos a morir y moriremos a solas. Y vivimos en soledad. De acuerdo, vivimos en relación a otras personas. Pero mucho del ruido del día a día no es el ruido de la conversación sino el ruido de lo que se dice dentro de nuestras cabezas. Y Beckett es quien me habla a mí, y probablemente a muchos otros individuos de esos que, por alguna razón, pueden sentarse a solas en una habitación y ponerse a inventar cosas». <<

[7] Quien no tardó en convertirse en la reina de la revista The New Yorker y mudarse a Manhattan en 1980. <<

[8] Recuerda Gates: «Para entonces yo estaba tan loco... Intentaba aferrarme a cualquier cosa que me arrojaran. Me dieron una IBM eléctrica con esas pequeñas bolas de metal, y la bola que venía en esa máquina de escribir no tenía la figura para el número 1. Así que tenías que teclear la 1 minúscula cuando necesitabas usarlo. Así que yo me dije si tal vez no era que me estaban poniendo una especie de prueba. Porque si presionabas la tecla del 1 lo que te salía sobre el papel era uno de esos corchetes. Así que yo siempre tecleaba [979 para que no pensaran que no sabía dónde estaba la tecla del número 1». <<

[9] Despertando hasta el entusiasmo de la casi imposible de conmover Michiko Kakutani, quien, con gracia, definió la voz de Peter Jernigan como la de «un Holden Caulfield que creció y de pronto se descubre aprisionado en una novela de Richard Yates». <<

[10] Explicó Gates acerca de su teoría del escritor literalmente underground: «El metro es un sitio formidable para escribir. Es como un paisaje que desaparece. No hay nada allí que te interese mirar. No existen distracciones. Y al mismo tiempo sabes que todo eso durará un tiempo limitado. Así que, si eres un escritor poco dispuesto, hay como una promesa de que, si hay algún desperfecto y el tren se detiene en el túnel, la situación se solucionará en una media hora. Es agradable saber que llegarás a un punto donde podrás detenerte y salir de allí». <<

[11] Donde, no está de más citarlo, leemos lo que sigue: «Toda novela probablemente sea un retrato de su autor, una autobiografía criptográfica en la que los dilemas dentro de la cabeza del escritor se proyectan como un mundo imaginario incluyendo a sus habitantes. En especial a sus habitantes». <<

[12] *She was common, flirty, she looked about thirty*, versos de la canción de The Rolling Stones «The Spider & The Fly». (N. de la T.) <<

[13] Referencia a los versos *Wild thing, I think you move me, but I wanna know for sure*, de la canción que popularizaron The Troggs en 1965, «Wild Thing». (N. de la T.) <<

[14] Referencia al verso *Do you still feel the pain of the scars that won't heal*, de la canción «Daniel», de Elton John. (N. de la T.) <<

[15] «Danny Boy» es el título de una canción tradicional irlandesa; Dennis Day fue un cantante y actor estadounidense hijo de inmigrantes irlandeses. (N. de la T.) <<

[16] Verso del poema de Ezra Pound «En una estación de metro». (N. de la T.) <<

[17] En español, en el original (N. de la T.) <<

[18] En español, en el original (N. de la T.) <<

[19] El nombre del editor es un guiño; literalmente, significa «Adán hombre nuevo». (N. de la T.) <<

[20] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[21] En español, en el original (N. de la T.) <<

[22] Dagwood Bumstead es el marido de Blondie, la protagonista de la tira cómica homónima. (N. de la T.) <<

[23] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[24] *But the one that I'm tied to was the first to be untrue*, versos de la canción «Back Street Affair», de Webb Pierce. (N. de la T.) <<

[25] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[26] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[27] Como «la mano del muerto» se conoce la mano de póquer de un par de ases y otro de ochos. La leyenda quiere que esas fueran las cartas que sostenía Wild Bill Hickok cuando murió asesinado de un disparo en la espalda. (N. de la T.) <<

[28] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[29] Versos del poema “Preludios” de T. S. Eliot. (N. de la T.) <<

[30] *Colt* significa “potro”. (N. de la T.) <<

[31] Referencia a la novela de E. M. Forster *Regreso a Howards End* (N. de la T.) <<

[32] En español, en el original (N. de la T.) <<

[33] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[34] Referencia al poema de Wallace Stevens “El cómico como letra C”. (N. de la T.)

<<

[35] *Put your sweet lips a little closer to the phone*, verso de la canción del mismo título de Jim Reeves. (N. de la T.) <<

[36] *Carefree* significa “despreocupado”. (N. de la T.) <<

[37] Allen Ludden fue, durante cerca de veinte años, el presentador del programa Password, «contraseña». (N. de la T.) <<

[38] En español, en el original. (N. de la T.) <<

[39] La Enmienda Miranda, de 1966, establece la obligación de que los agentes y policías estadounidenses le hagan conocer sus derechos al detenido: tiene derecho a guardar silencio; cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra; tiene derecho a solicitar asistencia legal. (N. de la T.) <<

[40] Juego de palabras: En inglés, *Are you Upjohn?* (¿Es usted Upjohn?) suena igual que *Are you up John?* (¿Estás despierto, John?) (N. de la T.) <<

[41] *Though it makes Him sad to see the way we live, He'll always say «I forgive»,*
versos de la canción «He». (N. de la T.) <<